

# ABISMO

Peter  
Benchley



Lectulandia

Gail y David Sanders se disponen a pasar una dichosa luna de miel en las Bermudas. Los recién casados, aficionados al submarinismo, pretenden explorar los restos de un carguero hundido durante la guerra. Tras recoger bajo el agua algunos objetos que se llevan como recuerdo, una vez en tierra consultan con Romer Treece, un buceador local experto en naves hundidas y en tesoros desaparecidos. Uno de sus hallazgos es una ampolla de cristal que contiene un líquido desconocido. En el mismo sitio, encuentran una pieza de oro procedente de otro barco que también naufragó en aquellos lugares, quizá dos siglos antes. Pero todo esto llega a oídos del jefe de una organización criminal, Cloche, quien empieza a interesarse por las ampollas de cristal...

**Lectulandia**

Peter Benchley

**Abismo**

ePub r1.1  
Titivillus 01.02.15

Título original: *The Deep*  
Peter Benchley, 1976  
Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Teddy y Edna Tucker

## Nota del autor

Ésta es una obra de ficción. Aunque es verdad que sus personajes no representan intencionalmente a ninguna persona viva o muerta, muchos de los hechos acerca de las Bermudas, los naufragios y el tráfico español con el Nuevo Mundo se inspiran en fuentes históricas.

No sería práctico detallar todas las obras consultadas, pero unas pocas fueron especialmente útiles: *Pieces of Eight*, de Kip Wagner, según el relato de L. B. Taylor (Jr.); *The Treasure Diver's Guide*, de John S. Potter (Jr.); *Marine Salvage*, de Joseph N. Gores; *Diving for Sunken Treasure*, de Jacques-Yves Cousteau y Philippe Diolé; *Treasures of the Armada*, de Robert Sténuít; *Port Royal Rediscovered*, de Robert F. Marx; y *Diving to a Flash of Gold*, de Martin Meylach, en colaboración con Charles Whited.

Por último destaco mi profundo agradecimiento a un amigo, mentor y enciclopedia ambulante: Teddy Tucker.

P. B.

## 1943

Cuando el capitán advirtió que el viento había empezado a amainar eran las diez en punto de la mañana.

Estaba en su camarote, hojeando una revista que había subido a bordo uno de los miembros de su tripulación en Norfolk, cuando percibió un cambio en el movimiento del buque, una disminución en la intensidad del silbido del casco al romper las aguas, un golpe lejano de velas sueltas. Descendió de la litera, se desperezó y se acercó a la puerta.

Sobre una mampara, a la izquierda de la puerta, había un panel de bronce con instrumental de medición meteorológica. La aguja del barómetro marcaba 75,56 cm de mercurio. El capitán golpeteó el vidrio y la aguja bajó rápidamente a 74,93 cm.

Una vez en cubierta caminó hacia la popa, aspirando el aroma de la brisa inerte y escudriñando el horizonte. El cielo estaba claro, pero una pálida neblina amarilla espesaba el aire. El capitán echó un vistazo a su alrededor: a lo lejos, elevadas hileras de cirros cruzaban el cielo.

El primer oficial —un joven escocés con barba— estaba a cargo del timón y dirigía el buque a través del oleaje. Saludó distraídamente al capitán cuando éste se aproximó.

—¿Está orientada la mayor? —preguntó el capitán.

—Sí, también la mesana. Hace bastante que se aflojó.

—No será por mucho tiempo. Hay temporal.

—¿Fuerte?

—No sé. No puedo saberlo con la maldita radio en silencio; esta guerra está durando demasiado y llegaremos a olvidar cómo se usa. Pero me atrevería a decir que es bastante fuerte. El barómetro está bajando.

El primer oficial miró su reloj:

—¿Cuánto nos falta?

—Cincuenta o sesenta millas hasta los estrechos. Al llegar allí decidiremos lo que hacemos. Podemos intentar entrar en Hamilton, o bien en Saint George.

—No se preocupe —dijo el primer oficial, sonriendo y palmeando el timón—. Éste nos llevará.

El capitán escupió en la cubierta:

—¿Esta ruina? Lo único que tiene de bueno es el nombre. Es grande y torpe como el otro Goliat —miró el cielo—. Bueno, al menos hemos superado la maldita corriente.

A la una de la tarde el cielo se había cubierto de espesos nubarrones grises. El viento era de treinta nudos, avivaba las crestas de las olas sobre la superficie del océano y agitaba la pesada marejada que chocaba contra la proa del *Goliat*, despidiendo olas de la misma longitud que el casco de madera. Ya habían caído dos breves e intensos chubascos y una nueva masa de nubes negras se aproximaba desde

el sudeste.

El capitán, que se había puesto su traje encerado, se detuvo junto al primer oficial, que se esforzaba por mantener el rumbo.

El ayudante del oficial, un hombre menudo pero fuerte, que estaba desnudo de la cintura para arriba y totalmente empapado, caminó rápidamente por la popa y se detuvo delante del capitán.

—¿Están bien aseguradas? —preguntó el capitán.

—Sí —replicó el ayudante del primer oficial—. Pero sabiendo lo que valen, jamás comprenderé por qué las guardaron en cajas de cigarros. Manipularlas es lo mismo que bailar con los brazos llenos de huevos.

—¿Alguna rotura?

—No he visto nada. Están rodeadas por sacos de harina.

Las primeras gotas de lluvia fuerte golpearon el rostro del capitán.

—Mantenlo en uno-dos-cero —le dijo al primer oficial—. Voy a disminuir algo más. Si no me equivoco, esto no es más que el principio.

Repentinamente, el viento comenzó a soplar del Sudeste. Comenzó a soplar intensamente, bramando entre el cordaje, e impulsando una violenta cortina de agua.

—¡Dame cero-dos-cero! —gritó el capitán superando con su voz el chillido del vendaval.

—¡Podemos virar de bordo! —respondió el primer oficial.

La proa del *Goliat* chocó contra una ola. Poco después, se soltó un trozo de madera que voló hasta la popa, traqueteando a gran velocidad entre los estayes.

El capitán se acercó al primer oficial y gritó:

—¡Nadie vira de bordo en las Bermudas con un tiempo como éste! ¡Hay lugares en donde los arrecifes sobresalen doce millas!

El *Goliat* siguió haciendo esfuerzos en dirección noreste durante una hora más, en lucha con el viento. El casco crujía y rechinaba con cada golpe de las olas. A las tres el viento amainó un tanto y la lluvia, que golpeaba casi en forma horizontal, comenzó a caer más verticalmente. El cielo gris plomizo empezó a despejarse.

El capitán volvió a cambiar el rumbo y durante media hora el buque siguió la dirección sudeste para intentar salvar la costa sur en dirección a los estrechos: el único canal seguro hacia el abrigo del archipiélago de las Bermudas.

—Todavía tenemos la posibilidad de vencerlo —le gritó el capitán al primer oficial, que sonrió y se lamió la espuma salina que le cubría los labios.

Una hora más tarde se desató la tormenta del Noreste.

El viento bramó sobre el navío y barrió las crestas de las olas formando negras montañas de agua que sobrepasaban la altura de los mástiles. Sólo seguían ondeando dos velas. La trinetilla cayó primero, rompiendo sus estayes para quedar en jirones que silbaban ante la violencia del vendaval.



Una ola imponente se abatió sobre la proa y el buque quedó apuntando al cielo. El capitán divisó un faro por encima de la cresta de la ola. Aunque no estaba iluminado, en cumplimiento del apagón de guerra, se destacaba como una delgada franja blanca contra el cielo ennegrecido. Se volvió para gritarle algo al primer oficial mientras el navío salía de la cresta para navegar en el seno de las olas. Un auténtico muro de agua golpeó la cubierta e hizo caer de rodillas al capitán. Éste se debatió frenéticamente en busca de algo a lo que poder asirse. Sus brazos tropezaron con la caja del timonel y se aferró a ella. En ese momento oyó un grito y levantó la vista. El timón giraba incontrolado y el capitán pudo ver al primer oficial que salía despedido hacia la espumosa oscuridad. El capitán logró levantarse y coger el timón.

El barco volvió a elevarse en otra cresta y nuevamente divisó el faro. La mesana seguía en pie: podría abrirse camino. Si conseguía llegar al faro, podría alcanzar el refugio del puerto de St. George.

La mesana se mantuvo firme. El buque, inclinándose a uno y otro lado, comenzó a avanzar hacia el Norte. En la cresta de cada ola, el capitán se protegía los ojos contra la cortina de lluvia y espuma. Dirigió la proa hacia unos puntos situados a estribor del faro.

Algo se movió en las tinieblas que envolvían al navío. Al principio, el capitán pensó que se trataba de residuos flotantes que cubrían la popa. Después se dio cuenta de que era un hombre —el ayudante del primer oficial— que reptaba en dirección a él, trasladándose de abrazadera en abrazadera y de cabrestante en estay, para evitar ser arrojado por la borda.

Cuando estuvo a pocos pasos del capitán, gritó algo. El capitán sólo oyó la palabra «David». Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y señaló hacia adelante. El otro hombre hizo una mueca y se acercó aún más.

—¡Ése no es el faro de Saint David! —gritó el hombre.

—¡Sí, es ése! —respondió el capitán con un rugido.

—¡Le digo que no es Saint David! ¡Es la maldita colina de Gibb!

—¡No!

—¡Es la colina de Gibb! ¡Mire adelante!

El capitán aguzó su mirada en la oscuridad. Más allá de la proa, a menos de cincuenta metros de distancia, vio lo que señalaba el ayudante del primer oficial: una línea de rompientes desigual que enmarcaba el arrecife. Confundido y enceguecido por la lluvia, el capitán había dejado que su barco se desviara doce millas de su curso en dirección sudoeste.

Hizo girar el timón en dirección al puerto y el navío comenzó a resistirse al viento. Por un instante el capitán creyó que había salvado el arrecife. Pero entonces sintió el primer crujido de la cuaderna al golpear contra el coral. El navío se detuvo y en seguida se sacudió hacia delante. Volvió a detenerse y avanzó otra vez. La proa se elevó y cayó repentinamente. La camareta alta del medio del navío se elevó por los aires y la popa se ladeó en dirección a tierra. El capitán se tambaleó, tropezó, e

intentó volver a coger el timón sin conseguirlo. Uno de sus brazos se deslizó a través de los barrotos del timón y la muñeca golpeó la caja del timonel. Durante un segundo, su codo luchó contra el timón y después se quebró: el brazo quedó suelto y el capitán fue arrojado a las aguas.

A la mañana siguiente la tormenta se había disipado.

Un oficial de la Armada británica paseaba a su perro por la playa que se extendía bajo los elevados acantilados donde se alzaba el Orange Grove Club, frente al océano. Después de una tormenta la playa siempre aparecía cubierta de residuos y desperdicios, pero esa mañana la acumulación de restos era inusitada. El perro olfateó, curioso, los restos del naufragio. Empezó a levantar una pata sobre un trozo de madera pero percibió algo fuera de lo común. El perro gimió y se excitó; avanzó y retrocedió ansiosamente. Finalmente se detuvo ante una gran tapa de escotilla y comenzó a cavar en la arena, debajo de ella. El marino inglés siguió al perro y para complacerlo levantó la tapa de la escotilla.

Debajo, semienterrado en la arena, había un hombre vestido únicamente con lo que quedaba de unos pantalones cortos. La cabeza rodó hacia un lado y comenzó a brotar agua de su boca y sus orejas. El marino británico se agachó y lo tocó. El hombre emitió un sonido áspero. Dejó escapar un gruñido y parpadeó. Se llamaba Adam Coffin.

# 1

En el agua de mar, a pocos metros de profundidad, la sangre es verde. El agua filtra la luz y parece consumir los colores del espectro matiz a matiz. El primero que sucumbe, que desaparece, es el rojo. El verde perdura más tiempo. Pero por debajo de los 30 metros también éste se esfuma, dando paso al azul. En las profundidades en penumbras —a cincuenta, sesenta o más metros— la sangre se ve negra.

David Sanders estaba en el fondo arenoso y observaba cómo surgía el líquido verde del lomo de un pez herido. Se trataba de un enorme pargo con dientes alargados en forma de colmillos; medía por lo menos sesenta centímetros de largo y su piel era moteada de gris y azul. Le habían arrancado un semicírculo de carne del lomo — probablemente otro pez— y de la herida manaba sangre en fibras onduladas que se disolvían rápidamente en el agua. El pez nadaba sin rumbo fijo, evidentemente afectado por el dolor o por el olor de su propia sangre.

Sanders se apartó del fondo y nadó hacia el pargo suponiendo que éste retrocedería. Pero el pez continuó lanzándose hacia delante y hacia atrás.

David siguió nadando hasta situarse a poco menos de un metro del pez, que no retrocedió. Sanders decidió intentar cogerlo. Lo aferró con la mano desnuda un poco más arriba de la cola.

El contacto de su mano produjo pánico en el pez, que comenzó a retorcerse en nerviosas y convulsivas contorsiones. Sanders no lo soltó.

El pez parecía un vibrante borrón de color gris. Sanders cerró los ojos y lo apretó con más fuerza. De pronto sintió una punzada de dolor. Sobresaltado, abrió los ojos e intentó soltar su presa, pero ahora era el pez quien lo sujetaba a él: le había clavado un diente en la palma de la mano.

Gritó dentro de la máscara y apartó la mano en un movimiento brusco. El diente se soltó y entonces el pargo se alejó. De los dos puntos azules de la palma de la mano de Sanders comenzó a brotar un líquido verde.

Levantó la vista y trató de reprimir la urgencia por salir a la superficie. Allá arriba, a ocho o diez metros de distancia, estaba anclado el pequeño ballenero. Aspiró una bocanada de aire, maldiciéndose a sí mismo. Trata de mantener la calma, se dijo: no te dejes sobrecoger por el pánico, no te lances a la superficie, no contengas el aliento, déjalo salir suavemente. Pataleó hacia arriba dejando una estela de sangre detrás de sí, obligándose a no subir a mayor velocidad que las burbujas que salían de su botella de aire.

Gail Sanders, que estaba sentada en el ballenero, oyó a su marido antes de verlo, cuando comenzaron a estallar burbujas en la superficie del agua. Cuando David asomó la cabeza, Gail cogió el cuello de su botella y después que él se desabrochó el cinturón y una brida del hombro, subió la botella a bordo.

—¿Has visto algo? —preguntó Gail.

Sanders se levantó la máscara y la dejó apoyada en la frente.

—Nada. Arena y coral. Allí no hubo ningún naufragio.

Luego apoyó la mano derecha en el ballenero y Gail vio la sangre.

—¿Qué ha ocurrido?

Sanders se sintió incómodo y respondió:

—No es nada.

Pataleó con las aletas, subió al bote y miró en dirección a la costa, de la que estaban separados unos 200 ó 300 metros. En la cumbre del acantilado, más allá de la playa, brillaban los edificios de color anaranjado del Orange Grove Club bajo el sol de la tarde. Levantó un brazo y señaló hacia delante; después apuntó el otro a la distancia, en dirección al faro.

—El bañero dijo que exactamente a las diez, ¿no? Imaginemos que el club representa el doce y la luz de la colina de Gibb el diez. Tenemos que estar exactamente encima.

—Quizá ha desaparecido. A fin de cuentas, treinta años bajo el agua...

—Sí, pero él estaba totalmente seguro de que todavía era posible ver la sobrequilla y algunas de las cuadernas.

Gail vaciló un instante y señaló:

—El jefe de botones dijo que podíamos alquilar un guía.

—De ningún modo. Si está allí, puedo encontrarlo solo.

—Pero... —Gail señaló la mano sangrante de Sanders—. Creo que sería sensato contar con un guía.

—No necesito a ningún guía —insistió Sanders, ignorando el gesto de Gail—. El agua no es más que agua. Si uno no se deja dominar por el pánico no puede ocurrirle nada malo.

Gail miró por encima de la popa. A unos cuarenta metros de distancia, una línea de rompientes indicaba la presencia de otro arrecife. Detrás de éste había otro y más allá otro más.

—Si un buque avanzara en dirección a las rocas, ¿no chocaría contra las primeras y se hundiría ahí mismo?

—No necesariamente. Si lo empujara un terrible vendaval podría ser arrojado por encima de uno o dos arrecifes, saltando de uno a otro.

—De modo que podría estar en cualquiera de esos arrecifes.

—Es posible. Pero el bañero dijo que se encontraba detrás de la primera línea. Tal vez no estemos a la distancia suficiente.

Sanders soltó el ancla y dejó que la barca derivara hacia atrás, en dirección a la segunda línea de arrecifes. Cuando la embarcación se hallaba a diez metros de distancia, volvió a echar el ancla y ajustó las bridas de su equipo. Gail le preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres volver a bucear?

—¿Por qué no? Ya te he dicho que lo de la mano no es nada. Me vendaré para que no sangre en el agua y atraiga a los enemigos.

Gail comenzó a preparar su equipo. Atornilló el regulador a la válvula de la parte

superior de su botella de oxígeno e hizo girar el botón que la abría. Con un silbido agudo, el aire pasó por el regulador. Apretó el botón de purificación para quitar cualquier residuo de agua de la boquilla y el aire comenzó a pasar audiblemente desde el tubo de goma. Se ajustó el cinturón de pesas, una tira de nylon con tres pastillas de plomo de medio kilo cada una; hundió las aletas en el agua y se las puso, enjuagó la máscara, escupió en el interior de la placa protectora y frotó la saliva por el cristal para evitar que se empañara. Levantó la botella de oxígeno y ajustó la longitud de las bridas.

—¿Puedes echarme una mano? —preguntó.

Miró a David y vio que éste todavía no había empezado a ponerse la botella, porque estaba observándola.

—¿Qué ocurre?

David sonrió y movió la cabeza de un lado a otro:

—Nada. Creo que estoy perdiendo la cabeza, eso es todo.

—¿Qué quieres decir?

—He tenido una erección con sólo mirarte escupir en la máscara.

Gail rió:

—¿Quieres que nos zambullamos desnudos? Podríamos llevar a cabo un experimento.

—Mis conocimientos indican —respondió Sanders seriamente— que una eyaculación a más de diez metros por debajo del nivel del mar puede provocar un desajuste de todo el sistema y dar por resultado una explosión en el cerebro.

Se levantó, alzó la botella de Gail y la sostuvo hasta que ella pasó los brazos a través de las bridas.

—Estas botellas no tienen reserva —observó Gail.

—No es necesario. Aquí no hay más de seis o siete metros de agua y la botella tiene que durar una hora. Más, si actúas con cuidado.

Gail se sentó en el borde de la barca, de espaldas al agua y aspiró aire de la boquilla.

—El aire es bueno —dijo.

—Mejor así. Si nos dieran aire malo, nuestra luna de miel sería muy breve.

—¿Cuánto tardarás?

—Un minuto. Empieza tú pero no bajes hasta que hayas mirado bien a tu alrededor. No conviene que te lleves una sorpresa al llegar.

Gail rodó de espaldas y desapareció dejando tras de sí una nube de burbujas.

Sanders buscó un trapo y se vendó la mano. Después se colocó su equipo y se zambulló.

Transcurrieron algunos segundos hasta que desaparecieron sus burbujas y su visión se aclaró. Los rayos del sol atravesaban las aguas azules, e iluminaban la arena y el coral. El agua era muy clara y Sanders calculó que podía ver a más de treinta metros de profundidad. Pedaleó en el agua a pocos pies por debajo de la superficie y

lentamente dio una vuelta completa oteando hasta donde alcanzaba a ver en busca de cualquier peligro en potencia. Vio a una pareja de lucios que entraba y salía de las rocas. Bajó la vista y divisó a Gail en el fondo, escarbando la arena con los dedos. Detrás de ella erraba un mero que esperaba que flotara algún bocado —lombrices o minúsculos crustáceos— hacia él en la nube de arena que levantaba la excavación. Sanders se dirigió hacia el fondo y tragó saliva para destaparse los oídos a medida que aumentaba la presión.

Cuando llegó al fondo comprobó que se hallaban en una especie de anfiteatro, un cuenco en tres de cuyos costados el coral y la roca subían abruptamente hacia la superficie. El cuarto, la cara que daba al mar, estaba abierto. Allí reposaba plácidamente el bote en la superficie, con la línea del ancla colgando a cierta distancia de Sanders, en un punto de las rocas que se alzaban detrás de él. Todo lo que oyó fue el suave sonido de su inhalación y su propio gorgoteo al exhalar.

Miró a su alrededor tratando de distinguir formas a la distancia, donde el azul transparente se convertía en una neblina confusa. Como le ocurría siempre que hacía varios meses que no buceaba, sintió un cosquilleo de excitación, una leve y al mismo tiempo intensa sensación de agorafobia y claustrofobia: estaba solo y expuesto a una extensa llanura de arena, seguro de ser contemplado por criaturas a las que él no veía, y al mismo tiempo rodeado de millares de toneladas de agua cuya suave pero insistente presión sentía en cada milímetro de su cuerpo.

Se elevó y nadó hacia la derecha, acercándose al extremo de la línea de rocas. Se deslizó a lo largo de éstas en busca de algo que pudiera denotar la existencia de un naufragio: metal, vidrio o madera. Rodeó el cuenco nadando pero no encontró nada. Entonces se dirigió al centro, donde estaba Gail y al llegar le palmeó el hombro. Cuando ella levantó la vista, David extendió las manos y enarcó las cejas como diciendo: ¿Dónde estará? Gail se encogió de hombros y le mostró un fragmento de vidrio: el fondo de una botella. David hizo un gesto de desdén con la mano: olvídalo, no vale la pena. Le hizo señas de que le siguiera.

Nadaron juntos hacia la izquierda. En el borde del cuenco, las rocas y el coral seguían una línea recta. Alrededor de ellos aleteaba un cardumen de barberos de brillante color azul y amarillo. Un rayo de sol parecía danzar sobre una extensión de coral de color amarillento, de superficie suave que invitaba al tacto. Sanders lo señaló y movió el dedo índice en un gesto negativo, advirtiéndole a Gail que se apartara. Después imitó la sensación de sufrir una quemadura. Gail asintió: coral de fuego, cuyo revestimiento mucoso provoca terribles dolores.

Patalearon a lo largo del arrecife seguidos por el mero, que, sin duda, todavía albergaba la esperanza de obtener de esta visita algo comestible. Sanders sintió un tirón en el tobillo. Se dio vuelta para mirar a Gail. Sus ojos estaban desorbitados y respiraba mucho más rápidamente de lo normal. Señaló hacia la izquierda.

Sanders siguió la dirección de la mano de Gail y vio una enorme barracuda que los contemplaba inmóvil con su ojo negro rodeado de un círculo blanco. Tenía el

cuerpo liso y brillante como una espada; la quijada inferior entreabierta dejaba ver una hilera de dientes mellados y puntiagudos.

Sanders cogió la mano izquierda de Gail, hizo girar su anillo de diamantes para que la piedra quedara hacia la palma y le cerró el puño. Con el fin de hacer más evidente su actitud, levantó su propio puño cerrado. Gail movió la cabeza afirmativamente, se golpeteó el pecho y señaló hacia arriba. Sanders movió la cabeza de un lado a otro: no. Gail insistió frunciendo el entrecejo: *yo subiré, tú quédate si lo deseas*. Gail pateó rápidamente hacia la superficie. Sanders suspiró y la siguió.

—¿Quieres abandonar? —le preguntó cuando llegaron a la embarcación.

—No. Sólo quiero descansar un minuto. Las barracudas me ponen los nervios de punta.

—Lo único que hizo fue pasar a nuestro lado. Pero tendrías que haber dejado la sortija en la barca. El destello de esa piedra significa buscarse problemas.

—¿Por qué?

—Pueden confundirla con una presa. La primera vez que buceé en un arrecife, mi bañador tenía una hebilla de bronce. El instructor me pidió que la arrancara. Le respondí que ni lo soñara, que no pensaba echar a perder un bañador de quince dólares. Entonces el instructor cogió un cuchillo y lo ató al extremo de un palo que hundió en la arena, dejando el filo de la hoja hacia arriba. Nosotros estábamos a unos dos metros del cuchillo y el instructor comenzó a agitar el palo, haciendo que la hoja destallara bajo los rayos del sol. No lo había agitado más de cuatro o cinco veces cuando apareció una enorme barracuda que contempló con fijeza el cuchillo. El instructor movió otra vez el palo y ¡zas! A una velocidad increíble, la barracuda se lanzó contra el cuchillo. Repitió la operación varias veces y su boca quedó destrozada, pero no por eso dejó de morder el cuchillo. Cada vez que lo hacía, yo me imaginaba que estaba mordiendo la hebilla de mi cinturón o los alrededores. Jamás volví a usar ese bañador, excepto cuando me bañaba en una piscina.

Gail se quitó las sortijas y las apoyó en un estante de la consola.

—Otra cosa —dijo Sanders—. Cuando bucean dos, uno tiene que mandar.

—¿Para qué nos hace falta un jefe? —Gail pensó que David estaba bromeando—. ¿Acaso se trata de una expedición de guerra?

—No, tonta —respondió Sanders con voz más grave de lo que pensaba—. Lo que ocurre es que cuando estamos bajo el agua tenemos que hacer cosas juntos. Cada uno debe saber dónde está el otro en todo momento. Por ejemplo, si antes se hubiera tratado de un tiburón en vez de una barracuda y hubieras ascendido a la superficie sin hacerme caso, ahora tendríamos serias dificultades.

—¡Un tiburón! ¿Hay tiburones por aquí?

—Claro que sí. Existe la posibilidad de que no nos molesten, pero los hay. Y si uno de ellos se acercara no conviene que cometas ninguna estupidez.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo dejarte dominar por el pánico y buscar rápidamente la superficie.

Mientras te dure el aire, lo mejor que puedes hacer es permanecer en el fondo y buscar refugio en el arrecife. En cuanto empiezas a ascender, especialmente si estás atemorizada y nadas de prisa, te transformas en una presa. Una vez en la superficie, te conviertes en su almuerzo.

—¿Y si me quedara sin aire?

—En ese caso compartes el mío y esperamos la oportunidad de subir juntos. A menos que sea un auténtico monstruo, tendremos bastantes probabilidades de llegar a la barca —Sanders se dio cuenta de que la conversación sobre los tiburones ponía nerviosa a Gail—. No te preocupes —continuó—, pero nunca actúes sin ponerte de acuerdo conmigo.

Gail le miró e inhaló una profunda bocanada de aire.

—Muy bien —se asomó por el borde de la barca y miró hacia abajo a través de la máscara—. ¿Tú crees que la barracuda se habrá ido?

—Probablemente.

Gail continuó observando el agua, escudriñando el fondo. Cuando estaba a punto de retirar la máscara vio algo grande, de color marrón, detrás de la barca.

—¿Qué es eso? —preguntó, pasándole la máscara a Sanders.

—¿Dónde? —David se asomó por el costado.

—Detrás de nosotros. Más o menos en el punto más distante que alcanza la vista.

—¡Una cuaderna! ¡Maldición! Entonces allí está.

Sanders izó la línea del ancla e hizo derivar el bote hacia atrás unos cuantos metros.

—Echemos un vistazo.

—¿Cómo dijo el jefe de botones que se llamaba el buque? ¿*Goliat*?

—Sí, *Goliat*.

Saltaron juntos al agua y en cuanto sus burbujas se elevaron lograron ver algunos restos en el fondo. Una cuaderna larga y gruesa formaba ángulo recto con el arrecife. También vieron unas planchas de madera podrida esparcidas sobre la arena blanca. Sanders le tocó un hombro a Gail y ella lo miró. Él sonrió y juntó el pulgar y el índice: la señal que indicaba aprobación. Gail respondió con el mismo gesto.

Nadaron cerca del fondo a lo largo de la base del arrecife. Gail encontró una lata oxidada con las juntas rotas y dentadas. Sanders sacó una botella de Coca-Cola intacta de una grieta de las rocas. Gail se tendió en el fondo y excavó debajo del extremo más cercano de la cuaderna. Encontró un tenedor y el fragmento de un plato. Sanders vio que algo asomaba por la arena junto al otro extremo de la cuaderna. Cavó a su alrededor hasta descubrir de qué se trataba: la lengüeta de una enorme ancla. Gail le indicó por señas que iba a subir. Él la siguió.

Gail permaneció en la superficie moviendo los pies. Escupió la boquilla y dijo:

—Vayamos más allá del arrecife.

—¿Por qué?

—Éste parece ser el último trozo de la proa. Tiene que haber algo más del otro



lado.

—De acuerdo. Pero mucho cuidado con la marejada y en cuanto empieces a quedarte sin aire dirígete de inmediato a la barca.

El fondo del arrecife, del lado del mar, parecía una montaña de basura. Se veían trozos de madera, hierro oxidado y metales cubiertos de coral. Gail extrajo de la arena un jarro de peltre hundido por uno de sus lados y con el asa dentada, pero entero. Al pie del arrecife Sanders vio un aro de coral absolutamente redondo. Lo levantó, se lo acercó a la cara y le sonrió a Gail. En realidad era lo que quedaba de una portilla de bronce. Gail siguió cavando en la zona dónde había encontrado el jarro y en poco tiempo reunió algunas piezas de vajilla: tenedores, cucharas y cuchillos, todos torcidos y desconchados.

Gail nadó en dirección a Sanders, que estaba revisando las grietas del arrecife. Cerca del fondo vio un colgante de coral que se detenía a sesenta o setenta centímetros de la arena y parecía ocultar una pequeña cueva. Gail señaló el colgante. David negó con la cabeza y sostuvo una de sus manos con la otra, indicándole que en la caverna podía haber un ser viviente ansioso por apresar una mano exploratoria.

Se separaron. Gail nadó otra vez hasta la zona en la que había encontrado los tenedores y las cucharas y Sanders continuó explorando el arrecife. Encontró otra cavidad que era un poco más grande que la anterior. Se agachó y espió por debajo del colgante de coral. El interior estaba impenetrablemente oscuro y David decidió volverse y seguir buscando en otro lado, pero un destello le obligó a mirar otra vez.

Se apoyó en una roca y fijó la vista en el objeto brillante, para tratar de descubrir lo que era. Miró su mano vendada y una imagen atravesó su mente: la fotografía de la mano de un hombre poco después de haber sufrido la mordedura de una anguila morena. La carne estaba hecha trizas y se veía el hueso, totalmente blanco. David vaciló, prestó atención al ritmo del pulso en las sienes y comprendió que estaba respirando demasiado de prisa. Sintió temor y se detestó por ello. Se miró la mano y la movió en dirección a la boca de la cueva.

Inhaló profundamente y avanzó la mano hasta el objeto brillante. Sus dedos se cerraron sobre algo pequeño y frágil; entonces, retiró la mano de la oscuridad.

Era un recipiente de vidrio de unos ocho centímetros de largo, cónico en ambos extremos, lleno de un líquido claro y amarillento.

Cuando se apartó del lugar, Sanders notó que le resultaba difícil retener el aliento. Se acercó nadando hasta donde estaba Gail —deteniéndose un instante para recoger algunos restos que había dejado en la base del arrecife— y cuando estuvo a su lado la tocó. Ella levantó la vista y él deslizó uno de sus dedos por la garganta. Gail asintió con la cabeza y repitió el mismo gesto.

Sanders comenzó a elevarse hacia la superficie. Gail permaneció el tiempo suficiente para recoger un puñado de tenedores y cucharas —en pocos minutos una de las cucharas había quedado cubierta por una pátina de arena— y después le siguió. Cruzaron juntos el arrecife y nadaron hasta la barca.

—¡Maravilloso! —exclamó Gail mientras se quitaba el cinturón y las aletas—. ¡Esto es *fantástico*!

En el fondo de la barca, junto a los tenedores, las cucharas y el jarro de peltre de Gail, estaban los objetos que había recolectado Sanders: una mantequera desconchada pero entera; una pistola para señales, herrumbrada y dentada; una navaja y algo que parecía un terrón de carbón granulado.

—¿Qué es eso? —preguntó Gail señalando el terrón.

—Puede haber metal en su interior. Algunos metales, cuando permanecen en el agua mucho tiempo, aparecen recubiertos de esta capa negra. Más tarde la abriremos con un martillo y veremos qué contiene —Sanders abrió la mano derecha y extrajo la ampolla del interior del vendaje improvisado—. Mira —dijo y se la pasó a Gail.

—¿Qué es?

—Supongo que algún medicamento. Los extremos parecen preparados para ser quebrados de modo que se pueda extraer el contenido con una jeringa.

—Quizá todavía sirva.

—Es posible. El cierre es hermético. ¿Quién sabe?

Sanders miró en dirección a la proa:

—Mañana traeremos un bolso. Supongo que encontraremos muchas otras cosas.

Cuando llegaron a la costa, el bañero —rubio, muy bronceado, vestido con una camiseta blanca adornada con una cruz roja en la espalda— lo estaba esperando metido en el agua hasta las caderas. Se aferró de la proa y subió la barca a la playa. Les ayudó a descargar el equipo.

—Veo que han encontrado algunas cosas —le dijo a Gail mientras observaba cómo ésta disponía sus descubrimientos en una toalla y luego ataba los extremos formando un saco.

—Algunas —respondió Sanders.

Sanders había conocido al bañero aquella mañana, cuando alquiló el ballenero, y la presencia del hombre le había fastidiado. Era joven y engreído y Sanders tenía el convencimiento de que estaba más cerca de los veintiséis años de Gail que de sus treinta y siete. Cuando el bañero hablaba —incluso cuando respondía a una pregunta de Sanders—, miraba a Gail. En ese momento, Sanders estaba convencido de que le interesaba más el balanceo de los pechos de Gail inclinada que cualquiera de los restos del naufragio.

Al percibir el resentimiento de Sanders, el bañero le preguntó:

—¿Ha encontrado cápsulas?

—¿Cápsulas?

—De artillería. Cargas de profundidad. Explosivos.

—¿Activos?

—He oído decir que el *Goliat* llevaba gran cantidad de municiones a bordo. Tal

vez no sean más que habladurías.

—Mañana buscaremos —respondió Sanders—. Quisiéramos volver a usar la barca.

—Sí, claro, siempre que el viento no decida virar al Sur y soplar con fuerza. No es recomendable ir al arrecife si el viento sopla del Sur.

—No. Desde luego, el *Goliat* es una buena prueba de eso.

Gail y David caminaron con dificultad por la playa, cargados con su equipo. La arena era rosada —teñida por millones de minúsculas conchillas de frutos del mar llamadas foraminíferas— y tan fina que caminar allí era como arrastrar los pies en el talco.

Cuando llegaron a la base del acantilado, Sanders transpiraba. Tenía las palmas de las manos húmedas y le resultaba difícil sostener las bridas de las botellas. Levantó la vista y observó el acantilado: treinta metros de coral y piedra caliza. A la derecha se veía una estrecha escalera serpenteante que conducía a la cima. A la izquierda había un ascensor —una jaula cuadrada de un metro veinte de lado, que se deslizaba por un mástil de acero empotrado en una base de hormigón— instalado muchas décadas antes en una grieta del acantilado.

En el panel de control de la jaula había dos botones: «arriba» y «abajo». En caso de que el mecanismo fallara, no había timbre de alarma ni botón de emergencia: lo único que podían hacer los pasajeros (tres como máximo) era esperar a que alguien los viera y pidiera ayuda. Mientras los Sanders desayunaban, les habían relatado la historia de una pareja de edad que quedó atrapada en el ascensor cuando subían de la playa al atardecer. Fueron los últimos en abandonar la playa, de modo que nadie podía verlos desde abajo. Por la noche, el viento comenzó a soplar del sudoeste y se convirtió en un vendaval moderado. El mástil se estremeció, sacudiendo a la jaula y a la pareja que estaba en su interior como si fueran monedas sueltas olvidadas en un bolsillo. Los encontraron a la mañana siguiente: la mujer (según el relato que circulaba) había muerto de terror y el hombre se había vuelto loco. Balbuceando, les contó a sus salvadores que los demonios le llamaban en la oscuridad y que unos pájaros habían intentado picotearle los ojos.

Cuando bajaron a la playa, Gail se había negado a tomar el ascensor.

—En los ascensores de los edificios de oficinas siento claustrofobia. Si me metiera en esa jaula me volvería loca.

Sanders no discutió pero insistió en enviar las botellas de oxígeno en el ascensor.

—Si alguna se golpeará contra las rocas y estallara, arderíamos como una antorcha romana.

Ahora, de regreso, no tenía la menor intención de subir por la escalera. Se encaminó hacia la izquierda, en dirección al ascensor. Gail, por su parte, tomó hacia la derecha.

—Supongo que no estarás pensando en subir andando por la escalera —dijo David.

—Desde luego que sí. ¿Y tú? Creí que tenías miedo a las alturas.

—No tengo *miedo* a las alturas, y tampoco a los aviones. No me gustan ninguna de las dos cosas, pero no voy a permitirles arruinarme la vida.

—Bueno, de todos modos yo no pienso meterme en esa jaula. Ven conmigo. Será un buen ejercicio para tus piernas.

Sanders movió la cabeza negativamente:

—Nos veremos arriba.

Metió el equipo en el ascensor, cerró la puerta y apretó el botón de subida. Se oyó un chasquido y en seguida el motor zumbó, rechinó, gimió y la jaula se separó del suelo. Sanders permaneció de frente al acantilado, contemplando la piedra gris a medida que ascendía lentamente. Cuando se cansó de mirar en esa dirección dio media vuelta y se situó frente al mar, obligándose a mirar hacia abajo. Vio al bañero, que subía el ballenero por la playa sobre una pequeña plataforma con rodillos y a una pareja tendida sobre toallas de colores situadas en perfecta simetría, de modo que daban la impresión, a la distancia, de ser un sello de correos pegado a la arena rosada.

Su mente no llegó a registrar el cambio de sonido del motor eléctrico, que pasó de un gemido a una queja.

Cuando la jaula corcoveó y se detuvo no sintió miedo, supuso que alguien había apretado el botón de parada y que pronto ese mismo alguien apretaría el de marcha. Esperó.

El motor seguía funcionando, como el de un automóvil en punto muerto con el acelerador apretado a fondo. Sanders apretó el botón de bajada. Volvió a oír un chasquido pero el sonido del motor no varió. Apretó el botón de subida. Otro chasquido. El ascensor no se movió. David levantó la vista. La jaula no tenía techo y logró ver la cima del acantilado. Calculó que estaba a unos cuatro metros de distancia.

Cuando terminó de subir las escaleras respiraba penosamente y le dolían los muslos. Caminó unos metros por el sendero y se sorprendió al observar que el ascensor no estaba allí. La primera idea que se le ocurrió la hizo sonreír: David se había asustado y la había seguido por la escalera. Regresó hasta los escalones y miró hacia abajo: la escalera aparecía desierta. El siguiente pensamiento que acudió a su mente hizo que la frente se llenara de gotas de sudor. Corrió hasta el lugar donde debía estar el ascensor y, apoyada en la baranda, se inclinó sobre el borde del acantilado. Sintió alivio: la jaula seguía allí. Al menos, no se había soltado del mástil y caído al fondo. Sanders había sacado las manos a través de los barrotes de la jaula y estaba aferrado al mástil.

—¿Estás bien? —preguntó Gail.

—Se detuvo, eso es todo.

Gail observó el mecanismo que se veía junto a la parte más alta del eje del ascensor. Dos brazos de acero se extendían desde sus bases de hormigón y rodeaban el mástil. Vio una gran caja metálica que, supuso, contenía el motor. Pero no había

controles ni botones a la vista.

—¡No te muevas! —gritó—. Iré a pedir ayuda.

Corrió hasta el vestíbulo del Orange Grove Club, ignorando los carteles que prohibían «entrar con traje de baño y descalzo».

—¡El ascensor se ha detenido! —gritó mientras se acercaba al escritorio de la recepción—. Mi marido está encerrado en él.

El anciano empleado de la recepción llevaba chaqueta y parecía preocuparle más la semidesnudez de Gail que su petición de auxilio. Se limitó a responder:

—Sí.

—¡El ascensor se ha detenido! Mi marido...

—Sí —repitió el empleado.

El recepcionista levantó el teléfono y marcó un solo número.

—¡Haga algo! —exclamó Gail.

—Estoy haciendo algo, señora —acercó la boca al micrófono del teléfono—. ¿Clarence? Otra vez —sintetizó, con tono de ya-te-dije-que-volvería-a-ocurrir. Colgó y volvió a hablarle a Gail—: En seguida recibirá ayuda.

—¿Qué quiere decir «en seguida»?

—Señora —dijo el empleado secamente—, le ruego que espere en la terraza... —miró en forma desaprobatoria el vientre desnudo de Gail.

Gail salió y echó a correr. De pronto vio a Sanders que la esperaba sonriente en la cima del acantilado. Gail corrió hasta él, le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Estaba tan preocupada... ¿Cómo conseguiste hacerlo funcionar?

—¿Hacerlo funcionar? Subí por el mástil.

—¿Qué?

—Que subí trepando por el mástil.

Gail no pudo creerle y se asomó por el borde del acantilado. El ascensor seguía donde estaba antes, con el equipo de buceo en su interior.

—¿Por qué?

—Es algo que no había hecho nunca en mi vida.

Gail le miró y se sintió repentinamente furiosa:

—¿Acaso tienes interés en morir?

—No seas idiota. Era un riesgo calculado. Pensé que podía hacerlo y lo hice.

—¿Y si te hubieras equivocado?

—Ése es el riesgo que se corre —vio la ira reflejada en el rostro de Gail—. Vamos, todo está... —vio la mano que se acercaba y se agachó: el puño de Gail le rozó la cabeza—. ¡Por Dios! —exclamó al mismo tiempo que levantaba un brazo para protegerse contra el segundo golpe. La aferró, le bajo los brazos a los costados del cuerpo y la acercó—. Oye... nadie se ha hecho daño.

Gail luchó un instante por soltarse, después se quedó quieta y dejó que la abrazara.

—¿A quién estás tratando de impresionar? —le preguntó.

Cuando Sanders iba a responder, oyó pasos detrás de él. Se volvió y vio a un viejo negro que llevaba un aro lleno de llaves. El hombre refunfuñaba.

—¿Qué es lo que falló? —preguntó Sanders.

—Ese ascensor es temperamental como un bebé respondió el hombre mientras buscaba la llave que abría la caja metálica.

—¿Ocurre a menudo?

El otro no respondió. Abrió la caja, tanteó en el interior y movió un interruptor. De inmediato el sonido del motor se normalizó. El hombre apretó un botón y después de un par de chasquidos las ruedas comenzaron a girar. Pocos segundos después, el ascensor estaba en la cima del acantilado. El negro cerró la puerta de la caja metálica, hizo girar la llave en la cerradura y comenzó a alejarse.

—Oiga —gritó Sanders—. ¿Qué ocurrió?

—Nunca se sabe. Quizá demasiado frío, quizá demasiado calor.

—No se saldrá del mástil, ¿verdad?

—Nunca ocurre. Si algo falla, hay unas abrazaderas que se agarran como un pulpo a ese mástil. No, todo lo que ocurre es que se detiene. Si la gente supiera tener paciencia no ocurriría nada.

Cuando el hombre desapareció, Sanders descargó el equipo de buceo.

—¿Quieres ayudarme? —le preguntó a Gail.

La muchacha no se movió pero lo miró fijamente y dijo, con tono monocorde:

—No se te ocurra volver a hacer nunca una cosa así.

## 2

Sanders salió de la ducha, se secó y permaneció delante del espejo del cuarto de baño. Extendió el pecho y los músculos del vientre y se sintió complacido al ver las fibras musculosas que aparecieron a través de la piel. Se palmeó el vientre y sonrió.

La puerta del cuarto de baño se abrió y David sintió una brisa fresca que llevaba el aroma de Gail.

Con suavidad, Gail pellizcó el insignificante montículo de carne de sus caderas.

—No hagas demasiado ejercicio, pues no me gustaría nada que perdieras esos encantadores asideros —observó Gail.

—Jamás —Sanders dio media vuelta y la besó.

Se vistieron para la cena. Al dejar la cabaña, Sanders cerró de un portazo, hizo girar la llave en la cerradura y se aseguró de que la puerta había quedado bien cerrada.

—¿Quién puede robarnos? —preguntó Gail.

—Cualquiera. Las cámaras, el equipo de buceo, todo es muy caro. No tiene sentido dejarlo al alcance de nadie.

—Cerrar la puerta no sirve para nada. La criada tiene una llave.

Tomados de la mano, recorrieron el sendero hasta el edificio principal del Orange Grove Club. Era lo mismo que atravesar un plantío tropical: a ambos lados, la senda rebosaba de adelfas, hibiscos, buganvillas, flores de la pascua y diversas malváceas en gran profusión de colores. Más adentro había naranjas y limones caídos de los árboles. Pasaron junto a un núcleo de cabañas similares a la que ellos ocupaban. Los edificios de piedra caliza estaban pintados de naranja en su totalidad salvo los techos, que brillaban con una intensa blancura bajo la luz del sol crepuscular.

—¿Has visto alguna vez techos más limpios? —preguntó Gail.

—Deben serlo. Por allí pasa el agua que bebes.

—¿Qué quieres decir?

—En las Bermudas no hay pozos de agua ni napas subterráneas, ni ríos, ni nada. Toda el agua proviene de la lluvia. De los techos pasa a cisternas.

—Creí que habías dicho que aquí nunca llovía.

—Lo que dije fue que nunca ha transcurrido un año con menos de trescientos cuarenta días sin que se *vea* el sol. Llueve bastante, incluso en verano. Pero las precipitaciones son repentinas y no duran demasiado.

—Para alguien que nunca ha estado aquí, sabes muchas cosas.

—Cultura del *National Geographic* —aclaró Sanders—. La vida no es más que la búsqueda y captura de cosas que se nos escapan.

—¿Por qué dejaste el *Geographic*? Me parece que escribir allí debe ser interesante.

—*Escribir* debe serlo —Sanders sonrió—. *Hacer* cualquier cosa debe serlo. Yo no hice nada y tampoco escribí. Sólo preparaba titulares. Se llamaban leyendas. Entré

a trabajar allí porque quería vivir con monos salvajes, luchar con cocodrilos y descubrir restos de naufragios no vistos por hombre alguno antes que yo. Pero todo lo que hacía era idear frases como: «Calcuta: un lugar para millones de la India». Nunca hice nada. Me pagaban para sintetizar lo que hacían los demás.

Al llegar cerca del edificio principal del club, vieron a otra pareja, más joven, que caminaba por el sendero en dirección a ellos. Caminaban de una forma un tanto extraña porque cada uno había pasado los brazos alrededor de la cintura del otro y como el hombre era mucho más alto que la muchacha, se veía obligado a caminar en una especie de trotecillo para que ella pudiera seguir su ritmo. En cuanto los divisó, Sanders soltó la mano de Gail.

Después que la pareja pasó, Gail le preguntó:

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué he hecho qué?

—Soltarme la mano.

Sanders se ruborizó.

—Las parejas en luna de miel me ponen nervioso.

Gail lo tomó del brazo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Tú también estás en luna de miel.

—Sí. Pero yo ya he tenido una.

—Para mí es la primera. Déjame gozar de ella.

Atravesaron el vestíbulo —grande, tranquilo, con paneles de cedro brillante— la sala de billares, la de juegos, la de cartas, el salón de lectura y el bar, hasta llegar al patio descubierto desde el cual se divisaba el océano. Los acompañaron a una mesa en el extremo del patio. El sol poniente iluminaba las nubes sobre el horizonte, produciendo brillantes destellos rosados.

Se acercó un camarero para preguntarles qué deseaban beber. Era un joven negro que llevaba el apellido grabado en una placa, sobre el bolsillo superior. Hablaba con monosílabos y se dirigía a ambos como «hombre», aunque no sin respeto.

Cuando el camarero se alejó, Gail le siguió con la mirada y señaló:

—Debe ser un trabajo asqueroso.

—¿Por qué?

—¿Qué puede esperar? Como mucho, si es muy eficaz, puede llegar a jefe de camareros.

—¿Y eso qué tiene de malo? —dijo Sanders—. Es mejor que no tener trabajo.

—¿Te fijaste en su apellido? Slake. No parece original de las Bermudas.

—No creo que exista nada original de las Bermudas o bermudiano. Hay negros con apellidos como Bascomb que hablan el inglés de Saville Row y blancos que parecen salidos de un *ghetto* de Jamaica. Recuerdo que en una oportunidad verifiqué una leyenda del *National Geographic* con un pescador citado en el artículo por haber afirmado: «Mañana fiesta. Tiempo tempestuoso». Yo creía que ya nadie decía «tiempo tempestuoso». Pero ese hombre hablaba así. Étnicamente, este lugar es un



embrollo.

Llegaron las bebidas y permanecieron en silencio, escuchando el sonido de las olas, observando las pocas manchas visibles del acantilado en el atardecer.

Sanders metió la mano en el bolsillo y extrajo la ampolla que había encontrado.

—Por la mañana intentaremos que alguien la analice. Te apuesto cualquier cosa a que es penicilina de la enfermería del navío. Todos los barcos llevan estas cosas.

—No creo que la penicilina fuera tan común hasta después de la guerra. Yo diría que es una vacuna. De cualquier modo, acepto la apuesta.

David alargó la mano para entregarle la ampolla a Gail y que ésta la guardara en su bolso pero antes de que concluyera el movimiento una voz dijo, detrás de él:

—¿De dónde sacó eso?

Ambos se volvieron y vieron al camarero. Slake llevaba los menús en la mano.

—¿Cómo dice? —inquirió Gail.

El camarero pareció incómodo por la brusquedad con la que había hecho su pregunta. —Lo siento. Vi el pequeño recipiente y me pregunté dónde lo habían encontrado— Slake hablaba con un acento musical que sonaba a jamaicano.

—Por allí, en el lugar del naufragio —respondió Sanders.

—¿El *Goliat*?

—Sí —Gail le alcanzó la ampolla a Slake para que éste pudiera verla mejor—. ¿Sabe qué es?

Slake cogió la ampolla y la sostuvo con la punta de los dedos. Detrás de él había una lámpara de gas e hizo girar la ampolla delante de la luz. Se la devolvió a Gail y observó:

—No tengo la menor idea.

—¿Entonces por qué está tan interesado? —intervino Sanders.

—Me interesa el vidrio. Parece viejo y es hermoso. Disculpe —Slake dejó la nota sobre la mesa y se volvió en dirección a la cocina.

Después de cenar los Sanders caminaron por el sendero que conducía a su cabaña tomados de la mano. La luna lanzaba reflejos dorados sobre las hojas y las flores. Los arbustos parecían seres vivos por efecto del croar de las ranas.

Sanders abrió el pestillo de la puerta y dijo:

—Bebamos un coñac en el porche.

—Nos comerán vivos.

—No creo —David señaló una luz amarilla que brillaba por encima de la puerta—. Se supone que eso mantiene alejados a los insectos.

Sirvió el coñac en los dos vasos del cuarto de baño y los llevó al porche. Gail estaba sentada en una de las dos sillas de mimbre, junto a la mesita.

—Esto es hermoso —afirmó, olfateando el aire—. Se huelen mil aromas distintos.

Permanecieron mudos varios minutos, contemplando el cielo y escuchando el murmullo de la brisa.

—¿Estás preparada para escuchar otro hecho estremecedor extraído de los archivos del *National Geographic*? —preguntó Sanders.

—Por supuesto.

—En el siglo diecisiete este lugar se conocía como Isla de los Diablos.

—¿Por qué?

—¿Cómo puedo saberlo? Mi contrato sólo exige que me ocupe de los «qué». A otro le pagan para encontrar los «por qué».

—Ahora voy a bostezar —informó Gail.

—Ponte cómoda.

—Será el bostezo más sensual y sugestivo que hayas escuchado nunca. Encerrará la promesa de placeres salvajes e inimaginados que me harán olvidar que eres un maníaco suicida. En síntesis, será una verdadera provocación.

—Adelante —replicó Sanders.

David cerró los ojos y prestó atención. Oyó cómo Gail se entregaba a un bostezo gimiente y felino. De pronto se interrumpió, como si alguien le hubiera puesto un corcho en la garganta.

—¿Qué ocurre? ¿Te has tragado la lengua? —abrió los ojos y vio que Gail escudriñaba la oscuridad—. ¿Qué pasa?

—Alguien anda por ahí.

—Es el viento.

—No, no es el viento.

Sanders caminó hasta el borde del patio. El sendero estaba vacío. Se volvió a Gail y afirmó:

—No hay nadie.

—Mira —Gail señaló algo detrás de él.

Cuando David volvió a mirar vio a un hombre que pasaba de los matorrales al sendero. Caminó hacia ellos, se detuvo a unos metros del porche y dijo:

—Disculpen.

Era un negro vestido con traje negro. Todo lo que Sanders logró ver fueron sus ojos y un fragmento de la camisa blanca.

—¿Cuánto hace que está allí? —preguntó Sanders.

—Acabo de llegar en este mismo momento.

—¿Entre los arbustos?

El hombre sonrió:

—Es el camino más corto. El sendero da demasiados rodeos —su acento era decidido, formalmente británico.

—¿Qué desea?

—Conversar un momento con ustedes, si me lo permiten.

—De acuerdo, pero acérquese a la luz.

El hombre, que parecía tener alrededor de cincuenta años, penetró en el porche. Tenía la piel negroazulada y mechones de canas se destacaban de entre su mata de

pelo negro.

—Me llamo Tupper, Basil Tupper. Soy el encargado de una joyería de Hamilton, la joyería *Drake*. Quizá la hayan oído nombrar. De todas formas, no importa. Mi *hobby* son los cristales antiguos.

Sanders miró a Gail:

—En las Bermudas son muchos los que están encaprichados con el vidrio.

—Tengo entendido que acaban de encontrar un pequeño objeto de cristal entre los restos del *Goliath* —continuó Tupper—. Quisiera verlo.

—¿Por qué?

—¿A qué se debe tanta curiosidad? —intervino Gail mientras cogía el bolso que estaba detrás de su silla—. No es más que un botellín con un medicamento.

—Créame que no existe ninguna curiosidad, salvo de parte de los que nos interesamos en los cristales finos. A mediados de la década de los cuarenta, un tipo llamado Reinhardt trabajaba muy bien el cristal en Norfolk. Su obra es relativamente escasa. No vale mucho en el mercado libre, pero en nuestro pequeño círculo constituye un verdadero éxito tener una pieza de cristal de Reinhardt.

Gail sacó la ampolla del bolso y se la dio a Tupper. Éste la sostuvo frente a la luz.

—Es una pieza hermosa —afirmó—. Nada sorprendente, pero sí hermosa.

—Es una ampolla —intervino Sanders—. Hay montones de ellas en todas partes.

—Es verdad, pero contiene una ínfima burbuja en uno de los extremos. Ésa es la firma de Reinhardt.

—¿Qué hay en el interior? —preguntó Gail.

—No lo sé. Puede ser cualquier cosa. No es eso lo que a mí me interesa.

Gail sonrió:

—Para no interesarle lo que contiene, la está estudiando muy exhaustivamente.

—Estoy observando el continente, no el contenido. El líquido parece amarillo pero podría ser incoloro. Los cristales de Reinhardt a menudo transmiten sus propios matices a los líquidos —Tupper le devolvió la ampolla a Gail—. Muy hermosa. Estoy dispuesto a pagarles veinte dólares por esa ampolla.

—¡Veinte dólares! —exclamó Sanders—. Pero si es...

—Ya sé, parece una barbaridad. Pero como ya le he dicho, en nuestro pequeño círculo existe cierta rivalidad. Me gustaría mucho ser el primero en poseer una pieza de Reinhardt. Francamente, esta pieza no vale más de diez dólares si les ofrezco veinte sé que nadie podrá pagarles más. Su conocido Slake, por ejemplo, no podría subir los diez dólares. Yo les estoy haciendo algo así como una oferta de prioridad.

—¿Le molestaría que extrajéramos parte del líquido? —preguntó Gail—. A usted no, pero a nosotros sí nos interesa saber qué contiene.

—No, eso es imposible —afirmó Tupper—. Para extraer el líquido tendrían que romper un extremo de la pieza, y eso le haría perder todo su valor.

—Entonces no la vendemos —dijo Sanders.

—Treinta dólares —insistió Tupper, abandonando su encanto y deferencia.

—No —señaló Sanders—. Ni siquiera por cincuenta dólares.

—Están cometiendo un error. Nadie les ofrecerá tanto.

—Entonces la guardaremos —afirmó Sanders—. A fin de cuentas, usted mismo ha dicho que es todo un éxito poseer una pieza de cristal de Reinhardt.

Tupper le observó con fijeza, se inclinó ante Gail, dijo buenas noches y salió del porche retrocediendo. Algunos metros más allá apartó algunos arbustos, penetró en los matorrales y desapareció.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Sanders.

Gail se levantó:

—Entremos. Si este hombre pudo deslizarse por entre los arbustos sin que le oyéramos, sabe Dios qué otras cosas pueden estar arrastrándose por allí.

Entraron en la cabaña y Sanders cerró la puerta con llave.

—¿Le crees?

—No. ¿Y tú?

—¿Quién conoce los cristales de Reinhardt?

—Si tanta competencia hay por estas piezas, ¿por qué le habló Slake de la existencia de esta ampolla? —observó Gail—. ¿Se habría ofrecido a comprarla él? No. Te apuesto lo que quieras a que no está interesado en el cristal. Le interesa el contenido.

—¿Por qué no lo dijo?

—Lo ignoro. Supongo que es bastante difícil hacerse pasar por coleccionista de líquidos.

—¿Guardaste todas las demás cosas que encontramos?

—Sí, ¿por qué?

—Mañana trataremos de encontrar a alguien que pueda informarnos sobre el naufragio. Tal vez todavía exista algo que nos indique qué transportaba el *Goliat* —dijo David.

### 3

Gail preguntó:

—¿Y no hubo sobrevivientes?

—Uno —respondió el jefe de botones, un corpulento inglés de edad madura—, pero actualmente está ido.

—¿Ido?

El jefe de botones se llevó un dedo a la sien:

—Chiflado. Él les contaría muchas cosas, pero más de la mitad es fantasía. La persona que puede ayudarlos es Romer Treece. Conoce todos los naufragios ocurridos en las Bermudas y él mismo ha descubierto la mitad. Si alguien comprende estas aguas, es él.

—¿Figura en la guía de teléfonos? —preguntó Sanders.

—No tiene teléfono. La única forma de ponerse en contacto con él es ir hasta su casa, en la isla de St. David.

—Muy bien. En la entrada vi unas cuantas motos. ¿Las alquilan?

—Las pequeñas, las Mobyettes, están en alquiler —el jefe de botones hizo una breve pausa y prosiguió—: Señor Sanders... ¿conoce St. David?

—¿Qué significa conocer? He visto la isla en el mapa.

—Allí no son... hospitalarios. No se consideran bermudianos, sino isleños de St. David. Hay un puente, el Severn, que conecta la isla con el resto de las Bermudas. A ellos les gustaría que se cayera y que nunca más fuera reconstruido.

Sanders rió:

—¿Qué son? ¿Ermitaños?

—No, pero forman un pueblo orgulloso y también bastante rudo. Tienen sus propias leyes y el gobierno de las Bermudas hace la vista gorda. Existe un acuerdo mutuo, yo diría que una forma de recompensa por la esclavitud.

—¿Esclavitud?

—Los antepasados de los isleños de St. David eran esclavos. La mitad de ellos indios mohicanos, alborotadores enviados por los colonos americanos. La otra mitad, irlandeses ingobernables traídos por los británicos. A través del tiempo fueron casándose entre sí y se llegó a crear una estirpe de baja calidad.

—Me parece fascinante —intercaló Gail.

—A la luz del día, señora. Pero no se le ocurra deambular por St. David después de anochecer.

Sanders dijo:

—Gracias por el consejo. Dejé nuestras botellas en el cobertizo. ¿Pueden volver a llenarlas?

El jefe de botones no respondió. Parecía incómodo.

—Yo... permítame preguntarle algo, señor Sanders —le mostró dos tarjetas—. Éstas son las tarjetas que usted me dio. Disculpe mi ignorancia, pero no conozco la

ABNI.

—Claro —explicó Sanders amablemente—. Asociación de Buceadores Nacionales Independientes. Actualmente hay tantos buceadores que la NAUI y la Y no pueden abarcarlos a todos. La ABNI es un grupo nuevo.

—Entendido —el jefe de botones escribió algo en un trozo de papel—. Espero que me comprenda. Debo cumplir con los reglamentos.

—Está bien, no se preocupe.

Gail y David salieron y alquilaron las Mobylettes en la tienda de velomotores del Orange Grove Club. Mientras el empleado llenaba unos formularios, Gail susurró:

—¿Qué es eso de las tarjetas?

—Sabía que las pedirían. Cada año se vuelven más rígidos. No se puede conseguir oxígeno sin una tarjeta de afiliación.

—¡Pero nosotros no estamos afiliados!

—Ya lo sé. Me hice imprimir las tarjetas en Nueva York.

—¿Qué es ABNI? ¿Existe?

—Que yo sepa, no. No te preocupes. Nunca comprueban nada pero necesitan tener algo en los archivos.

—Creo que deberíamos haber hecho el curso de Y —señaló Gail—. Ayer fue la primera vez que buceé en un año.

—Sí, ¿pero quién dispone de catorce martes por la noche para desperdiciar en una piscina? —Sanders le pasó un brazo alrededor de la cintura—. No te preocupes, te pondrás en forma.

—No sólo estoy preocupada por mí.

Prestaron atención a las instrucciones sobre el funcionamiento de los velomotores. El empleado señaló una hilera de cascos y preguntó:

—¿Qué tamaño necesitan?

—Ni pensarlo. Odio esas cosas —dijo Sanders.

—Lo exige la ley. No tiene elección. La policía puede confiscar las Mobylettes.

—Me parece —estalló Sanders irritado— que puedo decidir por mí mismo... — se interrumpió al sentir la mano de Gail sobre su brazo—. Bueno, está bien.

Gail puso la toalla llena de restos del *Goliat* en la canasta que había en la parte trasera de su moto y se palmeó el bolsillo de la camisa para asegurarse de que la ampolla seguía allí.

Tomaron South Road en dirección noroeste. El viento había virado al sudeste y cuando atravesaron la parte del camino que daba a la costa sur, Sanders señaló los arrecifes: lo que ayer había sido un fondeadero en calma para el ballenero, ahora era un hervidero de espuma. Las olas chocaban contra las rocas. Incluso en el costado de los arrecifes que daba a la playa, el agua empujada por el viento había cobrado fuerza suficiente como para formar marejada en la costa.

La carretera estaba atestada de taxis pequeños y lentos cuyos conductores — aunque se conocían de toda la vida y se veían varias veces al día— se saludaban

permanentemente haciendo sonar sus bocinas.

No parecía haber una estratificación social ni barrios discernibles. En un sentido general, las casas que se alzaban a mano derecha de la carretera —que disfrutaban del espectacular paisaje oceánico— eran grandes, cuidadas y obviamente costosas. Las de la izquierda, reunidas en las faldas de las colinas, eran más pequeñas y humildes: sus patios llenos de hierbas aparecían poblados de niños negros. Cada soplo de brisa transportaba una mezcla de aromas dulces y agrios, picantes y fuertes.

Atravesaron las parroquias de Devonshire y Smith; en Harrington Sound Road giraron a la izquierda y siguieron la larga calzada que atravesaba el puerto de Castle hasta la isla de St. George. Un cartel indicaba a la izquierda la población de St. George, continuaron recto, cruzaron el Severn y siguieron la estrecha carretera que discurría paralela al aeropuerto, en dirección a St. David.

Esperaban encontrar una comunidad ordenada y cerrada, pero lo que vieron fue una azarosa agrupación de cabañas de piedra caliza, unidas entre sí por caminos de tierra. Parecía que alguien había elevado a diez mil pies de altura un saco lleno de cabañas y lo había vaciado sin ningún cuidado, desparramando el contenido en las laderas de las montañas. Sólo un edificio parecía correctamente situado: el faro que se elevaba en la cima de un acantilado.

Se detuvieron a un costado del camino y Sanders desplegó el mapa que había pedido en el hotel.

—Es aquí —afirmó—. Tiene que ser aquí. Ése es el faro de St. David.

—¿Por qué no le preguntamos a alguien?

—Claro que sí. Pregúntale a cualquiera de esos miles de personas —extendió el brazo en dirección a la ladera de la montaña.

No se veían bicicletas, ni noches, ni transeúntes: la villa parecía desierta.

A cincuenta metros de distancia, después de una curva, vieron un cartel a mano que decía: «Comidas Kevin».

—Parece vacío —observó Gail.

En el marco de la entrada de la choza no había puerta pero de un palo que atravesaba la parte superior del dintel colgaban los restos de una destrozada cortina de cuentas. Sanders golpeó la pared con los nudillos. No obtuvo respuesta.

—¿Hay alguien aquí?

Atravesaron el hueco de la entrada.

—¿Qué desean? —preguntó una voz desde el extremo opuesto de un largo mostrador.

El hombre que había hablado no llevaba camisa; era moreno, panzudo y lampiño. Sus ojos parecían agujeros negros empotrados encima de sus redondeadas mejillas.

—Estamos buscando a Romer Treece —le informó Sanders.

—No está aquí.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Romer no es ninguna atracción turística.

—No somos turistas —dijo Sanders—. No es ésa la razón de que le busquemos. Queremos preguntarle algo acerca de un navío.

—Él entiende mucho de barcos —dijo el hombre en un tono menos beligerante—. De eso no le quepa ninguna duda. ¿Cuánto interés tienen en hablar con él?

—¿Cómo dice? —Sanders tardó un instante en comprender lo que Kevin quería decir—. Ah, sí —sacó un billete de cinco dólares de la billetera y lo apoyó sobre el mostrador.

—No tiene suficiente interés en verlo.

Sanders estaba a punto de decir algo pero miró a Gail y la expresión de ella era clara: salgamos de aquí. David puso otro billete de cinco dólares en el mostrador.

—¿Ahora es suficiente?

—En la cima de la montaña, junto al faro.

Gail preguntó:

—¿Vive en el faro?

—Por allí. El faro es de él.

El faro se alzaba en un promontorio llano, a tanta altura sobre el nivel del mar que la luz estaba a sólo quince o veinte metros del suelo. Un sendero bien marcado conducía a los turistas hasta la entrada del faro. Vieron una pequeña casa blanca rodeada por una cerca de estacas, protegida de la luz del faro. Sobre la puerta se leía la palabra PRIVADO. Los Sanders apoyaron los velomotores contra la cerca, abrieron el portal y bajaron por el pequeño sendero que conducía a la casa. A cada lado de la puerta principal —donde podía haber habido macizos de flores— se veía una tinaja del tamaño de una bañera, llena de un líquido transparente en el que nadaban docenas de piezas de metal herrumbrado: esarpas, cajas, cañones de pistola e innumerables objetos desconocidos.

Gail apretó el bulto donde llevaba los tesoros encontrados:

—¿Crees que son cosas como éstas?

—Eso parece. Probablemente están recibiendo un baño químico.

La puerta de la casa estaba abierta, pero detrás había una cancela con el pestillo interior echado; Sanders dio un golpe en el marco y gritó:

—¡Señor Treece!

—¡En el faro hay folletos! Allí encontrará todo lo que quiera saber —la voz era profunda y el acento similar, aunque no idéntico, al inglés o el escocés.

—Señor Treece, queremos hacerle unas preguntas sobre unas cosas que hemos encontrado.

David miró a Gail. Cuando se volvió nuevamente hacia la cancela, se encontró frente al hombre más grande que había visto en su vida.

Medía más de dos metros y su pecho era tan ancho que las mangas de la camiseta habían empezado a abrirse en las costuras. Su pelo negro rizado —cortado al rape—



partía de una aguda V en el centro de la frente. La nariz era larga y delgada, con un buen promontorio en el medio, como si se le hubiera quebrado y nunca la hubiera hecho enderezar. La cara parecía una pirámide triangular invertida: ancha, de pómulos altos sobre las mejillas hundidas y boca de labios delgados encima de la barbilla sobresaliente. La piel era morena y seca, con aspecto de *bacon* demasiado cocido. El único rasgo facial que delataba la presencia de sangre no india eran los ojos: eran de color azul pálido, muy claro.

—No somos turistas —se apresuró a aclarar Sanders—. En el Orange Grove Club nos informaron que quizá usted estuviera dispuesto a ver algunas cosas que encontramos en el fondo del mar.

—¿Quién se lo dijo?

—El jefe de botones.

—Briscoe —dijo Treece—. Yo no soy su criada.

—Lo único que dijo es que nadie más que usted podía ayudarnos.

—¿Qué barco?

—El *Goliat*.

—Nada que valga la pena en esa basura. Si llevaba algo, nadie lo encontró —Treece miró por encima de ellos, en dirección a la cerca—. ¿Hicieron todo el camino montados en eso?

—Sí.

—Bueno, ¿qué encontraron? —Treece destrabó la puerta y salió al sendero, cerrándola seguidamente—. ¿Tienen las cosas allí? —preguntó mientras señalaban el bulto que Gail llevaba en la mano.

—Sí —Gail le entregó la toalla anudada.

Treece se agachó, colocó la toalla en el suelo, la abrió y examinó: los tenedores y las cucharas, el jarro de peltre, la navaja y la mantequera.

—Basura del *Goliat*, sin duda alguna —se levantó—. Ya he respondido a lo que querían saber. ¿Creen que valía la pena que vinieran hasta aquí?

Sanders respondió:

—Hay algo más.

David le hizo un gesto a Gail, que sacó la ampolla del bolsillo de la camisa y se la pasó a Treece.

Treece apoyó la ampolla en la palma de la mano y la miró fijamente, sin decir nada. Sanders observó el movimiento de los músculos de su mandíbula, como si le castañetearan los dientes.

Al cabo de unos minutos Treece cerró la mano alrededor de la ampolla. Levantó la cabeza y miró en dirección al mar.

—¡Maldición! —exclamó—. ¡Después de treinta y dos años resulta que era verdad!

—¿Cómo...?

Treece se volvió rápidamente hacia Sanders, interrumpiéndolo:

—¿Quién más ha visto esto?

—Bueno... —tartamudeó Sanders.

—¡He preguntado *quién más* ha visto esto!

—Anoche un hombre intentó comprárnosla. Un negro. Dijo que le interesaba el cristal. También la vio un camarero del hotel.

Treece lanzó una carcajada llena de ira y desprecio:

—¡Cristal! —blandió el puño bajo el mentón de Sanders y luego lo abrió, obligándole a mirar la ampolla—. ¿Sabe lo que contiene? Morfina, dulce y pura morfina en cantidad suficiente para enviar a cualquiera al otro mundo. No me extraña que alguien haya intentado comprársela. Demuestra la realidad de la leyenda.

—¿Qué leyenda?

Treece miró a Sanders, luego a Gail, y luego nuevamente a Sanders.

—Preferiría no decir nada, pero ahora que ellos saben que vosotros lo descubristeis, pronto os harán saber más cosas. Entrad —les dijo, tutéandoselos de buenas a primeras.

Dieron la vuelta a la casa en pos de Treece, que los hizo entrar en la cocina, grande y confortable, con vista al mar. Desparramados por todas partes, sobre los estantes y en la mesa redonda, se veían botellas y redomas, mecheros Bunsen y herramientas: fresas de dentista, fórceps, cuchillas, martillos, formones. Los invitó a sentarse. Gail tenía la garganta seca. Preguntó:

—¿Puede darme un vaso de agua?

—Si logro encontrar un vaso —respondió Treece, buscando en el desorden reinante en uno de los estantes.

Gail vio sobre la mesa un vaso lleno hasta la mitad.

—Aquí hay uno —dijo mientras se levantaba a buscar el vaso—. No es necesario que sea de la nevera.

Treece la observó y esperó a que el vaso estuviera a pocos centímetros de la boca de Gail. Entonces estalló en una carcajada y exclamó:

—¡Muchacha, no bebas eso! Un solo sorbo y pasarás a la historia.

Gail se mostró sorprendida:

—¿Qué es?

—Ácido clorhídrico. Seguro que te limpiaría las cañerías —buscó un vaso limpio, lo llenó con agua del grifo y se lo entregó—. Toma. Éste no hará más que oxidarte.

Sanders escuchó entonces un gruñido. Se volvió sin saber qué encontraría y vio un perro sentado en el alféizar de la ventana: una especie de terrier de tamaño mediano y hocico gris. Le gruñó a David. Treece dijo:

—Basta ya, *Charlotte*, antipática. Los ojos de la perra no se apartaron de Sanders. Volvió a gruñir.

—¡He dicho que ya está bien! —Treece cogió el vaso que sostenía Gail y arrojó el agua en la cara de la perra; ésta movió la cola y se lamió el agua de los bigotes—. Pórtate bien. No son turistas. Al menos, en este momento no lo son.

La perra saltó al suelo y olisqueó los pantalones de David.

—Se siente burlada porque entrasteis sin que os viera —aclaró Treece—. Siempre quiere ser ella la primera en reconocer a los visitantes.

—¿Muerde? —preguntó Gail mientras el frío hocico del animal exploraba el tobillo de Sanders.

—¡Desde luego! Es una cazadora de turistas de pura sangre —Treece se reclinó contra la pared y preguntó—: ¿Qué sabéis del *Goliat*?

—En realidad, nada —replicó Gail.

—Quizá algo —intervino Sanders—. El bañero de la playa nos comentó que había oído decir que iba cargado con municiones.

—Sí —dijo Treece—. También. El *Goliat* era un buque de carga, un velero de madera que transportaba provisiones a Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Había una razón concreta para utilizar navíos de madera, a pesar de que eran más lentos. El casco no atraía las minas magnéticas y el navegar a vela, no producía el ruido suficiente como para alertar a los submarinos alemanes. El *Goliat* iba cargado a tope. El inventario de mercadería hablaba de una serie de municiones y artículos de medicina. En el otoño de 1943 tropezó, se quebró la espalda contra las rocas y desparramó sus tripas por la costa. Durante varias semanas los habitantes del lugar estuvieron recogiendo todo tipo de basura en la playa. Yo me sumergí dos o tres veces en los años cincuenta y conseguí una tonelada de bronce: cargas de profundidad y cápsulas de artillería. El fondo estaba lleno. Seguro que nunca han visto nada semejante. Pero nadie logró encontrar los productos medicinales.

—¿Qué se supone que llevaba? —preguntó Gail.

—Nadie lo sabe con certeza. El inventario decía únicamente productos medicinales. Podía ser cualquier cosa: sulfas, vendas, yodo, cloroformo, cualquier cosa... Un par de años después de finalizar la guerra, creo que en el 47, un terrible huracán redujo a escombros todo lo que quedaba. Después de eso, la mayor parte de la gente se olvidó del *Goliat*, aunque no todos.

—El jefe de botones nos dijo que había habido un sobreviviente —señaló Sanders.

—Sí hay uno. De hecho, estaba en peor estado que el barco, pero vivió. Cuando salió del hospital empezó a vender basura del *Goliat* y a cambio de un trago vomitaba toda clase de historias sobre el naufragio. Una noche que estaba borracho contó que a bordo llevaban una fortuna en drogas. Millares y millares de ampollas de morfina y opio, según dijo, en cajas de cigarros. Afirmó que él era personalmente responsable de las ampollas y que sabía dónde estaban pero que no se lo contaría a nadie. Al día siguiente lo secuestraron unos tipos que, al parecer, querían saber algo más sobre esas drogas. Juró que ignoraba de qué le estaban hablando y que no sabía nada sobre ninguna droga. No volvió a repetir la historia. Pero una vez fue suficiente. El rumor se extendió y poco tiempo después comenzó a circular el rumor de que había diez millones de dólares en drogas en el fondo del mar. Todos buscaron

desesperadamente. Se hizo una verdadera autopsia a los restos del naufragio con todo tipo de herramientas, salvo pinzas de relojero, pero nunca encontraron una sola ampolla... hasta ahora.

—¿Cómo se puede explicar que haya aparecido una ahora? —preguntó Sanders.

—El fondo del mar es un ser viviente. El mar es caprichoso y bromista. Disfruta riéndose de la gente. Siempre cambia. Una tormenta puede alterarle el rostro, un cambio de corriente puede hacerle vomitar. Es posible revisar un día los restos de un naufragio sin encontrar nada. Esa noche el viento se desata y al día siguiente, en el mismo lugar, aparece una alfombra de monedas de oro. No es la primera vez que eso ocurre. Durante las seis semanas pasadas hemos tenido cuatro intensos vendavales.

—David pensó que esta ampolla podía provenir de la enfermería.

—El *Goliat* no tenía enfermería. Probablemente llevaban algunos medicamentos para la tripulación y si se tratara de otro barco juraría que la ampolla proviene del botiquín, pero no en este caso. Lo mejor que cabe esperar es que vosotros hayáis encontrado la única ampolla que quedaba.

—¿Por qué? —inquirió Sanders.

—Porque hay gente capaz de degollaros sólo por una parte de lo que los rumores dicen que hay allí abajo. ¿Que le dijisteis al tipo de anoche?

—Nada. *No sabíamos* nada, salvo que encontramos esa ampolla en la zona donde naufragó el *Goliat*.

Treece permaneció un rato en silencio, asomado a la ventana. Por último dijo:

—¿Estáis dispuestos a volver a bucear y echar otro vistazo? No hoy, que el mar puede hacer picadillo a cualquier buceador ¿Mañana?

Sanders miró a Gail:

—Sí.

—Es importante averiguar si hay algo más. Si no hay nada, mejor. Pero en caso afirmativo, quiero rescatarlo antes de que lo descubran todos los cabezas huecas que hay entre este lugar y las Bahamas, y comiencen a bucear en busca de una carga succulenta. Podría ir yo, pero eso sería lo mismo que izar una bandera en un mástil. —Treece comenzó a buscar algo en los armarios—. Cada vez que me mojo los pies los periódicos empiezan a hablar del descubrimiento de un tesoro. Ahora que alguien sabe que puede haber algo del *Goliat*, si yo bajara nos meteríamos en un callejón sin salida —metió la mano hasta el fondo de un cajón y sacó dos piedras del tamaño de un puño, que colocó sobre la mesa—. Si encuentran otra ampolla, coloquen una de éstas en el lugar. Las astillas de estas rocas reflejan los rayos infrarrojos Yo bajaré una noche con una linterna reflectora de rayos infrarrojos y revisaré la zona.

—De acuerdo —dijo Sanders—, iremos mañana.

—Si el viento lo permite.

Gail se levantó y cuando cogió el bulto que había dejado sobre la mesa vio el terrón negro que había encontrado David. Se lo señaló a Treece y le preguntó:

—¿Es carbón?

—No —Treece cogió el terrón—. Es algún tipo de sulfuro. Si quieres lo abro, pero existe el riesgo de echarlo a perder.

—No importa.

Treece cogió un martillo y un cincel de un estante, se sentó frente a la mesa y colocó el terrón negro delante de él. En sus enormes manos llenas de cicatrices, el martillo parecía un juguete: tenía el pulgar tan grande como la cabeza del martillo. Pero manejaba las herramientas con tanta suavidad y destreza como un tallador de gemas. Tanteó el terrón golpeándolo en diversos lugares, descubrió una grieta casi imperceptible cerca del centro y allí apoyó el cincel. Golpeó una sola vez y el terrón se separó en dos partes. Examinó las dos mitades y sonrió.

—Es hermosa. No puedo leer la fecha pero es una maravilla.

—¿Qué es? —preguntó Sanders.

—Los restos de una pieza de un ochavo, antepasado del maldito dólar.

—No comprendo.

—Mira —Treece acercó las dos mitades del terrón a la luz. Sanders observó la débil marca de una cruz, un castillo y un león rampante—. Ésta ha sido una moneda de plata, Al caer en el mar comenzó a oxidarse y se fue transformando en sulfuro de plata. Eso es todo lo que queda: una sombra. Es lo que siempre le ocurre a la plata, a no ser que esté dispuesta en una gran pila o apoyada contra el hierro. En esos casos se conserva muy bien.

—¿Usted se refiere a un ochavo *español*? —preguntó Gail—. No es posible.

—Lo es, muchacha. Los ochavos de reales de plata eran tan comunes como un chelín en aquellos tiempos.

—¿Vale lo mismo que un dólar? —inquirió Gail.

—No. Lo que quiero decir es que el signo del dólar proviene del ochavo. Mira aquí —Treece extendió el polvo en la masa negra y empezó a dibujarlo con un dedo—. Los contables españoles solían registrar las piezas de ochavos de la siguiente forma: una P al lado de un 8. Eso debió resultarles tedioso, de modo que decidieron abreviarlo —dibujó un 8 y una P superpuestos, borró algunas líneas y quedó dibujado el signo \$.

—¿Es antigua?

—Lo ignoro. No he podido leer la fecha. En cualquier caso, debe tener unos dos siglos.

—¡No puede ser!

Treece rió.

—Como quieras —concedió, tolerante—, ¿dónde la encontraste?

—La encontramos en el *Goliat*.

—No es posible —Treece hizo una pausa y explicó—: El *Goliat* se hundió en 1943. No llevaba monedas españolas.

—Pues la encontramos allí. De hecho, fue David quien la descubrió en las rocas.

—¡Ah! —observó Treece—. De vez en cuando aparecen. Incluso a veces surgen

entre la espuma.

—¿Podría haber más? —preguntó Gail.

—Sí —Treece sonrió—. Y debajo podría hallarse la Atlántida. Encontrasteis una moneda... ni siquiera una moneda, sus restos, Imagina que en este mismo momento se produjera un terremoto que hiciera volar este maldito acantilado y nos arrojara al mar. Supón que dentro de trescientos años unos buceadores descubren los restos del desastre y lo primero que encuentran es un penique que se me había caído del bolsillo. Serían unos tontos si extrajeran la conclusión de que descubrieron el tesoro escondido de un mandatario de las Bermudas.

—Pero *podría* haber más —intervino Sanders.

—Es posible. No lo niego. El mar contiene más misterios de los que vosotros o yo podemos imaginar y de vez en cuando desentraña uno, cuando quiere. Pero generalmente te gasta bromas, te ofrece chucherías para despertar tu interés. Después te escupe en un ojo.

—Leí en algún lado la historia de un chico que caminaba por la arena y tropezó con una cadena de oro de cincuenta mil dólares.

Treece asintió:

—Ocurre. Pero si esperas que te ocurra a ti puedes volverte loco.

—¿Quiere que busquemos más monedas mañana? —preguntó Gail.

—No. No las reconoceríais aunque las tuvierais ante vuestros ojos. No perdáis el tiempo recogiendo cualquier maldito terrón de piedra negra que encontréis.

Treece salió con los Sanders por la puerta trasera y juntos dieron la vuelta hasta la parte delantera de la casa. La perra los siguió, olisqueando y moviendo la cola.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto contigo? —preguntó Sanders.

—Igual que hoy. Es posible que el viaje sea largo pero contribuye a que los visitantes sean poco frecuentes y sinceros. En caso de urgencia, podéis telefonarle a mi primo Kevin.

—¿El de Comidas Kevin? Es el lugar donde pedimos que nos orientaran para llegar hasta aquí.

La expresión de Sanders debió mostrar cierto disgusto, porque Treece lanzó una carcajada y preguntó:

—¿Cuánto te costó la información?

—Diez dólares.

—Kevin es una especie de mercenario. Es muy buena persona, pero si existiera una forma de extraerle dinero al polvo, él la descubriría.

—Me parecía... que quería protegerte.

—Así es. La mayor parte de los lugareños lo hacen. Es una tradición.

—¿Protegerte?

—Proteger a cualquiera de los Treece que esté a cargo del faro. Cuando nos arrojaron aquí como esclavos en el siglo XVIII, nombraron a un sheriff y a una banda de bestias para que nos mantuvieran a raya. Pero la esclavitud no nos iba y después

de un tiempo descabezamos al sheriff y se lo arrojamos a los peces, junto con sus compinches. Entonces nos dejaron en paz e impusimos nuestro propio orden. Fue elegido jefe un Treece por dos razones: siempre hemos sido más fuertes que cualquiera y siempre ha habido más miembros de la familia Treece que de cualquier otra en el lugar, de modo que siempre hemos podido contar con parientes sanguíneos que nos ayudaran a resolver cualquier reyerta. Así ha sido desde hace más de un siglo.

—¿Ahora el jefe es usted? —inquirió Gail.

—En cierto sentido. El trabajo no es demasiado. Actúo como árbitro en casos de disputas y trato con los bermudianos siempre que surge la necesidad de hacerlo, lo que felizmente ocurre con poca frecuencia. Y me ocupo del faro, que es el único aspecto del trabajo que vale la pena. Pero no es un mal empleo, especialmente antes de ocuparlo. Es lo mismo que ser el Príncipe de Gales. Cuando mi padre vivía, los isleños pagaron mi educación en Inglaterra. Priva el criterio de que el jefe debe ser culto. No sé por qué: un título no sirve de mucho cuando hay que aporrear a un granuja o devolverle a un tipo la cabra que le robaron.

—Entonces aquí se cometen delitos —afirmó Gail—. Ya nos advirtieron que no debíamos quedarnos después de anochecer.

—No es así, al menos eso no ocurre entre la gente de St. David. Pero la advertencia tiene sentido: los de fuera de la isla son otra cosa.

—¿Cuando usted se retire su hijo ocupará su puesto? —preguntó Gail.

—Lo haría —respondió Treece serenamente—. Si tuviera un hijo.

El tono monocorde de Treece incomodó a Gail. Sanders lo notó y se apresuró a preguntar:

—¿Le dejamos la ampolla?

—Es preferible —dijo Treece—. Nadie será tan tonto como para venir a buscarla aquí y desde luego nadie estará tan loco como para intentar golpearme y saquearme —se acercó al portal—. Quiero asegurarme de que deseáis hacer esto. Estáis de vacaciones y no hay razón para que os ocupéis de esa cuestión si no lo deseáis.

—¿Qué podría ocurrir? —preguntó Gail.

—Supongo que nada. Pero nunca se sabe de lo que es capaz la gente cuando huele dinero. Especialmente algunos de los negros hijos de perra que andan por aquí.

Treece notó que a Gail le habían impresionado las palabras «negros hijos de perra» y agregó:

—Racista. Prejuiciado. Fascista. No. No tengo prejuicios pero son partidismos. Y mis razones. Los negros de las Bermudas tienen bastante de qué quejarse y lo hacen. Pero aún deben recorrer un largo camino para ganarse mi respeto.

—Pero usted no puede...

—Vamos —le interrumpió Sanders—. No convirtamos esto en un simposio sobre consideraciones étnicas —se volvió a Treece—: Hasta mañana.

—Muy bien.

Treece les abrió el portal y volvió a cerrar cuando ya habían salido. En cuanto la puerta quedó cerrada, la perra se sentó en los cuartos traseros, apoyó las patas delanteras en la cerca y comenzó a gruñir y a ladrar. Treece rió:

—Habéis vuelto a convertirnos en turistas.

Caminaron llevando las motos cuesta abajo, hacia el camino que pasaba por el faro.

—*Tendríamos* que asegurarnos de que queremos hacerlo —señaló Gail.

—Yo lo estoy. Ésta es la oportunidad de *hacer* algo. Estoy harto de leer sobre lo que han hecho los demás y de escribir sobre lo bien que lo pasan otros. No se puede vivir toda la vida realizándose a través de las acciones de otros. Es lo mismo que masturbarse desde la cuna hasta la tumba. De todos modos, a lo único que nos hemos comprometido es a bucear mañana para ver qué encontramos y eso es algo que queríamos hacer. Si descubrimos algo... entonces será el momento de preocuparse sobre el próximo paso. Pero no pienso olvidarme de esto hasta que sepamos algo más.

Cuando David Sanders tenía diecisiete años y estaba en tercer año, a su curso le asignaron la lectura de *Walden*. La mayor parte de los compañeros de Sanders encontró el libro aburrido y soso, una especie de colección de máximas que debían ser subrayadas, memorizadas, vomitadas en un examen y olvidadas.

Pero a Sanders le resultaron tan inspiradoras las actitudes de Thoreau ante la vida que se hizo hacer dos placas. En una de ellas se leía: «La mayoría de los hombres lleva una vida de serena desesperación»; la otra: «... quería vivir deliberadamente, enfrentar únicamente los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que tenían que enseñarme y no descubrir, cuando me llegara el momento de morir, que no había vivido». Aunque se habían desconchado y desvaído con el tiempo, ambas placas seguían ocupando un lugar encima de su escritorio.

Cuando estudiaba en la Universidad, Sanders asistió a una conferencia de Jacques-Yves Cousteau y al concluir el día sabía que quería llevar la misma vida de Cousteau. Le escribió varias cartas (ninguna de las cuales recibió respuesta) y recorrió más de trescientos kilómetros para asistir a sus conferencias y ver sus películas. En una oportunidad, después de una clase, le habló a Cousteau, quien le dijo —afablemente pero con firmeza— que había centenares de candidatos a ocupar puestos a bordo del *Calypso* y que a no ser que tuviera credenciales de marino-científico o de fotógrafo submarino, no tenía la menor posibilidad de ser tenido en cuenta.

Inmediatamente después de graduarse, Sanders ingresó en el programa de entrenamiento de seis meses del ejército. Cuando concluyó el servicio activo se casó con la chica con la que salía desde que estaba en segundo año. No sentía el deseo específico de casarse pero como era evidente que tendría que buscar un empleo



rutinario, Sanders contempló el matrimonio como una especie de aventura: al menos era algo que nunca había hecho.

David y Gloria se trasladaron a Washington. El asunto de Camelot estaba en pleno apogeo y David imaginaba pertenecer al estilo Kennedy. Practicaba natación, navegación a vela y fútbol. Incluso tenía consigo una carta de recomendación de uno de sus profesores de Historia, que había sido compañero de J. F. K. en Harvard. Quería convertirse en redactor de discursos —empezando desde abajo, por supuesto—, sentándose a la derecha de Ted Sorenson y escribiendo chistes para el *Líder del Mundo Libre*. Le informaron de que la mejor forma de ingresar en el gobierno consistía en pasar los exámenes del Servicio Exterior. Aprobó los escritos y fracasó en el oral. Nunca supo por qué le habían suspendido, pero supuso que a uno de los examinadores le había disgustado su respuesta a una pregunta sobre sus intereses no profesionales: «Buceo y la caza de orcas».

Gracias a una carta que escribió un amigo de su padre obtuvo un empleo en el *National Geographic Magazine*. Después de un año de no hacer otra cosa que escribir leyendas —impaciente al ver a los redactores fijos que regresaban bronceados y curtidos de lugares exóticos— le preguntó al jefe cuánto tiempo tardaría en llegar a ser uno de ellos. La respuesta fue que no podía garantizarle que alguna vez llegara a serlo. La mejor forma de demostrar su talento a los directores, le respondió el jefe, era que escribiera un artículo para la revista como periodista independiente.

Renunció al empleo y comenzó a inundar a los directores con ideas sobre lugares remotos desarrolladas en un párrafo. Pronto descubrió que los directores, antes de aceptar un artículo, exigían un esbozo tan extenso y detallado, que sólo una persona íntimamente familiarizada con el lugar en cuestión podía preparar. Sanders nunca había estado al oeste del Mississippi y el único lugar que había visitado, fuera de los Estados Unidos, era St. Croix. Entonces comenzó a trabajar en una novela. Llevaba escritas cerca de veinte páginas cuando Gloria le anunció que estaba embarazada a pesar del uso diligente de todo artificio anticonceptivo conocido por la ciencia, excepto la abstinencia.

Sanders consideró por primera vez la idea de Wall Street en una noche melancólica y alcoholizada, cuando se hallaba con un excompañero de la facultad. El alza del mercado bursátil de mediados de los años sesenta estaba en sus comienzos y el compañero de Sanders ganaba treinta mil anuales haciendo prácticamente nada, según él mismo dijo. Y desde luego, razonó Sanders, él no estaba menos preparado que el otro y encontró cierto atractivo picaresco en las historias de «los jóvenes de Wall Street». Se trasladó a Nueva York, alquiló un apartamento en la calle Setenta Éste, leyó unos cuantos libros, hizo algunos contactos y encontró trabajo, todo en menos de un mes.

Para su propia sorpresa, a Sanders le gustó el trabajo, que era fácil, excitante y bien remunerado. Era un hombre gregario, le gustaba correr riesgos con el dinero y sus primeros éxitos (que alcanzó siguiendo el consejo de corredores de Bolsa más

experimentados, sencillamente) le proporcionaron tantos clientes como podía aceptar. Fue lo bastante inteligente como para darse cuenta de que aunque el mercado podía batir todos los récords, finalmente ocurriría algo que lo haría bajar, de modo que aprendió a compensar fondos y a vender en descubierto. El descenso de valores que comenzó en 1968 le encontró razonablemente acomodado.

Se retiró de las plantillas y se convirtió en un «agente de clientes», cuyos ingresos procedían de las comisiones recibidas por comprar y vender las acciones de aquéllos. Era muy eficaz en su trabajo (creía poseer un don especial para intuir los cambios inminentes en el mercado y confiaba en la aceptación de riesgos basados en presentimientos) y tres empresas rivales intentaron contratarlo ofreciéndole salarios considerables. Rechazó las tres ofertas porque seguía prefiriendo la vida imprevisible de la gente libre. El hecho de no saber nunca cuánto dinero ganaría le fascinaba. Para él en eso radicaba la libertad. Si no lograba ganar lo suficiente para vivir, sólo podría culparse a sí mismo. Si triunfaba (y así ocurría) no tendría que compartir los honores con nadie.

Pero para Gloria, esa libertad, ésa valentía, era locura. Se trataba de una persona metódica que no corría riesgos y a la que le gustaba saber exactamente cuánto dinero habría en cada uno de los sobres que guardaba en un archivador titulado «presupuesto». Había sobres para alimentos, vestimenta, juguetes, diversiones y libros de texto.

En 1971, Sanders tenía dos hijos, un piso en la Sesenta y Siete Oeste y una casa en Westhampton. Sabía que eran motivos para sentirse dichoso y, sin embargo, estaba aburrido. Gloria le aburría. Sólo le interesaban dos cosas: la ropa y la comida. Su vida sexual se había transformado en una rutina previsible. Gloria disfrutaba del sexo pero se negaba a discutir —y cuánto más intentar— la forma de hacerlo más interesante. Cuando estaban haciendo el amor, Sanders fantaseaba con estrellas de cine, secretarias y Billie Jean King.

Poco tiempo después comenzó a aburrirle el trabajo. Se había demostrado a sí mismo que podía ganar dinero en cualquier tipo de mercado y disfrutaba tanto haciéndolo como gastándolo. Pero el desafío había desaparecido. Comenzó a desasosegarse y a hacer las cosas con indiferencia.

De tiempo en tiempo volvía a soñar con trabajar con Cousteau. Se mantenía en excelentes condiciones físicas, como si esperara que algún día le telefonara. Pero no era suficiente mantenerse en forma: le gustaba probarse. En una ocasión engordó a propósito cinco kilos para comprobar si —como él creía—, mediante un régimen especial que había inventado, lograba rebajarlos en tres días. En otra oportunidad aceptó correr quince kilómetros para ganar una apuesta. Se desplomó cuando sólo había recorrido once, pero encontró consuelo cuando un médico amigo le dijo que, teniendo en cuenta que Sanders no se había entrenado para la maratón, tendría que haber caído a los cuatro o cinco kilómetros. Vio por televisión un espectáculo referente a planeadores sin motor, suspendidos de una cometa gigante, y decidió

construir una. La hizo e intentó probarla remontando un acantilado de los Adirondack, pero un experto en la cuestión le convenció de que su cometa tenía defectos aerodinámicos: los puntales de las alas eran demasiado débiles y probablemente se romperían durante la experiencia, haciendo que la cometa se doblara y que Sanders cayera como una piedra por la ladera de la montaña.

Sólo pasaba sin aburrirse una semana al año: la semana de invierno en que sus hijos visitaban a los abuelos, su esposa acudía a un balneario de aguas termales de Arizona y él se dedicaba a bucear en alguno de los Clubs Méditerranée del Caribe.

Conoció a Gail en el Club de Guadalupe; mejor dicho, debajo de él. Ambos participaban en una excursión submarina organizada a unos jardines de corales. Las aguas eran diáfanas y la luz del sol resaltaba los colores naturales del arrecife poco profundo. Después de unos minutos de seguir al meticuloso guía —que se detenía ante todo espécimen de vida marina y se aseguraba de cada uno de los buceadores lo examinara a fondo—, Sanders se separó del grupo y se deslizó por el frente del arrecife, tratando de alcanzar el fondo. Tenía la vaga sensación de no estar solo pero no prestó atención a la figura que le seguía. Se dejó flotar con el movimiento del mar, girando en círculos ociosos.

Nadó a lo largo de la base del arrecife, asomándose a las grietas. Un pulpo pequeño se cruzó en su camino, lanzó un líquido negro y desapareció en el arrecife. Sanders se aproximó al agujero por el que había penetrado el pulpo y estaba intentando atraerlo para que saliera de su guarida cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Se volvió y vio ante sí el rostro de una mujer, pálido por el temor, que lo miraba con ojos desorbitados. Le hizo la señal de los buceadores con la que se indica «estoy sin aire», pasando un dedo por la garganta como si se estuviera degollando. David inhaló y le extendió su boquilla. La muchacha inspiró dos veces profundamente y se la devolvió. Volvieron juntos a la superficie, compartiendo la boquilla.

Llegaron a la barca que les había llevado hasta allí y subieron a bordo.

—Gracias —dijo Gail—. Era una sensación espantosa... Como chupar una botella de Coca-Cola vacía.

Sanders sonrió y la contempló mientras ella se secaba con una toalla.

Era la mujer más atractiva que había visto en su vida: no de una belleza clásica sino vibrante y visceralmente atractiva. Llevaba corta la melena de color castaño claro un poco desteñida por el sol. Era casi tan alta como Sanders: un metro ochenta. Tenía la piel suave y perfecta, salvo la cicatriz que atestiguaba una operación de apendicitis, que asomaba por la parte inferior del bikini. El bronceado aparecía increíblemente uniforme: los únicos fragmentos de piel que no eran de color miel se encontraban entre los dedos de los pies, en las palmas de las manos y en los pezones, que Sanders divisó cuando ella se inclinó para poner la toalla bajo el asiento. Sus piernas y sus brazos eran largos y ágiles. Cuando se levantó se le movieron los nervios de las nalgas y las pantorrillas como si su piel fuera de papel. Sus ojos eran

de un profundo azul brillante.

Gail vio que la observaba y le sonrió.

—Merece una recompensa —dijo; su tono de voz no era extraordinario pero el matiz de jovial confianza otorgaba consistencia a sus palabras—. A fin de cuentas, me salvó la vida.

Sanders rió:

—En realidad, la situación no era grave. Si yo no hubiera estado allí, probablemente habría regresado sana y salva a la superficie. No estaba a más de quince metros de profundidad.

—No habría llegado —afirmó— porque me habría sobrecogido el pánico. Habría contenido la respiración o algo parecido. No buceo con la suficiente continuidad como para saber enfrentarme a situaciones difíciles. De todas formas, le invito a almorzar. ¿Trato hecho?

Sanders se sintió repentinamente nervioso. Nunca, ni siquiera en la escuela secundaria o en la Facultad, una mujer le había pedido una cita. No supo qué responder pero su voz dijo:

—Trato hecho.

Su nombre completo era Gail Sears. Tenía veinticinco años y trabajaba como redactora de una pequeña y prestigiosa editorial neoyorquina que se especializaba en la publicación de ensayos sobre cuestiones sociales, económicas y políticas. Era miembro de *Causa Común* y de *Crecimiento Cero de la Población*. Durante el primer año siguiente a su graduación en la Facultad había compartido un apartamento con una amiga pero ahora vivía sola. Se describió a sí misma como una persona reservada, con sentido de la intimidad.

—Supongo que tú le llamarías egoísmo.

Después de almorzar jugaron al tenis y si Sanders no hubiera sido un verdadero campeón de voleibol, Gail le habría derrotado. Ella se mantuvo en la línea de base, lanzando muy baja la pelota, que siempre iba a parar a los rincones de la pista. Después nadaron, cenaron, dieron un paseo por la playa y —con tanta naturalidad como si se tratara del punto siguiente en el programa atlético del día— hicieron el amor dulce y ruidosamente en el bungalow de Gail.

Aquella primera vez, cuando terminaron, Sanders se apoyó en un codo y la miró. Ella le sonrió; tenía la frente cubierta de gotas de sudor.

—Estoy contenta de que me hayas salvado la vida —dijo.

—Yo también —sin saber por qué razón, agregó—: ¿Estás casada?

Gail frunció el entrecejo:

—¿Qué clase de pregunta idiota es ésa?

—Lo siento. Quería saberlo.

Gail guardó silencio un largo rato y finalmente dijo:

—Estuve a punto de casarme pero gracias a Dios recuperé a tiempo el sentido común.

—¿Por qué gracias a Dios?

—Habría sido un desastre como esposa. Él quería tener hijos; yo no, al menos por el momento. Los habría detestado por impedirme llevar la vida que yo deseo.

Dos días después de regresar a Nueva York dejó su apartamento e inició los trámites de separación de su esposa. Sabía que extrañaría a sus hijos —como de hecho le ocurrió— pero gradualmente, a medida que fue sintiéndose libre de culpa logró disfrutar de las tardes que pasaba con ellos sin lamentar tan dolorosamente no vivir a su lado.

No buscó ni recibió la propuesta de ningún compromiso por parte de Gail. Aunque David sabía que estaba enamorado de ella, no ignoraba que perseguirla como un adolescente significaba una invitación al rechazo. Cenó dos veces con ella antes de contarle que se había separado de su esposa y cuando por fin se lo dijo, ella no le preguntó el motivo. Lo único que le interesó fue saber cómo había recibido Gloria la noticia. David le respondió que lo había aceptado bien: después de una breve escena de lágrimas reconoció que sabía que él era desdichado y que el matrimonio era un encierro. De hecho, cuando su propio abogado la convenció de que la oferta de Sanders de un acuerdo económico liquidado de una sola vez era tan generosa como él afirmaba —tan generosa que él se había quedado sin una sola acción ni bono—, dejó de mostrarse perturbada.

Durante los meses siguientes, Sanders vio a Gail tantas veces como ella se lo permitió. Sabía que veía a otros hombres y se torturaba con violentas fantasías sobre lo que hacía con ellos. Pero siempre tenía buen cuidado en no preguntarle nada y ella nunca le proporcionó ninguna información voluntariamente. Aunque hablaban del futuro y de cosas que podrían hacer juntos, de lugares que deseaban visitar, nunca se mencionó el matrimonio. Desde el punto de vista práctico, existía un pequeño problema: Sanders seguía legalmente casado. En su interior, David temía hablar de matrimonio ya que sugerir una limitación a la libertad de Gail podría significar que ella lo consideraba como una amenaza para esa libertad.

Sanders siempre se había considerado una persona normalmente sensual, pero durante los primeros meses con Gail descubrió una reserva tan grande de lujuria que en ocasiones se preguntaba si no debería ser catalogado como maníaco sexual.

Para Gail, el sexo era un vehículo de expresión de cualquier cosa: placer, ira, hambre, amor, frustración, enojo, incluso violencia. Del mismo modo que para un alcohólico cualquier excusa es buena para beber, Gail podía hacer de todo una buena razón para hacer el amor: desde la caída de la primera hoja en otoño hasta el aniversario de la dimisión de Richard Nixon.

El día que concluyó su caso de divorcio en los tribunales, Sanders decidió pedirle a Gail que se casara con él. Había analizado los motivos, que aunque anticuados, le parecían lógicos: la adoraba, quería vivir con ella y necesitaba tener la seguridad, aunque fuera simbólica, de que ella le amaba lo suficiente como para tomar un compromiso con él. Pero tras esa cortina de lógica también acechaba la sombra de un

desafío. Gail era joven, asediada y, según su propia confesión, contraria al matrimonio. Si lo aceptaba, David habría alcanzado un nuevo triunfo.

Le aterrorizaba una negativa —a pesar de que estaba preparado para recibirla— y quería expresar su propuesta de modo tal que ella no lo entendiera como una definición de todo o nada. Quería que ella comprendiera que si rechazaba su propuesta, él prefería que continuara su relación antes que dejar de verla. Tenía la intención de recordarle sus diversas coincidencias y compatibilidades. Preparó una lista de doce puntos, el último de los cuales señalaba la ventaja financiera innegable que suponía mantener un solo apartamento.

No tuvo la oportunidad de presentarle la lista. Habían ido a un restaurante italiano de la Tercera Avenida y después de encargarse de la comida, Sanders sacó del bolsillo los papeles de su divorcio y se los mostró a Gail.

—Los recibí hoy —dijo.

Cogió una anchoa del plato de los entremeses.

—¡Fantástico! —exclamó Gail—. Casémonos.

Anonadado, Sanders dejó caer la anchoa en el vaso de vino.

—¿Qué dices?

—Que nos casemos. Eres libre. Yo también. Ya he descartado a todas mis relaciones masculinas. Nos amamos. Tiene sentido, ¿no te parece?

—Sí, claro —tartamudeó Sanders—. Pero es que...

—Lo sé. Eres demasiado viejo para mí. Piensas que soy una fanática sexual y que nunca lograrás complacerme. No tienes un centavo. Pero yo trabajo y saldremos adelante —hizo una pausa—. ¿Cuál es tu respuesta?

Decidieron pasar la luna de miel en las Bermudas porque nunca habían estado allí y había buenas pistas de tenis, magníficas posibilidades de nadar y oportunidad de bucear.

El bañero estaba en la orilla, sosteniendo la barca en su plataforma.

—¿Van a buscar más cuchillos y tenedores? —les preguntó cuando llegaron.

—Sí —respondió David— y también buscaremos esas cápsulas de artillería de las que usted habló.

—El bronce se paga bien. Pero tengan cuidado. Por lo que he oído decir, todavía están activas.

Deslizaron la embarcación en el agua, cargaron su equipo y partieron. En el trayecto hacia el arrecife, Sanders le pidió a Gail que tomara el timón. Sacó una pequeña linterna del bolsillo y se sentó en el asiento delantero.

—¿Para qué la llevas? —le preguntó Gail.

—Para iluminar el hueco donde encontramos la ampolla.

—No es impermeable. Dejará de funcionar en un segundo.

—Espera y observa —Sanders sacó de otro bolsillo una bolsa de plástico para bocadillos, metió dentro la linterna, hizo un nudo en el extremo abierto, lo apretó y tocó un botón: se encendió—. Así funcionará.

—Genial —afirmó Gail—. Primitivo, pero genial.

Encontraron un nicho en el arrecife, enfilaron la barca hacia él y la hicieron girar hasta que la proa quedó de frente a la playa. Gail se puso de pie sobre el asiento delantero, para arrojar el ancla por encima de la borda y estiró los brazos para asegurarse de que todos los músculos volvieran a su lugar.

Cuando el ancla chocó contra las rocas se pusieron el equipo y se lanzaron al agua.

Nadaron hasta un claro de arena que se encontraba a unos metros del arrecife mar adentro, se sentaron en el fondo y escudaron las piedras y el coral en busca de la cueva donde habían encontrado la ampolla. El sol estaba casi directamente encima de ellos y la luz que despedía producía los colores del arco iris en franjas verticales a través del agua. Las sombras se movían, apareciendo y desapareciendo como puntos de oscuridad en el arrecife. Sanders se deslizó hacia la derecha. En el extremo de su campo de visión, donde las aguas azules se oscurecían y las formas de las rocas se volvían borrosas, vio una sombra que parecía inmóvil: palmeó a Gail y se la señaló. Ella cogió la linterna de su cinturón y apretó el botón de encendido. Sobre la arena brilló un haz de luz amarilla.

La cueva estaba mucho más a la derecha de lo que habían calculado, pero ahora, sujetándose del saliente de coral miraron a su alrededor y reconocieron algunas piezas del naufragio. Ambos se detuvieron ante la boca del oscuro agujero. Gail paseó la luz de la linterna de izquierda a derecha. La cueva tenía unos pocos pies de profundidad y estaba vacía, cubierta de suave arena. Sanders miró a Gail y movió la cabeza de un lado a otro, como queriendo decir: nada por aquí. Gail le entregó la linterna y señaló un lugar en la arena. No había nada visible pero Sanders sostuvo la

luz para que ella observara; Gail movió la mano sobre la arena, levantándola hasta producir una nube que redujo la visibilidad a unos quince centímetros. Gail continuó aventando en el campo de la luz y en un momento cavó un hoyo de unos seis centímetros de profundidad. Siguió removiendo la arena hasta que finalmente, en el fondo del hoyo surgió un tenue resplandor.

Sanders arrimó la cara al hoyo y con las puntas de los dedos le quitó arena al objeto brillante. Era una ampolla llena de líquido incoloro. Parecía vacía pero al moverla una burbuja se movió en su interior. Se la pasó a Gail delicadamente y retrocedió. Echó arena en el hoyo hasta que el lugar del hallazgo volvió a quedar nivelado y colocó encima una de las piedras que le había dado Treece y que serviría como señal de emplazamiento.

Abandonaron la cueva y nadaron por la base del arrecife. De vez en cuando Gail se detenía junto a una roca o un trozo de cuaderna y enfocaba la linterna por debajo o aventaba la arena de los alrededores. No encontraron nada más.

Gail se adelantó y luego se detuvo para mirar a Sanders. Éste estaba detrás de ella, cavando. Avanzó hasta situarse a su lado y vio que David se servía de una piedra para romper trozos de coral. A intervalos de escasos segundos dejaba de golpear con la roca e intentaba meter su mano en un agujero. Finalmente logró deslizar tres dedos y, utilizándolos como pinzas extrajo una pieza de metal amarillo, doblada y dentada, aproximadamente del tamaño de una moneda de cincuenta céntimos. Pero cuando Sanders se la tendió a Gail para que ella la examinara a la luz de la linterna, vio que no se trataba de una moneda, ya que tenía una muesca cóncava alrededor de uno de los bordes, como si hubiera contenido algo en su interior. En cuatro puntos de la muesca había unos encajes, cada uno de ellos de aproximadamente un cuarto de pulgada de diámetro. El metal brillaba, evidentemente inmune a la corrosión y a la acción de la flora marina. Sanders le dio la vuelta y a la luz de la linterna vio que tenía grabadas las letras E. F. Comenzó a ascender hacia la superficie, llevando la ampolla en una mano y la pieza de metal en la otra.

Ya de vuelta en la barca, Sanders dijo:

—Por un instante pensé que habíamos encontrado un doblón de oro.

—¿Qué crees que es?

—No sé —dijo Sanders—. Supongo que una alhaja, pero está demasiado limpia para ser antigua. Tendría que estar gastada o al menos cubierta por algo.

Sanders dejó a un lado la pieza de metal y observó la ampolla. La sostuvo de modo que le diera la luz del sol y empezó a destellar.

—Tiene un color distinto que la anterior.

Su mirada estaba concentrada en la ampolla y no vio la figura que se erguía en los acantilados del Orange Grove.

Los Sanders llegaron a la casa de Treece después de las seis.



Trece se asomó y les hizo un gesto indicándoles que entraran por la parte trasera de la casa.

—¿Encontrasteis más ampollas?

—Una —informó Sanders—. Me parece que el contenido es distinto.

Gail le entregó la ampolla a Trece:

—Estaba en el mismo lugar que la anterior.

Trece miró a Sanders:

—Tienes razón, el líquido es distinto al que contenía la otra.

—¿Qué es?

—No estoy seguro. Puede ser varias cosas. Una mezcla de heroína o algún tipo de opio. Incluso puede ser una solución distinta de morfina. ¿Colocasteis la marca?

—Sí —respondió Gail y le devolvió a Trece la otra piedra.

—¿No había otras desparramadas en los alrededores?

—No, y ésta no estaba sobre la arena. Tuvimos que excavar para encontrarla.

—Será mejor que mañana baje a echar un vistazo —señaló Trece.

—¿Quiere que le acompañemos? —preguntó Gail casi esperando que Trece respondiera negativamente.

Trece percibió la reticencia de Gail y replicó:

—Como gustéis. Si queréis venir, encantado. De lo contrario, podéis abandonar ahora.

—Tenga la seguridad de que iremos —afirmó Sanders; señaló el bolsillo de Gail—. Enséñale la otra cosa.

Trece observó atentamente la pieza de metal, pasando un dedo alrededor de la muesca del borde interior. Lo apretó entre el pulgar y el índice y el metal se dobló fácilmente.

—¿Dónde encontrasteis esto?

—En unas rocas —dijo Sanders—. Estaba alojado hacia el interior y fuertemente sujeto. Tuve que romper algunos corales para alcanzarlo.

—Tendríais que haber dejado la otra piedra para señalar el lugar.

—¿Por qué?

Trece le sonrió a Sanders:

—Porque es oro.

—¿Oro? Parece como si alguien lo hubiera desechado.

—Ningún hombre desecha eso. Si hubieseis excavado más profundamente habríais encontrado los huesos del propietario.

—¿Por qué no está deteriorado?

—Ésa es una de las maravillas del oro —explicó Trece—. Es químicamente insensible. Si colocarais una moneda de oro recién acuñada en agua de mar y la dejarais allí hasta el fin del mundo, cuando fuerais a buscarla el día del Juicio Final, estaría como nueva. No se le habría adherido nada y nada la habría alterado.

Gail preguntó:

—¿Qué es?

—Una especie de camafeo —Treece señaló el círculo interior—. El retrato o grabado iba aquí. Éstos —tocó uno por uno los cuatro huecos del borde— contenían perlas, símbolo de la pureza. El dueño debía llevarlo colgado del cuello.

—¿Qué significa?

—¿Haberlo encontrado? No tiene por qué significar algo. Es posible que algún navío naufragara en esas rocas, o en algún otro lado... Dios sabe dónde... y que la marea arrastrara este camafeo y la moneda que encontrasteis ayer sobre los arrecifes. O que un sobreviviente intentara nadar hasta la orilla sin conseguirlo. Es un objeto personal y no el tesoro de un barco —Treece pareció sopesar sus propias palabras—. ¡Maldición, estas explicaciones no me convencen!

—¿Por qué?

—He recorrido esos arrecifes durante más de veinte años. No pretendo decir que conozco cada centímetro de todos los arrecifes de las Bermudas pero sí esa zona, a causa del *Goliat*. Si allí hubiera otro barco hundido, tendría que haber encontrado algún indicio. Armas, el ancla, lastre... alguna cosa.

—¿Es antiguo? —preguntó Sanders.

—¿El camafeo? Tendrá unos doscientos años —le dio la vuelta sobre la palma de la mano—. Es español. Una obra maestra perfectamente ejecutada.

—Si tiene doscientos años de antigüedad, las Bermudas estaban habitadas cuando el buque naufragó —si realmente se trata de un buque. Tendría que figurar en los archivos.

—Depende: si alguien lo vio hundirse, si hubo sobrevivientes o si alguien adquirió los derechos de salvamento. Eso es lo más probable... un salvamento.

—¿Por qué?

—Porque así habría concluido el incidente. Se evitaría la necesidad de prolongarlo con búsquedas o relatos detallados de los sobrevivientes, de modo que no habría archivos al respecto. Si me viera obligado a imaginar cómo fue, diría que el buque chocó contra las rocas durante una tempestad pero no se hundió. Tal vez unas cuantas personas, incluido este E. F. cayeron por la borda. Cuando el temporal amainó calafatearon el barco y lo pusieron de nuevo a flote. Si no lograron hacerlo, pudieron vaciarlo de armas, carga, efectos personales, etcétera, y después dejarlo en las rocas. El siguiente vendaval terminó de hacerlo trizas y de desparramar lo que quedaba por todo el lugar. De cualquier modo, no debía ser mucho ya lo que quedaba.

Sanders se mostró decepcionado:

—¿Y tú crees que hemos encontrado todo lo que había?

—Es una suposición —Treece le entregó el camafeo a Gail—. ¿Qué piensas hacer con él?

—No lo he pensado. ¿Puedo guardarlo?

—Sí, pero legalmente no puedes sacarlo de las Bermudas a no ser que previamente se lo ofrezcas en venta al Gobierno y éste haya rechazado tu oferta.

—No quiero venderlo sino quedármelo.

—Entonces, muchacha —dijo Treece sonriente—, tienes dos opciones: sacarlo de contrabando o hacerte residente de las Bermudas.

—¿A qué hora salimos mañana? —preguntó Sanders.

—Venid a buscarme cuando se ponga el sol. Mi barca está abajo, en una cala. Llegaremos al *Goliat* cuando ya sea completamente de noche.

Bajaron por el sendero de la colina, atravesaron St. David y cruzaron el puente Severn. En la calzada que separaba la isla de St. George de Hamilton les adelantaron dos taxis que venían del aeropuerto, pero el resto del tiempo el camino estuvo desierto. Cuando dejaron atrás los carteles que orientaban a los turistas hacia la Blue Grotto —donde se representaba un espectáculo con delfines—, salió un Morris Minor verde de un sendero de tierra y se mantuvo a unos veinte metros de distancia detrás de ellos.

Sanders vio al otro coche por primera vez a través del espejo retrovisor cuando ya hacía varios minutos que los seguían. Se arrimó a la izquierda todo lo que le resultaba posible sin golpear la pared de coral que flanqueaba la carretera. Más adelante, el camino describía una curva hacia la derecha. Cuando salió del recodo, Sanders vio dos motocicletas y un pequeño camión que avanzaban en dirección contraria a la suya. Sacó la mano derecha, advirtiendo al coche verde que no le adelantara.

Pasaron los vehículos que venían en dirección contraria y David y Gail se encontraron en una de las rectas de Harrington Sound Road. No venía ningún vehículo del otro lado, por lo cual, Sanders le indicó al coche verde que podía adelantar. Pero el Morris se mantuvo detrás. Sanders oyó una bocina y miró por el espejo. Detrás del coche verde había un taxi negro. El taxista hizo sonar la bocina otra vez y Sanders le hizo señal de que adelantara. El taxi aceleró y pasó al coche verde y a las dos Mobylettes.

David moderó la marcha hasta quedar a la par de Gail.

—¡No quiere adelantarnos! —le gritó.

—Ya me he dado cuenta. Más adelante hay una calzada. Detengámonos allí y dejémoslo ir.

Cincuenta metros más adelante, Sanders vio un claro entre los arbustos y un estrecho sendero que conducía a una casa, colina arriba. También vio un cartel: «Innisfree». Sacó el brazo para indicar que iba a girar a la izquierda y disminuyó la marcha hasta que su moto quedó casi inmóvil. Esperaba que el coche verde acelerara y pasara, pero el conductor redujo la velocidad al mismo ritmo que él.

Sanders y Gail frenaron a la entrada de la calzada. El Morris avanzó y giró violentamente a la izquierda, frenando en los arbustos y cortando una posible salida por la calzada. Un negro alto, vestido con traje de mecánico, abrió la portezuela de la izquierda y bajó. El conductor, otro negro, permaneció en el volante.

—¿Qué desean? —preguntó Sanders.

—El hombre quiete verlos —respondió el negro alto.

—¿Qué hombre?

—No haga preguntas y entre en el coche.

Sanders oyó un ruido de motor y miró a la izquierda, hacia la carretera. Por la curva avanzaba una camioneta en sentido contrario. Iba cargada hasta el tope y avanzaba lentamente.

—¡Muévanse! —gritó el negro.

La camioneta estaba a unos veinte metros de distancia y en pocos segundos más estaría a la altura del Morris. Como si obedeciera la orden, Sanders dio un paso hacia el coche y repentinamente saltó por encima del capó. Antes de que el negro pudiera detenerlo, voló por el aire, hacia la camioneta que se aproximaba.

A través del parabrisas de la camioneta vislumbró la expresión de asombro del conductor. Escuchó el chirrido de los neumáticos que se pegaban a la carretera.

La camioneta estaba casi parada cuando Sanders aterrizó sobre su capó, de modo que no se hizo daño al caer. Pero el impulso le impidió detenerse; rodó por el capó y cayó de bruces sobre el pavimento. Sintió que le corría sangre por la cara.

Sanders se puso de pie de un salto y gritó:

—¡Socorro!

La camioneta estaba ocupada por jugadores de críquet vestidos de blanco. El conductor, un joven negro, asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Está loco, hombre!

Sanders señaló el Morris:

—¡Quieren secuestrarnos!

—¿Cómo?

El negro alto, que ahora estaba de pie al lado de Gail, exclamó:

—No le prestes atención. Está demasiado drogado.

—¡No! —imploró Sanders—. ¡Ayúdenos! Están...

—¡Maldito infeliz! —chilló el conductor—. Algún día te harás matar —se dirigió al negro alto—: Te han tocado unos turistas locos, Ronald —metió la cabeza en la cabina y apretó el acelerador a fondo.

Sanders intentó agarrarse de la camioneta cuando ésta pasó a su lado pero sus manos resbalaron. La carretera estaba completamente vacía. Pensó en escapar corriendo pero no quería abandonar a Gail.

Ronald, el alto, abrió una navaja y la sostuvo a la altura de la cintura, señalando a Sanders.

—¡Muévete! —le dijo—. De lo contrario te cortaré el trasero —se acercó, cogió a Sanders de un brazo y le empujó hacia el Morris.

—Déjenla ir a ella, al menos —pidió Sanders.

—Ella también viene.

Ronald abrió la portezuela delantera y metió a Sanders en el interior.

—¿Qué hago con esto? —inquirió Gail sin soltar el manillar de la moto.

—Arrójela al suelo.

Gail soltó el manillar y la Mobylette cayó al pavimento. Subió al asiento trasero del coche.

Ronald ocultó las dos motos entre la maleza, entró en el coche, se sentó al lado de Gail, cerró la puerta, apoyó la navaja en su regazo y dijo:

—En marcha.

El coche comenzó a avanzar.

Viajaron en silencio. Las ventanillas estaban cerradas y al cabo de un rato el aire del interior del coche se había vuelto acre por efecto del aliento y la transpiración. Cuando pasaron junto a un cartel que indicaba los jardines botánicos de Paget, Sanders bajó la ventanilla de su lado. Sintió la punta de la navaja en la nuca y oyó que Ronald decía:

—Súbela.

Cerró la ventanilla.

Se acercaron a un cruce en el que los postes indicadores señalaban Hamilton a la derecha y Warwich y Southampton hacia delante. En el cruce había un policía dirigiendo el tráfico. Sanders se preguntó si tendría tiempo —cuando el conductor disminuyera la marcha— de abrir la portezuela, arrojarse y gritar pidiendo ayuda. En ese preciso momento vio que el conductor saludaba con la mano al policía, que le sonrió y le devolvió el saludo. Sus raptores parecían conocer a todo el mundo.

Estaba oscureciendo y cuando atravesaron South Road —sin exceder en ningún momento al límite de velocidad de 40 kilómetros por hora— Sanders apenas pudo leer los carteles que señalaban Elbow Beach, el Orange Grove Club, Coral Beach y el Princess Beach Club. Distinguió en lo alto de una colina el imponente edificio del Southampton Princess Hotel y después el faro de la colina de Gibb. Habían recorrido prácticamente toda la isla en sentido norte-sur.

El sofocante silencio aumentó el nerviosismo de Sanders.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Cierra el pico —dijo Ronald.

Cruzaron el puente Sommerset y Sanders recordó otra de las cosas que había aprendido en el *National Geographic Magazine*. Giró la cabeza en dirección a Gail y observó:

—Éste es el puente levadizo más pequeño del mundo. Sólo se abre lo suficiente como para permitir el paso al mástil de un barco de vela.

Gail no respondió. El intento de fuga de Sanders la había asustado y no deseaba estimular otra confrontación.

Ronald le indicó a Sanders, con un movimiento de la navaja, que mirara al frente.

El coche salió de la carretera principal, giró a la izquierda y penetró en una calle de tierra después de trasponer un cartel que decía «Muelle público». Llegaron hasta una plaza cuadrada llena de puestos de venta de pescado y verdura y de tiendas destartaladas. En el otro extremo de la plaza había un muelle desvencijado en el que se veían amarradas media docena de barcas llenas de remiendos. No había ningún coche a la vista y los niños jugaban tan despreocupadamente delante del Morris que el conductor se vio obligado a avanzar en primera. Aparcó frente a lo que parecía ser una tienda de comestibles. En el escaparate había montones de botes de alimentos apilados. Un cartel escrito a lápiz anunciaba que se vendían carnadas y cortezas de

cerdo. Sobre la pared gris se leía, con letras desvaídas: *Mercado Teddy*.

Junto a la puerta ganduleaban dos negros jóvenes. Uno de ellos se dedicaba con aire indolente a clavar en la tierra un cuchillo de caza. El otro permaneció apoyado contra el quicio de la puerta, con los brazos cruzados, observando el coche verde; llevaba la camisa abierta hasta la cintura: exhibía una cicatriz reciente que partía de la clavícula derecha y llegaba más abajo del músculo pectoral izquierdo: *graffiti* de macho. A Sanders le recordó a alguien, aunque no logró identificarlo.

—Tranquilo —dijo Ronald—. Si te pasas de listo harán filetes contigo —señaló con la cabeza a los hombres que estaban ante la puerta del mercado.

Ronald bajó del coche y abrió la portezuela posterior para que saliera Gail.

Sanders abrió la puerta de delante y bajó. Soplaba una leve brisa por el puerto de Ely, que le hizo sentir frío al secarle las gotas de sudor que corrían por su rostro.

—Adentro —ordenó Ronald; los siguió mientras le preguntaba al hombre de la cicatriz—: ¿Qué está haciendo?

—Esperándote, hombre.

La inflexión de su voz al pronunciar la palabra «hombre» hizo que Sanders recordara de quién se trataba: era Slake, el camarero del Orange Grove Club. Sanders se volvió para mirarlo pero recibió un empujón hacia el interior de la tienda.

Al entrar en la oscuridad de la tienda, David perdió totalmente la visión. Le pareció divisar pilas de mercadería a ambos lados del pasillo. Gradualmente, a medida que sus pupilas se adaptaron a la penumbra, vio una débil luz sobre una puerta, en el fondo de la tienda.

—¿Por dónde?

Ronald se adelantó entonces.

—Seguidme.

Cuando llegaron a la puerta donde se veía la luz, Ronald la golpeó una vez y luego dos.

—Adelante —dijo una voz.

Ronald abrió la puerta e indicó a Gail y a David que pasaran. Entró detrás de ellos, cerro la puerta y se quedó apoyado en ella.

En el otro lado de la habitación había un escritorio detrás del cual estaba sentado un hombre joven. De unos treinta años, calculó Sanders. La luz iluminó las gotas de sudor que cubrían su frente, haciendo brillar su piel de azabache. No tenía ninguna sortija en las manos pero de una delgada cadena de oro que rodeaba su cuello colgaba una pluma, también de oro, de más de dos centímetros de largo. En perfecta simetría le flanqueaban dos hombres fornidos —de más edad de los que guardaban la puerta de la tienda—, que se mantenían con los brazos cruzados. La habitación estaba llena de envases, cajas de cartón y archivadores. Olía a pescado, a polvo, a sudor y a fruta pasada. Del techo colgaban dos lamparillas de luz sin pantalla.

El hombre que estaba detrás del escritorio se levantó.

—Señor y señora Sanders —dijo sonriente—, me alegra que hayan accedido a

venir.

Sanders reconoció su acento: lo había oído en Guadalupe. Era el acento de una persona cuya lengua nativa es el francés del Caribe y que ha aprendido inglés en la escuela parroquial.

—No se ha tratado exactamente de una invitación —observó Sanders.

—No. Pero me complace que no se hayan resistido. Soy Henri Cloche —hizo una pausa, esperando que los Sanders reconocieran su nombre; como no reaccionaron, prosiguió—: ¿Mi nombre no significa nada para ustedes? Tanto mejor —miró a Gail—. Disculpe, señora. ¿No quiere sentarse?

—No —Gail miró a Cloche de frente, con la esperanza de que se diera cuenta de que no le temía—. ¿Por qué nos han traído aquí?

—Ah, por supuesto —dijo Cloche mientras extendía una mano—. La ampolla.

—No la tenemos —respondió Sanders.

Cloche paseó la mirada de David a Gail, sonriendo, con la mano aún abierta. Chasqueó los dedos.

Sanders sintió que unas manos fuertes le aferraban los brazos y echaban sus codos hacia atrás. Uno de los hombres que estaba junto al escritorio se acercó, le cogió por el cuello de la camisa y se la desgarró arrancándole todos los botones. Las manos que lo sujetaban por detrás terminaron de quitársela.

El otro hombre hizo un movimiento en dirección a Gail, pero Cloche le detuvo con un gesto de la mano:

—Desvístanse. Ambos. Ahora mismo.

Gail se obligó a mantener la vista fija en Cloche. Se desabrochó la blusa lentamente y la dejó caer al suelo. Uno de los hombres de Cloche la recogió y la registró palpando las costuras, doblando el cuello. Gail se desabrochó la falda corta que llevaba. El hombre extendió la mano para que se la diera pero ella la dejó caer al suelo, a sus pies. Siguió mirando fijamente a Cloche y se soltó el sujetador. También lo dejó caer. El hombre lo recogió antes de que llegara al suelo y lo revisó minuciosamente.

Sanders se desvistió con menos meticulosidad, soltándose las prendas y dejando que las manos que estaban detrás de él las cogieran. Cuando estuvo completamente desnudo se dio cuenta de que Gail no había apartado un solo instante los ojos de Cloche. En ese momento tenía los pulgares hundidos en la parte inferior del bikini. David trató de no mirarla pero la palpable excitación de los otros hombres era contagiosa y sintió que una ola de calor le atravesaba las ingles. Cerró los ojos, luchando contra la absurda erección.

Cloche no había apartado la vista del rostro de Gail.

—Nada —dijo el hombre que estaba detrás de Sanders.

La palabra rompió el clímax y los ojos de Cloche descendieron por el cuerpo de Gail. Apartó la mirada.

—Vístanse —dijo.



Gail se agachó para recoger su ropa.

—En realidad podría llevar a cabo un registro más minucioso —observó Cloche malhumorado— pero dejémoslo así. Supongo que la ampolla la tiene Romer Treece. Además, una sola no tiene la menor importancia.

—¿Entonces a qué viene todo esto? —preguntó Sanders mientras se ponía los pantalones.

—¿Conoce las Bermudas, señor Sanders?

—En parte.

—Entonces quizá recuerde al exgobernador... el difunto gobernador, al que tanto le gustaban los gran daneses.

Sanders recordó. Una cálida noche de 1973, *Sir Richard Sharples* —el gobernador británico de las Bermudas— había sacado a pasear a su gran danés. Encontraron al hombre y el perro brutalmente asesinados en los jardines de su casa.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —preguntó David.

—Era un entrometido y se negó a hacer negocios. No me gusta que la gente con la que entro en contacto se niegue a hacer negocios.

—¿Negocios?

—Quería ver la ampolla únicamente para confirmar mis sospechas. El hecho de que no la tengan y de que se la hayan confiado a Romer Treece para que esté a buen recaudo confirma dichas sospechas. ¿Cuántas ampollas hay allí?

—Lo ignoro.

—¿Cuántas encontraron?

Sanders miró a Gail pero la expresión impasible de ella no cambió.

—Dos.

—¿Sabe qué contienen?

—No con certeza.

—Pero conoce la leyenda. Mejor dicho la historia, ya que la leyenda parece estar convirtiéndose en realidad.

—Sí.

—Señor Sanders, estoy decidido a adquirir todas las ampollas que hay allí. Hasta la última.

—¿Por qué?

—Son valiosas y las necesitamos.

—¿Para qué?

—A usted no le interesa.

—¿A quién piensa vendérselas? ¿A los niños? —intervino Gail.

Cloche sonrió:

—Me satisface observar que finalmente he logrado despertar su interés. Pero también debo responderle que a usted no le interesa. De hecho, cuanto menos sepan mejor para ustedes.

—¿Entonces por qué nos molesta a nosotros? No nos necesita —dijo Sanders.

—Son buceadores y saben exactamente dónde están.

—No. Sabemos dónde *estaban* dos ampollas. Nada indica que haya más. Además hay buceadores que conocen esta zona mucho mejor que nosotros.

—Es posible. Pero la previsión británica se ha ocupado de que muy pocos de esos buceadores sean negros. Del mismo modo que ha logrado mantener apartados a los negros de las profesiones; ha conseguido evitar que la mayoría de ellos se convirtieran en buceadores de primera. Podría importar a alguien, pero cualquier buceador avezado que atravesara la aduana... es decir, cualquier buceador negro, se convertiría inmediatamente en sospechoso. Ustedes están aquí, son turistas y blancos. Están por encima de toda sospecha.

—No somos pasadores —dijo Gail.

—¿Pasadores? —Cloche no estaba familiarizado con esta palabra—. ¡Ah! Vendedores de drogas. Yo tampoco. En primer lugar, soy un político y la política consiste en emplear medios para alcanzar fines. También soy un hombre de negocios y sé que al tratar con personas que no conocen o no simpatizan con los objetivos políticos de uno, es necesario acudir a distintos procedimientos. En consecuencia, estoy dispuesto a comerciar con ustedes —hizo una pausa y miró a Sanders—. Se ocuparán de averiguar cuántas ampollas hay. Si hubiera muy pocas, es decir, si la leyenda no fuera más que leyenda, me informarán a mí y a nadie más. Su recompensa será una buena salud y vacaciones libres de preocupaciones en las Bermudas. Si por el contrario encuentran un gran número de ampollas, las rescatarán. Naturalmente, les proporcionaremos toda la ayuda que necesiten —Cloche se volvió a mirar a Gail—. Cuando las ampollas estén en nuestras manos, abandonarán las Bermudas. Se dirigirán a Nueva York y harán una llamada telefónica a un número que yo les habré dado. Allí informarán en qué lugar del mundo quieren disponer de un millón de dólares en la moneda que prefieran, seis meses después de esa fecha.

Gail hizo un gesto de sorpresa.

Cloche sonrió y después miró a Sanders que le devolvió una mirada sin expresión.

—No —dijo Sanders.

—No se apresure señor Sanders. En sus labios veo que tiene tendencia a precipitarse.

Sanders se pasó la lengua por el labio inferior. Tenía allí un pequeño bulto que la saliva hizo arder.

—Piénselo —dijo Cloche—. Piensen en la libertad, en la libertad que pueden comprar... con un millón de dólares —le hizo una seña a Ronald—. ¿Dónde están las Mobylettes?

—Entre los arbustos.

—Se las devolverán por la mañana —le dijo Cloche a Sanders—. Una última advertencia: no cometa ningún error... En caso de que persista su inclinación a ser... precipitado y decida acudir a las autoridades, descubrirá que oficialmente no existo.

Si intenta apartarse de esto abandonando las Bermudas también descubrirá que en realidad existo en todas partes —su espalda se tensó—. No encontrarán refugio —se dirigió a Ronald—: Llévalos a su casa.

En el coche, durante los treinta minutos de viaje hasta el Orange Grove Club, no intercambiaron una sola palabra. Ronald y el conductor iban sentados en el asiento delantero, David y Gail en la parte de atrás. Cuando entraron en la carretera principal, Sanders bajó la ventanilla. Como Ronald no se opuso, Gail también abrió la de su lado.

Aparte del viento y el ruido del motor, los únicos sonidos perceptibles en el camino desierto eran el croar de las ranas y el chirrido de las cigarras. El conductor detuvo el coche a la entrada del Orange Grove Club; no se ofreció a llevarlos hasta su cabaña y ellos no se lo pidieron. Subieron la calzada en silencio y se detuvieron donde la senda giraba a la derecha.

—¿Tienes hambre? —preguntó Sanders.

—Apenas.

—Podemos pedir un sándwich por teléfono. Yo, desde luego, necesito beber algo.

Cuando entraron en la cabaña, Sanders cogió la llave que estaba sobre la cómoda y se dirigió al cuarto de baño, donde había una nevera.

—¿*Whisky*? —preguntó.

—Sí.

David entró en el cuarto de baño, abrió la nevera, sacó unos cubitos de hielo y los dejó caer en los dos vasos. Oyó que Gail tomaba el teléfono y le dijo:

—Yo quiero uno de pechuga de pavo con lechuga y mayonesa.

Gail no respondió.

Mientras servía el *whisky*, oyó la voz de Gail que hablaba por teléfono:

—Comuníqueme con la policía, por favor —hubo una pausa—. Sí, así es. No, no ocurre nada —su voz sonó enojada—. Le he dicho que me comunicara con la policía.

Sanders dejó la botella de *whisky* en el lavabo y se apresuró a volver al dormitorio.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece que estoy haciendo? —volvió a hablar por el micrófono del teléfono—. ¿Qué tiene que ver el número de mi habitación? Ésta es una llamada local.

—Cuelga —ordenó Sanders—. Discutámoslo antes.

—¿Qué tenemos que discutir? ¡Por Dios, fuimos secuestrados! ¡Amenazados!

—¡Cuelga! —volvió a ordenar Sanders—. Si no lo haces, colgaré yo —apoyó el índice en la horquilla del teléfono.

Gail le miró.

—No estoy bromeando. ¡Te he dicho que cuelgues!

Gail vaciló un instante y volvió a hablarle a la telefonista.

—Está bien, operadora. Llamaré más tarde —colgó—. Muy bien. Hablemos.

—Serénate —aconsejó Sanders, apoyándole una mano en el hombro.

Gail le apartó la mano bruscamente.

—¡No pienso serenarme! ¿No te das cuenta lo que nos pidieron que hagamos?

—¡Claro que sí! —respondió Sanders mientras volvía al cuarto de baño a buscar los vasos; le alcanzó uno—. Pero llamar a la policía no nos ayudará. ¿Qué pueden hacer?

—Arrestarlo.

—¿Por qué? ¿Acaso podemos probar algo? Ya oíste lo que dijo: no existe. Al menos no existe oficialmente. ¿No viste al policía que saludó al conductor? Probablemente tiene a toda la fuerza policial metida en el bolsillo.

—Acudamos entonces al Gobierno. Seguramente no tendrá al gobierno británico en el bolsillo.

—¿Y qué les diremos?

—Que hemos sido raptados. Que...

—Durante una hora y por un fantasma. Sería casi imposible hacer una acusación formal.

—Acusémosle de ataque a mano armada. No se puede amenazar a la gente con navajas y destrozarle la ropa. ¿Y qué me dices de lo que quiere que hagamos? Nos pidió que le vendiéramos *narcóticos*.

—No exactamente. Nos pidió que los *buscáramos*.

Gail le observó largo rato sin hablar. Después se estremeció:

—¿Crees que sería capaz de seguirnos?

—Lo ignoro. Tendremos que averiguarlo. Quizá Treece lo sepa.

—Y quizá termines muerto.

—Vamos, no...

Gail estornudó. Cuando dobló el pañuelo notó una mancha de sangre en la tela.

—Todavía me sangra la nariz —dijo.

—¿Qué quiere decir «todavía»?

—Hoy, cuando salí a la superficie, vi sangre en mi máscara.

A la mañana siguiente salieron del Orange Grove Club después de desayunar. En algún momento de la noche, tal como les habían dicho, les devolvieron las motos, que dejaron aparcadas en la puerta de su cabaña. Cuando las vio, Gail tembló involuntariamente.

—¿Qué pasa? —inquirió Sanders.

—Han estado.

—¿Quiénes?

—Esos hombres..., mientras dormíamos.

—Eso parece indudable. Si no, ¿cómo habrían hecho para devolvernos las Mobylettes?

—Lo sé. Pero es horripilante.

Cuando llegaron a la casa de Treece se pararon ante la puerta y le llamaron. Treece les hizo señas de que pasaran; la perra bajó brincando por el sendero y los escoltó hasta la puerta de la cocina.

La mesa de la cocina estaba cubierta de fotocopias de viejos documentos. Treece vio que Sanders miraba los papeles y explicó:

—Investigación.

—¿Qué son esos papeles?

—Diarios de navegación, inventarios, liquidaciones de carga, diarios personales, cartas. Uno de los frutos de mis estudios en Europa. Pasé mis vacaciones en los archivos de Madrid, Cádiz y Sevilla. Algunos amigos me envían documentos nuevos a medida que aparecen.

—¿Qué le dicen esos papeles? —preguntó Gail.

—Qué barcos se dirigieron a qué puertos, qué llevaban, quiénes iban a bordo, dónde naufragaron si es que naufragaron, cuántos sobrevivientes hubo... Son instrumentos indispensables para mi trabajo. Sin ellos se puede perder el tiempo durante meses alrededor de los restos de un naufragio sin saber lo que se está buscando.

Sanders levantó uno de los papeles. Estaba escrito en castellano y sólo pudo descifrar unas pocas palabras —como *artillería* y *cañones*— y la fecha: 1714.

—¿Qué está buscando?

—Me estoy permitiendo un desatino.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy tratando de descubrir si es posible que se haya hundido otro buque en el mismo lugar. Que naufragara con todo su cargamento y que nunca haya sido recuperado.

—¿Es posible? —preguntó Gail.

—Ya ha ocurrido. Dos tormentas que se desatan en el mismo lugar con cien o doscientos años de diferencia, atrapan a dos navíos en las mismas circunstancias empujándolos al mismo refugio y hundiéndolos después en los mismos arrecifes —Treece sacudió la cabeza de un lado a otro—. ¡Qué complicado!

—A mí me parece fantástico —opinó Gail.

—¿Sí? Considera un hermoso naufragio... no hay nada más alrededor, todo lo que hay allí le corresponde, quizás incluso encuentres una o dos monedas que te indiquen a qué época pertenecía. Puedes pasarte un año escarbando en la arena y no encontrar nada. Ahora agrégale otro barco entero, hecho pedazos, con una carga de munición activa. Es como para divertirse.

—¿Encontraste algo? —preguntó Sanders.

—No. Y no estoy seguro de encontrarlo —Treece palmeó la pila de papeles—. Todo lo que estoy haciendo es revisar esto para ver si descubro a alguien cuyas iniciales sean E. F. Probablemente estoy perdiendo el tiempo, pero por algún lado hay

que empezar y todo lo que tenemos son esas iniciales. Pero ¿por qué habéis venido tan temprano? No saldremos hasta la noche.

Le relataron su encuentro con Cloche. Cuando mencionaron su nombre Treece se sobresaltó, como si finalmente hubiera recibido las malas noticias largamente esperadas.

—¡Santo Dios! —exclamó.

El resto del tiempo permaneció callado, tenso y quieto, sin interrumpirlos. Cuando concluyeron, afirmó:

—Hicisteis bien en no llamar a la policía.

—¿Por qué? —quiso saber Gail.

—No habrían podido hacer nada. Ese hombre es una sombra. Tiene amigos en muchos lugares insólitos. Sé cuándo puede quedar impune. ¡Maldición! Verdaderamente, es mala suerte que tengamos que enfrentarnos tan pronto con él. ¿Nunca habéis oído hablar de él?

—No. ¿Tendríamos que conocerlo?

—Supongo que no. Usa una docena de nombres distintos. Es originario de Haití. Al menos, eso dice el mito. Con respecto a Cloche, resulta difícil separar la realidad de la fantasía; se ha erigido a sí mismo en una especie de héroe popular entre los isleños negros. Muchos creen que es la reencarnación del Che Guevara. Y no sólo aquí, en todas partes. En las Windwards y las Leewards, su madre todavía hace encantos.

—¿Encantos? —inquirió Gail.

—Magia, vudú. En todas las chozas de las colinas de Guadalupe y de la Martinica se ven estatuillas con su imagen. La adoran como a... Supongo que Eva Perón podría ser una buena comparación. Era criada en un hotel de Haití. A los cuarenta y tres años enfermó de glaucoma y cuando perdió la vista lo suficiente como para no poder trabajar más, la despidieron sin más trámite. Entonces Cloche no era más que un muchachito buscavidas, aunque muy inteligente. Llevó a su madre al monte y la hizo aparecer como un símbolo de la opresión blanca. Comenzó a difundir historias sobre ella, transformándola en una sabia princesa negra; dijo que curaba a los desahuciados y hacía resucitar a los muertos... en fin, lo de siempre. La gente quería creer en ella... *quería* no es la palabra: *ansiaba* creer en ella. Después de haber introducido a su madre, Cloche comenzó a hacerse pasar por su mensajero. Ha estado en todas las islas difundiendo el mensaje y fue expulsado de la mayoría de ellas dos o tres veces. Nadie sabe si la madre aún vive pero Cloche continúa divulgando la palabra.

—¿Cuál es la palabra? —preguntó Sanders.

—Que ha llegado el momento de que los negros coman el pastel. Supongo que su vuelta aquí era sólo una cuestión de tiempo.

—No me parece que las Bermudas estén maduras para la rebelión —opinó Sanders.

—Es difícil saberlo.

Gail dijo:

—Aquí los negros no son exactamente lo que podría llamarse iguales.

—No, pero no se han planteado problemas graves desde los motines del sesenta y ocho... aparte del asesinato de Sharples y sobre esa cuestión no existen pruebas.

—Cloche prácticamente reconoció que lo había matado su gente —dijo Sanders.

—Naturalmente. ¿Por qué no hacerlo así? Nadie ha sido detenido y su admisión de responsabilidad le convierte en una amenaza mayor. Es lo mismo que ocurre con los grupos árabes fanáticos. Cada vez que un avión sufre un accidente, algún grupo se lo adjudica, afirmando que se trata de un acto revolucionario. Por supuesto, Cloche *puede* haber matado a Sharples, no digo que no. Pero el hecho de que él lo diga no significa que sea verdad —Treece miró a Gail—. De cualquier modo, las Bermudas han estado en paz durante cierto tiempo, aunque se trata de una paz incierta. Los negros son mayoría y reciben una porción del pastel más pequeña que la de los blancos. De hecho, obtienen más a medida que merecen más y constantemente reciben más. Pero un tipo como Cloche puede levantarles, convenciéndoles de que están oprimidos y que su número es suficiente para que merezcan más. Sabe manipularlos para que le sirvan a sus propósitos. Es un orador persuasivo y le temen. Además, no es necesario recurrir a muchos subterfugios para convencer a la gente de que merece más de lo que tiene.

—¿Es comunista? —preguntó Gail.

—No. Se expresa en una buena línea marxista, de «cada uno según su capacidad y a cada uno según su necesidad» y todo lo demás. Creo que lo que realmente desea es instaurar una especie de reino isleño. Claro que no lo llama de ese modo, pero sería algo así como la República Popular de algo.

—¿Y las drogas?

—Dinero. Poder. Presumo que su intención sería vender las drogas en los Estados Unidos. —Treece hizo una pausa y prosiguió, con tono más firme—: No estoy dispuesto a permitir que las consiga —miró a Sanders—. ¿Un millón de dólares? Sí que *está* ansioso. ¿Os sentisteis tentados?

Sanders miró a Gail:

—No. Aunque Dios sabe que podríamos darle muy buen destino a ese dinero.

—Sin duda es una cantidad respetable —observó Treece mientras palmeaba las fotocopias que estaban sobre la mesa—. Pero si lográramos hacer encajar algunas piezas de este rompecabezas y tuviéramos suerte, podría haber una cantidad semejante de golosinas *reales* allí abajo.

—¿De verdad cree que puede haber un tesoro? —preguntó Gail.

—No. Pero tampoco estoy convencido de que no lo haya. No lo sabremos hasta que no hayamos llevado a cabo una investigación exhaustiva.

—¿Qué hacemos con respecto a Cloche? —preguntó Sanders—. ¿Existe alguna forma de eludirlo? No me gusta pensar que puede seguirnos a Nueva York.

—Por el momento no podéis hacer nada. Estáis prisioneros en todo sentido hasta

que sepamos realmente qué es lo que hay allá abajo. Esta noche echaremos un vistazo. Si no encontramos más ampollas, ya que es posible que estas dos aparecieran por pura casualidad, podéis enviarle las dos que encontrasteis y desearle buena suerte. Si no hay más, no creo que os siga molestando. Con un poco de buena fortuna, eso es todo lo que ocurrirá. Pero antes de volver a bajar quiero hablar con Adam Coffin.

—¿Quién es?

—El sobreviviente del *Goliat*. Supongo que seguirá siendo parco sobre el asunto de las drogas pero quizá la vista de un par de ampollas avive su memoria —Treece se guardó las dos ampollas en el bolsillo—. Dejad las motos aquí. De todos modos, más tarde volveréis para ir a bucear. Nos arreglaremos con el coche de Kevin.

—Hablando de bucear —intervino Gail—, desde ayer me sangra la nariz.

—¿Mucho?

—No.

—No te preocupes. Cuando no se ha buceado desde hace tiempo, un día o dos de ascensos irritan los tejidos de los senos nasales. No te metas en el agua en un día o dos y se te pasará.

—¿Y esta noche?

—En tu lugar yo no iría. No tiene sentido provocar la hemorragia. Nosotros dos podemos arreglarnos —Treece abrió la puerta de la cocina para que salieran—. Si es así, será mejor que vayáis en las Mobyettes. Seguidme hasta la casa de Coffin.

La casa era minúscula: una cabaña de piedra caliza asentada sobre una franja de césped muy bien cuidada, con vista al puerto de Hamilton. Allí no había aceras sino un camino de tierra que sólo permitía que un automóvil saliera del camino y se detuviera sin correr el riesgo de chocar con los coches que pasaban. Treece metió el Hillman de frente en la maleza del costado del andén, dejando sitio detrás para las dos motocicletas. Su imponente figura se veía ridícula dentro del coche: tenía que agacharse hacia delante para que la cabeza no chocara contra el techo y sus largas piernas quedaron tan acalambradas que no pudo sacarlas normalmente por la portezuela. Tuvo que abrir la puerta y dejarse caer a la derecha, apoyando las manos en el suelo y arrastrando las piernas detrás del cuerpo.

—Estos malditos juguetes están hechos para enanos —observó mientras se limpiaba las manos en los pantalones.

—Si alguna vez sufres un accidente en ese coche —dijo Sanders— tendrán que cortarlo con un hacha. ¿Por qué no utilizas una motocicleta?

—Ésas son máquinas suicidas. Lo único bueno que tienen es que sirven para disminuir la población negra —Treece miró a Gail y sonrió—. Disculpa. No tengo remedio.

Subieron por el sendero de tierra hasta la casa. Delante de la puerta, apoyado en las manos y las rodillas, un hombre menudo trabajaba un parterre de flores.



—Adam —dijo Treece.

Coffin levantó la cabeza.

—¡Treece! —exclamó aquél sorprendido.

En un ágil movimiento, Adam se echó hacia atrás y de un salto se puso de pie. Llevaba un par de harapientos pantalones cortos como única vestimenta. Su cuerpo era bronceado, delgado y nervudo, sin una mota de grasa. Los músculos atravesaban sus brazos y su pecho tan visiblemente como en un texto de anatomía. Miraba continuamente de soslayo, y tenía surcos profundos en la piel seca y oscura de sus mejillas y su frente. Llevaba la melena blanca y larga hasta la altura de la nuca. Le sonrió a Treece exhibiendo sus maltratadas encías de dientes estropeados y amarillentos, salpicadas en algunos puntos.

—Me alegro de verte después de tanto tiempo.

—Sí, ha pasado algún tiempo —Treece envolvió los dedos huesudos de Coffin en su enorme mano, que movió vivamente hacia arriba y hacia abajo—. Hemos venido a hablar contigo —le presentó a Sanders.

—Pasad, entonces —dijo Coffin, dirigiéndose hacia la puerta.

La casa de una sola habitación estaba dividida en tres sectores por medio de muebles. A la derecha había un coy suspendido de dos argollas de acero empotradas en la pared de piedra. Detrás de una cortina semiabierta David vio un inodoro y un lavabo. En medio de la habitación había una silla frente a un televisor, un anticuado modelo de los años cincuenta. A la izquierda se veía un fregadero, un calentaplatos, una nevera, un armario y una mesa de juego rodeada por dos sillas y dos taburetes.

—Sentaos —dijo Coffin mientras abría el aparador y mostraba una serie de botellas—. ¿Un trago? Yo estoy en época de sequía. Las tripas viejas no pueden soportar el embate de las bayas de enebro.

Confundido, Sanders miró a Treece y vio que éste le sonreía a Coffin.

—Tomaré un poco de ron —respondió Treece—. ¿Cuánto hace que estás de sequía?

—Bastante. No es difícil cuando se tiene un espíritu disciplinado —miró a Sanders—. ¿Y tú?

—*Gin tonic*.

—Lo mismo que él. Gracias —dijo Gail.

—A la orden.

Coffin sacó cuatro vasos del armario, llenó dos con *gin Bombay* —sin hielo ni tónica— y se los pasó a David y a Gail. Llenó los otros dos con ron oscuro de Barbados. Le alcanzó uno a Treece, dio un largo trago del otro y se sentó.

—Creía haber oído que estabas de sequía —observó Treece.

—Lo estoy. Hace meses que no pruebo una gota de *gin*. Tomar ron no es beber sino sobrevivir. Sin ron la sangre no circula correctamente, eso está comprobado.

Sanders sorbió el *gin* tibio y reprimió una mueca cuando el líquido áspero le quemó la garganta.

—Bueno. Decidle al viejo qué es lo que os ha traído por acá —Coffin sonrió—. ¿O acaso es el día de visita a los ancianos y los enfermos?

Treece metió la mano en el bolsillo y sin decir una sola palabra dejó las dos ampollas sobre la mesa.

Coffin no las tocó; se limitó a mirarlas fijamente sin pronunciar palabra. Levantó la vista, la clavó primero en Treece y después en los Sanders... Su rostro no mostraba ninguna emoción pero en sus ojos había algo distinto, un brillo cuyo significado Sanders no logró descifrar; tal vez excitación, quizá temor. O ambas cosas.

Coffin señaló a los Sanders con la cabeza y le preguntó a Treece:

—¿Qué saben?

—Lo mismo que yo. Ellos encontraron eso.

Treece relató a Coffin la propuesta que Cloche le había hecho a los Sanders.

—¡Descarado hijo de perra! —exclamó Coffin cuando Treece concluyó su relato—. Tendría que haberme ofrecido a mí el millón de dólares. Son mías.

—Se supone que tú eres imbécil, Adam. Deja las cosas así. Es más seguro. Además, el *Goliat* ya no está registrado a tu nombre. Lo he verificado. Ahora... la verdad: ¿cuántas había?

Coffin vaciló.

—La verdad es dolorosa —dijo mientras observaba una de las ampollas a la luz—. Una vez dije la verdad y casi me matan.

—Cloche puede venir y concluir su tarea, Adam, si no sacamos rápido la mercancía de donde está. ¿Cuántas había?

Coffin terminó de beber el vaso de ron, cogió la botella y volvió a llenarlo.

—Estaban en cajas de cigarrillos. Cuarenta y ocho en cada caja, separadas por divisiones de cartón. Según el inventario había diez mil cajas y lo creo. Yo mismo las apilé a mano.

—¿Decía el inventario cuál era el contenido de las ampollas?

—No, pero nosotros lo sabíamos. Principalmente morfina. También algo de opio sin refinar y un poco de adrenalina. Pero sobre todo morfina.

—¿Nada de heroína? —preguntó Sanders.

—No. Al menos...

Gail le interrumpió:

—Es lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Sanders.

—Es lo mismo. He colaborado en la edición de un libro sobre drogas. La heroína no es más que morfina con ácido acético. Cuando penetra en el cuerpo se convierte en morfina.

—¿Entonces por qué no usan morfina los drogadictos?

—No son ellos quienes deciden. Usan lo que proporcionan los pasadores y éstos proporcionan lo que los contrabandistas pasan de contrabando. Los contrabandistas trafican con heroína porque les reporta más beneficios: una libra de morfina pura se

convierte en más de una libra de heroína y no es necesario consumir tanta heroína porque es más fuerte que la morfina pura... eso se debe al modo en que llega al cerebro. De cualquier modo, calculando que con esa carga se puede preparar medio millón de dosis de heroína en un mercado en el que se paga entre diez y veinte dólares por dosis, estamos hablando de un valor total de cinco a diez millones de dólares. ¡Dios mío!

—¿Dónde estaban, Adam? —preguntó Treece.

—En la bodega número tres. Todas las cajas. En la parte central del navío. Las rodeé de sacos de harina.

—¿Había algo debajo?

—Sí, los pertrechos de guerra. Arrojamus el lastre y pusimos allí las cajas con las bombas. Te aseguro que era un barco peligroso. A un compañero lo engrillaron tres días por birlar un cigarrillo. Y eso estaba encima de todo.

—¿No se dio vuelta al hundirse?

—Que yo sepa, no. Aunque no me quedé para ver cómo se iba a pique.

—Si cayó limpiamente, es probable que los cascos se hundieran primero y llegaran más lejos. Las cajas de cigarrillos estarían encima de todo.

—Recuerda que esas cajas eran de madera endeble. No debe quedar nada de ellas. Treece asintió.

—Sí, pero no habrían sido aplastadas por las cajas de explosivos. Y esas ampollas en el agua pesan muy poco, de modo que no deben haberse hundido muy profundamente en la arena.

—Si quieres conocer mi opinión, te diré que los temporales ya tienen que haberlas estropeado.

—Yo habría dicho lo mismo... —Treece señaló una de las ampollas— hasta que aparecieron éstas.

—Pero dijiste que estaban en un agujero, protegidas. Lo lógico es que las otras hayan desaparecido.

—O no. Pero en todo caso, esta noche bajaremos a echar un vistazo.

Coffin vació su vaso y dio con él un golpe sobre la mesa.

—Muy bien. Me prepararé.

Treece sonrió:

—No. Iremos nosotros. Te necesitamos si encontramos más.

—¡Pero es mi barco! —Coffin se golpeó el pecho con el puño cerrado—. ¿Crees que no sirvo? —tenía los ojos brillantes y las mejillas arrebatadas por el efecto del ron—. ¡Soy tan útil como un semental! ¿Cuántos años crees que tengo?

Treece respondió, serenamente:

—Conozco tu edad, Adam.

—Tú, entonces —le dijo Coffin a Sanders—. ¿Cuántos años me das?

Sanders le miró y calculó fechas mentalmente. Coffin debía tener por lo menos setenta años:

—Yo diría... sesenta.

—¿Has oído eso, Treece? —Coffin rió—. ¡Sesenta! —se volvió a Sanders—. ¡Tengo setenta y dos muchacho! ¡Y valgo tanto como un semental!

—Adam —dijo Treece tocándole un brazo a Coffin—, nadie ha dicho que no sirvieras. Pero no quiero que nadie pueda verte buceando en el lugar del naufragio. Eres demasiado conocido —Treece se aferró a su mentira—. ¡Tú eres célebre! Si te vieran rondar por allá se darían cuenta de que ocurre algo importante.

Coffin se reclinó en la silla, calmado por el halago.

—Lo que dices es sensato. No quiero que se enteren de nada —miró el vaso vacío—. Yo diría que hay que festejarlo.

—No —dijo Treece levantándose—. Tengo que trabajar.

Coffin precedió a Treece y a los Sanders hasta el camino. Treece abrió la portezuela del Hillman y lentamente, como un pulpo que tienta tentáculo a tentáculo la grieta de un arrecife, introdujo un miembro tras otro en el asiento del conductor.

—No respires hondo o harás sonar el claxon con el pecho —bromeó Coffin.

—¿Queréis seguirme? ¿O podréis encontrar el camino?

—Lo encontraremos.

Treece miró a Gail. Hizo una pausa, como meditando profundamente en lo que iba a decir:

—¿Te quedarás en el hotel esta noche?

—Supongo que sí —respondió Gail—. ¿Por qué?

—Quédate allí y cierra la puerta con llave. No quiero asustarte pero es seguro que Cloche sabrá que tú estás allí.

Gail recordó lo que había sentido al ver las Mobylettes aquella mañana:

—Ya lo sé.

Treece puso el coche en marcha, esperó a que pasara un taxi, dio una vuelta en U en el angosto camino y salió resoplando en dirección a St. David.

Cuando el coche desapareció de la vista, Coffin comenzó a bajar por el sendero vacío. Los Sanders montaron en sus Mobylettes y se pusieron los cascos.

—Adiós, señor Coffin —saludo Gail.

Coffin no respondió al saludo.

—Le conocí cuando era un muchacho —dijo—. Un buen muchacho.

Gail y David intercambiaron una mirada.

—Seguro —dijo Gail—. Parece una buena persona.

—Sí. Recto como el mismísimo Dios. Merece algo mejor.

—¿Mejor que qué?

—Que la soledad. Que la tristeza. Para un viejo gruñón como yo es distinto. Se *supone* que nosotros tenemos que estar solos. Pero un tipo joven como él... no hay derecho. Debería tener hijos para transmitirles sus conocimientos.

—Quizá le gusta vivir solo —opinó Sanders.

Coffin le miró con esos ojos que parecían cicatrices en su cara huesuda.

—Le gusta, ¿no? —dijo con tono agudo y mordaz—. Le gusta, ¿no es cierto? ¡Tú no entiendes nada! —se volvió.

David y Gail estuvieron mirándole mientras subía por la cuesta hasta su casa. Sanders preguntó:

—¿Dije algo inoportuno?

—No sé, pero sea lo que fuere no era lo que había que decir.

Sanders miró el reloj.

—Vamos. Tengo que volver a hacer todo el camino hasta St. David antes de que oscurezca.

## 6

La luna brillaba muy alta sobre el horizonte, arrojando un destello de oro sobre las aguas serenas.

La barca de Treece tenía 14 metros de eslora. Era una embarcación de madera que llevaba su nombre, *Corsair*, pintado en la popa. El casco, pensaba alguna vez, había sido igual al de cualquier barca pesquera, pero Treece lo había alterado tan radicalmente para que sirviera a sus necesidades, que ahora parecía excéntrico. Tenía cabrestantes a ambos lado del camarote, estantes para botellas *scuba* a lo largo de las regatas y, en lugar de un asiento frente a la cubierta, un compresor de aire. Se veía un tubo de aluminio —debería tener 3,5 metros de largo por diez centímetros de diámetro— sujeto a la regala de estribor. La lámpara de la bitácora daba un reflejo amarillento al rostro de Treece.

—Allí hay tantas estrellas que no logro discernir cuál es el faro de St. David.

—El que parpadea regularmente —respondió Treece.

El mar estaba absolutamente en calma y las luces de la costa, a más de un kilómetro de distancia, aparecían con mecánica uniformidad.

—Todas las luces me parecen iguales —observó Sanders—. ¿Cómo haces para saber dónde te encuentras?

—Es una cuestión de costumbre. Cuando llegas a conocer la línea de la costa, sabes dónde te encuentras por la forma en que están agrupadas. Sobresalen algunas, como las del Orange Grove Club y las de Coral Beach. Ya verás.

—¿Cómo consigues evitar los arrecifes en la oscuridad? Las rocas no se ven.

—En una noche como la de hoy es un poco difícil. La brisa no es lo suficientemente fuerte como para que el agua mueva las rompientes. Cuando sopla, te guías por ellas —Treece sonrió—. De lo contrario, cometes un par de errores, rebajas la escora en el casco y colocas un par de puntales de acero en el fondo; cuando chocas con una roca oyes un estruendo que indica que debes retroceder.

Sanders oyó un quejido en la proa. Miró a través del parabrisas y vio a *Charlotte* acurrucada en el púlpito que sobresalía de la proa. Le temblaban las ancas y movía la cola violentamente.

—¿Qué le ocurre?

—Es la fosforescencia —explicó Treece—. Asómate.

Sanders se apoyó en la regala de estribor y miró hacia delante. El agua que iba desplazando la proa de la barca estaba cubierta por un manto de menudísimas luces de color blanco amarillento.

—Se llama bioluminiscencia. La embarcación perturba a los microorganismos del agua, que reaccionan despidiendo luz. Algunos son lombrices y otros crustáceos. Básicamente, el fenómeno es el mismo que en el caso de las luciérnagas. Durante la guerra los japoneses solían frotarse las manos con luciérnagas para poder leer los mapas en medio de la jungla. *Charlotte* pretende comérselos.

—Tiene muy buen apetito —rió Sanders.

—Algún día será capaz de comerse a sí misma. Hace un tiempo se tentó con un tiburón, saltó sobre su lomo e intentó morderlo.

—¿Por qué no se la comió el tiburón?

Trece rió:

—El tiburón estaba aterrorizado. Desde luego, no estaba acostumbrado a tener algo peludo saltándole en el lomo, y desapareció a toda velocidad. Después volvió pero yo ya había sacado a *Charlotte* del agua.

—¿Por qué la llevas contigo?

—Se siente melancólica si la dejas sola —Trece movió un cuarto de timón a la izquierda—. Además, me hace compañía.

Guardaron silencio, observando las brillantes aguas nocturnas y las parpadeantes luces de la orilla. Sanders inspiró profundamente, saboreando la fresca salobre del aire nocturno. No recordaba haberse sentido nunca tan bien, tan vivo. Le parecía estar viviendo un momento de sus años de su juventud y, como un niño, se sentía contento —casi orgulloso— de estar solo con Trece. Se sintió levemente avergonzado al reconocer que se alegraba de que Gail no estuviera con ellos. Esto era algo especial, una experiencia exclusivamente suya. Se reprochó a sí mismo: no seas adolescente. La razón por la que Gail no estaba allí era que la situación podía resultar peligrosa.

Consideró los peligros posibles y, como de costumbre, sintió emociones encontradas: nervioso pero excitado, temeroso de lo desconocido pero impaciente por enfrentarlo, ansioso por hacer cosas que nunca había hecho. Contempló las aguas oscuras y un estremecimiento de anticipación le puso los pelos de punta.

Avanzaron unos minutos en dirección sudoeste.

—Mira hacia delante —dijo Trece señalando a medida que hablaba—. Aquél es el Orange Grove Club. Lo reconozco por las luces: las cuatro juntas en hilera son las del comedor. Después un espacio oscuro donde está la cocina, en seguida una franja de luz larga y delgada: la gran ventana de una sola hoja del bar.

—¿Cómo te las arreglas en las noches de niebla?

—Me quedo en casa.

Trece mantuvo el motor acelerado hasta que dejaron atrás las luces del Orange Grove Club. Después enfiló hacia la costa y moderó la marcha. Forzó la vista a través de la ventanilla de la cabina.

—Nos vendría bien un poco de viento y también algunas nubes. Bajo la luz de la luna nuestra presencia se destacará como una cereza en un pastel de nata.

—¿Cuál es el calado?

—Un metro. Tendríamos que pasar sin sufrir más de uno o dos rasguños.

—¿Te molesta si subo?

—No. Canta si ves algo que intenta abollarnos.

Sanders se dirigió a proa. La perra seguía bloqueando el camino al púlpito; Sanders la apartó y caminó hasta el extremo del mismo. La proa cortaba el agua con

un sonido sibilante que, desde donde estaba Sanders, resultaba tan audible como las explosiones del motor. Sanders miró en dirección a la franja de agua iluminada por la luna. Algo golpeó el agua, un relámpago de plata cruzó la franja y se perdió en la oscuridad. Sanders se volvió para mirar a Treece, que respondió a su muda pregunta:

—Una barracuda.

Sobrepasaron la primera línea de rocas y después la segunda. Más adelante, a veinte o treinta metros de la barca, Sanders observó unos círculos de agua que se extendían a partir de un punto, como si una mano invisible hubiera arrojado una piedra desde las alturas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Treece se alzó de puntillas.

—¡Jesús! —exclamó mientras hacía girar todo el timón a la izquierda—. Podría habernos desfondado.

—¿El arrecife?

—Sí. Ahora estamos en la tercera línea.

Treece apuntó la proa hacia la orilla y apagó el motor. La barca continuó derivando hasta que se asentó, casi inmóvil. Treece saltó sobre la regala y camino hacia adelante.

—Nada de viento, nada de marea, nada de nada. Un anzuelo bastaría para amarrarnos aquí.

Arrojó un ancla por la borda y dejó pasar la cuerda entre sus manos hasta que quedó floja. Dio dos fuertes tirones para asegurar el ancla en el coral y ató la cuerda a una abrazadera de proa.

—Ahora vayamos a vestirnos.

Entraron en la carlinga por la popa, seguidos por la perra. Mientras Sanders ajustaba su regulador al cuello de la botella *scuba* —apuntándolo en dirección a la luna para asegurarse de que no lo colocaba del revés—, Treece bajó. Arrojó sobre la cubierta, a través de la escotilla, dos trajes de buceo de neopreno negro: botas, pantalones, chaquetas y caperuzas.

—¿Está tan fría el agua? —preguntó Sanders.

—No, pero las rocas pueden despellejarte por la noche. Puedes rozar cualquiera sin verla y quedar herido —Treece volvió a bajar y regresó llevando una caja fuerte de metal en una mano y una gran lámpara de pilas con una cubierta submarina en la otra; le enseñó a Sanders el sistema de encendido y agregó—: No la usaremos más de lo imprescindible. Brilla como un faro.

—¿Entonces cómo haremos para ver?

—Yo veré —dijo Treece señalando la caja fuerte—. Tú no te separes de mi lado —abrió la caja; en el interior había una máscara y una linterna con empuñadura de pistola, acolchadas con goma—. Refleja los rayos infrarrojos. Así encontraré la piedra.

Cuando habían acabado de vestirse se sentaron en la regala de estribor.



—Fíjate en la hora —dijo Treece—. Dentro de media hora subirás aunque te quede mucho aire. No quiero que nos quedemos cortos de noche. Abajo puede haber corriente y no es nada divertido nadar quinientos metros chupando de una botella vacía.

Treece sacó una paleta de *ping-pong* de debajo de la regala y la sujetó a su cinturón de pesas. La perra comenzó a mover la cola y a olisquear las aletas de Treece.

—Cuida la barca, *Charlotte* —le ordenó el amo; miró a Sanders—. ¿Listo? Bajaremos juntos. Cuando toquemos el fondo enciende la luz y echa una mirada a tu alrededor. Lo más rápidamente posible. En cuanto reconozcas algo que pueda orientarte apaga la luz y dirígete al lugar. Si tengo suerte con esto —levantó la linterna infrarroja— no tendremos que usar demasiado esa luz.

—¿Qué te hace pensar que alguien nos seguirá?

—Existe la posibilidad de que no lo hagan, pero no creo que debamos enviar invitaciones.

Treece se colocó la boquilla e hizo la señal con los pulgares levantados. Sanders respondió con idéntico gesto y ambos rodaron hasta caer de espaldas en el agua.

Bajo la superficie la oscuridad era total. Más que de ausencia de luz se trataba de una envolvente y espesa negrura, de una nada concreta. Sanders tenía los ojos abiertos pero no veía nada, ni siquiera sus burbujas al respirar, ni el borde que enmarcaba el cristal de su máscara, ni un dedo que colocó a dos centímetros de la cara. Por un segundo creyó que había perdido la vista. Tenía la nariz rodeada de agua. Inclino la cabeza para despejar la máscara, apretando con los dedos la parte superior del cristal y exhalando por la nariz. Entonces vio unos puntitos brillantes y ondulados: la luz de las estrellas reflejada por las aguas.

Mientras exhalaba y vaciaba sus pulmones, Sanders comenzó a hundirse; aspiró y el ritmo de su descenso disminuyó. El agua, helada al principio, se iba caldeando hasta alcanzar la temperatura del cuerpo en el interior del traje húmedo. Se sintió tibio, desvalido y tranquilo, como si estuviera regresando al seno materno. Extendió los brazos y se dejó deslizar suavemente hacia el fondo del mar.

Sus aletas tocaron arena. Había una suave corriente, suficiente para dificultar la posición erecta, de modo que se arrodilló. La linterna colgaba de su cintura, atada a una correa de goma. Buscó el botón de encendido y lo apretó con el pulgar. Un cilindro de luz amarilla rompió la negrura.

Sanders no tenía la menor idea de dónde estaba ni en qué dirección miraba. Balanceó la luz de izquierda a derecha sobre la arena y las rocas y se sorprendió por la brillantez de los colores avivados por el haz incandescente. De día la arena le había parecido de un gris azulado pálido, las rocas marrón azulado y los peces verde azulado. Pero la luz de la linterna despertaba los colores naturales. Vio los blancos, los rojos y los naranjas del coral, la panza rosada de un escarabajo que pasaba por allí. La luz iluminó un fragmento marrón cubierto de verde, que Sanders reconoció como una

de las cuadernas. En el límite del haz apareció la cabeza de una pequeña barracuda que permaneció allí un solo instante. Sanders miró a su alrededor. Aparte de la estrecha franja amarilla, todo era negro. Se preguntó si a los tiburones les atraería la luz.

Sintió que algo le tocaba un hombro. Se echó hacia atrás de un salto en un movimiento espasmódico. Unos dedos lo golpearon. Entonces vio que la negra figura de Treece se movía en la franja de luz y le hacía señas de que apagara la linterna y le siguiera; le tendió una mano. Sanders le tomó la mano, apagó la luz y cuando sintió un tirón comenzó a patlear al lado de Treece.

Sanders volvió a encontrarse en la oscuridad: la luz infrarroja sólo era visible con la máscara especial de Treece. Supuso que se dirigían a la cueva, ya que Treece no vacilaba en sus movimientos: nadaba con rapidez, aparentemente en línea recta.

Treece disminuyó el ritmo y en seguida se detuvo. Sin soltarle la mano, guió a Sanders hasta un punto determinado del fondo del mar y señaló la linterna. Sanders apretó el botón: estaban en la boca de la cueva.

La luz reflejó la arena blanca y las paredes rocosas. Sanders vio la piedra que habían dejado en el interior. La mano de Treece la corrió y la dejó en la arena, junto a la linterna infrarroja. Con un dedo señaló la cavidad que había dejado la piedra en la arena, indicándole a Sanders que enfocara hacia allí la linterna. El dedo desapareció y apareció una mano sosteniendo la paleta de *ping-pong*. Treece comenzó a agitar la paleta sobre la arena en movimientos breves y veloces. La arena se elevó en ondas en pocos segundos, llenando la cueva con una nube. Sanders se echó boca abajo al lado de la linterna. El hoyo iba aumentando de tamaño. Ya tenía varios centímetros de profundidad y más de treinta de diámetro. Treece se echó junto a Sanders y ambas cabezas se unieron en el cono de luz mientras la paleta seguía abanicando la arena.

Treece dejó de mover la paleta. Al principio, Sanders creyó que había abandonado. Después vio que dos de sus dedos se introducían en la cavidad y sacaban algo que le pareció una hoja pardusca. Sobre ella se veía una marca desvaída, las huellas de algo escrito o impreso. Treece reinició los movimientos con la paleta, y Sanders percibió algo que brillaba en la arena. Los dedos volvieron a tantear la cavidad con tanta delicadeza como si intentaran extraer una espina del pie de un niño: entonces apareció una ampolla.

En seguida aparecieron más hojas parduscas... madera podrida, pensó Sanders ahora, de las cajas de cigarros que contenían las ampollas. Después otra ampolla. En seguida dos más. Luego, a medida que la cavidad se hacía más profunda, el borde de una caja, desteñido y escamado. Sanders retrocedió unos centímetros porque la mayor parte de la caja parecía encontrarse fuera de la cueva. Treece siguió aventando hasta dejar toda la caja al descubierto. Estaba del revés: un rectángulo marrón de quince por veinte. Treece dejó la paleta y levantó suavemente el fondo de la caja, que salió en una sola pieza pulposa. En el interior, protegidas por un panel de tabiques de cartón, reposaban cuarenta y ocho ampollas intactas.

Treece no las tocó. Levantó la paleta y volvió a abanicar, apartándose de la boca de la cueva. La arena que giraba alrededor de la cueva ya comenzaba a cubrir las ampollas. Treece persistió en sus movimientos hasta que encontró el borde de otra caja. Entonces se detuvo. Llevó la muñeca izquierda a la zona de la luz y levantó el puño de su traje. Sanders vio el cuadrante del reloj: hacía 32 minutos que habían descendido. El pulgar de Treece señaló hacia arriba y extendió la mano pidiéndole a Sanders la linterna.

Sanders se elevó lentamente en las aguas tenebrosas, observando el haz de luz debajo de él, que se movía unos centímetros, permanecía inmóvil y volvía a moverse. Sanders nadó sin usar los brazos, pataleando suavemente, moviendo el agua lo menos posible, porque repentinamente se sintió solo y vulnerable en la oscuridad. Sus sentidos estaban entumecidos y no quería atraer la atención de cualquier cosa que pudiera estar dispuesta a caer sobre una presa débil y solitaria.

Asomó la cabeza a la superficie. Miró a su alrededor y comprobó que había seguido una dirección errónea al ascender, alejándose de la barca. Ésta se encontraba anclada como una escultura negra bajo la luz de la luna, a unos 50 metros de distancia. No quería nadar en la superficie, donde produciría sonidos y vibraciones que se pudieran confundir con los emitidos por un pez herido. Se sumergió y movió las piernas en dirección a la barca. En dos oportunidades asomó la cabeza fuera del agua y en ambas descubrió que se estaba desviando. Como no alcanzaba a ver el fondo para guiarse en la dirección correcta, no lograba mantener un rumbo uniforme.

Estaba respirando demasiado rápido, demasiado profundamente y sus pulmones jadeaban buscando más aire que el que el regulador podía proveerle. Se dijo: ¡Basta ya! ¡Basta o te quedarás sin aire! Dejó de nadar y permaneció inmóvil en el agua, obligándose a respirar con un ritmo más lento. Gradualmente cedió el dolor que sentía en los pulmones. Levantó la cara, vio la barca y nadó hacia ella con brazadas suaves y lentas.

Sanders llegó a la embarcación y se sostuvo de la plataforma preparada en la popa para que los buceadores pudieran subir a la barca sin ayuda. Destrabó las bridas del hombro y apoyó la botella en la plataforma. Después elevó su cuerpo y se sentó, respirando pesadamente, dejando que las aletas colgaran en el agua. Oyó un gemido distante que venía de la proa.

Al lado de la plataforma apareció la cabeza de Treece. Escupió la boquilla y dijo:

—¿Dónde está *Charlotte*?

—Adelante. Me parece que tiene una pesadilla.

—No es probable —Treece subió a la plataforma con la botella puesta; en un solo movimiento se la quitó y saltó sobre el travesaño—. Nunca duerme en la barca. Me espera para poder lamerme la sal de la cara.

Treece comenzó a caminar hacia delante y Sanders le siguió.

A medida que se acercaban a la proa el gemido iba creciendo, volviéndose más intenso. Sanders vio ante él el contorno de la figura de Treece, un cuerpo enorme e

imponente que se movía con seguridad y gracia incluso en la oscuridad. Treece se detuvo y Sanders le oyó gritar:

—¡Hijos de perra!

—¿Qué pasa?

Cuando llegó al lado de Treece, Sanders vio a la perra. *Charlotte* se revolcaba contra la regala de babor, contorsionándose y mordiéndose salvajemente las ijadas. Más arriba de la cola, donde la perra no podía llegar con sus dientes, sobresalía algo brillante. Desesperada, había intentado alcanzarlo, y al mordisquearse se había arrancado mechones de pelo y trozos de carne de las ancas. Exhausta y gimiendo, no dejaba de mordisquearse.

Treece se agachó y le apoyó una mano en el lomo para aplacarla. La perra frunció el labio y gruñó:

—Está bien, pequeña —dijo Treece suavemente—. Está bien.

Le sujetó el cuello y la obligó a mantener la cabeza apoyada en el suelo. Con la otra mano le arrancó un trozo de acero del lomo. Liberada del dolor, *Charlotte* se quejó y comenzó a lamerse.

—¿Qué ocurrió?

Treece se dirigió a la popa, se asomó a la carlinga y encendió una luz.

En la mano tenía una flecha de cinco centímetros de largo, en forma de pluma.

—¿Qué están haciendo?

Sanders miró la flecha y dijo:

—Cloche.

—¿Cómo?

—Cloche usa una pluma exactamente igual a ésa, aunque más pequeña. Puede ser su tarjeta de visita. Ya intentó ablandarnos a Gail y a mí. Probablemente ahora quiere obligarte a ti a que negocies con él.

—¡Qué idiota! —exclamó Treece—. ¿Sólo porque contrató a un negro lameculos para que remara hasta aquí e hiriese a mi perra? ¿Supone que por eso voy a hincarme de rodillas? —escupió en el suelo—. Todo lo que logra con esto es indignarme —levantó la vista y vio que la perra cojeaba a lo largo de la regida—. Tráeme el equipo de primeros auxilios —ordenó, señalando un armario de estribor—. Tengo que curar a la anciana dama.

Treece tomó en sus brazos a la perra y la depositó en la cubierta. Con suavidad, la obligó a tenderse sobre el costado sano. Cortó con la tijera los mechones de pelo que tenía alrededor de la herida, la limpió con antiséptico y espolvoreó polvos de sulfamida. Mientras la atendía, la arrullaba amorosamente serenándola, tranquilizándola, tratándola —así le pareció a Sanders— con ternura y afecto paternos.

La perra supo corresponderle: no emitió un solo quejido ni se movió.

Cuando terminó de curarla, Treece le rascó las orejas y le dijo:

—Supongo que lo mejor será vendarte —cogió una gasa y esparadrapo—.

Conociéndote y sabiendo que ya has probado el sabor que tienes, sé que serías capaz de comerte a ti misma.

La ayudó a levantarse y *Charlotte* se dirigió a un rincón, moviendo la cola débilmente. Se tendió.

—¿Qué crees que harán ahora? —preguntó Sanders.

—¿Cloche? No es posible saberlo. Tapé esas ampollas, de modo que no puede estar completamente seguro de que hayamos encontrado algo. Pero con eso sólo ganamos uno o dos días —Treece meneó la cabeza—. ¡Pero hay muchísimas allá abajo!

—¿Más de las que vimos?

—Sí. Esa caja no era más que un anticipo. Sin duda, la bodega número tres debió chocar contra las rocas y el barco volcó un poco de costado. Después quizá se deslizó hacia atrás y echó las tripas —dibujó una V invertida con las manos—. Lo que vimos estaba arriba de todo. Cuanto más me apartaba de la cueva, mayor era el contorno y me di cuenta de que parte de los explosivos estaban mezclados entre ellas.

—¿Podemos extraerlo todo?

—No con una paleta de ping pong. Necesitaremos el elevador de aire —señaló el tubo de aluminio sujeto a la regala—. Tendremos que bucear con equipo de Deseo, no con botellas de aire. No podemos permitirnos el lujo de subir cada hora a buscar botellas. Tendremos que usar el compresor, que hace ruido. Será un trabajo difícil.

—¿Por qué?

—En la parte más profundamente enterrada, la mercancía debe estar intrincadamente mezclada con las cápsulas de artillería.

—No están armadas, ¿verdad?

—Eso no importa. El bronce se corroe. Las primeras pueden ser débiles. Pero el explosivo que contienen esas cápsulas sigue siendo activo. Si se golpean entre sí o una de ellas cae sobre una roca... nos veremos tocando el arpa a dúo para San Pedro.

—¿No podemos obtener ayuda del Gobierno?

—¿Del Gobierno de las Bermudas? —Treece lanzó una estentórea carcajada—. Sí. Ordenarán que el fabricante de sellos reales prepare por escrito encargándome que les quite de encima la molestia. Sólo hay una razón que me impide colocar una bomba allá abajo y hacer que todo vuele en pedazos.

Treece buscó algo en el interior de su chaqueta de buceo, encontró lo que buscaba y se lo extendió a Sanders. Era una moneda de forma irregular, cuya superficie estaba recubierta por una pátina de color verde. El dibujo parecía grabado excéntricamente, ya que sólo las tres cuartas partes de la superficie del metal tenían marcas. Cerca del borde de la moneda, Sanders logró descifrar las letras EI, después un punto, la letra G, otro punto y el número 170. Cerca del centro se veía una M y en el centro mismo una cimera de escudo que incluía dos castillos, un león y una serie de rejas.

—¿Y bien? —se asombró Sanders—. Tú mismo dijiste que una moneda no significa un tesoro.

—Es verdad. Pero *esa* moneda podría significarlo.

—¿Por qué?

—Cuando te envié arriba, recorrí un trecho del arrecife y abaniqué un poco alrededor de las rocas. Encontré esa moneda hundida unos quince centímetros en la arena. Estaba apoyada contra un trozo de hierro, razón por la cual sobrevivió sin oxidarse como la que encontrasteis vosotros.

—¿Por qué está verde?

—Es no es nada, se limpia. Me pareció que el trozo de hierro en el que estaba apoyada era el pasador de un candado. No logré soltarlo en seguida y no quise perder tiempo intentándolo.

—¿Quieres decir que allá abajo hay un cofre?

—No tal como tú lo imaginas. Hace tiempo que la madera estaría completamente podrida. Las monedas se habrían amontonado y la mayoría no tendría ningún valor. Debajo de una roca hay un montón de ellas. Traté de soltar una pero no lo logré. Supongo que está unida a las demás.

—Entonces podría haber más. Oro, quiero decir.

—Estoy empezando a pensar que sí —Treece observó la moneda a la luz—. Mira aquí. La M significa que fue acuñada en México. ¿Qué te dice eso?

—Que el barco iba al Este, en viaje de vuelta a España.

—Correcto. Había zarpado del Nuevo Mundo. Aproximadamente la tercera parte de los navíos que naufragaron iban *hacia* el Nuevo Mundo y no llevaban ningún tesoro. Estaban cargados de vino, queso, ropa y equipos de minería. Los números corresponden a los tres primeros de la fecha en que la moneda fue acuñada... alguno de los diez primeros años del siglo XVIII. Eso concuerda con la cimera. Se trata del monarca Felipe V. Ocupó el trono en 1700.

—¿Qué significan las letras?

—«Por la gracia de Dios» —explicó Treece—. Es el final de la leyenda del anverso de todas las monedas: *Philippus V*, después *Dei G.*, inicial de *gratia* —Treece dio vuelta a la moneda—. Ésta es una cruz de Jerusalén. No logro leer todas las letras, excepto esa *M* y la *R*, pero allí decía *Hispaniarum et Indiarum Rex*: Rey de España y de las Indias.

—¿Y?

—En 1715, una de las flotas más grandes del Rey Felipe V naufragó cuando volvía a España.

—He oído hablar de esa flota, pero tengo entendido que alguien la rescató.

—Sí, un buceador llamado Kip Wagner. Se hundieron diez buques que llevaban Dios sabe cuánto oro y plata, y a principios de la década de los sesenta Wagner encontró lo que supuso eran ocho de ellos. Rescató algo así como ocho millones de dólares en oro.

Sanders sintió que la excitación le cosquilleaba en el estómago.

—¿Y estas cosas pertenecen entonces a uno de los otros dos buques?

Trece sonrió y movió la cabeza negativamente.

—No es posible. Sin duda, allá abajo hay *algo*, pero no puede ser uno de los diez navíos de Felipe V. Todos naufragaron en Florida. Ese extremo está perfectamente documentado por los informes de supervivientes, de testigos presenciales, diarios de navegación, archivos del salvamento, etcétera... y no es posible que un barco se traslade mil millas por el fondo del océano. Lo que sabemos no constituye ningún problema, lo que molesta es lo que no sabemos.

—¿Por ejemplo?

—Cabe suponer que si debajo del *Goliat* hay otro barco, debió hundirse entre 1710 y 1720. Si hubiese sido después, las monedas que encontramos tendrían fechas de acuñación posteriores. Las monedas acuñadas en el Nuevo Mundo no se quedaban allí mucho tiempo. Los españoles necesitaban hasta la última de ellas para poder sanear su maltrecha economía. Pero no existen antecedentes de que se haya hundido ningún barco en esta zona de las Bermudas entre 1710 y 1720.

—El hecho de que llevará monedas españolas no implica necesariamente que fuera un barco español, ¿verdad?

—No. Las piezas de un ochavo eran internacionales. Todo el mundo las usaba. Pero no hay ninguna noticia de que en esta franja de playa se hundiera *ningún* barco a principios del siglo XVIII.

—Eso puede ser positivo, ¿no? Significa que nunca fue rescatado.

—Tiene su parte positiva y su parte negativa. Significa que debemos empezar de cero. Es probable que se hundiera por la noche. Si hubo supervivientes, cosa que dudo, no tenían la menor noción de cuál era el lugar donde habían naufragado. Además, estarían demasiado preocupados tratando de salvar su pellejo. En consecuencia, es probable que siga allí la carga que llevaban.

—Y qué podría ser...

—No es posible saberlo. Según los archivos, entre 1520 y 1800, los españoles sacaron del Nuevo Mundo alrededor de doce billones de dólares en mercancía... doce mil millones de dólares de *aquellos* tiempos. Alrededor del cinco por ciento se perdió y se recuperó aproximadamente la mitad de lo perdido, lo que significa que en el fondo del mar hay mercancías por un valor bruto de trescientos millones de dólares. Añade a ese valor la inflación producida en doscientos años y superarás el billón de dólares. Eso está claro y es hermoso... si fuese verdad. El problema consiste en que todos eran corruptos y por cada dólar declarado, probablemente había otro que pasaban de contrabando.

—¿Para evitar impuestos?

—Un impuesto especial. Según las leyes, el rey de España recibía el veinte por ciento del valor de todo tesoro, sin importar quién lo había reunido. Cualquiera que intercambiara mercancías europeas por oro del Nuevo Mundo tenía que pagar el llamado quinto real. Resultaba mucho más económico sobornar a alguien para que dejara pasar unas cuantas cosas que pagarle el veinte por ciento a la corona.

—Eso explica la historia del ancla —recordó Sanders—. En el *National Geographic* leí un artículo sobre un capitán que llevaba un ancla de oro fundido, pintada de negro.

—Sí. Lo ahorcaron. En resumen, no hay forma de saber qué podía haber a bordo de un barco. Hubo docenas de casos de barcos hundidos que fueron semirrescatados, y la mitad que se rescató totalizaba una cantidad mayor que la declarada en todo el cargamento. La embarcación principal de una flota, la *capitana*, podía llevar un tesoro declarado de tres millones de dólares. Pero en este caso no se trata de una capitana: no formaba parte de una flota. Es posible que este barco estuviese llevando a España a algunos de los supervivientes de la flota de 1715 y tal vez parte del tesoro rescatado. Pero si así fuera tendría que constar en los archivos, aunque fuera en Cádiz o en Sevilla, que los supervivientes partieron de La Habana y terminaron sus días aquí... pero no hay nada de eso —Treece metió la mano en la chaqueta del traje de buceo y sacó un óvalo de oro—. He aquí otra pieza del misterio.

—¿Una moneda?

—No —Treece se lo pasó a Sanders—. Un medallón.

En el medallón se veía la cabeza de una mujer y las letras S. C. O. P. N.

—Creo que es Santa Clara —dijo Treece—. O. P. N. significa *ora pro nobis*: Santa Clara, ruega por nosotros. Mira el anverso.

Sanders dio vuelta al medallón. El anverso era liso, salvo dos letras grabadas: E. F.

—¡Otra vez las mismas iniciales!

—Sí. Esta mañana no logré descubrir ningún oficial, ni noble, ni capitán con esas iniciales, y he revisado montañas de papeles.

Sanders le devolvió el medallón a Treece.

—Quizás era un regalo para alguien.

—No es probable. Nadie regala estas cosas.

Treece volvió a guardar el medallón y la moneda en el traje, apagó la luz y puso el motor en marcha. Pidió a Sanders que levantara el ancla y cuando oyó el sonido del hierro sobre la cubierta movió el timón a la izquierda y enfiló mar adentro.

Sanders regresó a la carlinga y preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Nos mantendremos alejados de este lugar durante un par de días, mientras yo trato de averiguar qué demonios hay debajo del *Goliat*.

—Cloche...

—Ya lo sé. Ahora que sabe que estoy interesado, pronto armará una bronca. Lo mejor que podéis hacer vosotros dos es hacer las maletas y volver a los Estados Unidos. Tal vez os deje en paz.

Sanders no respondió: probablemente Treece tenía razón. Posiblemente, tomaría la decisión de volverse con Gail en el primer avión de la mañana siguiente. Pero irse sería tanto como reconocer que se había estado mintiendo a sí mismo toda la vida.



Sus sueños y ambiciones —trabajar con Cousteau, dar la vuelta al mundo para el *National Geographic*— no serían más que las fantasías ociosas de un bucanero de pacotilla. Ahora tenía la posibilidad de hacer algo que nunca había hecho, de vivir auténticamente y no de deslizarse a través de la existencia como un simple observador. Los riesgos en los que se hallaba involucrado eran auténticos, no gratuitos ni autoimpuestos, lo que de algún modo les prestaba mayor valor.

Miró a Treece y después fijó su mirada en la cubierta, tratando de concretar una pregunta. Por último dijo:

—¿Qué ocurre si hay un montón de oro allá abajo?

—Nos veremos en un verdadero problema para retirarlo de entre los explosivos.

—No... quiero saber qué ocurriría si lo rescatáramos.

—En ese caso... —Treece se interrumpió y le sonrió a Sanders—. Ya veo que tu cerebro funciona. Muy bien. Siento la tentación de engañarte, de convencerte de que debes irte, pero ése no es mi estilo. Creo que si alguien quiere arriesgarse, yo no soy quién para impedirselo. Las cosas son así: nos presentaremos en la oficina de Liquidación de Naufragios y solicitaremos una licencia.

—¿Se necesita licencia?

—Sí, para bucear en cualquier naufragio. La licencia es válida por un año. Podríamos decir que estamos trabajando en el *Goliat*, que es un naufragio libre y no molestarnos en pedir una licencia. Pero prefiero hacerlo para que todo quede claro. Hasta ahora nunca me la han negado. En la licencia figuraremos tú y yo como socios al cincuenta por ciento. Normalmente, el barco cuenta como una persona.

—¿Qué significa eso?

—El barco cuenta como un accionista en cuanto a los cálculos de desgaste natural, depreciación y gastos. Pero en este caso no nos preocuparemos por eso. Haremos algún acuerdo para los gastos. De modo que tú y tu esposa os repartiréis la mitad o haréis con ello el acuerdo que queráis entre vosotros. Técnicamente, todo lo que encontremos pertenece a las Bermudas, pero a menos que crean que somos bandidos, serán razonables. Si las autoridades de Naufragios Históricos de las Bermudas están interesadas en algo de lo que encontremos, nos harán una oferta. Si se trata de algo en lo que tengan mucho interés, tendremos que aceptar su oferta, que la calcula un árbitro designado por el Gobierno... naturalmente. Nos devolverán todo aquello que no les interese pagar y nosotros podremos disponer de ello en la forma que deseemos.

—¿Venderlo?

—Quizá —Treece hizo una pausa—. Pero quiero advertirte algo ahora, aunque todo es aún un puro sueño. Se trata de algo que puede hacernos llegar a las manos.

Sanders se sobresaltó:

—¿Con respecto a la venta?

—Sí. Entre tú y yo existen diferencias. Yo no necesito dinero y supongo que tú sí. Mi interés radica en conservar intactos todos los descubrimientos. Tú no sabes

suficiente sobre naufragios como para compartir mi interés.

Esta observación aguijoneó a Sanders.

—Aprenderé.

—Es posible —Treece sonrió—. De todos modos, tal como está el mercado, es probable que no pudiéramos venderlo. Están los piojosos.

—¿Quiénes?

—A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, se encontraron muchas golosinas. Entonces fue cuando yo descubrí mi primer barco y Wagner los ocho del naufragio de 1715. Todo el mundo quería oro español, de modo que unos cuantos astutos comenzaron a falsificarlo. Es fácil de hacer y difícil de detectar. El oro no se puede carbonatar y con la tecnología actual cualquier estafador puede producir una moneda española perfecta.

—¿No se puede distinguir una legítima de una falsa?

—A veces, pero es difícil. El año pasado recibí una llamada del Museo Forrester. Un tal profesor Peabody quería que fuera a revisar algo. No me explicó el motivo pero imaginé que olía algo porque, si no, no me habría pagado para que fuera a Delaware. Examiné las monedas y mentiría si dijera que encontré algo extraño. Pero yo sabía que tenía que haber *algo*. Me quedé sentado en una habitación contemplándolas durante una semana entera. ¡Eran perfectas! Comencé a hablar conmigo mismo, a examinar cada una de las marcas de cada moneda. Discutí y argumenté hasta que di con la respuesta. Todas las monedas llevaban una P. Ésa era la marca de acuñación, que significaba que habían sido acuñadas en la casa de la moneda de Potosí, en Perú entonces. Ahora queda a Bolivia. Entonces miré la fecha de una de las monedas: 1627. Ahí estaba la cosa.

—¿Qué cosa?

—La casa de la moneda de Potosí no acuñó monedas de oro hasta finales de la década de 1650. El vendedor se quedó helado. Había invertido miles de dólares en la compra de oro en Europa y en la acuñación de las monedas.

—¿Para qué?

—Algunos lo hacen por la prima del oro español auténtico. Por un buen doblón real solían obtenerse 5.000 dólares. Yo tengo un lingote que sólo contiene 48 onzas de oro, lo que incluso a 200 la onza representa menos de 10.000, y me han ofrecido 40.000 por la barra. Pero este tipo tenía una idea mucho más ambiciosa. Falsificaba las monedas para convencer a la gente de que había encontrado los restos de un naufragio que buscaba: el *San Diego*, hundido en algún momento de la década de 1580. Logró convencer a algunos y les hizo invertir dinero en su empresa, a la que llamó Doblones, Inc. Creo que terminó en la cárcel, acusado de fraude.

—¿Sus monedas entraron en circulación?

—Ésa es la cuestión. Nadie puede saberlo con certeza. Pero aunque las de él no lo lograran, ya aparecerá alguien con otras mejor hechas. Actualmente no se puede pensar en vender una moneda o un lingote de oro sin tener documentos de la

Asociación Smithsoniana y de otra serie de asociaciones que hay por todo el mundo. He visto en subasta monedas que no podían costar más de quince dólares, hechas en Filipinas. Si se frotaba enérgicamente se les borraba la fecha. Todo está tan mal que algunos hombres honrados que tienen monedas españolas auténticas se ven obligados a vendérselas a los dentistas, que las funden para hacer empastes. Monedas de trescientos y cuatrocientos años de antigüedad, cargadas de historia, acaban en las caries de alguna vieja.

—¿Qué podemos hacer con lo que encontremos?

Trece rió:

—Si lo encontramos. Sólo Dios lo sabe. Pero en este caso parece haber algo más que monedas. También alhajas, al menos algunas. Todavía no se han hecho muchas falsificaciones de joyas —sacó el medallón del traje de buceo y lo examinó bajo la débil luz de la bitácora—. Los indios decían: «El oro es el dios de los españoles». Yo digo que liquidó a los indios, arruinó a los españoles y parece que seguirá molestando al mundo entero hasta el fin de los tiempos.

Eran más de las 11 cuando Trece disminuyó la marcha y enfocó el *Corsair* hacia la cala que se encontraba debajo del faro de St. David. A la luz de la luna, Sanders observó que el desvencijado embarcadero estaba desierto. Las otras dos embarcaciones de Trece —la barca pesquera de remos y el pequeño ballenero— se balanceaban suavemente en sus amarraderos.

Ajustaron las amarras del *Corsair*, se quitaron los trajes de buceo y caminaron hacia el extremo del embarcadero. La luz de la luna iluminaba los primeros metros del sendero de piedra que conducía cuesta arriba. Allí el camino giraba a la izquierda y se perdía en la maleza oscura.

—Éste es un buen lugar para darle un susto a alguien —observó Sanders, que caminaba con los brazos delante de la cara para evitar que le golpearan las ramas.

—En el caso de que alguien fuera tan tonto como para intentarlo —replicó Trece.

Sanders sintió cierta irritación ante la manifiesta fe de Trece en su invulnerabilidad.

—¿Estás hecho a prueba de balas?

—Supongo que no. Pero en mí hay una especie de encanto. Mucha gente cree que si alguien me fastidia puede caer muerto en ese mismo momento. No me importa alimentar el mito.

Llegaron a la cima de la colina y siguieron hasta la cerca que rodeaba la casa de Trece. La perra, que había recuperado la actividad, ya había saltado la cerca y olisqueaba algo que había en el umbral de la puerta de entrada.

—¿Mañana? —preguntó Sanders.

—Estaré todo el día revisando papeles.

—¿Quieres que te llamemos donde Kevin?

—Si queréis, sí. También podéis venir si sentís curiosidad por ver lo emocionante que resulta revisar papeles empolvados en busca de unas iniciales —Treece abrió el portal y entró en el patio—. De cualquier modo, ya hablaremos —se dirigió a la puerta de entrada.

Sanders quitó el candado de la rueda delantera del velomotor. Como todas las Mobylettes que se alquilaban a los turistas, la suya no tenía motor de arranque automático ni cambios de marcha y alcanzaba una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora. Ocupó el asiento, abrió a medias el acelerador y le dio a los pedales. La moto avanzó lentamente; el motor resopló dos veces y arrancó. David oyó que Treece gritaba:

—¡Eh!

Sanders cerró el acelerador y pedaleó dando la vuelta hasta el portal.

—Mira esto —Treece le mostró un objeto que tenía en la mano.

Era una botella de Coca-Cola con una pluma blanca inserta en el cuello.

—¿Qué es?

—Un hechizo. Supongo que para asustarme, aunque no sé por qué esperan que un encanto vudú pueda actuar sobre un indio mohicano con el cerebro lavado en escuelas presbiterianas escocesas —Treece escudriñó la densa maleza que rodeaba el patio—. Pero reconozco que tienen valor al venir aquí —acunó la botella en la mano; después, furioso, la arrojó por los aires—. Esta vez ganaremos nosotros.

La botella dio vueltas en el aire y descompuso los rayos de luz que chocaban contra ella en brillantes fragmentos verdes y amarillos. En pocos segundos desapareció de la vista, detrás del acantilado.

La luz que proporcionaba el faro de la Mobylette era débil y apenas iluminaba los baches del camino de St. David. Condujo lentamente, sintiendo el camino más que viéndolo. Al pie de una breve cuesta, había una curva cerrada a la derecha. Sanders frenó mientras descendía y cuando llegó abajo el velomotor avanzaba con tanta lentitud que se ladeó. La carretera volvía a ascender inmediatamente después. Abrió el acelerador al máximo y pedaleó pero no pudo alcanzar la velocidad suficiente. La moto se tambaleó. Sanders desmontó y comenzó a empujarla cuesta arriba, ayudándose con breves golpes del acelerador de mano.

Cuando por el fin el camino se hizo llano, Sanders se detuvo para recobrar el aliento. Se sentó en el asiento de la moto y dejó caer la cabeza. Cuando levantó la vista vio una sombra negra que estaba parada inmediatamente detrás del campo de luz del faro de la moto. Una voz dijo:

—¿Ha considerado nuestra oferta?

Sanders no supo qué responder. Miró a su alrededor y sólo oyó las cigarras, solamente vio la oscuridad.

—Nosotros... nosotros... no encontramos nada.

La voz repitió:

—¿Ha considerado nuestra oferta?

—Sí.

—¿Ha tomado alguna decisión?

El acento de la voz era marcadamente jamaicano; no se trataba de Cloche.

—Bien... —Sanders trató de eludir una respuesta concreta—. En...

—¿Sí o no?

—No es así exactamente. No hemos tenido mucho tiempo. Yo...

—Entonces ya veremos.

La sombra retrocedió en dirección a los arbustos. Se oyó el crujido del follaje y la carretera quedó desierta.

Ya veremos, pensó Sanders. Si quieren hacerme algo, ¿por qué no me lo hacen ahora?

Entonces se sobrecogió al pensar en Gail.

En South Road se cayó dos veces. La primera, al doblar una esquina; como no podía ver a más de diez metros de distancia, ladeó el velomotor demasiado bruscamente. La rueda trasera golpeó una piedra y patinó y Sanders aterrizó en el suelo, sobre un codo y una rodilla, produciéndose algunos rasguños. La segunda caída la sufrió antes de tomar el desvío hacia el Orange Grove Club. Llevaba el acelerador totalmente abierto y avanzaba a bastante velocidad, con luz insuficiente para ver a tiempo una curva a la izquierda que apareció repentinamente en el camino. Siguió recto y se introdujo en los arbustos. Las ramas y las espinas le rasparon la cara y le produjeron desgarrones en la ropa. Cuando enderezó la Mobylette y se situó de nuevo en la carretera, estaba frenético, casi histérico. Aceleró a fondo y la moto bajó el sendero a sacudidas. Trató de serenarse argumentando que si a Gail le había ocurrido algo, ya era demasiado tarde para impedirlo. Había transcurrido aproximadamente una hora desde su conversación con el hombre que le había interpelado en la carretera. ¿Pero si estaba herida y necesitaba ayuda? ¿Y si había desaparecido?

Giró en la calzada del Orange Grove Club y vio, a través de los arbustos, que en su cabaña había luz. Dejó caer la Mobylette al suelo y mientras corría en dirección a la puerta miró por la ventana y vio que en el dormitorio había alguien. Se detuvo, sintiendo que le latían las sienas. Las cortinas estaban semicorridas, pero Sanders pudo reconocer a Gail sentada en el borde de la cama, con el pelo revuelto y el camisón torcido. Tenía la mirada fija —como si estuviera hipnotizada— en algún objeto que había en el suelo.

Abrió la puerta de un golpe y observó que Gail retrocedía, espantada, cubriéndose los pechos con los brazos. A sus pies había una caja de zapatos tapada con papel de seda.

Cuando Gail vio a David dejó escapar un gemido y comenzó a sollozar. La miró un instante, anonadado. Después cerró la puerta y se acercó a ella. Se sentó en la cama y la rodeó con sus brazos. Gail temblaba y su espalda se estremecía por efecto de los sollozos.

—Gail.

No parecía herida: no vio ninguna marca en su cuerpo. No obstante, presumió que la habían violado, y cuando cerró los ojos imaginó una escena en la que tres o cuatro negros —pensó especialmente en el joven con la cicatriz en el pecho, Slake— la sujetaban mientras la violaban de uno en uno. La idea le repugnó, le mareó. Se preguntó qué sentiría la próxima vez que intentaran hacer el amor. En seguida, la ira reemplazó a la náusea y comenzó a pensar cómo y dónde podría conseguir una pistola.

—Tranquilízate. Todo está bien. Dime qué ocurrió.

—Creo que soy... —dijo Gail, tratando de reprimir los sollozos compulsivos—, ...una tonta. No fue... tan terrible.

—¿Qué te hicieron?

Gail le miró y comprendió lo que él estaba pensando. Le sonrió débilmente.

—No me violaron.

Sanders sintió alivio, pero casi simultáneamente pesar por haber perdido la causa suprema de la venganza. Deseaba matarlos.

—¿Qué ocurrió, entonces?

—¿Qué hora es? —preguntó Gail.

—Las doce y cuarto.

—A las once me acosté. Cerré la puerta con llave y le puse la cadena. Debí dormirme inmediatamente. No sé cuánto tiempo dormí hasta que oí que llamaban a la puerta. Pensé que eras tú. Dije tu nombre en voz alta pero una voz de hombre me informó que no eras tú, que habías sufrido un accidente en la Mobyette y que él era un policía que venía a buscarme para llevarme al hospital. Abrí la puerta. Eran tres.

—¿Reconociste a alguno?

—A todos. Estaban con Cloche el otro día. Uno de ellos era el camarero de aquí, el que tiene esa enorme nariz.

—Slake —afirmó Sanders.

—Él fue el que me empujó. Me puso la mano derecha aquí —se tapó la boca con una mano— y me echó sobre la cama. Me dijo que al menor ruido me degollaría. Creo que habría sido capaz de hacerlo.

—Yo también lo creo.

—Dejó su mano apoyada en mi garganta y me preguntó si pensábamos cooperar. Le dije... supongo que fui un tanto brusca...

—¿Cómo dices?

—Pero tenía mucho miedo y estaba segura de que me violarían dijera lo que dijese, de modo que dije: vete a la mierda. Todo lo que hizo fue reír y responderme, con ese tono con el que hablan todos ellos: «Tenga cuidado, señorita, o la que se irá a la mierda será usted». Entonces me preguntó otra vez qué pensábamos hacer y yo le respondí algo así como que podía decirle a Cloche que no haremos lo que quiere ni por diez millones de dólares.

—Tal vez tendrías que haber mentido.

—No quería darle el gusto.

—¿Y después?

—Uno de ellos dijo: hagámosela. Entonces supe que me violarían —se estremeció y David la abrazó con más fuerza—. Hagámosela... ¡Dios, qué palabra tan horrible! Slake me apretó la garganta con una mano y me arrancó el camisón con la otra. Me sostenía con tanta fuerza que yo no podía bajar la vista. Lo único que veía era el techo. Sentí que un par de manos me arrancaban las bragas —se interrumpió y comenzó a llorar.

Sanders vio las bragas de Gail en un rincón. La tela estaba arrollada alrededor del elástico: se la habían bajado por las caderas y las nalgas.

—Creí entender que no te habían...

Gail le puso una mano en la rodilla y sacudió la cabeza de un lado a otro, haciendo ruido con la nariz y tragando saliva al mismo tiempo.

—No lo hicieron. Uno de ellos me agarró de las piernas y las separó. Nunca había sentido nada semejante... indefensa y con las piernas abiertas. Fue horrible.

—¿Pero no te hicieron daño?

—No. Después sentí que un dedo recorría mi cuerpo... abajo... desde el ombligo hacia abajo. Pero no era un dedo. Era algo más suave, peludo. Todavía no sé qué era. Supongo que un pincel.

—¿Un pincel?

—Mira —Gail se levantó el camisón por encima de las caderas y se tendió de espaldas en la cama.

Sanders sintió pánico y se obligó a mirar. Recordó que años atrás un médico amigo le había invitado a presenciar una operación de apendicitis. Sanders llevaba puesta una mascarilla y la paciente, una adolescente, le confundió con un médico. Mientras estaba tendida en la camilla, con el pubis expuesto y afeitado, le había rogado que la incisión fuera lo más pequeña posible para que no se le viera cuando llevara bikini. Sanders se había sentido fascinado, levemente excitado (aunque algo avergonzado) y por último, cuando se produjo el primer corte, asqueado.

Gail percibió el malestar de David y dijo:

—No es nada. Mira.

Tenía seis manchas rojas en la ingle, groseras rayas que se entrecruzaban desde el pubis hasta el ombligo, de una cadera a la otra, desde el pubis hasta cada cadera y de la cadera al ombligo. Parecía el dibujo de un cometa.

—¿Qué es? —preguntó Sanders—. ¿Pintura?

—No. Me parece que es sangre.

—¿Tuya?

—No. De algún animal.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he probado. Es salado, como la sangre —se sentó y se bajó el camisón.

—¿Dijeron algo?

—Nada. Ni ellos ni yo. Tenía tanto miedo... y como no me hirieron ni me hicieron daño no me atreví a decir una sola palabra. Toda la operación se realizó en menos de un minuto. Entonces Slake dijo: «A lo mejor ahora vuelven a pensarlo». Me soltó pero yo no me moví. Después uno de los otros dejó eso sobre mi vientre —señaló la caja de zapatos—. Dijo que era un regalo de Cloche.

Sanders se inclinó y quitó el papel de seda.

—¡Santo Dios! —exclamó.

—No quiero volver a verla —Gail se levantó y se dirigió al cuarto de baño.

Sanders apoyó la caja en las rodillas y sacó la muñeca. Estaba muy mal hecha —eran unos simples trapos que cubrían un montoncillo de paja— pero su significado



era claro: el pelo de la muñeca era humano y tenía exactamente el color de los cabellos de Gail. También le habían marcado su cicatriz de la operación de apendicitis a la derecha de la lentejuela plateada que representaba el ombligo. Había seis rayas rojas en la ingle de la muñeca, con el mismo dibujo que le habían pintado a Gail. Pero las rayas de la muñeca estaban hechas a cuchillo y de los cortes surgían copos de algodón rojos y azules que colgaban hasta las piernas.

Sanders estaba anonadado. Sentía los dedos fríos y la boca seca y pastosa. Jamás había sufrido tanto temor. Podía sobreponerse a las amenazas a su propia persona, pero esto estaba más allá de su control y, sin duda alguna, Cloche pensaba lo mismo. Oyó el ruido del agua que caía en el cuarto de baño.

—Es sangre —gritó Gail desde el baño—. Se va con el agua.

—¿Crees que realmente habrían...? —empezó a preguntar Sanders.

—¿Qué?

—Nada.

Sanders lanzó la muñeca al otro extremo de la habitación. Se dirigió al teléfono y cuando la operadora le atendió se apresuró a decir:

—Póngame con la Pan American, por favor.

Gail salió del baño. Se había peinado y llevaba un vaso de *whisky* en la mano.

—Esto ayudará. Es... —se interrumpió cuando vio a Sanders hablando por teléfono.

—Para... —dijo Sanders en el teléfono—. Muy bien, gracias —colgó.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nos vamos de aquí. Las compañías de aviación no abren hasta las nueve de la mañana.

—¿A casa?

—Así es.

—Nos seguirá.

—Que nos siga.

—Yo estoy muy bien —observó que la mano que sostenía el vaso de *whisky* temblaba y sonrió—: *Estaré* muy bien.

—No creo que estén bromeando. Y tú piensas lo mismo que yo.

—Sí.

—¿Entonces para qué discutir? No vale la pena correr el riesgo, darle a nadie la menor posibilidad de que te destripe. Ya lo dijo Treece: estamos de vacaciones, de *luna de miel*. No hemos venido aquí para acabar asesinados por un maniático.

—Tú no estás preocupado por *nosotros* sino por mí, ¿verdad?

—Bueno, no...

—Tú piensas que solo te sabrías cuidar —como David no contestó, Gail prosiguió—: No te preocupes por mí. No podemos pasarnos el resto de la vida aterrorizados. Además, *tenemos* que impedir que esas drogas lleguen a manos de Cloche. Con ellas destrozaría otras vidas, mataría inocentes: a él no le importa. A mí sí. Voy a hacer lo

que tendría que haber hecho hace tiempo: acudir al Gobierno. Debo hacerlo.

—¿Qué quieres decir? Ya te explicó Treece que no servirá de nada.

—Es posible que no, pero no puedo lavarme las manos —seguía temblando pero su expresión era de una feroz intensidad—. No fue a ti a quien arrojaron sobre la cama y a quien le pintaron la ingle. Yo me quedo, al menos hasta que haya hablado con las autoridades.

Sanders apartó la mirada.

Gail se acercó y le tocó la cara. David la abrazó y le besó la frente.

—¿Qué encontrasteis esta noche? —preguntó mientras apoyaba la cabeza contra el pecho de David.

—Ampollas. Cajas enteras. Sin duda alguna, allí están.

—¿Algún objeto español?

—Una moneda de plata y un medallón de oro.

—¿Qué piensa Treece de eso?

—Cree que puede haber otro navío *debajo* del *Goliat*.

Sanders le repitió su conversación con Treece y mientras hablaba sintió que volvía a invadirle el entusiasmo que le había exaltado en la barca.

Al observarlo y ver su excitación ante la perspectiva del descubrimiento de un tesoro y su deleite ante los detalles recién aprendidos sobre los barcos españoles, Gail tuvo la tentación de sonreír. Pero por el rabillo del ojo divisaba la muñeca.

Treece tenía aspecto de hallarse cansado; tenía los ojos enrojecidos y debajo de ellos unas bolsas hinchadas y arrugas. Parecía deprimido. Hizo entrar a los Sanders a la cocina, donde vieron a la perra hecha un ovillo junto al hornillo, lamiéndose de vez en cuando el vendaje. Sobre la mesa de la cocina se veía una abundante pila de papeles, algunos viejos y amarillentos, y también varias fotocopias.

Gail le contó a Treece la visita de los hombres de Cloche y le mostró la muñeca.

—Intenta aterrorizaros —afirmó Treece—. Quiere mostraros hasta dónde llega su poder. No vacilaría en mataros pero por el momento vuestra muerte no le beneficiaría en nada. Todo lo que lograría sería armar un gran jaleo y perder definitivamente vuestra colaboración. Pero si alguna vez llega a pensar que realmente no cumpliréis sus deseos, tened cuidado, es capaz de degollaros mientras os estrecha la mano.

—Estuvimos a punto de irnos —dijo Sanders.

—No es seguro que os encuentre en Nueva York.

—¿No es seguro? —preguntó Sanders—. ¿Crees que habla en serio cuando dice que nos seguirá a Nueva York?

—No necesitaría seguiros. Una llamada telefónica sería suficiente. Es muy vengativo y está muy bien relacionado. Pero sin duda alguna estaríais más seguros allá.

—A mí me parece que estamos más seguros *aquí*... al menos mientras siga

pensando que podemos serle útiles —respondió Gail y se volvió hacia Sanders—: Tenías razón. Tendría que haber mentido.

—A mí me parece que todavía no habéis tomado una decisión —opinó Treece—. Antes de hacerlo, quiero que sepáis lo que descubrí anoche... mejor dicho esta mañana. Creo que sé... oídme bien: he dicho que *creo saber* cuál es el barco que está debajo del *Goliat*.

—¿Encontraste a E. F.? —dijo Sanders.

—No —Treece señaló los papeles que había sobre la mesa—. Éstos no significan más que un comienzo pero contienen un par de indicios. ¿Recordáis que hablamos de esa flota de 1715?

—Sí.

—Tal vez esto tenga algo que ver con esa flota. Tratad de seguir mi razonamiento —levantó uno de los papeles—. La flota de 1715 estaba bajo el mando del general Don Juan Esteban de Ubilla. Éste quería zarpar hacia España a finales de 1714 pero como de costumbre hubo demoras. En aquellos tiempos los barcos tardaba en llegar desde el Lejano Oriente, los galeones de Manila que llevaban porcelana K'ang Hsi, marfil, jade, seda, especias y todo tipo de mercancías. Ubilla esperó más de un año en Veracruz a que la carga llegara, atravesara la jungla y fuera cargada en navíos. Se dirigió a La Habana, donde se reunían todas las flotas para los últimos preparativos. En La Habana hubo más demoras: hubo que reparar algunos barcos, se cargaron más mercancías, había que presentar manifiestos e inventarios. Así pasó la primavera de 1715, y el principio del verano. Sin darse cuenta, se hallaban ya a mediados de julio. Ubilla debió perder los estribos.

—¿Por qué? —preguntó Gail.

—Por los huracanes. Los antillanos dicen: «En junio es muy pronto, en julio se acercan, en agosto soplan; en septiembre los recuerdas y en octubre ni los nombras». Un huracán era lo peor que podía ocurrirle a una de esas flotas. Los barcos eran cáscaras de nuez, de modo que ante un vendaval estaban impotentes. Siempre iban sobrecargados, y la madera estaba carcomida y podrida. Todos los días se inundaban y había que achicar el agua.

*Charlotte* levantó las orejas y luego se acomodó otra vez para seguir durmiendo.

—De cualquier modo, mientras Ubilla esperaba se le presentó un individuo llamado Daré, dueño de un barco que había pertenecido a Francia pero entonces navegaba con bandera española y tenía nombre español: *El Grifón*. Daré quería unirse a la flota de Ubilla y tenía buenas razones: su manifiesto declaraba más de 50.000 dólares en oro y plata y si navegaba solo no tenía la menor posibilidad de atravesar los estrechos de Florida: le atacarían los piratas jamaicanos. Éstos tenían espías en todas partes y sabrían exactamente en qué momento zarparía de La Habana. Pero Ubilla se negó a llevarlo consigo. Estaba muy preocupado por los retrasos y el estado del tiempo y no quería sumar a eso el dolor de cabeza de tener que cuidar un nuevo barco: diez eran suficientes. Daré insistió. Insinuó que en su cargamento había algo

especial, algo que no figuraba en el manifiesto, pero Ubilla no se dejó convencer.

—¿Todo eso figura allí? —preguntó Gail señalando los papeles.

—La mayor parte. En aquellos tiempos todo el mundo llevaba un diario y los burócratas españoles eran fanáticos de los archivos detallados, generalmente para garantizarse su propia protección. De todas formas, en circunstancias normales, la palabra de Ubilla hubiese sido ley. Era el responsable de la flota y decidía quién navegaba con él y quién no. Pero, evidentemente, en *El Grifón* había algo más de lo que Daré estaba dispuesto a decir. Pasó por encima de Ubilla, apeló a la más alta autoridad real en La Habana y así, Ubilla recibió la orden de llevar consigo *El Grifón*. De este modo, la flota estaba formada por once barcos.

Sanders le interrumpió:

—Anoche dijiste que en la flota había diez barcos y que todos se hundieron en Florida.

—Eso es lo que yo creía, lo *que todos* creían —Treece levantó otra hoja de papel—. Éste es el manifiesto de Ubilla. Aquí figuran diez navíos con toda su carga. Lo que debió ocurrir es que Ubilla ya había presentado su manifiesto cumpliendo con todas las disposiciones y estaba impaciente por zarpar. Si se hubiese atendido a la ley y presentado nuevamente el manifiesto para una revisión, registrando la presencia del undécimo barco, que de todos modos a él no le interesaba, la burocracia le hubiese retenido un mes más en La Habana. Los burócratas siempre insistían en detallar hasta el último alfiler de una flota, o al menos hasta el último alfiler por el cual no los sobornaran, lo que habría retrasado la partida de la flota hasta la temporada de huracanes.

Gail preguntó:

—¿Cómo descubrió lo de *El Grifón*?

Treece revisó rápidamente los documentos hasta encontrar una hoja de papel amarillento, raída y agrietada. Se la pasó por encima de la mesa.

—No te molestes en leerla. Está escrita en español antiguo y el tipo apenas sabía escribir. Es el relato de un superviviente. Unas cuatro líneas antes de la última se puede leer la palabra *o-n-c-e*. He leído por lo menos cien veces este documento sin advertirlo. Allí dice que había once buques en la flota —señaló la pila de papeles—. Fue fácil verificarlo en cuanto tuve ese dato. El lacayo del rey llevaba un diario minucioso y menciona que *El Grifón* zarpó con Ubilla. Tardé la mitad de la noche en leer lo que escribió ese hombre. Era un presuntuoso y tuve que soslayar una pila de basura para enterarme de algo. Cuando Ubilla recibió la orden de llevar a Daré consigo, aparentemente le dijo a éste que se uniera a la flota pocas horas después para evitar perder más tiempo por motivos burocráticos, es decir, que se revisara su manifiesto.

Treece carraspeó, se levantó, y sin preguntar nada sirvió tres medios vasos de ron.

—La flota de diez más uno salió de La Habana el miércoles 24 de julio de 1715 —informó mientras se sentaba—. Llevaba dos mil hombres, un tesoro valorado,

oficialmente, en catorce millones de dólares. Es probable que el verdadero valor superara los treinta millones. El tiempo se mantuvo estable durante cinco días. Pensaréis que para entonces ya estaban en medió del océano, pero en aquellos tiempos esos cascarones iban a una velocidad máxima de siete nudos, de modo que apenas alcanzaron Florida, en algún punto entre las actuales playas de Sebastián y Vero. Ellos no lo sabían, pero después de zarpar de La Habana se había levantado un huracán que soplaba del Norte y que les iba ganando terreno día a día.

Treece sorbió lentamente parte del ron. Gail y David escuchaban en silencio, fascinados.

—Se vieron bajo su influencia el sexto día, un lunes por la noche y aproximadamente a las dos de la madrugada jugaba con ellos como si fueran de cartón: olas de 14 y 15 metros de altura, vientos de cien millas que rugían del Este y los empujaban hacia el Oeste, en dirección a las rocas. Ubilla corregía el rumbo permanentemente y casi todos los buques intentaban seguirlo, pero todo fue inútil. Daré debió ser el único que desobedeció conscientemente. O no confiaba en Ubilla, o bien era un estupendo navegante. En cualquier caso, mantuvo *El Grifón* en dirección al Noroeste y sobrevivió.

—¿Hizo solo la travesía? —preguntó Sanders.

—No. Regresó a La Habana. Seguía preocupado por los piratas. Seguramente ése fue el motivo de su vuelta o, tal vez, su barco estaba tan deteriorado que no se atrevió a seguir adelante sin hacerle reparaciones. Aquí —señaló Treece con una sonrisa maliciosa— se complica el asunto. No existe ningún documento donde se diga lo que les ocurrió a Daré y a *El Grifón* cuando llegaron a La Habana. En la práctica desaparecieron, tanto él como su barco.

—Quizás intentó seguir navegando posteriormente —observó Sanders.

—Pudo haberlo hecho. También pudo permanecer inactivo un tiempo, cambiar el nombre de su barco y unirse a otra flota.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Gail.

—Existen buenas razones. Pero, debo advertiros algo: hasta ahora he hablado de hechos. A partir de este momento, todo es pura especulación —tomó un nuevo sorbo—. Sabemos que Daré llevaba mercancías que valían mucho más de lo que decía su manifiesto, de lo contrario jamás se habría pegado a Ubilla. Cabe suponer que sólo dos personas sabían lo que Daré llevaba a bordo: el propio Daré y el representante del rey en Cuba. Supongamos que Daré volvió a La Habana e informó a los funcionarios que la flota se había hundido. Supongamos que después se dirigió al representante del rey e hizo con él un trato. Digamos que a cambio de una parte de las mercancías de Daré, fueran las que fuesen, el representante del rey informaría que *El Grifón* había naufragado con toda la flota. Después Daré disfrazó el navío y volvió a zarpar. Podía guardarse todo lo que llevaba a bordo, ya que todos creían que se había perdido.

—Son demasiados supuestos —señaló Sanders.

—Sí —reconoció Treece—. Ya os he dicho que todavía *no sé* nada con certeza.

La única prueba concreta que poseemos es la época. Por ejemplo, la fecha de las monedas coincide. Casi todas las otras pruebas son negativas: nadie volvió a oír hablar de Daré ni de *El Grifón*, no se informó del naufragio de ningún navío en aquella zona durante aquellos años. Tampoco se me ocurre un candidato probable como propietario de las piezas marcadas E. F., lo que significa que formaban parte de un cargamento secreto, o por lo menos no declarado.

—Pero la Gran Bermuda no es más que una isla —intervino Sanders—. *El Grifón* pudo haberse hundido en cualquier parte, por ejemplo en Florida, en las Bahamas...

—Es posible pero no probable. Sería raro. Sabemos que Daré es un extraordinario navegante. No entra dentro de la lógica que hubiera vuelto a Florida con mal tiempo. En cuanto al canal de las Bahamas, hacía tiempo que lo habían abandonado porque entrañaba demasiados peligros. Si naufragó, e insisto en que no es más que una suposición, naufragó aquí.

—¿Por qué pudo haberse dirigido a este lugar?

—Como comprenderás si te tomas el trabajo de pensarlo —explicó Treece—, no tenía otra opción. La ruta al Nuevo Mundo iba en dirección sur, bajando por la costa de España, atravesando las Azores y después por el océano en el tráfico con el Este. La ruta de regreso se dirigía al Norte, ascendiendo por la costa de los Estados Unidos y poniendo luego rumbo al Este. En aquellos tiempos no se contaba con instrumentos que determinaran la longitud, de modo que utilizaban las Bermudas como un poste indicador que les decía que en ese momento debían girar hacia el Este. Cuando el tiempo era muy malo se presentaban problemas, ya que entonces las Bermudas no se veían hasta que estaban sobre ellas. En esta isla se produjeron más de trescientos naufragios. No todos ocurrieron por casualidad.

—¿Qué probabilidades hay de sacarlo a la superficie? —preguntó Gail—. Si es que se trata de *El Grifón*.

—¿Rescatar este barco? No existe la menor posibilidad. Ya no queda nada de él. En cambio es posible rescatar su cargamento.

—Pero nadie sabe qué es.

—Es cierto, pero ya hemos avanzado un paso y no todo es fantasía. Allá abajo hay algo —Treece se mostraba dichoso, excitado—. En justicia, lo habéis encontrado vosotros. Sea el barco que sea, vosotros lo descubristeis. Vosotros no lo sabíais y seguiríais sin saberlo si yo no os lo hubiera dicho, pero eso no altera los hechos. Lo que trato de evitar es que os vayáis de aquí y después os pongáis furiosos si yo encuentro algo. La mitad de lo que hay allí abajo, poco o mucho, es vuestro.

Sanders iba a manifestar su agradecimiento cuando Gail irrumpió:

—Tengo que decirle algo. Pienso acudir a las autoridades del Gobierno por el asunto de las drogas.

—¡Cristo! —Treece golpeó la mesa con la palma de la mano—. No seas estúpida. El Gobierno no hará nada.

Sanders se sorprendió ante la repentina vehemencia de Treece, sin saber si su

furia provenía de su disgusto ante el cambio de tema, de un cambio de humor o de un auténtico desdén por el Gobierno. Treece miraba a Gail con aspecto de ferocidad y Sanders deseó saber cómo ayudarla. Pero ella no parecía necesitar ayuda. Le devolvió la mirada a Treece y dijo, tranquilamente:

—Señor Treece, si le disgusta lo siento mucho. Pero nosotros no somos naturales de las Bermudas, sino turistas, huéspedes de su Gobierno. Ignoro qué tiene usted en contra de ellos pero sé que nosotros, David y yo, *tenemos* que poner en su conocimiento la existencia de las drogas.

—Muchacha, yo puedo rescatar esas drogas y pienso hacerlo. No me entusiasma más que a ti la idea de que las consiga Cloche. No quiero para nada esa basura. He visto lo que puede producir.

La expresión de Gail no cambio. Treece se levantó:

—¡Ve e infórmale! ¡Aprende la lección en propia carne!

Sanders sintió que Treece les estaba pidiendo que se retiraran.

—¿Qué harás? —le preguntó.

—Lo que te dije que haría y nada más que eso. Registraré el navío español.

—¿Cómo lo designarás?

—Navío español. Ellos no necesitan saber nada más.

Pidieron que les sirvieran el almuerzo en la cabaña. Mientras esperaban la llegada de la comida, Gail estudió atentamente el listín telefónico de las Bermudas. El detalle de los diversos departamentos y organismos gubernamentales ocupaba casi una columna.

—Ni siquiera sé lo que busco —dijo Gail—. No existe nada parecido a una oficina de control de narcóticos.

—De los narcóticos probablemente se ocupa la policía —señaló Sanders— y a ellos no puedes acudir —hizo una pausa y luego agregó—: No consigo imaginar qué demonios tiene Treece contra el Gobierno.

—Yo tampoco, pero desde luego, hay algo. Quizá sea lo que nos dijo el jefe de botones: los isleños de St. David no se consideran bermudianos.

—Me parece que hay algo más. Parecía *enloquecido*.

—¿Y la aduana?

—¿Qué dices?

—El departamento de aduanas.

—Nadie está tratando de hacerlas entrar de contrabando.

—No, pero lo que Cloche pretende es sacarlas de aquí de contrabando.

Le pidió a la operadora del hotel que la comunicara con el departamento de aduanas. Cuando una voz atendió al otro lado de la línea, Gail dijo:

—Quiero concertar una cita para hablar con alguien, por favor.

La voz dijo:

—Permítame preguntarle de qué se trata.

—Es... —Gail se maldijo a sí misma por no tener una respuesta preparada—. Se trata de... contrabando.

—Ya veo. ¿Se está haciendo contrabando con algo?

—Sí. Bueno, no exactamente. Todavía no. Pero se va a hacer.

La voz se volvió escéptica:

—¿Exactamente qué? ¿Y cuándo?

—Prefiero no decirlo por teléfono. ¿Puedo entrevistarme con alguien?

—¿Quién habla, por favor?

Gail estaba a punto de decir su nombre cuando recordó lo que Treece había dicho sobre Cloche: tiene amigos en los lugares más insólitos. Rápidamente trató de decidir si la voz que estaba en el otro extremo de la línea era de una negra.

—Yo... prefiero no decirlo.

Ahora la voz sonó impaciente:

—Permítame preguntarle si es usted residente de las Bermudas.

—No.

—Entonces le sugiero que se ponga en contacto con el Departamento de Turismo. Se oyó un chasquido y la comunicación se interrumpió.

—Todo un éxito —dijo Gail mientras seguía recorriendo con un dedo la lista de organismos gubernamentales—. Tendría que haberle preguntado a Treece a quién debía dirigirme.

—No creo que te lo hubiera dicho.

Gail hizo otras dos llamadas pero como se negó a proporcionar detalles específicos por teléfono, en las dos ocasiones volvieron a decirle que se dirigiera al Departamento de Turismo. Entonces llamó allí y pidió que le comunicaran con el director.

—¿De qué se trata? —preguntó la mujer que había atendido la llamada.

—Mi marido y yo estamos pasando aquí nuestra luna de miel y hemos tenido una experiencia lamentable. Quisiéramos hablar con el director al respecto.

—¿Tiene algo que ver con dinero?

—¿Cómo dice?

—Dinero. ¿Se han quedado sin recursos?

—¡Claro que no! ¿Por qué?

—Lo siento, pero me han dado instrucciones de preguntarlo. Muchas veces recibimos ese tipo de llamadas.

—No, no se trata de eso.

—Un momento, por favor —al cabo de un instante la mujer volvió a hablar—: ¿Le parece bien a las cuatro?

—Muy bien.

—¿Puede darme su nombre, por favor?

—Se lo daremos cuando estemos allí. Muchas gracias —colgó.



Atravesaron South Road en las Mobylettes, en dirección a Hamilton. Todavía no era hora punta pero el tráfico procedente de Hamilton era mucho más intenso que el que iba a la ciudad. Pasaron muchos hombres de negocios en sus motocicletas de 125 cc., vestidos con calcetines hasta las rodillas, *shorts*, camisetas de manga corta y corbata, con los portafolios sujetos en la parte posterior de los vehículos. Las mujeres que habían terminado la compra del día llevaban a sus hijos en canastas de alambre; a ambos lados de sus motos colgaban cestos de mimbre llenos de comestibles.

El Departamento de Turismo compartía las oficinas con el Noticiero de las Bermudas, en el segundo piso de un edificio de color rosa de Front Street, con vista al puerto de Hamilton. En el muelle estaba amarrado el crucero *Sea Ventura* y una multitud de turistas que cruzaba obligaba a los vehículos a avanzar a paso de tortuga. Los Sanders aparcaron sus Mobylettes entre dos coches, en el lado izquierdo de la calle, colocaron los candados de las ruedas delanteras y esperaron el momento oportuno para cruzar la calle.

—Me gustaría saber... —dijo Gail.

—¿Qué?

—Me da vergüenza decirlo pero es verdad: ¿y si es un negro?

—Yo también lo pensé.

—Temo que me estoy convirtiendo en una paranoide racista. Cada vez que veo una cara negra pienso que Cloche ha mandado a alguien a buscarme.

La recepcionista era una bonita joven negra. Cuando llegó junto al escritorio, Gail dijo:

—Yo soy la persona que llamó antes —miró el reloj que estaba sobre la pared: eran las cuatro y diez—. Lamento haber llegado tarde. Había un tráfico terrible.

—¿Puede darme su nombre... ahora? —preguntó la recepcionista.

—Naturalmente. Sanders. El señor y la señora Sanders.

—El director no puede atenderlos. Se está celebrando una convención de agentes de viaje en el Princess y debe mantener reuniones durante todo el día. He concertado la cita de ustedes con su segundo —se levantó—. Síganme, por favor —entró a un despacho del fondo y habló desde la puerta abierta—. El señor y la señora Sanders —les indicó que pasaran y les presentó al hombre que se hallaba en el despacho—: El señor Hall.

El hombre se levantó y les estrechó la mano. Era blanco, delgado y de cutis bronceado. Tenía alrededor de cuarenta años.

—Mason Hall —dijo—. Adelante, por favor.

Sanders cerró la puerta. Él y Gail se sentaron en dos sillas que había frente al escritorio. Hall sonrió y preguntó:

—¿Cuál es su problema? —hablaba con acento de la costa este americana.

—¿Qué sabe usted sobre un naufragio ocurrido a la altura del Orange Grove Club? Me refiero concretamente al *Goliath* —preguntó David.

Hall meditó unos instantes.

—El *Goliat*... Fue a mediados de los años cuarenta, ¿verdad? Creo que era un navío inglés.

Le contaron su historia a Hall, aunque eliminando los detalles del ataque a Gail y las sospechas de Treece acerca de la existencia del buque español. Cuando concluyeron, Gail miró a David y dijo:

—Treece no quería que nos pusiéramos en contacto con ustedes.

—No me sorprende —afirmó Hall—. Ha tenido algunos conflictos con el Gobierno.

—¿Qué tipo de conflictos? —inquirió Sanders.

—Nada serio. Además, ocurrió hace mucho tiempo. De cualquier modo, me alegro de que hayan venido. Aunque no ocurriera nada más, ya han tenido bastantes disgustos. Créanme que lo lamento y sé que el director también les presentará sus disculpas.

—Señor Hall —dijo Sanders—, es muy amable de su parte, pero no hemos venido aquí para que nos pidan disculpas.

—No, claro que no.

—¿Qué pueden hacer ustedes?

—Esta noche hablaré con el director. Estoy seguro que él decidirá hablar con el ministro, cuando éste regrese.

—¿Dónde está?

—En Jamaica, en una conferencia regional. Pero volverá dentro de unos días. Entretanto, averiguaremos en la policía si saben algo de ese Cloche.

—¿La policía? —intervino Sanders—. Ya le dije que Cloche afirmó que tiene amigos en la fuerza policial y me consta que es verdad.

—Actuaremos con toda discreción. Me pondré en contacto con ustedes en cuanto sepa algo —se levantó—. Les agradezco que hayan venido. ¿Cuánto tiempo permanecerán aquí?

—¿Por qué?

—Porque quisiera asignarles una custodia policial para que se sientan más seguros.

—No —se apresuró a responder Sanders—. Muchas gracias. Estaremos muy bien así.

Volvieron a estrecharse la mano y los Sanders salieron.

Una vez fuera caminaron por Front Street. Por la acera desfilaban muchos de los pasajeros del *Sea Venture* que observaban los escaparates de Triningham donde se exhibía hilo de Irlanda, géneros escoceses y perfume francés y calculaban cuánto podían ahorrar en la compra de bebidas alcohólicas libres de impuestos.

—¿Te parece que nos creyó? —preguntó Gail.

—Supongo que sí, pero si esperamos a que haga algo nos moriremos de viejos.

Sanders vio la oficina de despacho de billetes de la Pan American a pocos metros de donde se hallaban. Cuando llegaron frente a la puerta, le tocó un brazo a Gail y

señaló hacia el interior.

Gail se detuvo ante el escaparate:

—Estamos fastidiados tanto si lo hacemos como si no —dijo—. No sé si podría vivir allí sintiendo la presión, la amenaza, el no saber, preguntándome, siempre: ¿y si...?

David dejó la vista clavada en el cartel publicitario unos segundos más y después dijo:

—Vayamos a ver a Treece.

—No pienso decir «ya te lo había advertido» —dijo Treece—. Los tontos tienen que chamuscarse antes de aceptar que se ha declarado un incendio.

—¿Registraste el barco español? —preguntó David.

—Sí. Espero que no le hayas hablado de eso al honorable señor Hall.

—No.

—Se mostró bastante... reservado... con respecto a usted —observó Gail.

—¿Reservado? —Treece rió—. Ésa no es la palabra adecuada. Ellos no pueden comprenderme. Sólo entienden de mierda y de política, que viene a ser la misma cosa.

—¿Cree que harán algo?

—Es probable que lo hagan a fin de siglo —Treece sacudió la cabeza, como para quitarse al Gobierno de la mente—. Ahora que sabéis que tenéis la mitad de algo que puede ser nada, ¿qué pensáis hacer?

—Quedarnos —afirmó Gail—. En realidad no tenemos otra opción.

—¿Habéis considerado los riesgos?

—Sí —respondió Sanders.

—Muy bien. Entonces, unas cuantas normas. A partir de este momento haréis lo que yo diga. Podéis preguntar todo lo que queráis, cuando haya tiempo. En caso contrario primero hay que obedecer y después preguntar.

Gail miró a David.

—El líder del grupo.

—¿Qué es eso? —inquirió Treece.

—En realidad, nada, pero cuando estábamos buceando David se enojó porque no le obedecí.

—Tenía razón. Es posible que salgamos de esto sin un solo rasguño, pero habrá momentos en que poder salir, con o sin rasguños dependerá de la rapidez de vuestra respuesta. Siempre que sintáis la tentación de desobedecerme, recordad esto: os echaré de aquí de una patada en el trasero. No quiero que os maten por mi cuenta.

—No pensamos discutir —afirmó Sanders.

—Muy bien. Ahora —Treece sonrió—, decisión número uno: volved al Orange Grove Club y devolved las Mobylettes. Haced las maletas, pagad la cuenta y venid

aquí en un taxi.

—¿Cómo?

—¿Ves? Ya estás discutiendo. Si vamos a estar juntos en este asunto, quiero que estéis donde yo pueda verlos y la gente de Cloche no. Estando allá, sabe Dios quién puede ponerlos los ojos encima.

—Pero... —protestó Gail—. Ésta es su...

—Es posible que no cuente con todas las comodidades de vuestra cabaña de cien dólares diarios, pero servirá. Y no tendréis que preocuparos de que algún desgraciado os meta muñecas embrujadas en la cama.

Cuando el taxi partió, después de dejar a los Sanders con su equipaje en la casa de Treece, Gail dijo:

—¿Crees que dormiremos en la cocina?

—¿Qué quieres decir?

—Que es la única habitación de la casa que conocemos. Nunca nos ha hecho pasar por la puerta principal.

Se abrió la puerta por la que salió la perra, que bajó brincando por el sendero, a buscarlos. No traspuso el portal y esperó moviendo la cola y gimiendo. Entonces, apareció Treece en el vano de la puerta.

—Ya está bien, *Charlotte* —la perra retrocedió unos pasos y se sentó—. ¿Necesitáis ayuda?

—Podemos arreglarnos.

Sanders abrió el portal, levantó las dos grandes maletas y caminó por la senda en dirección a la puerta, seguido por Gail. Ésta llevaba una botella de oxígeno colgando de cada hombro.

—Eres fuerte —le dijo Treece—. Eso no es nada liviano.

Sostuvo la puerta para que pasaran. Penetraron directamente en un vestíbulo estrecho. El suelo no tenía alfombras y lucía sus brillantes tablas de cedro lustrado. De una de las paredes colgaba un antiguo mapa español de las Bermudas con el pergamino resquebrajado y amarillento. Debajo del mapa había una vitrina de caoba con puertas de cristal, llena de botellas antiguas, mosquetes, monedas de plata y hebillas de zapatos.

—Por allí —dijo Treece señalando una puerta en el extremo del vestíbulo—. Dame esas botellas. ¿Están llenas o vacías?

—Vacías —respondió Gail.

—Las instalaré junto al compresor.

Sanders preguntó:

—¿Tiene un compresor?

—Claro. No es cuestión de ir a Hamilton cada vez que necesito un poco de aire.

David y Gail entraron en el dormitorio, que era pequeño y estaba casi totalmente ocupado por una cómoda y una enorme cama de matrimonio. La cama medía más de dos metros de lado y evidentemente estaba hecha a mano: tablones de cedro unidos y lustrados con algo que les otorgaba un intenso brillo.

—Éste es el dormitorio de él —susurró Gail.

—Así parece. ¿Qué piensas que podía haber allí?

Sanders señaló un lugar de la pared, encima de la cama. Hasta muy recientemente había colgado de allí una fotografía o un cuadro ya que se destacaba con toda claridad un rectángulo más blanco que el resto de la pared. Oyeron los pasos de Treece en el vestíbulo. Sanders dejó caer las maletas sobre la cama.

—No podemos ocupar su dormitorio —le dijo Gail a Treece, que se había parado en el vano de la puerta—. ¿Dónde dormirá usted?

—Allí —dijo Treece, moviendo la cabeza en dirección al salón—. He construido un diván lo bastante grande para monstruos como yo.

—Pero...

—Es mejor que yo duerma allí. Puedo dormir en cualquier sitio. Además, sé que ronco como un oso pardo.

Salieron en dirección a la cocina. Cuando atravesaron el salón, Gail pensó que en esa casa había vivido una mujer que la había decorado, aunque no pudo calcular cuánto tiempo atrás. La mayor parte del decorado reflejaba la personalidad de Treece: faroles de barco, estuches con cubierta de bronce, armas antiguas, mapas y montones de libros. Pero había algunos toques femeninos, como un tapete de punto y una alegre tela floreada que cubría el diván y las sillas.

Los cuadros representaban, en su mayoría, escenas marinas. Se veían dos lugares, de los que habían sido retirados los cuadros o fotografías.

Cuando llegaron a la cocina, Treece dijo:

—Será mejor que os muestre dónde está todo —miró a través de la ventana—. Ya es hora —abrió un armario lleno de botellas— de tomar un trago. Para mí, ron.

Sanders preparó las bebidas mientras Treece le mostraba a Gail el contenido de los demás armarios.

—¿Podemos colaborar? —preguntó Gail.

—Más adelante. La comida no es una carga —Treece sonrió—. ¿Te sientes como si te hubieran invitado a una fiesta?

—Algo así. Dígame qué quiere cenar y pondré manos a la obra.

—La cena está al llegar. Yo me ocuparé —Treece tomó el vaso de ron que le entregó Sanders—. Mañana empezaremos a trabajar. Recogeremos a Adam en la playa.

—¿A Coffin? —preguntó Sanders—. ¿Él va a bucear?

—Sí. Traté de eliminarlo pero fue imposible. Sigue pensando que el barco es suyo y está ansioso por ganarle la partida a Cloche.

—¿Es buen buceador?

—Lo suficiente. Tiene un par de manos y necesitamos de todas las que podamos. Tendremos que trabajar a la velocidad del rayo, porque Cloche se enterará muy pronto de lo que estamos haciendo y todo será más difícil. Otra cosa buena de Adam es que tiene una cremallera en la boca: una vez que la cierra, nadie logra abrísela. Aprendió la lección después de aquella paliza.

—Cuando tengamos las drogas, ¿qué hará con ellas? —preguntó Gail—. ¿Las destruirá?

—Sí, pero no lo haré hasta que hayamos retirado hasta la última. Si nos fuéramos deshaciendo de ellas poco a poco y Cloche lo descubriera, sería nuestra perdición. No habría ninguna razón que le impidiera matarnos en ese momento. Es igual que si se

las fuéramos entregando al Gobierno a medida que las rescatamos. Cloche comprendería que su plan estaba fracasando y nos mataría para no perder su oportunidad. Lo mejor para estar seguros es dejarle albergar las esperanzas a Cloche, hacerle pensar que estamos trabajando para él, juntándolas y guardándolas, y cuando tengamos toda la mercancía intentará robárnoslas.

Sanders notó que Gail le miraba burlonamente. Al principio no comprendió por qué pero después se dio cuenta que había estado sonriendo mientras Treece hablaba: una sonrisa inconsciente que traicionaba la extraña excitación que sentía. No era la primera vez. Recordó vividamente haber sentido lo mismo cuando estaba a punto de saltar en paracaídas por primera vez. Era una mezcla de sentimientos: el temor le hacía sentir un hormigueo en sus brazos y dedos y que el cuello y las orejas se arrebataran de calor; la excitación la hacía respirar demasiado rápido, produciéndole mareos, y la anticipación (probablemente por la emoción de poder contar que realmente había saltado de un avión) le había hecho sonreír. La circunstancia de haberse torcido un tobillo durante la caída no disminuyó su júbilo, ni tampoco el hecho de que jamás volvió a saltar.

Gail frunció el ceño y David se obligó a reprimir la sonrisa.

Oyeron un ruido sordo en lamparte exterior de la puerta de la cocina. Treece se levantó y dijo:

—Debe ser la cena.

Abrió la puerta y retiró el paquete envuelto en papel de periódico que estaba sobre el umbral.

—¿La cena? —preguntó Gail.

—Sí —Treece desenvolvió el paquete: en el interior, todavía húmeda y brillante, había una barracuda de sesenta centímetros de largo—. Es una maravilla.

Gail miró el pescado y al recordar la barracuda que la había contemplado distraídamente en el arrecife no pudo evitar que se le revolviera el estómago.

—¿Usted come eso?

—¿Por qué no?

—Creí que eran tóxicas —observó Sanders.

—¿Te refieres a la ciguatera?

—No sé. ¿Qué es eso?

—Una neurotoxina. Nadie sabe mucho sobre ella, salvo que puede provocar una grave intoxicación y, de vez en cuando, matar.

—¿Y las barracudas la tienen?

—Algunas, lo mismo que otros trescientos tipos de peces. En las Bahamas echan una moneda de plata en la olla cuando cocinan una barracuda. Dicen que si la moneda se ennegrece, el pescado es venenoso. Pero aquí, en el mundo civilizado, hacemos una prueba mucho más científica —Treece levantó el pescado, extendió el brazo derecho y los comparó—. Decimos que si es más largo que el brazo te hará daño. A éste le gano por más de un palmo, dé modo que no hay peligro.

—Es un consuelo —afirmó Gail.

—El procedimiento no es tan estúpido como puede parecer. La ciguatoxina es más común en los peces grandes, y cuanto más grande es el pez, mayor cantidad absorbe. Una pequeña bestia como ésta, si es tóxica, no puede provocar más que un leve dolor de barriga —Treece buscó algo en un armario y sacó un cuchillo y una piedra de afilar—. No os desaniméis —escupió sobre la piedra y frotó la delgada hoja del cuchillo en círculos sobre el charco de saliva—. He comido estos animales durante cuarenta años y todavía no me he muerto.

Con golpes rápidos y certeros, Treece comenzó a raspar el pescado. Las plateadas escamas saltaban de la hoja del cuchillo y flotaban hasta el suelo.

—¿De dónde vino? —preguntó Sanders.

—Supongo que del arrecife.

—No, quiero decir cómo ha llegado aquí. Nunca oí decir que los peces se envuelvan en periódicos y se depositen en el umbral de la puerta —Sanders se rió de su propio chiste.

—Lo trajo alguien. Suelen hacerlo. Alguien pesca unas cuantas piezas, tiene más de las que necesita y deja una aquí.

Gail preguntó:

—¿Eso es lo que usted mencionó en otra oportunidad? ¿Cuidar al cuidador del faro?

—En realidad, no —Treece dio vuelta a la barracuda y empezó a rasparla del otro lado—. Cuidamos a los nuestros. La madre de un niño se enferma y los vecinos lo alimentan y se ocupan de él. Desde que... —pareció titubear—. Saben que yo no tengo tiempo de pescar y que debo prepararme mi propia comida, de modo que siempre dejan algo —con dos golpes secos separó la cabeza y la cola y arrojó esta última en el cubo de la basura—. ¿Queréis la cabeza?

David y Gail negaron con un gesto y miraron con evidente repugnancia el corte del ojo que había atravesado el cuchillo de Treece.

—No está mal cuando no se tiene otra cosa —dijo Treece mientras la dejaba caer en el cubo—. Pero este animal tiene un cuerpo generoso.

Cortó el vientre de la barracuda desde la cola hasta la garganta y le quitó las tripas. Después la volvió del otro lado e hizo una incisión a lo largo del espinazo. Toda la carne quedó entonces suelta.

—Calienta el aceite —le dijo a Gail.

—¿Qué clase de aceite?

—De oliva. Está sobre el hornillo. Echa media botella en una sartén y ponlo a calentar.

Treece cortó las dos lonjas por la mitad y las dejó caer en el aceite caliente, donde burbujearon y chisporrotearon, pasando rápidamente de un color gris blancuzco al dorado.

Gail preparó una ensalada sencilla con cebollas de las Bermudas y lechuga. Le



preguntó a Treece dónde estaba el aliño.

—Aquí —le dijo, extendiéndole una botella que no llevaba ninguna inscripción.

—¿Qué es?

—Dicen que es vino. En realidad, yo no sé qué es, pero va bien para todo: las ensaladas, la comida, y para el estómago. No bebas demasiado porque se te puede subir a la cabeza.

Gail vertió dos dedos del líquido en un vaso y lo bebió. Era amargo, parecido al vermut.

Cuando se sentaron a comer el sol ya había caído en el horizonte y las nubes reflejaban unos rayos rosados que chocaban contra la ventana y penetraban en la cocina otorgándole un suave y cálido resplandor.

Treece vio que Gail jugueteaba con su trozo de pescado, sin decidirse a comerlo.

—Me jugaré la vida —dijo Treece sonriendo—. Si es toxica, lo sabrás dentro de unos segundos. Hubo un tipo al que llevaron al hospital con el bocado envenenado todavía en el buche.

No usó el tenedor, sino que cortó un gran trozo de la barracuda con los dedos y se lo llevó a la boca. Ladeó la cabeza fingiendo pavor ante la posibilidad de quedar paralítico.

—Nada —dijo—. Esta bestia está más limpia que una camisa de domingo.

Los Sanders comieron el pescado. Era delicioso: húmedo y delicado, con una capa crujiente de aceite frito.

A las nueve y media Treece bostezó y anunció:

—Es hora de retirarse. Tenemos que levantarnos temprano. Debo aprovisionar el compresor en la barca y mostraros cómo funciona el elevador de aire. ¿Alguna vez habéis utilizado un equipo Deseo?

—No —respondió Sanders.

—Entonces tendréis que practicar. No presenta ningún problema con tal de que se sepa vigilar la línea de aire. Si se enreda en algo o se enrosca, creeréis que una bestia de las profundidades os ha agarrado por la garganta.

—¿No bucearemos con botellas? —preguntó Gail.

—Llevaremos algunas por si acaso. Una cosa más: tendremos que llenarlas por la mañana. Ese compresor produce un verdadero estruendo. Pero tendríais que intentar usar un Deseo. Nunca se acaba el aire, a menos que el compresor de la barca se quede sin gas. Cuando se usa una botella durante cinco horas uno siente la boca como si hubiera comido higos chumbos. Después de un rato la boquilla produce escozor.

—¿Los equipos Deseo no emplean boquilla?

—No. Es una máscara que cubre toda la cara. Uno puede hablar consigo mismo si lo desea, cantar, pronunciar un discurso, maldecir. También es posible hablar con otro, cuando se sabe leer el movimiento de los labios.

A las diez estaban en la cama. Afuera silbaba el viento que soplaba contra el mar y el acantilado. Cuando Sanders se dio vuelta para apagar la luz de la mesilla de

noche vio a la perra en el vano de la puerta.

—Hola —dijo.

La perra movió la cola y saltó a la cama. Se acurrucó entre Gail y David.

—Haz que se marche —dijo Gail.

—No pienso. Necesito todos los dedos.

En ese momento se oyó la voz de Treece:

—¡*Charlotte!*

Las orejas de la perra se elevaron, rígidas. Treece apareció en la puerta.

—Disculpadla. Ese lugar le corresponde por legítimo derecho. Tardará uno o dos días en acostumbrarse —se dirigió a la perra—. Vamos.

La perra levantó la cabeza, se estiró y se acercó a Treece.

—Espero que durmáis bien —dijo Treece y cerró la puerta.

El primer ladrido parecía formar parte del sueño de Sanders. El segundo, agudo y prolongado, le despertó. Miró la esfera luminosa de su reloj: las doce y diez. Una débil luz amarilla se filtraba por los bordes de la persiana cerrada y chocaba contra las paredes. La perra volvió a ladrar. Gail se movió y Sanders la sacudió hasta despertarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gail.

—No sé —oyó pasos de Treece en el vestíbulo—. Podría ser un incendio.

—¿Aquí?

—No, afuera —saltó de la cama y se puso los pantalones cortos—. Quédate aquí —se dirigió a la puerta—. Si hay problemas...

—Si hay problemas, ¿qué? —Gail cogió su bata—. ¿Me escondo debajo de la cama?

Sanders abrió la puerta del dormitorio y vio a Treece ante la puerta de entrada, vestido únicamente con un minúsculo bañador. A su lado estaba *Charlotte*. Aunque Treece cubría todo el hueco de la puerta, más allá de él Sanders vio el brillo de un incendio y algunas formas oscuras.

—¿Qué ocurre? —susurró.

Treece se volvió al oír su voz:

—No estoy seguro. Nadie ha dicho nada.

Sanders se acercó a Treece y se quedó a su lado. Junto a la puerta había dos hombres vestidos de negro. Ambos blandían antorchas que despedían nubes de humo negro y espeso en el aire nocturno.

—¿Qué hay? —dijo Treece en voz alta.

Treece apoyó la mano izquierda en la jamba de la puerta y equilibró el peso de su cuerpo. Sanders observó que el cambio de posición aparentemente inintencionado colocaba al alcance de la mano de Treece la escopeta que estaba en el rincón, detrás de la puerta.

Los dos hombres que llevaban las antorchas se separaron y en medio de ellos apareció Cloche, que comenzó a caminar lentamente. Iba totalmente vestido de

blanco por lo que su piel negra se destacaba como el azabache. Las llamas de las antorchas hacían brillar la pluma de oro que llevaba en el cuello y los cristales redondos de sus gafas.

Sanders oyó los pasos de Gail que caminaba descalza sobre el suelo de madera y sintió el aroma de su pelo cuando se aproximó a él.

—¿Qué desea? —preguntó Treece con un tono que era mezcla de ira y desdén—. Si tiene algo que decir, dígalo. De lo contrario, siga su camino. No estoy de humor para juegos tontos en medio de la noche.

—¿Juegos? —Cloche llevó la mano derecha a la cintura y hundió allí el dedo índice.

Sanders oyó un zumbido. Instintivamente se agachó y oyó el sonido de algo que chocaba contra el marco de madera de la puerta. Vio cómo se estremecía una flecha sin pluma en la madera, a quince centímetros de la cabeza de Treece.

Treece no se arredró. Quitó la flecha de la madera y la arrojó al suelo.

—¿Una ballesta? —dijo con tono monocorde—. Colóquele plumas y afinará su puntería.

—Sus... amigos... no son muy prudentes —dijo Cloche—. Fueron a ver a las autoridades. Les avisé de que no lo hicieran. Ahora la policía pregunta por mí.

—¿Y qué?

—Usted sabe lo que quiero. Sé que están allá abajo... diez mil cajas.

—Eso no es más que un mito.

—Sus amigos no piensan lo mismo: parecían muy convencidos cuando hablaron con Mason Hall.

Sin dejar de mirar a Cloche, Treece le susurró a Sanders.

—Vete al fondo y asegúrate de que no hay nadie allí.

Mientras atravesaba el vestíbulo, Sanders oyó que Treece decía:

—Ya sabe lo que son los turistas. Son capaces de creer cualquier cosa.

La cocina estaba a oscuras, con sus puertas y ventanas cerradas. Sanders logró detectar el tirador de un cajón, lo abrió y busco a tientas un cuchillo. Encontró una hoja de acero larga y pesada y la deslizó en la cintura de los pantalones. El choque de frío metal contra la cadera le hizo sentirse seguro, aunque comprendió que no era más que una ilusión: no sabía luchar con cuchillo. Pero era rápido y fuerte y conocía la casa. Pensó que en la oscuridad, contra alguien que no lo conocía, podía salir bien parado.

Abrió la puerta de la cocina. No percibió ningún movimiento en el exterior ni sonido alguno, salvo el del viento. Cerró la puerta con llave y corrió los pestillos de ambas ventanas. Ahora, se dijo, si alguien intenta entrar le oiremos porque tendrá que romper el cristal. Volvió al vestíbulo —contento consigo mismo— y se situó al lado de Gail, apoyando la mano izquierda en la empuñadura del cuchillo.

—... para mí es un misterio —estaba diciendo Cloche—. No comprendo por qué está dispuesto a ayudar a los cerdos británicos después de lo que le hicieron.

—¡Ése no es asunto suyo! —rugió Treece.

—Sí, lo es. Usted tiene tantas razones como yo para detestarlos. Vea lo que ha perdido.

Sanders notó que Treece les echaba una rápida mirada a él y a Gail. Parecía incómodo, ansioso por cambiar de tema.

—Deje las cosas como están, Cloche. Todo lo que quiero que sepa es que no permitiré que ponga las manos en esas drogas.

—¡Qué pena! —dijo Cloche—. El enemigo está allí y usted no piensa luchar con él. ¿Le preocupa acaso su pequeño reino de St. David? En ese sentido no tengo ningún proyecto.

Treece no respondió.

—Muy bien —dijo por fin Cloche—. Con usted o sin usted, el resultado será el mismo.

Los dos hombres salieron de la oscuridad y se situaron detrás de Cloche. Cada uno de ellos llevaba una ballesta cargada y amartillada y que apuntaba a la puerta. Cloche cogió un pequeño saco que le entregó uno de los hombres. Le dio vuelta y arrojó su contenido hacia la puerta. Tres muñecas de trapo cayeron al suelo, cada una de ellas con una pluma de acero clavada en el pecho.

Treece no bajó la vista.

Los ballesteros dispararon.

Sanders empujó a Gail contra la pared y la cubrió con su cuerpo. Treece se dejó caer sobre una rodilla y al mismo tiempo cogió la escopeta. Sanders oyó el zumbido de las flechas que atravesaron el hueco de la puerta y chocaron contra el hogar de piedra.

Treece disparó tres veces. En el estrecho vestíbulo el sonido de las detonaciones retumbaba como truenos.

Cuando se apagó el eco de la última explosión y no quedó sino un zumbido en los oídos de Sanders, éste se volvió y miró a Treece, que seguía apoyado en una rodilla, con la escopeta amartillada y preparado para disparar.

En el lugar donde habían estado Cloche y sus hombres no se venía nada más que las dos antorchas abandonadas, quemando charcos de aceite.

—¿Le diste a alguien? —preguntó Sanders.

—Lo dudo. Se dispersaron y salieron corriendo al ver esto —Treece palmeó la escopeta—. Creo que no se lo esperaban.

Sanders sintió que Gail temblaba y oyó que le castañeteaban los dientes.

—¿Tienes frío? —le preguntó, pasándole un brazo sobre los hombros.

—¿Frío? ¡Estoy aterrorizada! ¿Tú no?

—No sé —respondió Sanders honestamente—. No he tenido tiempo de pensarlo.

Gail tocó el cuchillo que Sanders había colocado bajo sus pantalones cortos.

—¿Para qué es eso?

—Lo cogí... por si acaso.

Gail le preguntó a Treece:

—¿Vendrá la policía?

—¿La policía de las Bermudas? —Treece se incorporó—. No creo. Como ya os he dicho, no pierden el tiempo viniendo a St. David. Si oyeron algo, y no creo que así sea, no le prestarán la más mínima atención. Pensarán que los mestizos se estaban tiroteando y eso no es importante. Son los isleños quienes me preocupan.

—¿Por qué?

—Habrán visto y oído. Son supersticiosos. Supongo que esto forma parte de los propósitos de Cloche: infundirles temor.

—¿Temor a qué?

—A él. Ven a un hombre negro como el carbón, todo vestido de blanco, que es el color con que visten a sus muertos, subiendo a una montaña en la oscuridad de la noche, con dos portadores de antorchas y dos ballesteros: ése es un hechizo poderoso. Si volviera, se necesitaría un cataclismo para que la gente se animara a salir de sus casas.

—¿Tendremos que montar guardia? —preguntó Sanders.

Treece le miró:

—¿Guardia?

—Sí: cuatro horas de guardia cada uno, cuatro de descanso... por si volviera.

—Esta noche no volverá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¡Recuerda que pensabas que no se atrevería a venir aquí!

Sanders se sorprendió ante la dureza de sus propias palabras. Estaba desafiando a Treece y no era ésa su intención: además, por la expresión de Treece dedujo que no esperaba semejante desafío. Sanders sabía que tenía razón pero no le importó. Deseaba borrar sus palabras:

—No he pretendido...

—Si vuelve le oiremos. O le oirá *Charlotte*.

—Muy bien.

—Es tarde. Mañana tenemos mucho trabajo.

Treece saludó a Gail con la cabeza, se volvió y cruzó el vestíbulo. Penetró en el salón.

David y Gail volvieron al dormitorio y cerraron la puerta.

—Tendrías que haberte mordido la lengua —afirmó Gail.

—Lo sé.

—No importa. No está mal hacerle saber que tenemos miedo.

—No era eso. Pero es mejor estar preparado —Sanders se quitó los *shorts* y se metió en la cama.

Gail se sentó en el borde de la cama y se arrebujó en la bata.

—No podré dormir.

—Sí que podrás —Sanders le palmeó la espalda. No pudo evitar una sonrisa, y se

preguntó si el repentino ardor sexual que sentía tendría algo que ver con el peligro en que acababan de verse envueltos.

Cuando despertaron por la mañana oyeron voces en la cocina. Sanders se puso unos pantalones y salió del dormitorio.

Treece estaba sentado ante la mesa, sosteniendo una taza de té con ambas manos. Frente a él se hallaba Kevin, vestido con una sucia camiseta sin mangas, con la boca llena de pan negro. Cuando Sanders entró en la cocina levantaron la vista. Kevin no dio señales de reconocerlo, ni siquiera cuando Treece dijo:

—Ya os conocéis.

—Sí —saludó Sanders—. Hola.

Kevin no respondió pero a Sanders le pareció que parpadeaba hacia él. Se sirvió una taza de café y tomó asiento. Treece le dijo a Kevin:

—¿Pero cuenta con alguien que sepa usar el equipo?

Kevin se encogió de hombros.

—¿Tiene un elevador de aire?

—Los papeles no decían nada.

—¿De qué hablan? —preguntó Sanders.

—¿Recuerdas a Basil Tupper, aquel joyero que te visitó? Esta mañana, en el vuelo de Eastern procedente de Kennedy, llegaron dos cajones con equipos de buceo, a su nombre.

—¿Cómo lo sabe?

—Por un amigo de la aduana. Había botellas, reguladores, trajes, media docena de cada cosa.

—¿El Gobierno no hace preguntas?

—Esto no tiene nada de ilegal. Tupper pagó los impuestos en efectivo. Además, importa tanta basura para su tienda que la mayor parte de los agentes aduaneros son amigos suyos. Puede decir que piensa instalar una tienda de equipos de submarinismo.

Treece ladeó la cabeza, en actitud atenta y Sanders oyó por primera vez el ruido bajo y sordo de un motor en marcha, que procedía del exterior.

—El compresor se está quedando sin fuerza —Treece se levantó y le dijo a Kevin—: Telefona a Adam Coffin. Dile que me espere en la playa a mediodía —siguió hablando con Sanders—: Despierta a tu mujer. Si Cloche está entrenando buceadores, nosotros no tendremos tiempo de practicar. Tendréis que disponeros a trabajar desde el primer momento.

—Está despierta —replicó Sanders.

Salieron. Kevin se fue y Sanders siguió a Treece hasta un pequeño cobertizo que había detrás de la casa. En el interior tosía y escupía un compresor de aire que utilizaba gasolina como combustible, y que producía el mismo ruido que si estuviese

utilizando la última gota. Había dos botellas *scuba* conectadas al compresor por medio de mangueras. Treece observó los manómetros de ambos tanques.

—Dos mil doscientos. Quiero que lleguen a dos mil quinientos —paró el compresor, lo llenó con gasolina de una regadera y volvió a ponerlo en marcha—. Tendré que conseguir uno que funcione por medio de electricidad. La gasolina es un riesgo.

—¿Los vapores?

—Sí. Por eso tengo allí esa manguera —señaló un caño de escape de metal que iba desde el compresor hasta el suelo y salía a través de un agujero practicado en la pared del cobertizo—. Cuando lo traje, lo dejé afuera. El viento silbaba a su alrededor pero no le di importancia... hasta que un día arrastró los vapores del escape hasta la toma de aire. Aquella inmersión fue memorable y estuve a punto de marcharme al otro mundo.

—¿Cómo te diste cuenta de lo que te ocurría?

—Comencé a adormecerme cuando me hallaba a quince brazas de profundidad. De inmediato imaginé lo que ocurría, de modo que solté la botella y la dejé que volviera por sí sola a la superficie. Yo hice lo mismo pero estuve a punto de fracasar.

Gail apareció en la puerta del cobertizo con una tostada en la mano.

—Buenos días —saludó.

—En tu lugar, yo no comería más —dijo Treece—. Vas a trabajar mucho y no debes arriesgarte a vomitar dentro de la máscara.

Salieron del amarradero de Treece pocos minutos antes de las once. En la carlinga del *Corsair* había tres rollos de manguera amarilla. Un extremo de cada uno estaba ajustado al compresor y el otro a una máscara. En los estantes de las regalas se veían seis botellas *scuba*. El tubo de aluminio sujeto a la regala de estribor había sido aparejado a un rollo de manguera rosada y también estaba conectado al compresor. En la repisa del timón, Treece había apoyado la escopeta. La perra paseaba balanceándose ligeramente a cada paso pero sin llegar a caer.

—¿De verdad crees que nos seguirán? —preguntó Sanders señalando la escopeta.

—Nunca se sabe —miró a Gail—: ¿Has manejado alguna vez una escopeta?

—No.

—Entonces Adam cubrirá el primer turno a bordo. De todos modos es mejor así. Él sabe apagar el compresor y no pensará en otra cosa.

—¿Apagarlo?

—Sí. Es la única forma de avisarnos a los que estamos abajo en caso de que ocurra algo. Recibiremos el mensaje de inmediato en cuanto veamos que nos hemos quedado sin aire. Si no se contiene la respiración en el ascenso no hay problemas. Naturalmente —Treece sonrió—, si las cosas están muy mal aquí arriba es preferible quedarse abajo respirando arena.

Treece moderó la marcha y empezó a enfilar la barca en dirección a los arrecifes. La brisa que soplaba de tierra era lo bastante fuerte como para hacer que la espuma

chocara contra las rocas, de modo que no tuvo dificultad para encontrar los estrechos pasajes que se abrían entre los arrecifes. Cuando se acercaron a la playa del Orange Grove Club, divisaron a Coffin: una figura cobriza con raídos pantalones de dril.

No se veía a nadie nadando, de modo que cuando estuvieron en el interior de los arrecifes, Treece abrió el acelerador y se dirigió a la orilla a toda velocidad. Cuando la barca se hallaba a unos diez metros de la línea de la rompiente, pasó a punto muerto y la embarcación se balanceó hasta detenerse. Coffin se zambulló bajo una ola y comenzó a nadar hacia la barca. Treece extendió una mano por la borda y de un solo tirón subió a Coffin a la carlinga.

—Me complace que te hayas vestido formalmente para tu excursión al Orange Grove Club —observó Treece.

Coffin escupió agua de mar por encima de la borda y se limpió la nariz.

—Son unos piojosos. Me dijeron que no podía usar su ascensor, que era de propiedad privada. Les respondí que hablaran con mi abogado —rió—. Dicho sea de paso, bajé con el pedazo de carne más hermoso que haya visto en mi vida. Me enamoré como un loco y estuve a punto de comprometerme.

Treece comenzó a dirigirse mar adentro. Mientras iban hacia el arrecife, informó a Coffin sobre la amenaza de Cloche y le habló del equipo de buceo que había pasado la aduana esa misma mañana. Cuando le dijo que quería que permaneciera a bordo, Coffin protestó pero Treece acabó convenciéndole al alabar su supuesta destreza con las armas de fuego y su perfecto manejo de las máquinas complejas.

Anclaron detrás de la segunda línea de arrecifes.

—Bajaremos cuando tengamos todo preparado —le dijo Treece a los Sanders—. Yo llevaré el fusil de aire. Tú, David, permanecerás a mi izquierda ¿Alguna vez has visto un elevador de aire en operación?

—No.

—Tiene un tubo que obliga a subir el aire comprimido. Crea una especie de vacío y succiona arena. Es posible que salte, de modo que debes estar atento y no acercarte demasiado tus manos a la boca porque puede atraer tus dedos y hacerte un profundo corte. Ya verás cómo levanta la arena del fondo a una velocidad mucho mayor de lo que podrías imaginar. Cuando encontremos ampollas, tú comenzarás a recogerlas. Tendré que estar al tanto para que no sean absorbidas con la arena y que no choquen contra el fusil. Tú —le dijo a Gail— permanecerás a la izquierda *de él*. Allí abajo no se ve a más de sesenta centímetros de distancia, de modo que no te alejes. —Le entregó un saco de lona y añadió—: Él te pasará las ampollas a medida que las recoja y tú las meterás ahí dentro. Cuando el saco esté lleno debes avisarle a David, que a su vez me lo dirá a mí. Entonces lo subirás a la superficie. No subas sin avisarme antes: necesito tiempo para mover el fusil. Si me adelanto demasiado, la arena cubrirá las ampollas antes de que puedas recogerlas. Si surge algún problema, Adam apagará el compresor. En seguida resultará difícil respirar, pero probablemente tendréis tiempo de inhalar por lo menos una bocanada. En ese caso subid lo más cerca posible de la



proa y aferraros a la barca. Allí no es probable que os vean y si hay alguien esperando a bordo tendréis tiempo de dar un par de bocanadas antes de volver a sumergiros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Sanders.

—Yo... —Gail vaciló.

—Dilo —la urgió Treece—. Dilo ahora. No me gustaría que me dieras ninguna sorpresa después.

—Eso no me gusta... —señaló las máscaras Deseo y los rollos de manguera amarilla—. Me asusta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que me produce claustrofobia. No soporto la idea de estar... encerrada. Creo que si alguien apagara el compresor se me paralizaría el corazón.

—¡Vamos! —dijo Sanders.

—Es la verdad —insistió Gail—. No puedo evitarlo.

—No es ningún problema —dijo Treece—. Es preferible que te sientas a gusto y no nerviosa y perturbada. Puedes utilizar una botella. Tenemos muchas.

—Gracias.

—Si alguien tiene algo más que decir, que lo diga ahora. En cuanto pongamos en marcha esta bestia nadie podrá oír ni sus propios pensamientos.

—¿Debemos ponernos los trajes? —preguntó Sanders.

—Sí. Estaremos allá abajo mucho tiempo. El agua está tibia, pero no tanto. Después de una hora, vuestros cuerpos comenzarán a necesitar calor.

Treece sacó un destornillador de una caja de herramientas, revisó el compresor y tocó con el destornillador dos puntos de contacto del motor de arranque. De los contactos saltaron chispas y el compresor empezó a rugir.

Sanders bajó. Del techo colgaban rollos de cuerdas y cadenas. En las abrazaderas de la mampara dos cañas de pesca manchadas de sal. En un rincón se veía una maraña de mangueras viejas, con la goma resquebrajada y podrida. Las literas estaban cubiertas por herramientas: martillos, cinceles, destornilladores, llaves inglesas. En el compartimiento donde estaba el inodoro no había puerta y en lugar de papel higiénico se veía un suplemento del periódico de los domingos sujeto a la mampara. Sanders encontró un buen número de trajes, máscaras y aletas. Buscó chaquetas y pantalones y trató de componer un juego para él y otro para Gail. Debajo de los trajes vio un cuchillo oxidado y una funda de goma con tiras para atarlo a la pantorrilla del buceador. Colocó el cuchillo en su funda y lo subió junto con los trajes.

Gail estaba ensartando piezas de lastre de un kilo en su cinturón. David le dio uno de los trajes y le preguntó:

—¿Cuánto usas normalmente? ¿Tres kilos?

—Sí.

—El traje duplicará tu capacidad de flotación. Deja éstas y ponte tres o cuatro de

dos.

Gail asintió. Vio el cuchillo en la mano de David y le preguntó:

—¿Qué piensas hacer con eso?

—No sé. Excavar. Lo encontré abajo.

Treece arrojó el tubo de aluminio por encima de la borda. Éste permaneció un instante en el agua, agitando la superficie y luego se hundió lentamente, arrastrando el rollo de goma rosada. En la superficie reventaron miríadas de burbujas.

Treece le gritó a Sanders:

—Arroja ese rollo a babor. Yo pondré el mío a estribor, y así evitaremos que se enreden.

Sanders arrojó el rollo amarillo, que permaneció flotando. De la máscara comenzaron a salir burbujas de aire. Colocó un arnés sobre una de las botellas *scuba*, verificó el regulador y ayudó a Gail a atarse las correas. Sujetó el cuchillo a su pierna derecha, agregó cinco kilos a su cinturón y se lo abrochó. Metió los pies en las aletas y dijo:

—Creo que estoy listo. Me siento un tanto extraño sin botella ni mascarilla.

—Échame el saco encima cuando esté lista, por favor.

—Sí.

Gail rodó por la regala. Vació su mascarilla y levantó una mano. Sanders se asomó por el costado y le entregó las asas del saco de lona; Gail movió la mano en un gesto de saludo y se sumergió.

Después descendió Treece y en seguida Sanders, que saltó al lado del rollo de manguera, cogió la máscara y se la deslizó por encima de la cabeza.

Mientras Sanders pataleaba hacia el fondo, analizó las sensaciones que le producía bucear con el Deseo. Su campo de visión era mucho más amplio que con una máscara común y lograba verse la nariz. El aire que soplaba frente a la apertura que había por encima del ojo derecho era frío. La sensación de no tener una boquilla de goma en la boca resultaba agradable; se dio cuenta de que podía hablar para sí mismo. Pero también sentía un leve tirón en la cabeza. Levantó la vista y vio la manguera serpenteando detrás de él. Al mismo tiempo divisó la manguera de Treece que atravesaba el fondo en dirección al arrecife y lo siguió.

Treece estaba esperando en la entrada de la cueva, sosteniendo el elevador de aire de aluminio a cierta distancia del fondo. Incluso debajo del agua, emitía un sonido bastante fuerte, semejante al de un viento fuerte que se cuele entre edificios altos.

Cuando se le unieron David y Gail, Treece los situó al lado de la cueva. Dibujó un círculo con el pulgar y el índice y los miró. Dijo:

—¿Listos? —la palabra sonó pastosa y confusa, pero se entendió perfectamente.

Ambos respondieron con un gesto que demostraba su conformidad. Treece acercó entonces a la arena la boca del elevador de aire.

Instantáneamente comenzó a levantarse arena del fondo. A Sanders le parecía una película a cámara rápida que mostraba cómo funcionaba un aspirador en una montaña

de ceniza de cigarrillo. En pocos segundos se formó un hoyo de treinta centímetros de diámetro y quince de profundidad. Del extremo posterior del tubo salía arena y guijarros que formaban una densa nube. La marea se movía hacia la derecha y tendía a arrastrar la nube lejos de ellos, pero la acción de las olas sobre el arrecife luchaba contra la marea y pronto Sanders descubrió que había que tenderse en la arena para poder ver el hoyo.

Entre los granos de arena apareció la punta de una ampolla, que temblaba por la fuerza de la succión. Sanders cogió la ampolla y se la pasó a Gail, que a su vez la colocó en el fondo del saco.

Ahora el hoyo era más profundo y repentinamente se derrumbó uno de sus costados. La cara de Sanders se llenó de arena. A través de la bruma vio algo que brillaba; metió la mano en el hoyo y sacó varias ampollas. Treece levantó el elevador para permitir que la arena se asentara y Sanders pudiera seguir recogiendo ampollas. Trasladó el tubo a la derecha y comenzó a cavar otro hoyo. En seguida apareció una alfombra de ampollas, algunas transparentes, otras amarillentas y unas pocas ambarinas.

Gail se acercó más a Sanders y cogió las ampollas de sus manos con todo cuidado introduciéndolas, una por una, en el saco de lona. Moverse le hizo bien. El agua del interior de su traje estaba alcanzando la temperatura del cuerpo y cuando movía los brazos o las piernas la acariciaba suavemente. Intentó contar las ampollas del saco, pero había demasiadas. Empezó a preocuparse al pensar que si se ponían muchas más podrían entrecuchar al sacarlas del agua. Allí en el fondo no pesaban casi nada pero fuera del agua el líquido podía ser lo suficientemente denso como para que se quebraran las ampollas que estaban en el fondo del saco. La muchacha tocó a Sanders en el hombro y señaló a Treece, que era una figura gris y confusa a sólo un metro de distancia. A su vez, Sanders tocó en el hombro a Treece, que levantó el elevador de aire de la arena. Gail señaló el saco. Treece movió la cabeza afirmativamente e indicó hacia arriba.

A medida que Gail ascendía, el saco comenzó a actuar como un ancla, reteniéndola. Tuvo que esforzarse por avanzar, pateando con la mayor energía posible y moviendo la mano para ayudarse a subir. Miró hacia abajo y vio que Treece le hacía una señal a Sanders, atrayéndolo en dirección al arrecife.

Coffin había observado las burbujas que despedía Gail en su subida y la estaba esperando en la plataforma. Cogió el saco y al mirar en su interior sus ojos se iluminaron, sin duda, cargados de recuerdos. Todo lo que dijo fue:

—Sí.

Gail subió a la plataforma y se tendió boca abajo, jadeando.

—La próxima vez —dijo Coffin— deja las pesas en el fondo. Te resultará más fácil subir.

—Sí —respondió Gail, reprochándose mentalmente no haber pensado en ello.

—Vaciaré este saco en un instante. Quiero ordenarlas.

Gail se sentó y dijo:

—No corre prisa.

Coffin se adelantó y Gail oyó un tintineo mientras extraía las ampollas del saco.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó Gail.

—Nada. No creo que se animen a intentar nada habiendo tanta gente en la playa.

Cuando está en el fondo es un auténtico genio, ¿no?

—¿Treece? Supongo que sí. ¿Es difícil de manejar el elevador de aire?

—Lo es para casi todo el mundo. Puede saltar como una cabra. Pero Treece es capaz de mantenerlo firme como un árbol durante cinco o seis horas seguidas. Creo que se quedaría allí abajo toda su vida si pudiera. Hace mucho tiempo que es más feliz allí, lejos de la gente —Coffin arrastró la voz.

—¿Qué quiere decir hace mucho tiempo?

—¿No lo sabes?

—Creo que no.

—Bueno, yo no soy quién para contártelo.

—Señor Coffin —replicó Gail, intentando controlarse—, no le estoy pidiendo que me cuente nada. Pero en Treece hay algo que todos, salvo nosotros, parecen saber, y que nadie está dispuesto a decirnos. Estamos viviendo en su casa y durmiendo en su cama. Me parece que tenemos derecho a saber *algo*.

Coffin sacó la última de las ampollas del saco.

—Puede ser. Todo lo que te diré es que estuvo casado —se dirigió a la popa.

—¿Dónde está su esposa?

—Ha muerto —le extendió el saco—. Doscientos cuarenta y seis. Falta mucho.

Gail miró a Coffin, dudando entre presionarle para sacarle más información o no seguir insistiendo. Decidió que no lo intentaría: si quería hablar, ya lo haría cuando le viniera en gana. Si le presionaba sólo conseguiría irritarlo. Se colocó la mascarilla, mordió la boquilla, corrió por la plataforma y se zambulló de nuevo.

En cuanto estuvo sumergida hizo una pelota con el saco para no tener que arrastrarlo. Bajó la vista y vio a Treece y a Sanders que trabajaban en el arrecife, a varios metros a la izquierda de la cueva. A través de la nube de arena que se levantaba por encima de ambos no podía saber cuál era cuál. El agua que se filtraba en el interior de su traje estaba fría. Se preguntó cuánto aire le quedaba, y se sintió ansiosa por el momento de subir de nuevo a la superficie para cambiar la botella. El sol le haría bien y tal vez podría sonsacarle a Coffin más datos sobre la esposa de Treece.

Nadó a través de la arena flotante y sintió que el pelo se le llenaba de motas polvorientas. Oyó un martilleo, como cuando alguien está trabajando en un yunque. Enceguecida por la arena, se vio súbitamente inmersa en un chorro de aire y guijarros: estaba a pocos centímetros de la descarga del elevador de aire. Retrocedió y se dejó caer al fondo. Mientras se arrastraba hacia delante se vio cubierta por una lluvia de escombros.

Treece estaba golpeando el extremo del elevador de aire contra el coral, tratando de quebrar un fragmento para poder meter la mano en un agujero. Se soltó un trozo de coral del tamaño de un puño, que subió traqueteando por el tubo. Treece palpó con sus dedos y sacudió la cabeza: su mano era demasiado grande. Entonces le hizo una seña a Sanders y éste metió los dedos en el agujero. En seguida los retiró, aferrando un trozo de metal recubierto por una costra verde, que le pasó a Treece.

Gail le tocó el hombro a Treece para hacerle saber que había vuelto. Éste se volvió y le indicó con un gesto que abriera el saco. Gail lo abrió y Treece dejó caer la pieza de metal en su interior. Después todos volvieron otra vez hasta la cueva.

El hoyo que había practicado Treece se había llenado de arena y no se distinguía sino un hundimiento apenas perceptible. Treece colocó a los Sanders en la misma posición que antes y arrimó el fusil de aire a la arena.

En los primeros quince centímetros que Treece volvió a excavar no apareció otra cosa que arena. Pero inmediatamente después apareció la alfombra de ampollas y Sanders comenzó a retirarlas de tres en tres, pasándoselas a Gail.

Debido al hecho de permanecer tendida en el fondo sin mover nada más que las manos, Gail sintió un profundo y desagradable escalofrío. El agua del interior de su traje estaba quieta, fría y húmeda. Su cuerpo, que necesitaba generar calor, envió un estremecimiento a los brazos, los hombros y el cuello. La muchacha sintió deseos de que el aire de su botella se acabara lo más pronto posible.

Sanders extrajo las dos últimas ampollas del hoyo. Entonces, Treece retrocedió aproximadamente un metro, apoyó el fusil en otro punto de la arena y en menos de treinta segundos quedaron al descubierto una cantidad incalculable de ampollas.

En el fondo del hoyo apareció un bulto duro en forma de cono. Cuando se calmó el remolino de arena, Sanders logró ver una punta metálica de color verde. Inmediatamente comprendió que se trataba de una cápsula de artillería. Se estiró para cogerlo pero Treece le golpeó la mano con el elevador de aire, que después levantó por encima de su cabeza. Entonces, miró a Sanders y levantó el dedo índice de la mano izquierda: presta atención, quería decir Treece. Señaló el cono verde, movió el dedo de un lado a otro y después se señaló a sí mismo: apártate, de esto me ocupo yo. Luego indicó a Sanders, el elevador de aire y el cono: mantén esto y apúntalo en dirección a eso. Sanders asintió y se dispuso a coger el tubo. Cerca de la boca había una empuñadura circular. Treece no la soltó hasta que consideró que Sanders la sujetaba perfectamente.

Mientras observaba cómo maniobraba Treece el fusil —la mano en la empuñadura, el tubo acomodado bajo el brazo—, Sanders había llegado a la conclusión de que el elevador de aire era una bestia dócil, de modo que sujetó la empuñadura sin gran fuerza. La boca del tubo derivó por el fondo, chupando arena y piedras. De pronto, el tubo aspiró una piedra demasiado grande para poder pasar y, obstruido, saltó de la mano de Sanders y le golpeó la axila. Azotado por una manguera de treinta metros llena de aire comprimido, el tubo hizo brincar a Sanders

como si fuera un yo-yo. David se abrazó al tubo e intentó hundir los tobillos en la arena, pero el tubo se levantó y empezó a balancearle de un lado a otro. David vio destellos en la superficie y rayos grises y marrones mientras era lanzado más allá del arrecife. Aflojó la presa, tratando de liberarse del tubo, que empezó a golpearle las costillas.

Después el tubo dejó de moverse. Jadeando y forzando la vista a través de un remolino de arena y burbujas, Sanders vio que Treece sostenía el extremo del elevador saltarín contra el arrecife, golpeándolo contra una roca. Finalmente consiguió que vomitara la piedra y el tubo comenzó a moverse suavemente en el oleaje.

Treece hizo la señal de que todo iba bien y enarcó las cejas inquisitivamente. Sanders se llevó la mano a las costillas y movió la cabeza afirmativamente. Treece señaló la empuñadura: mantenla firme y no habrá problemas. Sanders volvió al hoyo.

Gail le tocó el hombro y le miró, preocupada, a los ojos. David le indicó con un gesto que estaba bien y se dejó caer de rodillas. Treece le entregó la empuñadura con tanta fuerza que sus nudillos comenzaron a volverse blancos. Cuando se sintió seguro de que lo controlaba, miró a Treece y arrojó el fusil a la arena. El tubo se sacudió y zumbó contra su cuerpo, pero logró sostenerlo con firmeza.

Treece nadó hasta el otro extremo del hoyo y se detuvo frente a Sanders, guiándolo alrededor del cono verde, e indicándole que cavara tan ancho como para que no se deshiciera.

La cápsula estaba de punta y tenía un diámetro aproximado de quince centímetros. Estaba cubierta por plantas marinas pero, a juzgar por la forma en que lo manipulaba Treece, su carga era activa.

Cuando la bomba quedó casi totalmente limpia de arena, Treece la rodeó con las manos por la parte de en medio y la levantó cautelosamente. La estudió durante unos instantes y después la apoyó sobre la arena, en la base del arrecife. Le pidió a Sanders el elevador de aire y siguió vaciando el hoyo en busca de más ampollas.

El saco se llenaba rápidamente. Gail se sintió totalmente helada y anhelada la tibieza del sol pero no estaba dispuesta a confesarlo. Esperaría hasta que el saco estuviera completamente lleno. Entonces, con gran alegría de su parte, sintió la opresión del aliento que indicaba que el aire escaseaba en la botella. Le tocó el hombro a Treece, se pasó un dedo por la garganta y señaló la superficie. Treece señaló el saco y levantó la mano izquierda, extendiendo primero dos dedos y después tres: cuando vuelvas a bajar trae más sacos. Gail movió la cabeza afirmativamente. Cuando empezó a ascender vio que Treece y Sanders permanecían junto al hoyo en lugar de trasladarse al arrecife: extraerían tantas ampollas como les fuese posible y con toda celeridad.

Cuando estuvo a diez o quince pies del fondo, el peso del saco le recordó que no había dejado caer las pastillas. Rápidamente, se desabrochó la hebilla del cinturón y observó cómo caían a la arena los seis kilos de plomo.

También esta vez Coffin estaba esperándola. Gail le pasó el saco y le dijo:

—En el fondo hay algo.

—¿Qué?

—Lo ignoro. Lo encontraron en el arrecife —Gail se quitó la botella y se la pasó a Coffin.

—¿Necesitas otra? —preguntó Coffin.

—Sí. Treece quiere que baje más sacos.

—No me extraña. Si allí hay lo que se supone que hay, tardaríamos un siglo en subirlo en un solo saco.

Gail subió a la plataforma y se bajó la cremallera de la chaqueta del traje. Se apoyó de espaldas contra la popa, dejando que el sol calentara su piel fría y húmeda. Tenía puntos sensibles en la cara por la presión de la máscara y sentía la boca estirada y dolorida por efecto de la boquilla, como si el dentista hubiese estado trabajando en una de sus muelas posteriores y le hubiera estirado demasiado los labios. Se limpió la nariz y la mano apareció manchada de sangre.

—¿Estás cansada? —le preguntó Coffin mientras retiraba las ampollas.

—Exhausta.

—Entonces esta vez bajaré yo. Aquí arriba no ocurre nada.

—No —dijo, sin saber claramente por qué rechazaba su oferta—. Bajaré una vez más. Si ocurriera algo sería mucho mejor que estuviera usted aquí.

Gail descansó unos minutos más, entró en la barca y desconectó el regulador de la botella vacía de aire. Mientras preparaba una nueva, intentó pensar en un forma sutil de conseguir que Coffin hablara de la esposa de Treece. No la encontró, de modo que por último dijo:

—¿De qué murió la esposa de Treece?

Coffin la observó unos segundos y volvió a concentrarse en el saco.

—Estoy contando —dijo, mientras dejaba caer ampollas en bolsitas de plástico—. Cincuenta —ató la bolsa y empezó a llenar otra.

Gail guardó silencio hasta que terminó de preparar su botella. Coffin dejó caer la última ampolla en la bolsa de plástico y la ató.

—¿Hace mucho que murió?

Coffin la ignoró.

—Diez —dijo—. En total, 456 —volvió a meter la mano en el saco de lona y sacó la pieza de metal verde.

—¿Qué es?

—Un blasón —lo levantó.

La plancha de metal tenía forma de flor de lis y en cada una de las hojas había un ojo de cerradura. Alrededor de los bordes se veían seis agujeros donde antes había habido clavos.

—Cubría la cerradura de una caja o un arcón. ¿Qué quiere Treece que haga con esto?

—No me lo dijo.

Coffin la dejó en el estante del timón.

—No es más que bronce.

Gail dejó transcurrir unos segundos.

—Si usted no me lo cuenta se lo preguntaré a él.

Coffin abrió un cajón y sacó dos sacos de lona y un rollo de cáñamo.

—Eso sería una crueldad.

Coffin pasó un extremo de la cuerda a través de las asas de uno de los sacos. Calculó veinte o treinta metros de cuerda, la cortó y ató el extremo cortado a una abrazadera de popa. Repitió el procedimiento con el otro saco y aseguró la cuerda a una abrazadera en medio del navío.

Cuando terminó miró el cuchillo durante un instante, en actitud reflexiva. Después lo clavó en la regala y se volvió hacia Gail.

—Muy bien. No quiero que le preguntes nada a él. No quiero que le causes dolor. Ya ha sufrido bastante.

Incómoda, Gail iba a decir algo pero Coffin no se lo permitió.

—Cuando era un muchacho causó bastante alboroto en las Bermudas. No más que la mayoría de los muchachos, supongo, pero el ruido que hacía él parecía tener un sentido, como si intentara decir algo. Nunca cometió ninguna ratería en las tiendas ni le robó nada a nadie. Todo lo que hacía estaba dirigido contra las autoridades: la policía o los ingleses. Recuerdo cuando éstos intentaron confiscar unas tierras comunales de St. David para levantar no sé qué instalaciones. Los isleños se pusieron furiosos, afirmando que la tierra les pertenecía por derecho propio. Por supuesto, los ingleses no por eso dejaron de apropiárselas pero lo pasaron mal cada vez que intentaron construir algo. Treece y sus compinches destruían todo a medida que lo levantaban, llenaban de azúcar los tanques de los equipos de construcción y cosas semejantes.

Gail escuchaba, fascinada.

—Más o menos cuando tenía 23 años, conoció a Priscilla, una inglesa. No recuerdo su apellido. Había venido a pasar sus vacaciones a St. David y conoció a Treece, casi accidentalmente. ¡Qué muchacha tan maravillosa! Y preciosa. Era la muchacha más amable y más dulce que he conocido. Treece le enseñó a bucear y a investigar naufragios. ¡Le enseñó todo, excepto a hablar con los peces! Ella le enseñó a tratar a la gente y a tratarse a sí mismo. Lo calmó como una masa de aceite calma las aguas turbulentas. Ella volvió a Inglaterra pero retornó el verano siguiente y comenzó a trabajar con niños en Hamilton. Un año después se casaron, debió ser aproximadamente en 1958. A los británicos de las Bermudas no les cayó muy bien el matrimonio. Nunca supieron qué hacer con la gente de St. David. A veces les decían negros rojos, pero la mayor parte del tiempo fingían que St. David no existía. Pero cuando Priscilla fue a vivir a St. David, en lugar de traerlo a él donde podía molestar, se olvidaron de ellos. Priscilla siguió trabajando en Hamilton y él no se movió de la



isla.

Siguió hablando casi inconscientemente, perdido en sus recuerdos.

—Treece se convirtió en una persona diferente. En él no quedaba lugar para la furia: todo era felicidad. Durante dos o tres años todo anduvo bien. Buceaban juntos y estudiaban naufragios. Para poder llenar la despensa, Treece realizaba tareas de salvamento. Todavía vivía su padre, de modo que no tenía el trabajo del faro. Una primavera de principios de los años sesenta, Treece descubrió el primer tesoro de un naufragio: el *Trinidad*. En realidad no fue una gran cosa como tesoro, ya que sólo encontraron un lingote de oro, una sortija con una esmeralda y pocas cosas más, pero fue suficiente para darle un empujón a Treece. Al mismo tiempo, Priscilla quedó embarazada. En aquel momento nadie lo sabía. Se descubrió después. Pero ellos dos tenían que saberlo: alrededor de Priscilla resplandecía un hálito de vida. Llevaba con tanto orgullo aquella esmeralda y casi estallaba de amor, supongo que la única palabra para designar esto es bondad.

Gail comprendió cuánto amor albergaba por Treece y su esposa ese viejo navegante perdido en el mundo.

—Como ya te he dicho, Priscilla trabajaba con chicos, niños con problemas, de esos que no han hecho lo bastante para merecer un lugar en la cárcel pero que no tienen acceso a todo lo que la sociedad dijo que les ofrecería. Amaba a esos chicos como si fuesen suyos. Más o menos en esa época la droga estaba adquiriendo importancia en los Estados Unidos. Aquí no, nunca ha significado demasiado. Pero se decía que las Bermudas eran utilizadas como escala en el tráfico de los contrabandistas. Cuando un barco llegaba a Florida o a Norfolk con cargamento europeo, despertaba sospechas, especialmente si se detenía en Haití, por ejemplo, o en las otras islas que había en su ruta. Pero nadie prestaba atención a los barcos de vela que hacían excursiones de ida y vuelta desde los Estados Unidos a las Bermudas ni a los hombres de negocios que pasaban aquí largos fines de semana. Un día, a uno de los chicos de Priscilla se le soltó la lengua y dijo algo en relación a una goleta que llegaría del Sur con una carga de narcóticos. Ella pensó que eran habladurías pero se lo comentó a Treece. Los que bucean en busca de tesoros tienen siempre el oído listo para cualquier posible información, ya venga del mar o del mercado del pescado. Así tiene que ser, para encontrar indicios: Fulano vio lastre por allá, Mengano encontró un madero extraño aquí, mira la moneda que encontré, ese tipo de cosas. De modo que a Treece no le resultó difícil verificar el tumor, que no era tal. A St. George iba a llegar un yate privado con diez kilos de heroína. Parte de ella sería transportada a bordo de un crucero en hogazas de pan; el resto quedaría almacenado aquí y sería trasladado al Norte en pequeñas cantidades por «hombres de negocios».

—¿Qué hizo Treece?

—En aquellos tiempos, Treece todavía confiaba algo en el Gobierno. Priscilla le había enseñado que no necesariamente todas las autoridades tenían la intención de perseguirlo. De modo que acudieron al Gobierno, a las máximas autoridades y les

contaron lo que sabían. El Gobierno no lo creyó porque, para ser justos, no había pruebas suficientes para que lo creyeran, teniendo en cuenta que estaban prevenidos contra Treece desde el principio. Ellos no tenían *la menor* idea de cuánto sabía él. Para ellos, no era más que un rumor que había hecho correr un muchacho. Este hecho sacó de quicio a Treece, en parte por orgullo. He aquí que sabía positivamente que habría un contrabando de heroína y el Gobierno no creía en su palabra. Decidió intervenir personalmente y presentarle las drogas al Gobierno en bandeja de plata. No sabía en lo que se iba a meter e hizo un par de tonterías, por ejemplo contar sus proyectos a demasiadas personas. Recibió varias amenazas, que no sirvieron más que para estimularle aún más. Priscilla intentó serenarlo, pero le resultó difícil porque estaba de acuerdo con él. Para no atiborrarte con más detalles, Treece y algunos compinches enfrentaron el yate más allá del puerto de St. George e intentaron abordarlo. Hubo un jaleo de mil demonios y el yate desapareció.

—¿Con las drogas? —preguntó Gail.

—Sí, pero el plan de ellos fue un desastre. Cuatro días más tarde encontraron a Priscilla muerta en su despacho. El médico que la examinó informó que había muerto por una dosis excesiva de narcóticos y el caso quedó cerrado. Todo el mundo supuso que uno de los contactos de los contrabandistas, ya que habían desbaratado la operación, la esperó una mañana en su despacho y antes de que llegara nadie le dio una inyección. En los brazos tenía marcas provocadas para que pareciera adicta, pero todas resultaron ser pinchazos recientes. Treece estuvo a punto de volverse loco por efectos de la pena, culpa y furia. Se adjudicó la mitad de la culpa y la otra mitad al Gobierno.

—¿Descubrió quién la había matado?

—Nadie lo sabe... Con certeza. Pero aproximadamente una semana después de la muerte de Priscilla, encontraron a un hombre en St. George, colgado de la rama más alta de un árbol. Tenía todas las articulaciones de los huesos rotas, los dedos torcidos y los brazos, lo mismo que las rodillas y los dedos de los pies hechos pulpa. Su cabeza estaba totalmente vuelta, como si hubieran intentado desatornillarla. Era un barman, que la mayor parte del tiempo no tenía trabajo aunque nunca le faltaba dinero. Nadie fue acusado de su muerte y la única razón por la que alguien la relaciona *con* Treece es que la persona que lo mató y lo subió a 15 metros de altura tenía que ser un hombre extraordinariamente fuerte y vigoroso.

Gail no le interrumpió, temerosa de romper el hilo del recuerdo.

—Treece estuvo borracho un mes, mañana, tarde y noche, tragando cualquier cosa que contuviera alcohol. Permaneció sentado en su casa y los únicos que se atrevían a acercarse eran los que le llevaban bebidas y comida. Cuando salió y empezó a bucear otra vez, cometió todo tipo de disparates: buceaba solo, con mal tiempo, se sumergía a profundidades casi inaccesibles y permanecía allí mucho tiempo. Parecía que trataba de purificarse o de matarse y estuvo a punto de lograrlo: debió pasar tres días en una cámara de descompresión. Un pescador lo encontró

flotando en la superficie.

—¿Qué le hizo volver en sí?

—¿Volver en sí? ¿Quieres decir volver a la normalidad? Supongo que el tiempo. Pero... ¿qué quiere decir normal? Jamás volvió a ser el que era antes de que ella muriera. Dudo que alguna vez vuelva a serlo.

—¿Estaba implicado Cloche?

Coffin hizo una pausa. Después de pensarlo, respondió:

—Yo diría que sí pero no hay pruebas de ello. De todos modos lo importante es que Treece ve que todo vuelve a repetirse.

Después de un momento de silencio, Gail dijo, conmovida:

—Muchas gracias.

Sintió tristeza y un profundo dolor por Treece. Intentó imaginarse a su esposa pero la única imagen que logró evocar fue la de sí misma.

Coffin le sostuvo la botella mientras ella se colocaba los arneses y ajustaba las correas. También le tendió el saco de lona que ella había subido y le dijo:

—Cuando estés en el agua te daré los otros dos. Bájalos y pon encima de ellos una piedra para que no se escapen. Cuando estén llenos, da tres tirones de la cuerda, y yo los izaré. Pero no los pierdas de vista y asegúrate de que no se golpean.

—De acuerdo.

—Gail pasó a la plataforma por el travesaño, revisó la botella y la máscara y saltó al agua.

Arrastrando las cuerdas detrás de sí, nadó hacia el fondo. Como no llevaba las pastillas tendía a flotar y se vio obligada a usar ambos brazos para poder descender. Encontró su cinturón de pesas en el fondo, se lo puso y se dirigió a la nube de arena.

Había estado arriba más tiempo del que creía. Junto a David había una pila de ampollas de más de treinta centímetros de altura y sesenta de lado. Se arrodilló sobre dos de los sacos y abrió el tercero. Descubrió que podía coger un montón de ampollas de la pila y dejarlas caer en el saco, ya que flotaban intactas hasta el fondo. Llenó un saco, luego otro y por último el tercero. Golpeó a Sanders en el hombro para hacerle saber que volvía a la superficie y dio tres tirones a las dos cuerdas. Mientras se quitaba el cinturón de pesas, las dos cuerdas se tensaron y los sacos iniciaron su ascenso. Cogió las cuerdas con una mano y, sosteniendo el saco abierto con la otra, se dejó arrastrar a la superficie.

—Estás sangrando —le dijo Coffin.

Gail se puso bizca y vio que alrededor de la nariz tenía agua mezclada con sangre. Echó la cabeza hacia atrás y sopló para limpiar la máscara.

—Ya lo sé. No es nada.

—¿Estás segura de que no quieres que baje yo?

—Bajaré una vez más.

Coffin retiró las ampollas de los sacos con mucho cuidado y las colocó sobre un lienzo alquitranado que había extendido en la cubierta.

—Las contaré mientras estás abajo —le dijo al pasarle los sacos vacíos.

Gail volvió a sumergirse y esta vez sintió dolor, un fuerte dolor en los senos nasales, encima de los ojos. Se detuvo a unos metros de la superficie, esforzándose por no perder profundidad, esperando a que el dolor cediera. Volvió a descender hasta que el dolor no le permitió seguir. Esta vez es la última, pensó: demasiadas idas y venidas.

Ahora también sentía presión en los oídos y se provocó un bostezo. Sintió dos breves estallidos y la presión desapareció. Cuando comenzó a descender otra vez, vio algo que se movía: un manchón grisáceo en el límite de la zona oscura, más allá del arrecife.

Entrecerró los ojos, esforzándose por ver a través de la niebla. Nada. Luego percibió, un poco a la izquierda, otro movimiento. Movié la cabeza de un lado a otro, tratando de prever por dónde aparecería la próxima vez. Detrás de ella, a cierta distancia de la nube de arena, el agua era más clara y cuando se volvió lo vio: de entre la bruma, como si saliera de detrás de un telón, apareció un tiburón. Se movía con seguridad, con gracia y sin prisa, cortando el agua con suaves coletazos.

Gail sintió que un nudo le atenazaba el estómago. Todavía no había cubierto la mitad del camino hasta el fondo pero recordó que David le había advertido que no debía huir a la superficie. No pudo determinar el tamaño del tiburón porque no había nada con qué compararlo. Tampoco sabía a qué distancia se encontraba; se movía en el extremo de su campo de visión. ¿Qué extensión tenía su campo de visión? ¿Quince metros? ¿Veinte?

El tiburón nadaba en un amplio círculo y cuando los rayos del sol le daban en el lomo, Gail veía desvaídas franjas a sus costados, matices pardos contra la piel gris. Un ojo negro parecía vigilarla aunque sin interés ni curiosidad.

Sin soltar las cuerdas continuó descendiendo en dirección al elevador de aire. Encontró el cinturón de pesas, se lo colocó y le golpeó un hombro a Treece. Cuando él la miró, Gail imitó con la mano derecha un movimiento sinuoso y con los dedos indicó la acción de morder. Señaló a la derecha, donde suponía que se encontraba ahora el tiburón. Treece miró en la dirección que ella señalaba pero debido a la nube de arena, no pudo ver nada. Volvió a mirarla, meneó la cabeza y con un ademán brusco descartó el peligro.

Sanders no estaba seguro de haber comprendido el mensaje que Gail había transmitido a Treece. Recordó que se había puesto muy nerviosa al ver la barracuda y supuso que había visto otra. Pero al ver la expresión de pánico de sus ojos, dudó. Juntó las manos a la altura de las muñecas, extendió los dedos y las cerró: Una aproximación del dibujo de una boca. La miró, enarcó las cejas y extendió los brazos como preguntando: ¿de qué tamaño? Gail se encogió de hombros: no sé. Pero extendió los brazos al máximo posible: por lo menos así de grande. Sanders notó que en la máscara de Gail había unas gotas de sangre. Le señaló la nariz y movió un dedo de un lado a otro, advirtiéndole que no despejara la máscara para no echar sangre al

agua.

Gail hizo un gesto afirmativo con la cabeza pero había interpretado mal el mensaje: sin que David pudiera evitarlo, apretó la parte superior del cristal y exhaló a través de la nariz. De su máscara fluyó un chorro de agua verde y mucosa que se mezcló con la corriente.

Sanders se golpeó la frente y sacudió la cabeza. Señaló el hilillo de sangre.

Los ojos de Gail parecían salirse de las órbitas. Le tocó el brazo y señaló en dirección a la superficie, preguntando si podía subir. David la aferró de la muñeca y movió la cabeza de un lado a otro: no. Señaló uno de los sacos vacíos de lona, cogió un puñado de ampollas y lo echó en el saco.

La zanja que Treece había cavado contenía un importante filón. Había ampollas por todas partes que se destacaban en la arena como pasas de uva en un pastel de arroz. Apoyando cuidadosamente el elevador de aire entre las bombas, Treece tocó una plancha de madera podrida e hizo succionar la madera dejando al descubierto cuarenta y ocho ampollas ordenadas en filas de seis.

Sanders no podía seguir el ritmo de Treece. Cogía cuatro, seis o diez ampollas de la arena cada vez y se las pasaba a Gail, pero siempre Treece había logrado reunir más. Intentó levantar una caja llena pero aunque parecía intacta no tenía fondo y las ampollas se desparramaron en la arena. Juntó ambas manos y recogió veinte o treinta ampollas. Se volvió para entregárselas a Gail. Las manos de ella no estaban esperándolo. Se volvió indignado para regañarla y vio que tenía la vista clavada en el arrecife.

El tiburón estaba a menos de cuatro metros de distancia, moviéndose de derecha a izquierda entre ellos y la masa coralina. Era de unos dos metros de largo y parecía un lustroso torpedo hecho de músculos. Los observó pero no hizo ningún movimiento hacia ellos y Sanders se preguntó si estaría buscando el origen de la sangre que había en el agua. Extendió la mano hasta la pantorrilla y sacó el cuchillo de su funda. Treece no había notado la presencia del tiburón; Sanders le tocó en el hombro y se lo señaló en el preciso momento en que el tiburón se dirigía hacia la izquierda para mantenerse a una distancia aproximada de cuatro metros de los buceadores y dos del arrecife.

Treece vio que el tiburón pasaba a la altura de Gail y giraba, quizás a unos ocho metros de distancia, desapareciendo detrás de la nube de arena. Golpeó el elevador de aire con los nudillos y movió la cabeza de un lado a otro. Parecía decir: mantened la calma.

Como ahora empuñaba el cuchillo con la mano derecha, Sanders sólo tenía una mano libre para recoger ampollas y esa única mano no lograba avanzar demasiado porque Gail había dejado de colaborar; permanecía arrodillada y rígida, sujetando un saco a medio llenar y esperando, presa del pánico, a que el tiburón reapareciera.

David fue quien lo vio primero. Como antes, apareció por la derecha, conservando la distancia pero, pensó Sanders, un poco más cerca que en el paseo

anterior. El animal se aproximó al preocupado Treece y viró en dirección a Sanders, que se agachó manteniendo el cuchillo por delante. Después lo vio Gail y recibió una impresión tan fuerte que levantó los brazos y empezó a agitarlos como aspas. El tiburón percibió el movimiento e inclinó la cabeza en dirección a Gail.

El brazo de Gail tocó un costado de Sanders y la sensación que éste sintió fue similar a la de un disparador que le lanzara hacia delante. Extendió la mano derecha con el filo del cuchillo hacia arriba.

El tiburón le vio llegar y le esquivó sacudiendo la cabeza a la derecha y agitando dos veces la cola. Pero el instinto le avisó que evitara el arrecife y, aparentemente confundido, se retrasó lo suficiente para que Sanders le clavara el cuchillo en la parte inferior, a varios centímetros de la cola.

El único pensamiento consciente de Sanders fue la blandura de la carne del tiburón: el cuchillo penetró hasta la empuñadura. Después el cuerpo se convulsionó y le quitó el cuchillo de la mano. De la herida comenzó a manar sangre en una especie de espesa nube verde.

El tiburón se apartó nadando erráticamente, estremeciéndose y agitando la cola. Volvió la cabeza y sus fauces atacaron el vientre sangrante: el tiburón trataba de devorar su propio cuerpo.

El cuchillo había caído a un metro de distancia y Sanders nadó para recuperarlo, temeroso de que el tiburón pudiera regresar y, furioso, le atacara.

Pero quien le atacó no fue el tiburón. Sanders sintió que una mano le aferraba el tobillo y le arrastraba hacia atrás. Tendido de espaldas, levantó la vista y se encontró con la mirada enardecida de Treece. También vio que los labios de éste se movían oyó unos sonidos pero no pudo comprender lo que le decía.

Treece le cogió de un brazo y de un tirón le levantó. Sus dedos apretaron en círculo el brazo de Sanders, pellizcándole dolorosamente.

Asustado y confundido, Sanders no sabía qué había hecho para enfurecer a Treece y cuando observó su rostro sintió auténtico temor de que pudiera matarle.

Treece le quitó el cuchillo de la mano y lo introdujo en la toma de aire del elevador. El cuchillo empezó a traquetear subiendo por el tubo. Entonces Treece señaló hacia arriba e inició el ascenso. Se detuvo, retornó y recogió una de las bombas.

Gail seguía acurrucada en el fondo. Sanders la tomó de un brazo y la ayudó a ponerse de pie. Tiró dos veces de una de las cuerdas y guió la mano de Gail hacia ella cuando la cuerda se tensó por el tirón de Coffin.

Cuando nadaba con Gail hacia la superficie, Sanders vio una sombra gris que se movía en la distancia. A pesar de la bruma, Sanders logró ver que era grande, mucho más que un hombre.

Cuando se hallaba cerca de la barca bajó la vista y vio al tiburón herido retorciéndose y contorsionándose sobre el arrecife. Entonces dejó de fluir aire a su máscara.

Pataleó en movimientos ascendentes, exhalando el último aliento que le quedaba. Se aferró a la plataforma con una mano, se quitó la máscara y exclamó:

—Eh, qué...

El sonido de la voz de Treece le silenció:

—¡... la cosa más imbécil, idiota y delirante que he visto en mi vida!

Treece ya estaba en la barca quejándose a Coffin, supuso Sanders, que había apagado el compresor.

Sanders hundió la cara en el agua para limpiarse la, nariz, de modo que no vio la mano que le cogió. Oyó la palabra «¡tú!», y sintió que le levantaban de una axila, sacándolo del agua y tirándole por encima del travesaño. Sus pies chocaron contraía cubierta.

Gail, que colgaba de la plataforma, observó cómo Sanders volaba por encima del agua y otra imagen la golpeó: un hombre subido en lo alto de un árbol, con los miembros extendidos hacia atrás.

Treece cogió a Sanders de un brazo y lo sacudió, haciendo que su cabeza se agitara de un lado a otro involuntariamente.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te crees que eres Tarzán? ¡No eres más que un maldito aventurero!

—Pero...

—Nos has hecho perder un día de trabajo... —Treece apartó a Sanders de un empujón y cogió la botella de Gail.

Sanders se frotó la zona dolorida del brazo.

—¡Ella estaba sangrando!

—¡Tonterías!

—¡Te digo que estaba sangrando! Tenía sangre en la máscara y la limpió en el agua.

Treece miró a Coffin y dijo:

—¡Señor, líbrame de los idiotas! —se volvió a Sanders y abrió la boca para gritar pero cambió de idea—. Muy bien —dijo, esforzándose por contener su ira—. En primer lugar, ese pequeño pez no pensaba comernos.

—¡Pequeño! —exclamó Sanders—. Medía por lo menos dos metros.

Ahora que sabía que Treece no le haría daño, se sintió desconcertado y agresivamente resentido.

—Si medía un metro y medio, yo soy el emperador de China. El agua aumenta el tamaño de todas las cosas.

Sanders sintió que se ruborizaba:

—Aún así...

—En segundo lugar, en el agua no había sangre suficiente como para despertar su curiosidad. Estaba dando un paseo. Si se hubiera puesto peligroso, habrías visto la excitación reflejada en su cuerpo, se habría agitado. En cuando advertí eso, supe que lo único que teñíamos que hacer era reunirnos en la nube del elevador de aire. Los

tiburones no se acercan a las nubes de arena, y si lo hacen huyen inmediatamente a toda velocidad, sin detenerse a morder nada. La arena les ataca las branquias y no lo soportan, ya que eso puede causarles la muerte. En una oportunidad, un abuelo de éste intentó engullirme. Ése sí que era un auténtico tiburón de cuatro metros de largo. Me limité a esperar a que penetrara en la nube. Pero atacarle con un cuchillo es lo peor que se puede hacer. Y lo último. ¡Lo *último*! Cuando no existe otra posibilidad, cuando se trata de apuñalarlo o servirle de cena, entonces sí. Pero nunca antes.

—¿Por qué?

—Porque es probable que te muerda. Se supone que no tiene inteligencia suficiente para enfurecerse, pero te aseguro que yo he visto a uno de ellos imitando perfectamente ese sentimiento. Si quieres otra buena razón, asómate al agua.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Trece le alcanzó una máscara.

—Ponte esto y asómate a la plataforma —se dirigió a Gail—: Tú también. Pero por favor, sin hacer ruido.

Sin saber qué esperar, David y Gail se deslizaron por la plataforma y se sujetaron de las cadenas que la unían a la barca. Contuvieron el aliento e introdujeron el rostro en el agua.

La escena que se desarrollaba a diez metros de distancia, sobre el arrecife, parecía la lucha de una pandilla callejera. Todo lo que quedaba del tiburón que Sanders había apuñalado eran unos pocos trozos mutilados y por ellos luchaban, con salvaje frenesí, innumerables tiburones. Una media docena de los más grandes se agitaron en una masa borrosa alrededor de unas menudencias. Un tiburón más pequeño persiguió un trozo de carne hasta el fondo, lo cogió con la boca y salió disparado, perseguido por otros dos. Había tiburones por todas partes que nadaban dando frenéticos coletazos en respuesta a los sonidos y movimientos del agua, en busca de una presa. Algunos eran grises, otros marrones y varios de ellos rayados. Los más grandes asestaban golpes a los más pequeños, que trataban de ponerse fuera de su alcance y cuando no lo lograban resultaban heridos y atacados por todos los demás.

Mientras los Sanders miraban, las formas oscuras y sinuosas se multiplicaron en el azul del crepúsculo. Uno cruzó inmediatamente por debajo de la barca y cuando vio algo en la superficie comenzó a ascender. David y Gail se pararon en la plataforma y volvieron a la barca.

Trece y Coffin estaban contando ampollas en la cubierta. Trece no levantó la vista.

—¿Ves lo que has hecho? —no estaba jactándose. Su voz decía, sencillamente: espero que hayas comprendido.

—Ya veo.

—¿Cuanto tiempo permanecerán en los alrededores? —preguntó Gail.

—Hasta que se acabe la comida. Pero si se muerden los unos a los otros como hacen generalmente, no les faltará alimento. Estarán por aquí bastante rato.



—Entonces por hoy hemos terminado —observó Sanders—. Lo lamento.

—Sí —Treece se ablandó—. No es ninguna tragedia. Hoy hemos hecho una buena recaudación y esas bestias harán algo bueno: evitarán que alguien intente acercarse a nuestra cueva.

Gail se estremeció. Se quitó la chaqueta de su traje de buceo y se secó.

—¿Cuántas tenemos?

—Cuatro mil ochocientos sesenta —informó Coffin, mientras cerraba la última bolsa de material plástico.

—No es suficiente —Treece miró en dirección a la playa— y no nos queda mucho tiempo. Supongo que Cloche habrá estado entrenando gente todo el día.

—No se puede conseguir buenos buceadores en dos días —dijo Coffin—. Además, tendrá que construir un elevador de aire. No puede enviar a un grupo de novatos a escarbar la arena con los dedos.

—En dos días, no. Pero no se necesita mucho más tiempo para hacerles medianamente competentes. Y cuando esté preparado, actuará con rapidez. Creo que será mejor que empecemos a trabajar también por las noches —observó que el rostro de Gail reflejaba cierta desazón y agregó—: Esta noche no. Le daremos un descanso a tu nariz.

—¿Qué harás con esto? —Sanders apoyó la mano en la bomba.

—Por ahora, nada. Quería subirla. Más adelante la limpiaré y venderé el bronce.

—¿Es cierto que está activa después de treinta años?

—Sí —respondió Treece.

Treece colocó la bomba en un torno de banco sujeto a la regala de estribor. Sacó de un cajón una enorme llave inglesa que ajustó a la parte inferior de la cápsula. Tiró del asa de la llave pero ésta no se movió.

—Está tan corroída que parece soldada.

Apoyó los pies contra la mampara, rodeó la llave inglesa con ambas manos y se echó hacia atrás. Sus bíceps parecían nudos apretados y los nervios del cuello sobresalieron a través de la piel, mientras un matiz rojizo sofocaba su cara.

Se oyó un chasquido metálico y luego un crujido. La llave inglesa se movió. Treece la elevó y rompió el cierre. Desatornilló la parte inferior de la cápsula y la dejó caer en la cubierta.

—Mira aquí.

El interior de la cápsula estaba lleno de unas hebras rígidas y grises parecidas a spaghetti, todas amontonadas.

Coffin le alargó a Treece unas pinzas y una caja de cerillas. Treece pescó una de las hebras y, sosteniéndola con las pinzas, le alcanzó las cerillas a Sanders.

—Enciéndela.

—¿Qué es?

—Cordita. Eso es lo que produce la explosión.

Sanders acercó una cerilla al extremo de la hebra de cordita. Se produjo un

fogonazo y la hebra ardió con la brillantez del magnesio.

Gail preguntó:

—¿Eso es todo lo que hay en una bomba tan grande?

—¿Todo lo que hay? Muchacha, si juntas cien de éstas y las pones al fuego, puedes hacer volar todas las Bermudas en pedazos.

—¿Cuántas hay?

—No puede saberse —respondió Coffin—. Cuando zarparon había unas diez toneladas, pero una parte ha sido rescatada.

Treece arrojó la cordita por encima de la borda. Produjo un silbido al chocar con el agua y al hundirse despidió una nube de burbujas.

Retiraron del agua las mangueras de aire y las enrollaron sobre cubierta. Treece sujetó el tubo elevador de aire a la regala y puso el motor en marcha. *Charlotte*, que había estado durmiendo en la proa, apoyó las patas en el suelo y —a la manera de un soldado poco dispuesto a asumir su guardia nocturna— ocupó su puesto.

Coffin recogió el ancla y Treece hizo avanzar la barca a través de los arrecifes en dirección a la costa.

—¿Mañana a qué hora? —preguntó Coffin.

—Temprano. Digamos que a las ocho. Trabajaremos cuatro o cinco horas por la mañana, tendremos libre la tarde y volveremos a empezar alrededor de las seis —se dirigió a Coffin, bromeando—: Sé que los viejos necesitáis dormir la siesta.

—¡Vete al cuerno! —la barca estaba a unos setenta metros de la orilla—. Sobreviviré a todos vosotros —Coffin cruzó de un salto la regala y se zambulló.

Treece le observó sonriente hasta que le vio asomar la cabeza a la superficie y nadar en dirección a la costa. Entonces enfiló la barca mar adentro.

Cuando la barca se elevó y cayó por efecto de la suave marejada, un objeto se deslizó de la caja del timonel y cayó ruidosamente en la cubierta: era la plancha con el blasón. Gail la levantó y se la entregó a Treece.

—Casi la había olvidado —afirmó y en seguida añadió, sonriéndole a Sanders—: con la excitación que provocó este osado cazador de tiburones.

—Adam dijo que era una plancha que cubría una cerradura.

—Sí, pero no una cerradura cualquiera. He oído hablar de estas planchas pero es la primera vez que veo una. Ignoro si todavía existen otras. Se les daba el nombre de cajas de tres cerraduras. Como veis, aquí hay tres ojos de cerraduras y había que utilizar tres llaves para abrirlas.

—¿Por qué se hacía así? —preguntó Sanders.

—Para evitar que una o dos personas pudieran hacerse con el contenido. Tres socios, tres llaves. Supongamos que alguien envía algo desde el Nuevo Mundo a España. El rey tenía un juego maestro, compuesto por las tres llaves. Su representante en el lugar de origen, por ejemplo La Habana, probablemente tenía dos y el capitán del navío la tercera. Cerraban la caja en La Habana y el capitán la subía a bordo. No podía abrirla con una sola llave. Al llegar a España le presentaba la caja al rey.

—No sería difícil abrirla en secreto.

—No, pero por lo general no lo hacían. Los españoles consideraban que las cerraduras eran... no exactamente sagradas, pero sí algo especial. Los ingleses y los holandeses enviaban documentos y cualquier otra cosa en cajas normales: si un navío era abordado por los piratas, ninguna cerradura servía para nada. Los españoles lo guardaban todo bajo llave, casi simbólicamente. ¡Pero una caja con tres cerraduras!

—Treece recorrió la superficie de la plancha con un dedo—. Sí, es interesante.

—¿Por qué?

—Significa que en esa caja había algo muy importante. Con toda probabilidad, algo de extraordinaria importancia para el rey de España.

## 9

Cuando atracaron en el muelle de Treece el sol era una bola anaranjada que se destacaba en el horizonte.

Treece olfateó el aire del atardecer y dijo:

—Mañana soplará el viento.

Sanders sintió el impulso de preguntarle cómo sabía que el tiempo cambiaría, pero ahora ya sabía que le respondería algo así como: «Es una sensación» o «Se huele la brisa», de modo que varió su pregunta y dijo:

—¿Muy fuerte?

—Tal vez veinte nudos del Sur. Nos hará rebotar bastante.

—¿Podremos trabajar?

—No tenemos alternativa. Cloche trabajará, de eso no te quepa la menor duda. Pero todo irá bien, podremos cargar bastante.

Sanders empezó a quitarse los pantalones del traje de buceo pero Treece le detuvo.

—Todavía no hemos terminado.

—¿Todavía no?

—Tenemos que sacar las ampollas. No podemos dejarlas en la barca.

—Lo sé, pero pensé que... —se interrumpió cuando vio que Treece señalaba las aguas oscuras por encima de la borda.

—Quiero que sepas dónde están por si me ocurre algo.

—¿Qué puede ocurrirte?

—¡Quién sabe! Quizás una fiebre fatal o una peste repentina. Tal vez nada. Pero es una medida de seguridad. En la base del acantilado hay una gruta submarina. La marea la alcanza pero si la guardamos bien atrás y las enterramos no se perderán —se volvió a Gail—: No es necesario que vengas.

—Si me necesita puedo ir —respondió.

—No. Serás más útil aquí, entregándonos los sacos.

Se pusieron dos botellas y subieron las bolsitas con las ampollas. Treece llenó a medias los sacos de lona y le pasó una linterna a Sanders.

—Cárgate de más —le dijo—. Ese saco intentará subir a la superficie. Adam le quitó todo el aire posible a las bolsas de plástico, pero nunca se pueden vaciar totalmente. Si llevas sobrecarga podrás dejar que el peso te arrastre a ti y al saco hasta el fondo. Cuando llegues abajo, sigue mi luz.

—De acuerdo.

Treece señaló una caja rectangular de madera que estaba en cubierta y le dijo a Gail:

—Dame un pescado de esa caja.

—¿Un pescado?

—Sí. Está llena de pescado en salmuera. Los guardo para *Percy*. Vive en la

caverna.

Gail subió a la cubierta y levantó la tapa de la caja de madera. El olor a pescado la obligó a retroceder y a taparse la nariz.

—Escoge uno bien grande —le dijo Treece—. Quiero mantenerle ocupado para que no se fije en nosotros.

—¿Qué es *Percy*? —preguntó Sanders.

—Una horrible anguila morena de color verde. Desde que recuerdo vive en esa cueva. Nos llevamos muy bien, pero siempre está hambrienta y me gusta estimular su lado bueno dándole de cenar de vez en cuando.

Gail metió la mano en la caja y tiró de la cola más grande que vio. Tragó saliva para contener las náuseas.

—¿No les pones hielo?

—No es necesario. La sal los conserva perfectamente —Treece cogió el pescado—. Esto la mantendrá entretenida un buen rato —se dirigió a Sanders—: Déjame ir delante. Quiero verla primero y asegurarme que sepa de qué se trata. Si una bestia semejante te divisa antes que tú a ella puedes pasarlo muy mal. Y no se te ocurra meter la mano en ningún agujero. Por lo que sé, sus parientes comparten la vivienda.

Treece se colocó la máscara, se lanzó rodando por la regala, volvió a asomar la cabeza a la superficie y cogió el saco, el pescado y la linterna.

Sanders le siguió y descubrió —tal como Treece le había explicado— que el sobrepeso y el aire encerrado en las bolsas de plástico hacían contrapeso, de modo que se hundió fácilmente.

La caverna no se encontraba a mucha profundidad: tenía un máximo de cinco o seis metros, calculó Sanders mientras observaba moverse el haz de su linterna entre el fondo arenoso y la barca. El saco de lona resultaba molesto: le tironeaba del brazo izquierdo de modo que lo apretó contra el vientre y siguió por donde le indicaba la luz huidiza de la linterna de Treece.

Treece lo esperaba en la entrada de la caverna: una cavidad oscura, más alta que un hombre, en el costado escarpado del acantilado. Cuando Sanders llegó a su lado, Treece iluminó la cueva con la luz de la linterna, que paseó de lado a lado. Al principio, la caverna parecía vacía: sus paredes de piedra caliza se extendían diez metros en las penumbras. Después Treece dejó la luz fija en un rincón del fondo de la cueva y apuntó con el dedo. Sanders vio algo que se movía.

Treece nadó lentamente en el interior de la cueva, sosteniendo el pescado delante de él. Sanders le siguió.

En la base de una de las paredes había un montículo de piedra, resultado del derrumbamiento de una parte de la pared ocurrida mucho tiempo atrás. Treece arrimó el pescado a la pared.

De una grieta hendida entre las rocas y la pared apareció el morro de la anguila. Sanders había visto esta clase de peces en acuarios, pero nunca alguno equiparable en tamaño al cuerpo moreno que empezó a deslizarse por la grieta. Tenía más de treinta

centímetros de altura y como mínimo dieciocho de ancho.

La anguila morena se retorció hasta dejar fuera una parte de su cuerpo — alrededor de un metro veinte—, como era su intención. Entonces quedó suspendida de las rocas vigilando, con sus fríos ojos de cerdo, a Sanders, a Treece y al pescado. Abría y cerraba la boca rítmicamente dejando al descubierto los largos dientes afilados unidos por hebras viscosas y mucosas que brillaron con el reflejo de la luz. Ladeó ligeramente la cabeza y con tanta rapidez que posteriormente Sanders no recordó haberla visto moverse, cogió el pescado.

Treece no lo soltó sino que siguió reteniéndolo por la cola. La anguila giró, se detuvo y repentinamente comenzó a arrollar su cuerpo como si fuera una alfombra hasta conseguir desprender un bocado del vientre del pescado. La anguila morena retrocedió y tragó ayudándose con los dientes para que el trozo de carne cayera en la garganta, mientras su piel verde se rizaba por el esfuerzo. Volvió a golpear, esta vez contra el espinazo del pescado, logrando arrancárselo a Treece. Intentó volver a meterse en su agujero retrocediendo pero el pescado era demasiado grande para pasar por la hendidura, de modo que la anguila se conformó con dejar a su presa atascada en la estrecha abertura y desmembrarla desde abajo.

Treece le indicó a Sanders que le siguiera y éste le obedeció aunque sentía no poca reticencia en volverle la espalda a la anguila morena en la oscuridad.

El techo de la cueva estaba aproximadamente a dos metros y medio de altura y a la luz de la linterna de Treece, Sanders vio que el saco de lona se elevaba hasta que tocó suavemente el techo y quedó apoyado allí. Sanders se estiró, colocó su saco junto al de Treece y volvió a reunirse con éste en el fondo.

Cavaron un hoyo ancho y profundo en la arena y allí guardaron los sacos con las ampollas. Volvieron a nivelar el pozo con arena para evitar que los sacos flotaran y regresaron a la barca.

Hicieron tres viajes más y cavaron nuevos hoyos cada vez. Al abandonar la gruta después del último viaje, la anguila morena había devorado prácticamente todo el pescado excepto unos pocos centímetros: todavía asomaba la cola de la presa por la grieta, agitándose como si la estuvieran mordiendo desde abajo.

—¿Qué tamaño tiene? —preguntó Sanders cuando llegaron a la barca.

—¿Percy? Nunca la he visto extendida pero mide como mínimo tres metros. En cuanto oscurezca empezará a rondar en busca de presas. Si quieres una noche podemos bajar a verla.

—No, gracias. Ya es bastante temible en su guarida. No tengo ganas de encontrarme con ella en aguas abiertas.

—¿Cómo es eso? Pensé que los cazadores de tiburones no conocían el miedo.

—Escucha... —Sanders se molestó por la provocación de Treece y quería interrumpirlo, aunque no intentaba una confrontación.

—No te alteres —dijo Treece; chasqueó los dedos y la perra saltó de la barca al muelle—. Ve delante, *Charlotte*. Avísanos si ves a los bandidos acechando.

La perra trotó alegremente hacia el sendero, olfateando la maleza.

Treece sacó las dos botellas vacías del estante y las apoyó en el muelle.

—Será mejor que las llenemos esta noche.

Cuando llegaron a la casa encontraron un paquete envuelto en papel en el umbral de la puerta de la cocina. Treece lo recogió, lo olió y dijo:

—Es la cena.

—¿Pescado? —preguntó Gail sin poder ocultar sus escrúpulos al recordar la caja llena de pescado en salmuera.

—No. Carne.

Treece abrió la puerta y la sostuvo para que pasaran.

—¿Nunca cierra la puerta con llave? —preguntó Gail.

—No. Como ya te dije, sólo los españoles confían en las cerraduras.

Treece le pidió a Sanders:

—Sírvenme un ron mientras echo esta bestia al fuego.

—¿Tú quieres algo? —le preguntó Sanders a Gail.

—Ahora no. Voy a ducharme, pues huelo como una lubina muerta hace una semana.

—¿Sabes cómo funciona el calentador? —le preguntó Treece.

—¿El calentador?

—Junto a la caseta de la ducha hay un calentador de gas. Da media vuelta a la válvula en el sentido de las agujas del reloj y espera dos minutos. En ese momento empezará a entibiarse. Cuando termines de ducharte el agua se habrá calentado.

—Gracias —Gail salió de la cocina.

Sanders le alcanzó a Treece un vaso de ron y comenzó a sorber su *whisky*.

—¿Puedo hacer algo?

—No. Deja descansar los huesos.

Sanders se sentó ante la mesa y observó cómo Treece encendía el hornillo, vertía aceite en una sartén, echaba la carne y la espolvoreaba con hierbas.

Cuando consideró que la carne se estaba guisando como correspondía, Treece se apartó del hornillo y miró a Sanders:

—¿Qué te pica?

—¿Cómo dices? —Sanders no comprendió la pregunta.

—Me refiero al tiburón. ¿Qué es lo que andas buscando?

Sanders pensó: empezamos otra vez.

—Nada. Me porté como un estúpido, ya lo sé —esperaba que reconociéndolo pudiera poner punto final al tema.

—Me parece que hay algo más —afirmó Treece—. Creo que en el fondo piensas que te comportaste como un héroe.

Sanders se ruborizó porque Treece tenía razón. Al margen de la aceptación de que había actuado estúpida, impetuosa y peligrosamente, sentía un orgullo infantil por haber apuñalado un tiburón. Aunque jamás lo confesaría, incluso había imaginado la

forma en que compondría la historia para contársela a los amigos. No respondió.

—Es natural —continuó Treece—. Muchos quieren demostrarse algo a sí mismos y cuando hacen algo que creen importante, se impresionan. El error consiste en que lo que *haces* no es lo mismo que lo que *eres*. Te gusta hacer cosas sólo para comprobar que eres capaz de hacerlas. ¿Correcto?

Aunque en la voz de Treece no se ocultaba ningún reproche, Sanders se sintió incómodo.

—A veces. Supongo que...

—A lo que yo quiero llegar... —Treece hizo una pausa—. Los sentimientos son mucho más ricos cuando haces algo bien, cuando sabes que hay que hacer algo y sabes lo que estás haciendo: *entonces* sí vale la pena. En la vida sobran las oportunidades de herirse a uno mismo o a otro —Treece dio un trago—. En los próximos días tendrás más oportunidades de herirte a ti mismo de las que han tenido la mayoría de los hombres en su vida. Aprender cosas y hacerlas bien es lo que las vuelve valiosas, lo que hace que uno se sienta bien consigo mismo. Cuando yo era joven, nadie podía decirme nada. Lo sabía todo. Tuve que cometer muchos errores para aprender que no sabía diferenciar la mierda de ganso de la tapioca. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y siete.

—No eres demasiado joven pero tampoco estás a un paso de la tumba. Podrías empezar ahora y pasar los próximos cuarenta años aprendiendo las cosas de la mar sin que llegaras nunca a saberlo todo. Ése es el único problema del aprendizaje: es humillante. Cuanto más aprendes, más consciente eres de lo poco que sabes —Treece vació el vaso y se paró para volver a llenarlo—. De cualquier modo, todo esto no es más que una forma elegante de decirte que hay que estar loco para hacer cosas con el único objeto de demostrarse que uno es capaz de hacerlas. Cuanto más aprendas, más te descubrirás haciendo cosas que nunca te creíste capaz de hacer ni en un millón de años.

Sanders movió la cabeza afirmativamente. No sabía si se había modificado la actitud de Treece hacia él o si lo que había cambiado era su interpretación de la actitud de aquél. Se sintió curiosamente privilegiado y dijo:

—Muchas gracias.

Treece pareció confundido por su agradecimiento. Chasqueó los dedos y exclamó:

—¡Las botellas! Casi me olvido. Será mejor que ponga al monstruo en marcha ahora mismo para que no tenga que pasarse la noche resoplando.

Sanders le siguió y permaneció a su lado mientras ponía en marcha el compresor y ajustaba las dos botellas.

Cuando volvieron a la cocina, Gail estaba preparándose una copa. Iba descalza y se había puesto una bata de algodón. Sanders la besó en el cuello, que olía a jabón.

—Tienes muy buen sabor —le dijo.



—Me siento muy bien pero todavía me molestan los senos nasales.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Treece.

—No es exactamente dolor de cabeza. Me duele aquí —se tocó los huesos de encima de los ojos—. Están cargados. Me duele al tocarlos.

—Han sufrido demasiado. Mañana bajará Adam y tú tendrás la oportunidad de broncearte.

Treece dio vuelta a la carne, sacó un cubo de debajo del fregadero y escogió una serie de verduras: judías, pepinos, calabaza, cebollas y tomates. Las cortó en un cuenco, agregó el aliño y lo mezcló todo con un tenedor.

La carne era de color rojo oscuro, casi púrpura y tenía un gusto fuerte.

—¿Aquí suelen colgar al aire la carne de vacuno? —preguntó Gail introduciendo un trozo de carne en el aliño de la ensalada, para suavizar el sabor.

—Lo ignoro. ¿Por qué?

—No sé... curiosidad.

—¿Te gusta?

—Es... interesante.

—No es carne de vaca.

—¿No? —preguntó, inquieta—. ¿Qué es?

—Cabra.

Treece cortó un bocado, se lo llevó a la boca y lo masticó alegremente.

—¡Ah!

A Gail se le revolvió el estómago y miró a David. Éste iba a morder un trozo pero detuvo el tenedor a pocos centímetros de la boca. Vio que ella le miraba, contuvo el aliento, introdujo el bocado en la boca y se lo tragó sin masticar.

Después de cenar, Treece puso su plato en el fregadero y dijo:

—Saldré a dar una vuelta; probablemente visitaré a Kevin. No es necesario que me esperéis levantados.

—¿Quiere que hagamos algo? —ofreció Gail.

—No. Distraeros un poco.

Treece se limpió las manos en el pantalón y cogió una botella de ron del aparador.

—Kevin bebe vino casero de palmeras. Eso pudre más las tripas que la jalea de la marina —chasqueó los dedos llamando a la perra, que estaba durmiendo debajo de la mesa—. Vamos.

La perra se esforzó en pararse, se estiró, bostezó y siguió a Treece.

Cuando se cerró el portal y se apagó el sonido de los pasos de Treece, Sanders observó:

—Ha sido muy amable.

—¿Por qué?

—Por dejarnos solos —extendió una mano a través de la mesa y cogió la de ella.

Gail no retiró la mano pero tampoco respondió a su contacto.

—Treece estuvo casado —informó.

Entonces le contó toda la historia que le había relatado Coffin.

Mientras la escuchaba, Sanders recordó su conversación con Treece y comprendió que lo que había parecido un consejo amistoso era una auténtica y sentida preocupación, que Treece había tratado de apartarlo de un camino que él mismo había seguido y que le había privado para siempre de la promesa del placer. Al darse cuenta de ello, Sanders sintió un frío temor.

—Te amo —aseguró.

Gail asintió: tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Vamos a la cama —David se levantó y dejó los platos en el fregadero.

Volvió a la mesa, la cogió de la mano y la condujo al dormitorio.

Por primera vez desde que se conocían, Gail permaneció inmóvil cuando empezó a hacerle el amor. Pocos minutos después, David dejó de intentarlo y preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Lo siento... no puedo... —se apartó de él y se volvió contra la pared.

David permaneció despierto mucho tiempo, escuchando el ronroneo del compresor. Gradualmente, el sonido de la respiración de Gail se regularizó e instantes después respiraba con el ritmo del sueño profundo.

El anhelo sexual de Sanders no era deseo en estado puro; sentía la necesidad de grabar su amor sobre ella, como alentándola. Pero ella no lo deseaba —al menos no deseaba lo que él quería darle— y súbitamente Sanders se sintió irritado contra Treece. Éste no les había contado nada de su esposa, incluso ignoraba que ellos lo sabían pero de algún modo él, su pasado y su dolor se habían interpuesto entre ellos. Sanders sabía que su irritación era irracional pero no logró controlarla.

Por último se durmió. No se despertó ante los nuevos sonidos que interrumpieron el silencio de la noche; el del motor de un automóvil de distinta cadencia que el del compresor, el sonido de los neumáticos crujiendo sobre la grava.

Por la mañana lo despertó el viento que silbaba a través de la puerta y rechinaba en las contraventanas, soplando desde el mar y aumentando su fuerza a medida que barría el acantilado.

Treece estaba sentado en la cocina, revisando papeles.

Sanders no le preguntó si había encontrado algo nuevo; ahora sabía que Treece sólo hablaría cuando tuviera algo que decir. De modo que se limitó a observar, haciendo un gesto con la mano en dirección a la ventana:

—Tenías razón.

—Sí. Está soplando bastante fuerte. Pero aquí siempre es peor que allá abajo. No lo pasaremos mal.

Sanders miró su reloj: eran las seis y media.

—¿A qué hora quieres que salgamos?

—Dentro de media hora o cuarenta minutos. Si tu chica quiere comer algo, será

mejor que la despiertes.

—De acuerdo —Sanders no logró contener su curiosidad—. ¿Alguna novedad?

—Fragmentos, detalles: nada realmente significativo. Según los diarios... ¡al leer los mitos que alimentaban esos marineros, uno creería que Fort Knox estaba a bordo de todos los buques que navegaban!

La travesía a lo largo de la costa sur fue difícil. El *Corsair* avanzó por aguas borrascosas, estremecido, dejando una estela que hacía eses; la espuma golpeaba contra la proa de babor y salpicaba las ventanillas. La perra —que había hecho un inútil intento de permanecer en la proa— estaba tendida en un rincón seco de la popa y se quejaba cada vez que su cuerpo rodaba por la cubierta.

David y Gail estaban de pie en la carlinga, apoyados contra las mamparas, al lado de Treece.

—¿Podremos bucear con este tiempo? —preguntó Sanders.

—Seguro. Tiene una velocidad de veinte nudos pero echaremos el ancla a sotavento del arrecife y caminaremos por el fondo.

—¿Y si las anclas se sueltan?

—En ese caso el Orange Grove Club pasará a ser propietario de un nuevo naufragio.

Cuando llegaron a la altura del Orange Grove Club, Treece desvió la barca en dirección a la costa. Las olas chocaban contra el arrecife y despedían penachos de espuma.

Sanders esperaba que Treece, como de costumbre, atravesara cuidadosamente los arrecifes. En vez de hacerlo así, en esta ocasión derivó mar adentro unos minutos, estudiando las corrientes y la forma de las olas. Después abrió el acelerador y enfiló hacia un punto determinado del primer arrecife.

—Sosteneos bien —indicó Treece—. Habrá movimiento.

La barca arremetió hacia la línea de rocas. Cogida por el oleaje, la popa viró a la derecha; Treece hizo girar el timón en el mismo sentido y la barca se enderezó. Moderó la marcha, disparó el motor a toda velocidad y enfiló hacia el segundo arrecife.

Después de trasponer todos los arrecifes, Sanders sintió que el sudor le cubría desde la frente hasta el cuello.

—Como en la montaña rusa —Treece sonrió pero vio una de las manos de Gail todavía aferrada a una de las agarraderas de la consola y la palmeó—. Ya ha pasado.

Gail soltó la mano y apenas sonrió:

—¡Uff!

—Tendría que habértelo advertido. Es la única forma de pasar por los arrecifes cuando el mar está así. Si se calcula bien, hay agua suficiente para pasar por encima de las rocas. Pero si intentas abrirte paso a través de ellas, las olas te incrustarán.

No tuvieron que esperar a Coffin. Cuando éste vio que la barca cruzaba los arrecifes, saltó la línea de la rompiente y comenzó a nadar.

—Lamentamos llegar tarde —se disculpó Treece mientras izaba a Coffin—. Hemos estado brincando durante un rato.

—Me imagino. ¿Anclamos a sotavento?

—Sí. ¿Tienes ganas de mojarte? La chica tiene dolor de cabeza.

—Me gustaría.

Treece enfiló la barca en dirección a los arrecifes. Coffin examinó las líneas del ancla.

—¿A babor y a estribor? —preguntó.

—Sí. Con bastante amplitud. Te avisaré con un grito.

Treece hizo avanzar la barca a través de las dos primeras líneas de arrecifes y moderó la marcha cuando se acercaron a la tercera. La embarcación se balanceó violentamente y sin ritmo pero Coffin —usando los dedos de los pies como estabilizadores y doblando y estirando las rodillas para absorber los movimientos de la barca— mantuvo su posición en la proa.

Al observar la forma en que Coffin mantenía el equilibrio, Sanders sonrió y meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? —inquirió Gail.

—Estaba recordando que la primera vez que Treece dijo que Coffin bucearía, le pregunté si era competente. Mírale. Si yo estuviera en su lugar, ya habría sido arrojado diez veces por la borda.

Gail le cogió la mano.

—¡A estribor! —gritó Treece.

Coffin arrojó un ancla al arrecife y el rollo de cuerda que había a sus pies golpeó la borda.

Treece pasó a punto muerto y dejó que la barca se deslizara hacia atrás hasta que la cuerda quedó tirante.

Coffin puso una mano sobre la cuerda y dijo:

—Muerde bien.

Treece colocó la barca en velocidad y observó la línea del ancla.

—¡A babor! —gritó.

Coffin arrojó la otra ancla.

Cuando ambas líneas estuvieron tensas, Treece hizo girar la llave y se apagó el ruido del motor, dando paso al sonido de las olas golpeando contra las rocas, el viento silbando sobre el agua y el choque del casco en la superficie.

—Necesitarás un Deseo —le dijo Treece a Coffin.

—Sí. Con esta marejada no quiero arriesgarme a llevar una botella.

Treece sujetó tres mangueras de aire al compresor, verificó el nivel del combustible y la presión del aceite y lo puso en marcha.

Mientras se vestían, Treece le dijo a Gail:

—No será necesario, pero es mejor que aprendas a usarla —cogió la escopeta de la consola, la amartilló hasta que los cinco cartuchos cayeron sobre su mano y se la

pasó a Gail—. Estará preparada para disparar. Todo lo que tienes que hacer es tirar hacia atrás del asa delantera y apretar el gatillo.

Gail sostuvo la escopeta con cautela, como si se tratara de una víbora. Inconscientemente dejó caer las comisuras de los labios y frunció el ceño. Accionó el mecanismo y apretó el gatillo. Se oyó un chasquido metálico.

—¿A dónde apunto?

—No tienes que apuntar. Tienes que apoyarlo en la cadera. Si lo apoyas en el hombro es probable que te destroces un brazo. Dispara más o menos contra lo que quieras golpear y si está lo suficientemente cerca quedará hecho trizas —Treece cogió la escopeta y volvió a colocar los cinco cartuchos en la recámara.

—No podría disparar —aseguró Gail.

—Ya veremos. Si uno de los maniáticos de Cloche se te acerca blandiendo un cuchillo de carnicero, comprobarás que eres capaz de hacer cualquier cosa —Treece comprendió que Gail estaba desazonada—. Pero ya te he dicho que no tendrás necesidad de usarla. Lo más probable es que tu mayor preocupación consista en mantener el desayuno en el estómago.

Treece bajó y volvió con seis guantes viejos desparejados y los arrojó por encima del travesaño.

—Buscad los que os sirvan —les dijo a los otros dos—. Tendremos que sujetarnos a las rocas para permanecer fijos en el lugar. Llevad bastantes pesas porque quiero que caigamos al fondo como una piedra.

Se zambulleron por un costado. Sanders empezó a ascender a la superficie para despejar su máscara pero en seguida cambió de idea: el oleaje balanceaba su cuerpo de un lado a otro y le empujaba a pocos centímetros del casco. Exhaló y cayó rápidamente al fondo. No logró pararse en la arena; la corriente era menos fuerte que en la superficie pero lo bastante violenta como para lanzarle atrás y adelante como un plantío de heno en un vendaval. Se arrodilló y se arrastró hacia el arrecife. En ese momento vio cómo descendía Treece arrastrando dos sacos de lona y el tubo elevador de aire.

En las proximidades del arrecife el oleaje era más violento: las olas más elevadas provocaban remolinos en el fondo, que empujaban a los buceadores contra las rocas. Sanders intentó detenerse antes de alcanzar el arrecife pero no lo logró. Su cadera golpeó una roca y se tambaleó hacia unos agudos salientes de coral. Estiró un brazo a ciegas, tocó algo y se aferró. Era un reborde de coral. De no haber sido por el guante de goma se habría desgarrado la mano. Su cuerpo colgaba horizontalmente en medio de la corriente; desde allí pudo distinguir a Treece y a Coffin tendidos boca abajo en la arena, aparentemente libres de la marejada, trabajando con el elevador de aire.

Sanders se impulsó hacia delante, apoyando una mano sobre la otra hasta que llegó al fondo del arrecife. Se echó junto a Coffin. Aunque las piernas persistían en su tendencia de balancearse hacia el arrecife, descubrió que hundiendo, las rodillas en la arena lograba mantenerse firme. Coffin le pasó un saco y después el primer puñado

de ampollas.

En una hora llenaron seis veces los tres sacos.

Sanders hizo seis viajes a la superficie, donde se esforzaba por mantenerse sujeto a la plataforma y no ser arrastrado bajo la barca mientras Gail vaciaba los sacos. Tenía frío y cansancio y le dolían las fosas nasales. Cada descenso le resultaba más difícil y prolongado, ya que tenía los oídos tapados y las fosas nasales le dolían tremendamente.

Haciéndole señas con las manos, Sanders le pidió a Coffin que le sustituyera e hiciera él los próximos viajes. Coffin se mostró de acuerdo. Sanders permaneció tendido boca abajo en el borde del hoyo que estaba cavando Treece y cuando aparecieron las ampollas las retiró rápidamente para que la corriente no las arrastrara.

Transcurrió otra hora —esta vez siete viajes— y Coffin y Sanders volvieron a cambiar de lugar. Cuando subía con los sacos, Sanders miró el reloj: eran casi las once.

Se agarró a la plataforma y esperó los sacos vacíos. Cuando Gail se los entregó, se levantó la máscara y preguntó:

—¿Cuántas hay?

—No puedo contarlas todas. Seis, ocho, quizás diez mil. Interrumpí la cuenta en cinco mil. Las estáis subiendo demasiado deprisa.

Sanders hizo cinco viajes más con los sacos y comenzó a sentir el sufrimiento físico más profundo que había experimentado en su vida. Ninguno de los dolores o incomodidades que sentía era peor que los demás: todo le dolía terriblemente, incluso los dedos de los pies, que se veían atacados por calambres periódicos que le obligaban a patear de una manera extraña y poco eficiente. Mientras estaba colgado de la plataforma en la superficie, miró hacia abajo y se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar al fondo esta vez. Su último descenso le había costado tanto tiempo que cuando llegó al arrecife habían recogido ampollas suficientes para llenar los sacos instantáneamente.

Se obligó a bajar en medio del sufrimiento y a reptar por el arrecife. Estaba situándose junto a la pila de ampollas cuando una ola le golpeó. Movié las piernas para llegar al fondo, pero no le obedecieron y se sintió arrojado contra la pared de coral. En los momentos anteriores al choque con el arrecife, estiró las manos enguantadas frente a la cara y levantó las piernas con la esperanza de recibir el impacto en las aletas o en los brazos.

Primero golpeó la rodilla derecha y el fragmento contra el que chocó se soltó y se rompió. Después su cuerpo giró y las nalgas golpearon contra las rocas, haciendo que su cabeza cayera hacia atrás. Los músculos del cuello presentaron resistencia pero se golpeó la cabeza, aunque no con dureza porque algo amortiguó el golpe: una gorgonia. Tanteó buscando un sitio donde agarrarse y encontró una piedra que también se desprendió y cayó dando tumbos por la superficie del arrecife, aflojando otras al caer.

Cesó la fuerza del oleaje y Sanders permaneció tendido contra el arrecife, respirando profundamente, comprobando el daño que había sufrido su dolorido cuerpo. Ahora sentía nuevos dolores aunque ninguno peor de los que había padecido antes.

Bajó centímetro a centímetro por la superficie del arrecife, aferrándose con firmeza en cada uno de los puntos de apoyo antes de trasladarse al siguiente. Miró entonces a la izquierda y vio algo brillante en las entrañas del arrecife, una especie de resplandor que se apagaba en cuanto desaparecía el rayo de sol. Él objeto estaba en un agujero, por lo menos a sesenta centímetros de profundidad. Otro rayo solar chocó contra el agujero y hubo un nuevo resplandor.

Sanders se apoyó de espaldas contra el arrecife, rodeando el canto rodado con una pierna y sujetándose a un trozo de coral con una mano. Movi6 la otra mano para atraer la atención de Treece, pero éste estaba concentrado en la extracción de las ampollas. Esperó, sabiendo que Coffin levantaría la vista cuando advirtiera que no recogía las ampollas que le pasaba. Al cabo de un instante, Coffin levantó la vista. Sanders señaló a Treece y al agujero del arrecife.

Coffin le golpeó el hombro a Treece; éste levantó la vista, apoyó el elevador de aire contra el arrecife y nadó en dirección a Sanders.

Una nube cubrió el sol en ese momento y su sombra se extendió en el fondo del mar, oscureciendo las aguas y volviendo grisácea la arena. Treece miró a Sanders, enarcó las cejas y su boca dibujó la palabra «qué».

Sanders le mostró la palma a Treece y señaló hacia la superficie, diciendo: espere a que reaparezca el sol. La sombra abandonó el arrecife y un haz de luces penetró en el agujero.

Treece miró, esperó y volvió a mirar. Movi6 la cabeza afirmativamente, dibujó para Sanders la señal de conformidad y metió el brazo en el agujero.

Sanders observó la expresión de Treece mientras sus dedos tanteaban el fondo del agujero: entrecerró los ojos en actitud concentrada y arrugó la frente.

De pronto, los ojos de Treece se abrieron desorbitadamente y gritó por efecto del dolor y la impresión. Intentó retirar el brazo del agujero pero algo lo retenía. Su hombro golpeó contra el coral y Sanders vio que se retorció. Después apretó los dientes, apoyó el otro brazo contra una roca y tiró: el brazo salió esta vez, arrastrando consigo el cuerpo enrollado de una anguila morena cuyas fauces se cerraron sobre la suave y carnosa coyuntura del pulgar y el índice derechos de Treece.

Treece volvió a gritar incoherentemente y extendió la mano izquierda para coger la anguila por detrás de la cabeza. Pero el cuerpo del animal, que ya no estaba sujeto en el arrecife, se agitó en frenéticos espasmos y quedó fuera del alcance de la mano de Treece. La anguila morena tembló y convirtió su cuerpo en una forma enrollada, utilizó el cuerpo como ancla, y su cabeza comenzó a tirar de la mano de Treece.

Treece no podía llegar a la cabeza del animal, de modo que intentó golpear el cuerpo con la mano izquierda. Pero la anguila no se inmutó ante los golpes: milímetro

a milímetro, sus dientes inclinados hacia atrás acercaban la mano al interior de la boca. Mientras retrocedía con la espalda apoyada en el arrecife, Sanders recordó el tamaño de la anguila morena que había visto la noche anterior. La cabeza de aquella superaba en dos o tres veces el tamaño de la que ahora luchaba con Treece. Después Sanders vio cómo se desgarraba la carne: una tira en forma de media luna en el guante de goma, la piel con reflejos verdosos que caía en jirones y el chorro de sangre.

La anguila se desenredó, engulló su presa y apuntó entonces al vientre de Treece. Éste la esquivó y volvió a golpearla con la mano izquierda diez o quince centímetros detrás de la cabeza. La cabeza giró y sus fauces rechinaron contra el agua, al morder. Treece puso la mano herida encima de la otra y apretó, provocando un flujo mayor de sangre de la herida. Ignorando los movimientos del cuerpo, hizo chocar la cabeza de la anguila contra una roca y la aplastó. El cuerpo se sacudió dos veces y quedó inmóvil. Treece soltó la cabeza y la anguila cayó lentamente a la arena.

Treece señaló a Sanders y después al agujero del arrecife, indicándole que metiera la mano y retirara el objeto brillante. Sin pensarlo, aterrorizado, Sanders movió la cabeza de un lado a otro: no. Treece hundió el índice de la mano izquierda en el pecho de Sanders y volvió a señalar el agujero: ¡Hazlo!

Sanders metió el brazo en el agujero. Cerró los ojos y prestó atención al rápido ritmo de su pulso, a su laboriosa respiración, anticipando, imaginando, una repentina punzada de dolor. Sus dedos recorrieron el coral y sintieron la suavidad de la arena. Allí no había nada. Al agitarse, la anguila podía haber arrojado más lejos el objeto o haberlo hundido en la arena. Su hombro chocó contra el coral: no podía llegar más lejos. Movié los dedos a izquierda y derecha rascando el fondo, apartando guijarros y fragmentos de coral y tocó un objeto duro. Apoyó el hombro con más fuerza contra el coral, tratando de avanzar por lo menos un centímetro y logró coger el objeto entre las puntas de los dedos. Lo acercó, lo dejó caer y lo recuperó apretándolo con fuerza.

Retiró el brazo y abrió los ojos. Estaba solo. El elevador de aire se movía contra el arrecife, burbujeando; la pila de ampollas seguía intacta en la arena. Levantó la vista y vio a Treece y a Coffin en la superficie. Treece pataleó y desapareció en el interior de la barca.

Sanders abrió el puño y observó el objeto que descansaba en la palma de su mano. Era un crucifijo de oro de quince centímetros de altura. Las uñas de las manos y de los pies del Cristo estaban formadas por gemas rojas y los ojos eran azules. Sanders dio vuelta a la figura y en la base de la cruz encontró dos letras grabadas: E. F.

Treece se inclinó contra la regala mientras Coffin le vendaba la mano herida.

Sanders se quedó en la plataforma y se quitó la máscara.

—¿Es grave?

—No. Demos gracias a Dios por ese guante. El peor problema con estas bestias es la infección.



—¿Te has puesto algo en la herida?

—Sí. Sulfamida. No te preocupes. ¿Qué has encontrado?

Sanders pasó por encima del travesaño y le entregó el crucifijo a Treece.

Treece lo examinó, miró las iniciales y después lo sostuvo a pocos centímetros de su rostro.

—¡Dios! ¡Es una verdadera obra de arte!

Gail se acercó, teniendo cuidado de no obstaculizar los movimientos de Coffin y contempló la imagen:

—¡Es hermoso!

—Es más que hermoso. ¿Ves los rubíes en las manos y en los pies? Los españoles casi nunca usaban rubíes. Les gustaban las esmeraldas: el verde era el color representativo de la Inquisición. Discutieron sobre el uso de los rubíes durante más de cien años. Comenzaron a usarlos tarde, a principios, del siglo XVIII, y entonces el único que los llevaba era el rey. Éste tiene otra característica especial: no hay engarces.

—¿Engarces?

—No se sostienen en nada. Esto no fue fundido en una sola pieza ya que entonces no contaban con el equipo necesario. Tampoco hay pernos, clavos ni ganchos. Es igual que un rompecabezas chino: una serie de piezas que sólo encajan si se las une en el orden correcto. Obsérvalo de cerca y verás unas delgadísimas estrías donde se unen las piezas. Nuestro amigo E. F. era muy rico o muy querido por alguien muy rico.

Coffin dividió el extremo de la venda e hizo un nudo. Treece flexionó la mano y no pudo evitar una mueca.

—¿No tendría que verle un médico? —preguntó Gail.

—Sólo en el caso de que se produzca una infección —Treece se puso de pie; levantó la mano vendada y le dijo a Sanders—: Me parece que tú no eres el único imbécil en esta barca. Si hubiera sido *Percy*, en este momento me estaría masticando el cogote.

—Ya lo pensé —respondió Sanders.

—Adam —dijo Treece—, vete con David a buscar las últimas ampollas y el fusil. Descansaremos hasta la noche.

—¿Piensas volver a bucear? —preguntó Coffin—. ¿Con esa mano?

Treece asintió:

—Iré a casa y la cubriré de manera que no se moje. Servirá para sostener el fusil, que es para lo único que ha servido hasta ahora.

Subieron tres sacos más llenos de ampollas, levaron el ancla y cruzaron los arrecifes para dejar a Coffin en la playa.

—Si quieres me quedo —le dijo Coffin a Treece—. Vosotros no podréis guardar las ampollas en la caverna porque ella tiene problemas con su cabeza y tú con la mano.

—No. Descansa. Llamaré a Kevin y le pediré que me ayude.

—¡Kevin! ¿Vas a confiar en él?

—Sí. Es capaz de quitarte un penique a un muerto pero conmigo es leal.

—¿Sí?

—No empieces tú, ahora. Ya tengo bastante con David, que me desafía cada vez que respiro —Treece se dio cuenta de que Sanders le había oído y sonrió—. Disculpa, pero te gusta mucho discutir. Aunque debo reconocer que mejoras día a día.

Treece detuvo la barca a unos cincuenta metros de la orilla.

—Hasta aquí llegamos, Adam. No quiero meterla en la rompiente.

—Está bien —Coffin miró las olas—. Todavía sopla el viento.

—Sí, pero está virando hacia el oeste. Creo que esta noche será muy buena para bucear.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las siete. Esta vez seremos puntuales.

—Muy bien. Hasta luego.

Coffin se quitó el traje de buceo y se zambulló.

Mientras volvían a St. David, Sanders y Gail contaron las ampollas. Ella ya había llenado cien bolsas de cincuenta, pero un número doble o triple seguían apoyadas en las literas, envueltas en toallas y en el oxidado fregadero. Para evitar que las ampollas se golpearan entre sí, Treece conducía lentamente, dejando que la barca se meciera en las aguas ondulantes.

Una hora y media más tarde, cuando Treece asomó la punta del *Corsair* en el amarradero, seguían contando y embolsando ampollas.

Cuando cerraron la última bolsa, Sanders dijo:

—Ya está: 23.270.

—De modo que ya tenemos cerca de 28.000 en total —Treece miró las bolsas de plástico que se apilaban sobre la cubierta—. Enriqueceremos a los fabricantes de bolsitas.

Gail hizo cálculos mentalmente.

—A este ritmo, aunque recogiéramos 50.000 diarias, necesitaríamos nueve o diez días más.

—Sí, pero no contamos con tanto tiempo.

Después de la comida Treece salió de la casa y comenzó a bajar por el sendero. Gail se situó frente al fregadero para lavar los platos. Sanders se acercó, la abrazó por la cintura y le besó el cuello.

—Ir y volver le llevará por lo menos veinte minutos —dijo—. Podemos hacer muchas cosas en veinte minutos.

Gail reclinó la espalda contra el cuerpo de David.

—¿Tú crees?

—Vamos —la tomó de un brazo y la llevó al dormitorio.

Hicieron el amor con pasión tierna y serena. Cuando acabaron, Gail vio que David tenía los ojos húmedos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada.

—¿Entonces por qué lloras?

—No estoy llorando.

—De acuerdo, no estás llorando. ¿Por qué tienes los ojos húmedos?

Sanders pensó en negarlo pero en lugar de hacerlo rodó hasta quedar tendido de espaldas y dijo:

—Estaba pensando en lo dichoso que soy, en cómo me sentiría si murieras y supiera que jamás podría volver a abrazarte. Me pregunto cómo Treece puede vivir así.

Gail le tocó los labios:

—Supongo que es posible vivir de recuerdos.

Oyeron que se abría la puerta de la cocina. Sanders saltó de la cama y se puso el traje de baño.

Kevin estaba en la cocina, con Treece. Su enorme vientre desbordaba el bañador que resultaba prácticamente invisible. Su única vestimenta —además del bañador— era un par de polvorientos zapatos marrones en punta, sin cordones. Su expresión reflejaba un intenso disgusto por todo.

Treece palmeó el hombro carnoso de Kevin y le dijo a Sanders:

—Está ansioso por sumergir toda esta grasa en el mar. Es un verdadero hipocampo. ¿Cuándo te mojaste por última vez, Kevin? ¿En el cincuenta y cinco?

Kevin gruñó, malhumorado.

Bajaron por el sendero hasta el muelle. Cuando Kevin vio las ampollas en la barca, los ojos se le saltaron de las órbitas.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Ésa es toda la partida?

—No. Eso es lo que hemos sacado hasta ahora. Queda mucho más.

—¿Cuántas?

—¿Quién puede saberlo? —respondió Treece, sonriente—. Eso es todo lo que te interesa por ahora —puso en marcha el compresor.

Sanders se puso su traje de buceo, que estaba húmedo y frío.

—¿Qué hacemos con tu amiga *Percy*?

—Probablemente estará en su agujero, profundamente dormida. Pero puedes llevarle un pescado.

Sanders miró la mano vendada de Treece:

—No tengo que dárselo en la boca, ¿no?

—No, déjalo en su escondrijo o en los alrededores. Lo olerá.

Sanders y Kevin tardaron dos horas en enterrar las ampollas en la gruta. Sanders tenía frío y estaba cansado pero Kevin, que no llevaba más que el bañador y el

cinturón de pesas —ni traje de buceo ni aletas— no parecía afectado por el agua ni por el trabajo.

Cuando se aferró a la plataforma para descansar un rato en la superficie antes de subir a bordo, Sanders vio que Kevin cogía el último saco lleno de ampollas que le tendía Treece y, sin decir una palabra, volvía a sumergirse.

—Creí que no le gustaba el agua. Es como una máquina.

—La detesta pero puedes estar seguro de que si le encomiendas una tarea la cumplirá precisamente como una máquina. Cuando trabajo en un salvamento siempre le llevo a él; tiene diez caballos de fuerza en su interior y tanta grasa que nunca siente frío. Es una especie de paradoja: codicioso pero con tan mal carácter que no puede trabajar con la gente que tiene dinero para pagarle.

—¿Tú le pagarás por esto?

—Sí. Él me pedirá cien dólares, yo le ofreceré veinte y lo dejaremos en cincuenta.

—No está nada mal.

—No, pero él es un buen trabajador. Podría conseguir multitud de idiotas por cinco dólares a la hora pero para hacer esto estarían todo el día, después se emborracharían con la paga y divulgarían por toda la isla la clase de tarea que habían estado haciendo. Además, a Kevin no le sobra el trabajo. Me gusta ayudarle cuando puedo.

Sanders subió a la barca y bajó la cremallera de la chaqueta de buceo. Tenía la piel de gallina en el pecho y en los brazos.

—¿Por qué no vas a ducharte? —aconsejó Treece—. Kevin y yo terminaremos.

Sanders se estremeció:

—Muy bien.

Treece cogió la chaqueta de Sanders y la colgó en uno de los bordes del techo de la camareta alta.

—El sol la calentará.

La caminata colina arriba proporcionó algo de calor a Sanders, pero, no obstante, aún seguía temblando cuando llegó a la casa. Se sirvió un *whisky* y se lo llevó consigo a la ducha.

Cuando terminó de bañarse entró al dormitorio. Al pasar vio que Treece estaba en la cocina. Abrió la puerta del dormitorio sin hacer ruido —Gail estaba dormida—, se puso un par de pantalones y guardó la billetera en un bolsillo.

Treece estaba sentado ante la mesa de la cocina, con un vaso de ron a la derecha, un montón de papeles a la izquierda y el crucifijo de oro enfrente.

—¿Ocurrió como pensabas? ¿Cincuenta?

—Sí.

Sanders sacó dos billetes de diez y uno de cinco de la billetera y los dejó sobre la mesa.

—Nuestra parte.

Treece observó los billetes, lo pensó bien y respondió:

—De acuerdo —golpeteó el crucifijo con un dedo—. Tienes eso y muchísimo más de la parte que os corresponde de esto.

—¿Cuál es su valor?

Sanders no tenía la menor idea del valor del oro español pero calculó que el metal sólo —probablemente habría siete u ocho onzas de oro— valdría alrededor de mil doscientos dólares. Las piedras eran diminutas.

—¿Aproximadamente? Si quisiéramos venderlo, si *pudiéramos* venderlo, si hubiera un mercado libre para hacerlo, aproximadamente cien mil dólares.

—¡Santo Dios! —la mano de Sanders realizó un movimiento imprevisto y volcó el *whisky* sobre la mesa.

—No empieces a gastarlos porque lo más probable es que nunca llegues a verlos. Antes de ver un solo céntimo tendremos que reunir todo el lote, hasta tasar, informar al maldito Gobierno, decidir si queremos vender algo o toda la partida, lo que puede llevar meses y después, quizás...

—¡Pero cien mil dólares! ¿Cómo se explica semejante cantidad?

—Principalmente por la prima y ése es otro problema. Resulta difícil fijar la prima porque es algo subjetivo. ¿Cuánto vale el arte del hombre? —Treece tomó el crucifijo con la mano—. ¡Estos judíos holandeses sí que eran buenos artífices!

—¿Judíos holandeses? Pensaba que esto procedía de Sudamérica.

—Y así es. Pero la mayor parte de la orfebrería artística, los objetos que iban a parar a manos de la realeza, la realizaban judíos holandeses contratados por los españoles y embarcados al Nuevo Mundo. Los españoles y los indios no sabían hacer este tipo de trabajo. También se paga el origen. Esto es lo que todavía tengo que seguir investigando, el origen.

—¿Por qué?

—Como ya te expliqué, hay desaprensivos que se dedican a fabricar objetos que hacen pasar por españoles. Es necesario demostrar, realmente demostrar de dónde proviene —Treece golpeó el montón de papeles—. Y eso nos lleva de nuevo a los malditos documentos.

—E. F. es un nombre, ¿no es cierto? Tiene que serlo.

Treece miró a Sanders como si éste hubiese hecho una observación totalmente estúpida. David se ruborizó:

—Quiero decir... no es como las iniciales D. G. que había en la moneda ni otro tipo de inscripción como «Rey de España y de las Indias». E. F. es una persona.

—Sí, son las iniciales de un individuo. Y aquí tengo los nombres de toda la nobleza española de fines del siglo XVII y principios del XVIII. No sirve de mucho pero es un punto de partida.

—¿Puedo ayudarte?

—No. Hace falta una mirada experimentada para saber lo que se busca —le extendió el crucifijo—. Aquí tienes otra tarea: descubre cómo se puede separar al señor Jesús.

Sanders acercó el crucifijo a los ojos. Entre el cuello y los hombros de Cristo había una grieta casi imperceptible. Sanders intentó dar vuelta a la cabeza, pero no se movió.

—No sé por dónde empezar —bebió un trago de *whisky* y no pudo evitar un bostezo.

—Lo mejor que puedes hacer es dormir un par de horas. Son las tres y media. Debemos salir del embarcadero a las seis. Más temprano si no amaina el viento.

—De acuerdo —Sanders terminó la bebida y entró en el dormitorio.

Gail estaba acurrucada como un bebé en un costado de la cama, roncando porque tenía tapadas las fosas nasales.

Sanders se quitó los pantalones y se metió en la cama. Pensó en tocar la nariz de Gail para que ésta variara su posición y dejara de roncar el tiempo suficiente como para permitirle dormirse. Pero si la despertaba...

No supo nada más hasta que Treece le tocó el hombro y le dijo:

—Ya es hora.

El viento había virado en dirección Oeste y había disminuido hasta convertirse en una brisa agradable. Cuando avanzaban por la costa sur bajo el sol poniente, divisaron las líneas del arrecife con toda nitidez.

Treece le pasó el timón a Sanders:

—Dirígete todo recto.

Bajó, revisó unas cuantas cajas y reapareció con un guante de cocina de goma delgada y algunas bandas elásticas.

—No puedes meter el puño en ese guante —observó Sanders.

—No.

Treece apoyó el guante en la regala, cogió un cuchillo de una funda que colgaba de la mampara y le cortó los dedos. Le extendió el guante a Gail, quien lo sostuvo mientras él introducía la mano en el interior. Treece se colocó una banda elástica en la muñeca, cerrando así el extremo del guante. Después se puso la chaqueta de buceo y el guante correspondiente de goma gruesa.

—¿Piensa bucear? —preguntó Gail.

—¿Cómo sientes la cabeza?

—De mal en peor.

—Bucearé. No creo que pudiera soportar estar aquí arriba mientras todos vosotros estabais en el fondo. Mi imaginación me volvería loco —Treece flexionó los dedos pero no pudo cerrar el puño—. Un poco de agua no le hará mal.

La iluminación del Orange Grove Club se destacaba contra la luz crepuscular. El sol poniente otorgaba un resplandor rosado a la rompiente pero la playa estaba en penumbras debido a la sombra que proyectaban los acantilados. La serenidad del mar permitió a Treece acercar el bote a veinte metros de la orilla. La playa estaba desierta.

—¿Dónde está? —preguntó Sanders.

—Ya vendrá —Treece miró el reloj—. Hemos llegado con cinco minutos de anticipación.

Esperaron en la barca que se mecía suavemente. Cada dos minutos Treece aceleraba el motor para evitar que la barca fuese arrastrada a la playa. El cielo azul se oscurecía rápidamente.

A las siete y cuatro Treece dijo:

—No suele ser impuntual.

—¿Quieres que vaya a ver? —preguntó Sanders.

—¿A ver qué? Si llega tarde, llega tarde.

—Quizás en el hotel le estén planteando problemas... por el uso del ascensor o algo semejante.

—Bueno.

Sanders se quitó la chaqueta de buceo y se puso las aletas. Gail dijo:

—Ten cuidado.

—¿Cuidado de qué? En esa playa lo único que hay son cangrejos.

—Por favor...

—Me cuidaré —Sanders se puso la máscara y se lanzó al agua.

Cinco metros antes de llegar a la orilla, Sanders descubrió que hacía pie. Se quitó las aletas y la máscara y avanzó caminando; Se detuvo en la orilla y miró a ambos lados; su campo de visión alcanzaba un mínimo de un kilómetro y medio en ambas direcciones y aunque la luz era tenue comprobó que la playa estaba vacía. Dejó caer las aletas y la máscara y corrió en dirección a los acantilados, oscuras cortinas de roca que se interponían entre él y el cielo de color añil. Detrás de David y un poco a la derecha, surgía una raja amarilla sobre el horizonte: luna nueva. Oyó los golpes apagados y el silbido de las olas sobre la arena, y el susurro del viento al penetrar entre el follaje que cubría la cima de los acantilados.

Cuando entró en la zona de sombras levantó la vista y distinguió la caja rectangular del ascensor dibujada contra el cielo. Empezó a caminar hacia la base del mástil del ascensor con la intención de hacerlo bajar al pie del acantilado. Como no podía ver el mástil utilizó la jaula como guía. Al dar una zancada tropezó con algo y cayó de rodillas.

No veía nada. Todavía de rodillas, se volvió y tanteó el suelo con la mano. Al aspirar, un olor a excrementos le azotó el olfato; por un instante pensó que se había caído sobre un animal que estaba defecando. Después sus dedos tocaron carne apenas tibia: un brazo. Se sobresaltó, contuvo el aliento, y aunque se sintió presa del pánico siguió tanteando con los dedos.

Se inclinó y encontró los ojos sin vida de Coffin fijos en el cielo. Bajo sus labios había un hilillo de sangre secándose.

Sanders llevó los dedos a la nuca de Coffin para tomarle el pulso: nada. Se levantó y comenzó a correr.

Se detuvo en el borde del agua sólo el tiempo suficiente para ponerse las aletas. Se zambulló en una ola pequeña y nadó frenéticamente en dirección a la barca.

—¡Está muerto! —jadeó Sanders mientras Treece le ayudaba a subir—. Deben haberlo arrojado por el acantilado.

—Treece le apretó la muñeca:

—¿Estás seguro?

—¡Absolutamente! No respira, ni tiene pulso, nada.

—¡Mierda!

Treece soltó la mano de Sanders con un gesto brusco.

Sanders pensó que la de Treece era una extraña elegía: mierda. ¿Pero qué otra cosa podía decir? La palabrota era elocuente: comunicaba ira y consternación.

David miró a Gail: todo su cuerpo temblaba y respiraba con bocanadas breves que eran casi sollozos. Tenía la mirada clavada en el agua. David se acercó y la abrazó. Gail no reaccionó ante su contacto, ni retrocedió a pesar de la frialdad de su carne mojada. David respiró entre sus cabellos y murmuró:

—Vamos... vamos...

Gail le miró y dijo con tono monocorde:

—Quiero que nos volvamos.

—Ya lo sé —dijo David.

—Quiero que nos volvamos ahora mismo. No puede haber nada peor que esto.

Sanders no llegó a responder porque Treece habló primero, con la vista fija en los acantilados.

—Ahora no podéis hacerlo. Él ya está preparado para hacer su jugada.

—¿Qué jugada? —preguntó Sanders.

—Supongo que considera que sus buceadores están preparados: ya no nos necesita. Pensé que tendríamos un poco más de tiempo pero no es así.

Treece golpeó la palanca de cambio hacia delante. El motor rugió, la hélice vaciló, en seguida rompió las aguas y la barca salió disparada en dirección a los arrecifes.

Llegaron al arrecife y echaron el ancla. Treece le preguntó a Sanders:

—¿Ella puede bajar?

—No estoy seguro. Le...

—Puedo hacerlo —intervino Gail—. No podría quedarme sola aquí arriba. Si no pierdo la calma bajaré perfectamente.

—No me gusta nada dejar la barca sola —dijo Treece—. Charlotte no es muy diestra con la escopeta. Pero no tenemos otra opción. Quizá no intente nada más esta noche, teniendo en cuenta que por hoy ya ha hecho bastante.

Se vistieron y Gail montó su regulador en una botella de aire.

—Vosotros dos llevaréis las luces y las mantendréis enfocadas en la boquilla del fusil. Emplead la mano libre para recoger ampollas. Trataré de no ir demasiado de prisa —Treece puso en marcha el compresor y echó la manguera del elevador de aire



por la borda—. ¡Ese monstruo taladra los oídos! Si no fuese por el maldito fusil podríamos apagarlo y usar botellas.

Se lanzaron al agua y encendieron las linternas.

Treece miró a David y a Gail, movió la cabeza y se sumergió.

La perra permaneció en la proa observando cómo las luces se perdían en la oscuridad y olfateando el cálido aire nocturno.

Sanders y Treece fueron los primeros en llegar al fondo. Gail bajaba detrás, descendiendo lo más rápidamente que le permitían sus oídos y sus senos nasales. Había algo distinto en el aire que respiraba, un sabor levemente dulce que no le hacía daño, de modo que continuó el descenso.

Los hombres ya estaban trabajando apartados del arrecife, aproximadamente a diez metros de la pequeña cueva, en una nueva zona llena de ampollas. La luz de la linterna de Sanders no se movía de la boca del elevador de aire. Con la otra mano sacaba ampollas del hoyo, una por una.

Gail se instaló cerca de Treece y se tendió boca abajo, con un saco de lona a un costado. No sentía ninguna tensión ni preocupación; en realidad, se sorprendió incluso por lo relajada que se sentía. Cuando el elevador de aire dejó al descubierto una bomba, su mente la registró como un simple objeto, no como un motivo de inquietud.

Treece no se molestó en extraer la bomba. Cavó a su alrededor y cuando el elevador dejó al descubierto otro pertrecho de guerra —un bote de bronce más grueso—, también lo evitó. No obstante, en breve le resultó imposible seguir evitando las bombas: aparecían por todas partes, mezcladas con miles de ampollas. Treece les indicó que se desplazaran hacia la derecha. Golpeó el fondo con la mano izquierda y flotó hasta quedar a unos dos metros de distancia. Sanders le siguió inmediatamente detrás.

Gail tardó varios segundos en darse cuenta de que se habían ido. Estaba contemplando el hoyo, soñando despierta, gozando del movimiento de la manguera amarilla que serpenteaba entre las aguas detrás de David. Sus ojos siguieron la manguera y cuando vio a los dos hombres empezó a moverse desganadamente por la arena, mientras contemplaba cómo la luz de su linterna jugueteaba con los colores del arrecife.

No tuvo ganas de iluminar la nueva zanja que Treece estaba cavando; prefirió contemplar los dos peces amarillos que avanzaban alrededor del arrecife y brillaban cuando la luz caía sobre ellos. Pero vio que Sanders la miraba y señalaba insistentemente el elevador de aire, de modo que balanceó el cuerpo y empezó a derivar hacia el fondo. Bostezó y pensó que se sentía maravillosamente bien y cómoda en las negras aguas.

Sanders trabajaba dentro del campo de su haz de luz, preocupado por reunir las ampollas a la mayor velocidad posible, con el rostro apretado contra la arena.

Treece fue el primero en notar que la luz era demasiado débil. Levantó la cabeza

y comprobó que la luz de la linterna de Gail se balanceaba sin propósito fijo en el agua, de la superficie al fondo, de lado a lado.

Antes de que Sanders levantara la vista, Treece ya había saltado. Pataleó violentamente en dirección a la luz de Gail, al tiempo que se quitaba la máscara Deseo. Arrancó la linterna de la mano de Gail y le iluminó la cara: tenía los ojos cerrados y la cabeza le colgaba fláccidamente. Treece dejó caer la linterna, le tomó la cabeza, le sacó el regulador de la boca y le quitó la máscara. Después le puso una mano en la nuca y empujó su cara dentro de la máscara Deseo. Levantó una rodilla y la apoyó delicadamente sobre el vientre de Gail.

Sanders no sabía qué ocurría; todo lo que vio fue la otra linterna caída en la arena. Elevó el haz de luz de la suya y vio que algo se estaba moviendo. Las manos de Treece rodeaban la cabeza de Gail. Una débil serie de burbujas —de la máscara, del regulador de Gail y de la boca de Treece— les condujo a la superficie.

Treece alcanzó la plataforma, exhaló la última bocanada que le quedaba y apartó su máscara de la cara de Gail. La empujó sobre la plataforma tendiéndola boca abajo y, mientras subía detrás de ella, comenzó a presionarle rítmicamente la espalda.

La cabeza de Sanders asomó por la superficie. Vio a Treece de rodillas y le oyó decir:

—Vamos... sé buena... vamos... ahora... ahora... —se oyó un sonido apagado, la salpicadura de un vómito de agua y otra vez la voz de Treece—. Vamos... otra vez... vamos... muy bien... vamos, muchachita... otra vez... muy bien —Treece se sentó sobre los tobillos—. Han estado a punto de conseguirlo.

En medio de una bruma de semiinconsciencia, Gail sintió que la garganta le raspaba y notó un sabor a vómito ácido y acuoso. Tenía náuseas y un dolor pesado y penetrante le atravesaba el cráneo. Gimió débilmente y oyó que Sanders preguntaba:

—¿Qué ocurrió?

Después Gail sintió que la levantaban y oyó la voz de Treece que decía:

—Lo sabremos en seguida.

Treece la tendió en cubierta, de costado. Se agachó y le abrió un ojo con el pulgar.

—¿Estás bien?

Gail sintió los párpados pesados pero se obligó a abrir el otro ojo y susurró:

—Sí.

Treece levantó la manguera del regulador de Gail y se acercó la boquilla a la nariz. Apretó la válvula depuradora y el aire del tanque le dio de lleno en la nariz.

—¡Dios! —sonrió—. En realidad, en este momento tendrías que estar tomando el té con el Arcángel Gabriel.

—¿Qué es?

—Monóxido de carbono.

—¿Vapores? —preguntó Sanders—. ¿Del compresor?

—No. Ya te dije que el compresor tiene muy buena salida.

—¿De dónde entonces?

—Alguien que sabía lo que estaba haciendo arrimó un coche en marcha a la toma de aire.

—¿Han intentado matarla?

—A ella, a ti o a mi. No creo que les importara quién.

Sanders miró a Gail, que se había apoyado en un codo y tenía la cabeza colgando, como si tuviera ganas de vomitar. Luego miró a Treece y rugió:

—¡Ahora sí!

—¿Ahora sí qué?

—¡Es el fin! ¡Se acabó! ¡Hemos perdido y se acabó! ¡Haz girar esta porquería y sácanos de aquí!

—No podemos —murmuró Gail débilmente—. No hay...

—¡Sí que podemos! ¡Que se quede con todo! ¡También con el oro! ¿A quién le importa? Mejor es...

—Serénate —le interrumpió Treece.

—¡No pienso serenarme! Supón que la hubieran matado. ¿Entonces qué? ¿Serenarme? —Sanders se dio cuenta de que le temblaban las manos y cerró los puños—. No, muchas gracias. Una vez más, no. No le vamos a dar otra oportunidad de matarla. ¡Nos vamos de aquí!

Sanders se dirigió al timón y buscó el botón de arranque en el tablero de instrumentos. Había visto a Treece poner en marcha la barca montones de veces pero nunca había prestado atención a los mecanismos. Apretó uno por uno todos los botones pero no ocurrió nada.

—Tienes que dar la vuelta a la llave —dijo Treece con voz monocorde.

Sanders encontró la llave pero no la tocó. Miró a Treece que estaba de pie plácidamente en la popa:

—No hay salida, ¿verdad?

—No.

Los dos hombres se miraron a los ojos unos segundos. Después Treece se agachó, tocó a Gail en el hombro y le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—Quédate arriba y respira hondo. La escopeta está junto al timón. Te mostraré algo —la ayudó a ponerse de pie, la llevó hasta el compresor y señaló una tuerca mariposa que había a un costado de la máquina—. ¿Ves eso? Si se acerca una embarcación, si oyes algo, si ocurre cualquier cosa que no te guste... da media vuelta a esa tuerca, a la derecha. Así se cierra el compresor. Te prometo que subiremos a la superficie instantáneamente.

—De acuerdo —Gail vaciló—. Quería preguntarle...

—¿Qué?

—¿Qué piensa hacer con Adam?

—Dejarlo donde está. No podemos hacer nada por él. Ya se ha ido.

—¿Si avisamos a la policía?

—Oye, muchacha... —la voz de Treece demostraba cierta irritación—. Olvídate de todas las tonterías legales. Nadie va a ayudarnos. Si sobrevivimos, será gracias a nosotros; de lo contrario también habrá sido cosa nuestra. Mañana por la mañana alguien encontrará a Adam y llamará a la policía. Ésta acudirá al lugar, lo retirará con toda eficiencia y harán un informe en el que constará que Adam salió a vagabundear por los acantilados durante la noche, borracho, dirán... y que cayó al vacío. Si nosotros nos presentamos a la policía, llegarán a la misma conclusión, pero para cubrir las apariencias nos harán perder días enteros respondiendo preguntas estúpidas. La policía es una pérdida de tiempo —Treece se dirigió a la plataforma e hizo señas a Sanders de que le acompañara.

—Te sentirás mejor si te echas un rato.

—Estoy bien. Cuídate —sonrió.

Treece levantó los pulgares, Sanders respondió con la misma señal y ambos saltaron al agua de espaldas.

Gail observó la luz de la linterna de Sanders mientras descendía hacia la otra luz que brillaba en el fondo: su linterna. Alguien la levantó y dos haces de luz comenzaron a moverse juntos sobre la arena, se detuvieron y perdieron nitidez cuando una nube de arena se mezcló con el agua.

Gail se estremeció y levantó la mirada hacia los oscuros acantilados. Trató de imaginar el cuerpo de Coffin tendido en la arena. Sacudió la cabeza para apartar tales pensamientos, dio unos pasos y cogió la escopeta. Se sentó en el travesaño y apoyó el arma en el regazo, odiándola, temiéndola, pero agradeciendo su presencia.

Sintió un ruido a sus espaldas: un chapoteo, una sacudida. Se levantó de un salto y dio media vuelta, aferrando, la escopeta y apuntando hacia el lugar de donde provenía el ruido. Una mano asomó a la superficie; en seguida apareció un saco de lona lleno de ampollas. Gail bajó el arma y temblando aferró el saco.

Sanders levantó la máscara:

—¿Estás bien?

—Sí —Gail vació el saco sobre el lienzo alquitranado de la cubierta—. He estado a punto de dispararte, eso es todo.

—Si vienen, no creo que lo hagan en submarino —observó Sanders.

David cogió el saco vacío que Gail le entregó y se sumergió de nuevo.

Gail se arrodilló en la cubierta y comenzó a contar ampollas, buscándolas a tiendas en la oscuridad.

Ahora que sólo eran dos los que trabajaban en el fondo, la tarea avanzaba lentamente. Cada vez que Sanders subía a la superficie, Treece dejaba de excavar por temor a desenterrar ampollas que serían barridas por la marea. Mientras esperaba el regreso de Sanders se trasladaba al arrecife y exploraba el lugar con el elevador de aire. Cavaba al azar y encontró ampollas en un lugar, bombas en otro, nada más allá. Halló un pequeño hueco en el arrecife, en un punto donde el coral se alejaba unos dos

metros de la superficie del arrecife para formar una especie de cala. Se concentró allí, arrimando el elevador de aire al fondo y observando cómo se desparramaba la arena.

Sanders regresó y le tocó en el hombro. Treece movió la cabeza afirmativamente, con la intención de regresar a la zona de búsqueda de las ampollas. Por rutina quiso saber qué hora era. La manga de la chaqueta de buceo cubría el cuadrante de modo que para poder ver la hora Treece tuvo que sujetar el elevador de aire bajo el brazo derecho y utilizar los dedos de la misma mano para levantar la manga izquierda. Eran las 11 en punto. Treece volvió a bajarse la manga y separó el brazo derecho del cuerpo para que el elevador de aire cayera sobre la mano. Entonces, su mano vendada y cubierta por el guante de goma no respondió con suficiente rapidez y el elevador de aire cayó al suelo. Chocó contra la arena y empezó a estremecerse. Treece se abalanzó sobre él con la mano izquierda, lo cogió y recuperó el control. En ese momento vio algo que brillaba.

Mientras brincaba en el fondo, el tubo se había desplazado hacia el lado derecho de la caleta y, hambriento de arena, había cavado un hoyo por su cuenta. El objeto brillante estaba en el fondo de ese hoyo.

Treece le pasó su linterna a Sanders y le indicó que iluminara aquel hoyo con las dos linternas. Después, con la precisión de un cirujano que practica una incisión, Treece bajó el elevador de aire en dirección al resplandor. Su mano izquierda se inmovilizó cerca de la arena, para coger el objeto si se soltaba e intentaba volar hacia el tubo; la mano derecha sostenía el tubo a treinta centímetros del fondo, disminuyendo así su potencia hasta un punto en que apenas movía los granos de arena.

Se trataba de una piña de oro del tamaño de una pelota de tenis, perfectamente modelada. Cada una de las innumerables protuberancias de la piña estaba coronada por una minúscula perla.

Treece retiró la piña de la arena con suma delicadeza y la sostuvo bajo el haz de luz. Entre la pifia y la luz había granos de arena que hacían brillar aún más el oro.

De la muñeca de Sanders colgaba uno de los sacos. Treece colocó suavemente la piña en el fondo y siguió cavando.

Otro destello: una circunferencia de oro de un centímetro de espesor. Treece la apretó entre sus dedos e intentó hacerla girar. No logró moverla. Quitó más arena alrededor de ella y vio que la circunferencia estaba unida a otra y ésta a una tercera: una cadena de oro.

Cuando aparecieron ante la vista veinte eslabones, logró liberar el resto de la cadena con la mano. Tenía aproximadamente dos metros de largo. Treece señaló el cierre de uno de los extremos de la cadena, Sanders observó atentamente y vio dos letras grabadas: E. F.

Treece siguió excavando durante unos minutos y no encontró nada. Lanzó la cadena de oro en el saco de lona y señaló hacia arriba.

—Ten cuidado con esto —dijo Sanders cuando le entregó el saco a Gail.

David le entregó una de las linternas a Gail y en ese momento vio a Treece que había salido a la superficie. Se sorprendió y le preguntó:

—¿Cómo nos vamos a ir ahora? Tal vez haya algo más.

—Es posible, pero es demasiado tarde para sacarlo todo ahora y no quiero hacer un trabajo a medias y dejar un hoyo enorme para que sea otro quien lo encuentre.

—¡Es increíble! —exclamó Gail, iluminando la piña con la linterna.

—¡Apaga esa maldita luz! —gritó Treece; la luz se apagó—. Cualquiera que esté en los acantilados con un par de binoculares podría ver eso con toda claridad.

Treece subió a bordo, apagó el compresor, le dijo a Sanders que izara las mangueras y puso el motor en marcha. Se dio vuelta y vio que Sanders arrollaba cuidadosamente las mangueras sobre la cubierta.

—No te molestes en hacer eso. Súbelas a bordo y nada más. En cuanto termines, coge el timón.

Treece caminó hacia la parte delantera y apartó a la perra de su camino, impaciente.

Sanders subió el elevador de aire y tiró de la manguera.

—¡Ocúpate del timón! —gritó Treece.

—Espera un segundo.

—¡Ahora mismo, maldición!

Sanders miró a Gail y le pasó la manguera:

—Toma. Acaba tú con esto.

David cogió el timón.

—Ponla en velocidad —dijo Treece— y acelera. Quiero que pase exactamente por encima de la línea del ancla.

Sanders obedeció. Treece levó el ancla y se dirigió a la popa. Cuando apareció en la carlinga, Sanders le preguntó:

—¿Por qué tanta prisa?

Treece no respondió. Relevó a Sanders en el timón y abrió el acelerador a tope.

En el viaje hasta el muelle de St. David, no intercambiaron una sola palabra. Treece, preocupado, no abandonó el timón. David y Gail arrollaron mangueras y contaron ampollas.

Treece tampoco abrió la boca cuando llegaron a la casa pocos minutos antes de la una. Se sirvió un vaso de ron, puso la piña y la cadena sobre la mesa de la cocina y sacó una caja de documentos de un armario. Se limitó a mover la cabeza cuando Sanders le dio las buenas noches.

A las cuatro de la madrugada, Treece había identificado a E. F.

Se negó a aceptar la primera evidencia. Permaneció ante la mesa de la cocina dos horas más, comparando documentos y tomando notas. Cuando había despejado todas las dudas se levantó, se sirvió otro vaso de ron y despertó a los Sanders.

Gail fue la primera en entrar a la cocina y Treece le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien. Nadie ha intentado asesinarme en la cama. Me siento muy agradecida.

—¿No te sientes rica?

—¿Qué quiere decir? ¿Tendría que sentirme rica?

Treece sonrió maliciosamente:

—Esperaremos a David.

Gail miró su rostro, sus ojos enrojecidos y las bolsas bajo los párpados.

—¿No ha dormido?

—No. He estado leyendo.

Entonces Gail comprendió:

—¡Descubrió a E. F.!

En el dormitorio, Sanders se puso un par de pantalones de baño. En el respaldo de una silla había un polo. Se le ocurrió ponérselo pero pensó: que quede ahí; de todos modos tendré que quitármelo dentro de una hora. Se miró en el espejo y se palmeó, complacido, el vientre chato. Estaba delgado y bronceado: se sintió bien. Hasta sus pies estaban bien, duros y callosos; ya no recordaba cuánto tiempo hacía que no usaba zapatos. Entró en la cocina. Gail y Treece estaban sentados ante la mesa, con sendas tazas en las manos. Se dirigió al hornillo para servirse café y dijo:

—Buenos días.

Nadie respondió. Al pasar junto a la mesa vio que intercambiaban una mirada. Molesto, pensó: ¿qué ocurre ahora?

Se sentó y dijo:

—¿Qué hay?

—¿Te sientes rico? —preguntó Treece.

—¿Qué dices?

Gail no pudo contenerse:

—¡Ha identificado a E. F.!

Entonces Sanders comprendió y sonrió:

—¿Quién es ese señor?

—Señora —corrigió Treece—. Si recuerdas bien, hace un tiempo, cuando encontraste el medallón, dijiste: «Quizá sea un regalo para alguien».

—Me acuerdo. Y respondiste que era imposible.

—Sí, pero aparecieron otras cosas que me hicieron cambiar de opinión. Un hombre podía haber usado el medallón, pero no el camafeo que encontraste: ése es un

objeto femenino. Lo mismo que la piña. Tal vez lo transportaba como regalo para una esposa o una amiga; lo que dijiste me hizo pensar en ello. Revisé otra vez todos los documentos y papeles sin llegar a nada; allí no hay ningún E. F. El capitán de una de las naos, un carguero, era un tal Fernández, pero se hundió en Florida.

—¿Quién era entonces?

Trece ignoró la pregunta y sorbió el café.

—La piña me dejó pensando, lo mismo que el crucifijo. No era posible que mercancías semejantes viajaran sin estar registradas, el que las hizo, el que las envió, el que las encargó, *alguien* habría tomado nota. Pensé que había errado el camino, de modo que dejé de lado todos los papeles referentes al Nuevo Mundo y volví a los libros de historia. Allí encontré el primer indicio.

—¿Qué? —preguntó Gail—. ¿El nombre?

—Sí, y una lista de compras. Si no me equivoco —Trece miró a Sanders—, y ahora estoy seguro de no equivocarme, lo que hay allá abajo, oculto entre explosivos suficientes como para convertir en ángeles a la mitad de la raza humana, es uno de esos tesoros que no ha visto hombre alguno. No tiene precio. Lo han buscado durante doscientos sesenta años; algunos hombres han terminado su vida en la horca por ese tesoro, y un rey de España quedó disgustado para siempre porque no llegó a sus manos.

—¿Es *El Grifón*? —preguntó Sanders.

—Sí. No puede ser de otro modo. Oídmelo bien. En 1714, murió la esposa de Felipe V. Todavía no estaba fría cuando Felipe se encaprichó con la duquesa de Parma. Probablemente se había encaprichado hacía tiempo, pero ahora que había muerto su esposa podía sacarla a la superficie. Le pidió que se casara con él. Ella aceptó, pero le advirtió que no haría el amor con él hasta que no la hubiera cubierto, literalmente, de joyas únicas en el mundo. La lujuria de Felipe debía ser incontrolable porque inmediatamente despachó una carta a su delegado en La Habana. Éste la copió en su diario, que se incluyó en el apéndice de un antiguo libro referente a la decadencia de España en el Nuevo Mundo durante el siglo XVIII. Sea como fuere, la carta de Felipe no era más que una lista de compra de joyas que debían hacerse en el Nuevo Mundo y embarcarse a España. Debajo de la copia de la carta, el delegado detalló todo lo que había reunido —Trece recitó de memoria—: Uno: dos collares de oro con 38 perlas cada uno. Dos: una cruz de oro con cinco esmeraldas. Así sucesivamente. La relación ocupa hasta la página siguiente, que algún idiota arrancó hace cien años.

—¿No aparece la piña?

—No, y tampoco un crucifijo como el nuestro, al menos en la página que tengo. Pero se hace referencia a un cofre con tres cerraduras.

—Eso es lo definitivo, ¿no? —preguntó Sanders—. Tú mismo dijiste que siempre usaban esos cofres.

—Para las mercancías reales. Pero tienes razón: no es algo específico de *El*



*Grifón*. Entonces volví a los papeles —sorbió más café—. La forma habitual de transportar el tesoro de un rey consistía en un cofre que se guardaba en una habitación sellada, contigua al camarote del capitán de la capitana. Por alguna razón, Felipe no confiaba en Ubilla, el comandante de esa flota. La carta que el rey envió a La Habana decía que las joyas debían ser embarcadas con el capitán más digno de crédito de todas las flotas y que nadie más que él, absolutamente nadie, debía conocer su existencia. Entonces Felipe no lo sabía, pero esta última disposición fue un grave error.

—¿Por qué? —preguntó Gail.

—Piénsalo bien, muchacha. Se refiere a lo que hablamos antes acerca de *El Grifón*. Sobreviene una tormenta, la mayor parte de los navíos se hunden. Sólo dos personas en el mundo saben quién tiene las joyas: el capitán que las lleva y el hombre de La Habana que se las confió. El capitán sobrevive, cierra un trato con el delegado en La Habana, que le escribe al rey informándole que las joyas eran transportadas por uno de los capitanes cuyo buque naufragó y que el pobre hombre murió en el naufragio. Entonces el delegado y el capitán se reparten las joyas. El capitán espera un tiempo, vuelve a bautizar su barco, lo carga con un cargamento relativamente poco valioso y se hace a la mar. Si logra llegar, jamás tendrá que volver a navegar. Tendrá lo suficiente para mantenerse a sí mismo a su familia, y a dos o tres países pequeños. El único fallo del plan consiste en que el barco no llegó a destino. Le sorprendió una tormenta y chocó contra los arrecifes de las Bermudas. Nadie sabía que a bordo hubiera nada por lo que valiera la pena preocuparse.

—¿Lo confesó el delegado de La Habana? —inquirió Sanders.

—¡No! Hizo todo tipo de referencias lúgubres al hundimiento de la flota y a la pérdida de las joyas del rey. Durante un tiempo, esto me despistó.

—Me parece que te estás yendo por las ramas: podría haber hecho esto, podría haber hecho aquello... Puras suposiciones.

Trecece asintió.

—Yo pensé lo mismo hasta las cuatro en punto de la madrugada —hizo una pausa, disfrutando del juego—. ¿Cómo se llamaba el rey de España?

—¡Por favor! —exclamó Sanders, sintiéndose manejado—. Se llamaba Felipe.

—Sí. ¿Cómo se llamaba su nueva esposa?

Sanders suspiró:

—Duquesa de Parma.

—¡No! —Trecece sonrió—. Ése es su título nobiliario, no su nombre.

Trecece esperó pero no hubo respuesta.

—Se llamaba... Elisabetta Farnese.

Transcurrieron unos segundos hasta que registraron las iniciales. Gail quedó boquiabierta; Sanders, anonadado. Trecece sonrió:

—Todavía hay una pregunta sin respuesta.

Sanders meditó un instante, lanzó una estruendosa carcajada y dijo:

—¡Ya sé!

—¿Cuál? —la sonrisa iluminó el rostro de Treece.

—La pregunta es: ¿Logró Felipe hacer el amor con ella?

—¡Correcto! Y con respecto a eso, mi querido discutidor —dijo Treece palmeándole la espalda a Sanders—, no me atrevo a conjeturar nada.

Sanders trató de compartir la jovialidad de Treece pero su mente rebosaba de imágenes conflictivas: joyas, drogas, explosivos, el cuerpo retorcido de Coffin, la muñeca de trapo, la mirada impúdica de Slake.

—¿Qué valor tiene?

—No podemos saberlo todavía. Depende de lo que haya allá abajo, de lo que logremos rescatar, de lo que se ha perdido y de lo que se guardó el delegado de La Habana. Yo diría que lo que tenemos vale alrededor de 250.000 dólares... si logramos demostrar su origen. Tenemos que encontrar por lo menos una alhaja que figure en la lista que tengo.

—¿Qué haremos con respecto a las drogas? —preguntó Gail.

—Ya he pensado en ello. No tenemos la menor posibilidad de retirarlas todas antes de que Cloche haga su jugada. Ya sabes cuántas son. ¿Qué valor calculas que alcanzan las ampollas que tenemos hasta ahora?

—No sé exactamente cuántas tenemos, pero en números redondos digamos que unas... 100.000. Es decir, más de un millón de dólares, tal vez dos.

—Lo cual significa que queda una buena cantidad de ampollas para él allá abajo. Aunque por supuesto, él no lo sabe, ¿verdad? —Treece hablaba más para sí mismo que para los demás—. No sabe cuánto tenemos ni cuánto queda.

—¿Entonces?

—Entonces nos dedicaremos a buscar las joyas, que son mucho más importantes y dejaremos que crea que estamos buscando ampollas.

—No podemos dejarle el resto de las drogas.

—No, no lo haremos, pero es necesario calcular los riesgos. Una cosa es segura: Cloche intentará quitarnos de en medio, muy probablemente matándonos. —Treece hizo una pausa para permitir que el silencio enfatizara sus palabras—. Podéis decirme que si nos mata, a nadie le importa que consiga las drogas, que no es asunto nuestro. Pero a mí sí me importa. No quiero que consiga esas drogas y *de verdad* no quiero que ninguna de las alhajas llegue a sus manos; el muy desgraciado es capaz de fundirlas y vender el oro, destruyéndolas para siempre. Ese tesoro es único. Sería criminal permitir que cayera en las manos de alguien que ignore su significado. Si nos dedicamos a las ampollas hasta que intente algo, perderemos las joyas. Aunque no consiguiera acabar con nosotros podría mantenernos apartados del lugar del naufragio, haciéndolo volar por mera perversidad, si quisiera. Pero si nosotros conseguimos las joyas, podemos tomarnos todo el tiempo que nos quede para trabajar en las ampollas. *Nosotros* podemos hacerlas volar si queremos. ¡Me gusta la idea! —David y Gail no tuvieron nada que objetar—. Bajemos a la bodega —se levantó y

abrió un cajón.

—¿Tiene una bodega? —preguntó Sanders.

—En cierto sentido. —Treece sacó una tira de terciopelo marrón del cajón y envolvió el camafeo, el medallón, el crucifijo, la cadena y la pifia—. Esta choza necesita un ancla para no caerse cuando sopla el viento.

Los precedió hasta el salón y movió una silla de su lugar. Debajo de la silla había una pequeña argolla de bronce atornillada al suelo. Treece tiró de la argolla y una serie de tablones de cedro de 1,20 metros de lado se levantaron. Dejó a un lado la puerta-trampa y cogió una linterna de la repisa de la chimenea; después se sentó en el suelo e introdujo las piernas por la abertura.

—Hay una caída de un metro y medio y no mucho más espacio que el indispensable para arrastrarse, de modo que mucho cuidado con la cabeza —se dejó caer en el agujero y se agachó.

El sótano era un cuadrado sin suelo y tan grande como el salón de arriba, con paredes formadas por pesadas piedras unidas con argamasa.

Los Sanders siguieron a la encogida figura de Treece hasta el rincón más alejado.

—Cuenta tres piedras hacia arriba desde el suelo —dijo Treece, iluminando el rincón con su linterna.

Sanders tocó la tercera piedra a partir del suelo.

—Ahora cuatro a la derecha.

Sanders dejó correr los dedos a lo largo de la pared hasta que tocó una piedra del tamaño de un melón:

—¿Ésta?

—Sí. Retírala.

La mano de Sanders apenas cubría la piedra, pero cuando la tuvo bien agarrada se deslizó fácilmente de la pared.

En el hueco había dos hojas de papel; detrás, otra piedra.

—Mi partida de nacimiento —explicó Treece, metiendo la mano y retirando ambos papeles.

Gail se preguntó qué sería el otro papel y a la luz del reflejo de la linterna logró leer un apellido, *Stoneham* y las tres últimas letras de un nombre: *lla*. Priscilla, pensó: la partida de nacimiento de la esposa.

—¿Qué es esto? —preguntó Sanders, señalando algo pequeño y brillante en el fondo de la cavidad.

Treece apartó la luz rápidamente y metió la mano.

—Nada —retiró el objeto del agujero.

La sortija de bodas, pensó Gail.

—Ahora mete la mano y retira esa otra piedra.

Sanders obedeció. Su brazo penetró en la cavidad casi hasta el codo.

Cuando la otra piedra se soltó, Treece colocó en el fondo las alhajas envueltas en terciopelo.

—Muy bien, puedes volver a ponerla.

Sanders volvió a colocar la piedra, Treece guardó otra vez los papeles y el objeto brillante y volvió a ajustar la primera piedra en la pared.

—Todo lo que tenéis que recordar es esto: tres arriba y cuatro a la derecha.

—No quiero recordarlo —aseguró Gail—. Nosotros no...

—Simple precaución. Podría tomar mal una curva y despeñarme por el acantilado. A cualquiera de nosotros podría ocurrirle. Es mejor que todos sepamos dónde están las cosas.

Volvieron a la casa.

—Sería interesante que comiéramos algo —dijo Treece mientras colocaba la silla encima de la argolla de bronce—. Hoy va a ser un día muy largo.

Llegaron al arrecife a las once de la mañana. Era un día claro y sereno, con una brisa que soplaba de tierra con fuerza apenas suficiente para mantener la barca apartada de las rocas. Veinte o treinta personas, en grupos de a dos o tres, ocupaban la playa del Orange Grove Club y vieron a una madre jugando con su hijo en la rompiente.

Mientras Treece echaba el ancla, Sanders encontró un par de binoculares y los enfocó en la franja de arena donde había encontrado el cadáver de Coffin.

—Han rastrillado; todavía se ven las marcas.

—Sí. No quieren que nada perturbe a los turistas. Cien dólares diarios no incluyen un cadáver en la playa.

Gail hizo un gesto de disgusto por la forma ruda y prosaica de descartar a Coffin. Empezó a decir algo pero Treece la interrumpió, anticipándose a sus palabras:

—Cuando un hombre muere, muchacha, deja de existir, al menos en estos parajes. El respeto y toda esa basura no les sirve de nada a los muertos; su única utilidad es que los vivos se sientan mejor. Quizás el muerto *sea* en algún otro lugar... quizá todo lo que necesite para serlo es creer que lo será. Yo no niego las creencias de nadie y no sé más que tú sobre el alma y todas esas cosas. Pero sé lo siguiente: hablar bien o mal de algo que ha dejado de ser es una pérdida de tiempo. No puedo imaginarme a san Pedro sentado allá arriba, diciendo: «Oye, Adam, allá abajo hay unos tipos que hablan mal de ti. ¿Qué has hecho para merecerlo?».

Gail no respondió. Esperó un instante y dijo:

—Hoy puedo bucear.

—No. Quédate aquí. No habrá demasiada carga. Si conseguimos todo lo que hay, no ocupará más de uno o dos sacos. Además, quiero que haya alguien en la barca, especialmente hoy.

—¿Por qué?

—Porque creo que hoy puede haber movimiento. —Treece revisó la escopeta—. Recuerda cómo funciona esto y cómo se cierra el compresor. Sí no ocurre nada, estar

aquí te habrá servido para conseguir un bronceado maravilloso —y puso en marcha el compresor.

Treece y Sanders se dirigieron a la caleta del arrecife donde habían encontrado la piña. La marea arrastraba hacia la derecha la arena que levantaba el elevador de aire, de modo que lograron ver claramente el fondo.

Durante los primeros minutos no encontraron nada salvo algunas ampollas sueltas, diez en total. Sanders se agachó para recogerlas pero Treece le hizo señas de que se apartara y dejó que las ampollas fueran absorbidas por el tubo de aluminio. Una de ellas se rompió y del extremo del tubo comenzó a chorrear un hilillo de líquido pálido. Treece siguió cavando, avanzando hacia el arrecife.

Debido a la succión del elevador de aire varió la forma en que se movía la arena. En lugar de subir suavemente dibujando un contorno sin solución de continuidad, comenzó a moverse en forma de V, como si estuviera rodeando algo. Treece tapó con la mano la boca del tubo, interrumpiendo la succión y le indicó a Sanders con un gesto que escarbara en el interior de la cavidad.

Sanders frotó el centro de la V con los dedos y se topó con una superficie dura. Barrió arena con la mano y vio oro. Era una rosa de aproximadamente ocho centímetros de altura por ocho de ancho y cada uno de sus pétalos de oro había sido finamente fileteado con un instrumento de joyería. Sanders la levantó, la sostuvo por su delicado tallo para que Treece la viera y la colocó en un saco de lona.

Treece apoyó el elevador de aire contra la base del arrecife. Tendido boca abajo a treinta centímetros de la boca del tubo, Sanders vio relucir más oro bajo un saliente rocoso. Tocó el elevador de aire y Treece retrocedió. Sanders buscó debajo de la roca, con los dedos apretados contra el oro y tiró. El objeto se movió pero sintió cierta resistencia, como si estuviera unido a algo. Cuando retiró la mano, Sanders se miró la palma y vio un camaleón de oro cuyos ojos eran esmeraldas. El camaleón tenía la boca abierta y una abertura cerca de la cola. De su vientre sobresalía una afilada púa de oro en forma de aleta. Dos ramales de una cadena de oro sujeta a un aro del lomo del animal conducían al arrecife. Sanders tiró de la cadena, que lentamente fue separándose del arrecife: tres metros de cadena cayeron en espiral bajo el rostro de Sanders.

Treece cogió el camaleón y lo sostuvo delante de la máscara. Apretó los labios e imitó un soplido junto a la cabeza del camaleón, informándole a Sanders que la figurilla hacía las veces de silbato. Dio vuelta al animal sobre su lomo, volvió a apretar los labios y apuntó la púa en dirección a la boca: la púa era un mondadientes.

Estuvieron sumergidos casi cinco horas y lograron reunir cuatro sortijas de oro (una de ellas con una gran esmeralda); dos enormes perlas almendradas unidas por una placa de oro en una de cuyas caras estaban grabadas las letras E. F. y en la otra una inscripción latina; un cinturón de eslabones de oro macizo, y dos pendientes de perlas. Después Treece descubrió el primer collar de oro. Se encontraba en las profundidades del arrecife, casi invisible excepto cuando el movimiento de la luz del

sol hacía que los rayos chocaran contra las hebras entretrojadas del oro. Las minúsculas perlas se mantenían en su lugar, sujetas por la intrincada trama. Treece le indicó a Sanders que lo recogiera.

Sanders sentía un intenso frío. A pesar del traje de buceo, las horas de inmersión habían consumido el calor de su cuerpo y tiritaba constantemente. Obedeció a Treece sin pensarlo, sin preocuparse de que pudiera haber un ser vivo en la cavidad. Su mano temblorosa se introdujo en el boquete, sus dedos se cerraron alrededor del oro y tiró: el collar estaba atascado, probablemente envuelto alrededor de una roca o cubierto de rocas. Sanders retiró la mano y movió la cabeza negativamente cuando Treece le miró.

Treece levantó el dedo índice de la mano derecha y señaló a Sanders, diciendo: mira. Indicó mediante gestos la acción de perforar el arrecife con el elevador de aire, después juntó las manos en forma de cuenco y volvió a señalar a Sanders.

Sanders no comprendió lo que Treece quería decirle. Negó con la cabeza y un frío temblor le recorrió la espalda y le hizo estremecer. No lograba concentrarse en los gestos de Treece.

Treece señaló la superficie, apoyó el elevador de aire en el arrecife, entre dos rocas, e inició el ascenso. Sanders cogió el saco de lona y le siguió.

—Es ése —explicó Treece cuando estuvieron a bordo—. Ésa es la prueba que andamos buscando.

—Lo sé.

Sanders bajó la cremallera de la chaqueta y se frotó el pecho aterido.

—Descansaremos un rato mientras tú te calientas un poco, después iremos a buscarlo —miró primero hacia el sol y después a Gail—. Cerca de las cinco. ¿Algún problema?

—No. Me estoy friendo, eso es todo.

—¿Qué tratabas de decirme cuando estábamos allá? —preguntó Sanders.

—Que tendremos que romper el arrecife para alcanzar el collar. Golpearé el fusil contra el coral y conforme se vaya rompiendo tú recogerás las piezas y las dejarás a un lado. No quiero que caigan en el agujero —se dirigió al camarote—. Traeré una palanca. El fusil quebrará el coral pero no podrá mover las piedras.

Descansaron media hora. Sanders se tendió en el techo del camarote para que su cuerpo recibiera los rayos del sol poniente.

En la orilla, las pocas personas que todavía estaban en la playa avanzaban en dirección al ascensor que subía y bajaba en las sombras de los acantilados.

—Vamos —dijo Treece; le tocó un hombro a Gail con un dedo y en su piel rosada y tostada apareció un círculo blanco que en seguida se desvaneció—. No te quedes al sol. Puede quemarte, incluso a esta hora.

—Bueno.

—Baja y duerme un rato si quieres. *Charlotte* alborotará si alguien merodea por aquí.

Los hombres iniciaron el descenso. Treece llevaba un saco de lona y Sanders una palanca. Gail les observó hasta que dejó de ver las burbujas y después bajó para acostarse.

El trabajo en el arrecife fue lento y difícil, debido a la disminución de la luz: cada vez que Treece golpeaba el coral con la boca del elevador de aire, una nube de fino polvo de coral se elevaba de los fragmentos rotos; Sanders tenía que moverse a ciegas para coger el coral antes de que cayera en el hoyo. El collar de oro estaba arrollado alrededor de la base de una enorme roca oval, la mayor parte debajo, como si hubiera caído en el arrecife y cientos de años de acción de las olas y de la marea lo hubieran obligado a introducirse en la grieta y a arrollarse en la piedra. Sanders quiso estabilizar la palanca para empujar la roca hacia atrás pero Treece se lo impidió, explicándole con gestos el posible riesgo de que el collar estuviera también arrollado en la otra cara de la roca. Al tirar ésta hacia atrás aplastaría las suaves hebras de oro y las hundiría en la arena.

Tardaron una hora en agrandar un metro el boquete. Entonces Sanders logró pasar la cabeza, los brazos y los hombros en el agujero y guiar la boca del elevador de aire a lo largo del collar de oro, liberándolo suavemente, centímetro a centímetro. Las perlas estaban situadas a intervalos de ocho centímetros a todo lo largo del collar. Sanders contó las perlas que tenía a la vista: diecisiete. Si la investigación de Treece era correcta, si había treinta y ocho perlas por collar, todavía faltaba un metro y medio de oro.

La tarea se tornó aburrida, maquinal: encerrado en el agua, sin oír más que el sonido de la propia respiración y el ronroneo del compresor transmitido a través de la manguera, inmóvil salvo el movimiento de rotación de los dedos, Sanders se imaginó que estaba repitiendo las tablas de multiplicar.

Gail estaba sentada en una de las literas, tratando de concentrarse en un artículo de un viejo periódico, cuando oyó ladrar a la perra. Después percibió un ruido de motor que se acercaba y se detenía. Luego más ladridos y en seguida voces. Contuvo la respiración.

—No hay nadie.

—Así parece, salvo el perro.

—¡Eh, perro! ¿Qué tal tu culo?

—Cierra la boca. El sonido se transmite.

—¿Por el agua?

*Charlotte* ladró dos veces y gruñó.

Se oyó una tercera voz, conocida:

—Cierra el pico.

Gail apoyó una mano en la cubierta y se arrastró fuera de la litera. Manteniendo la cabeza por debajo de la portilla de estribor, reptó hasta la escalerilla. Se detuvo al llegar al pie de ésta y oyó el ritmo de su pulso mientras respiraba por la boca lo más serenamente posible y pensaba: si la otra barca está situada a la izquierda del *Corsair*,

me puedo arrastrar hasta la carlinga sin que me vean, manteniéndome de espaldas a la mampara, enderezarme y coger la escopeta. Si la otra barca está a popa, me verán en cuanto asome la cabeza por el camarote.

Oyó los ruidos producidos por la preparación de los equipos: el tintinear de las hebillas, el siseo de las válvulas abriéndose y cerrándose, el golpe sordo de las botellas sobre la cubierta. Los sonidos parecían provenir de su izquierda, de modo que Gail subió la escalerilla y se aplastó contra la mampara. La escopeta estaba en el estante contiguo al timón, aproximadamente a un metro de distancia. Para poder alcanzarla, su mano tendría que pasar frente a la ventanilla.

—¿Cuántas cargas tienes para eso?

—Ésta y dos más.

—¿Y tú?

—Lo mismo. Pero no hay más de tres allá abajo y una es hembra.

—Tú trata de no enredarte con la manguera rosada. La necesitaremos.

Ahora, pensó Gail. En este momento no mirarían hacia donde ella estaba. Extendió el brazo, se inclinó hacia delante y cogió la escopeta por la culata. La sacó del estante sin problemas pero a esa distancia resultó más pesada de lo que había calculado: el cañón descendió unos centímetros y golpeó el timón.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

Gail apretó la escopeta contra la cintura, apoyó una mano en el resguardo del gatillo y la otra en el pasador del mecanismo.

—Ese ruido.

—Yo no oigo ningún ruido.

—Yo sí. Algo se ha movido en esa barca.

—Lo único que hay en esa barca es el perro.

—Hay algo *dentro* de la barca.

—Estás chiflado. Avanza. Colócate a la altura de la otra que voy a echar un vistazo.

Se oyó una carcajada.

—Ten cuidado. El perro puede morderte el trasero.

—Le clavaré la lanza.

Un chapoteo, luego, otro, algunas palabras incoherentes y después silencio.

Gail esperó. Oyó el sonido de una paleta moviendo el agua, miró en dirección a popa y divisó la sombra de la otra barca que se acercaba.

Dio la vuelta a la mampara, manteniendo la escopeta a la altura de la cintura. El hombre estaba en la popa de la otra barca, mirando el agua y moviendo la paleta. No necesitó ver su rostro: la enorme cicatriz roja brillaba oscura contra su oscuro pecho: era Slake.

—¿Qué desea?

Slake levantó la vista.



En el breve instante que Gail miró a su rostro vio sorpresa y después regocijo. Luego todo pareció ocurrir en un único movimiento: Slake dejó caer la paleta, se inclinó sobre la cubierta y se enderezó. Tenía algo brillante en la mano. Un tañido como el de un elástico que se estira y se suelta. Un destello de metal. El golpe sordo de una lanza de acero en la mampara, a quince centímetros de su cuello.

Luego (ella no recordaría todo esto después) el *clic-clac* de la escopeta al amartillarse. El *bum* rugiente de la explosión de la carga de calibre doce. El espectáculo de Slake, a tres metros de distancia, cuando los nueve perdigones se le clavaron en el esternón —un orificio del tamaño de una pelota de béisbol, un líquido rojo manchado de blanco— y le obligaron a tambalearse hacia atrás, a cruzar la carlinga y a golpear el parabrisas de la regala, doblando el cuerpo y apretándose el pecho con las manos. Una respiración borboteante. El eco de la explosión penetrando las aguas serenas. Los ojos desencajados. El color de la piel agrisándose a medida que la sangre abandonaba la cabeza. El cuerpo desplomado en la cubierta.

El resoplido uniforme del compresor.

Boquiabierta, Gail observó el cuerpo que se contorsionaba. El choque del agua contra el casco del *Corsair* la sacó del trance. Dejó la escopeta en la cubierta, caminó hasta el compresor, buscó la tuerca mariposa y la hizo girar. El motor escupió y se detuvo.

Sanders liberó los últimos cinco centímetros del collar de oro. Golpeteó el tubo de aluminio para apartarlo de la cavidad. Amontonó el collar en la mano derecha y retrocedió hacia la superficie del arrecife. La luz se desvanecía rápidamente pero a través de la niebla azul grisácea seguía viendo a Treece, los reflejos del elevador de aire y el perfil del arrecife. Suponiendo que seguirían excavando para buscar nuevas piezas, Sanders abrió la chaqueta de su traje de buceo y guardó dentro el collar de oro.

Sanders percibió un cambio en los sonidos que lo rodeaban: algo faltaba. Exhaló, inspiró y se dio cuenta de qué era lo que faltaba: el compresor. Se esforzó por llenar sus pulmones por última vez, miró a Treece y vio un destello y una sombra que caía sobre él. El destello se movió: un cuchillo. La manguera de aire de Treece se tensó, el destello golpeó de atrás para adelante y la goma quedó floja. Treece se volvió y levantó los brazos por encima de la cabeza.

Dos hombres rodaron en una contorsión de sombras, un agitar de brazos, mangueras y burbujas. El cuchillo cayó al fondo. Debatándose y pataleando, las formas ascendieron hacia la superficie.

Sanders contuvo el aliento sintiéndose dominado por el pánico. Tomó impulso en la arena y siguió a las figuras que se debatían, ascendiendo lentamente. Recordó que debía exhalar y buscar nuevas sombras en las penumbras.

El perfil de las figuras varió. Ahora veía claramente a Treece, con su largo cuerpo extendido verticalmente mientras sus aletas pataleaban con un ritmo uniforme. Sus manos rodeaban la cabeza del otro. El regulador y la boquilla de éste flotaban lejos de

su botella. Por un instante, Sanders pensó que Treece le estaba ayudando a llegar a la superficie. Después, cuando vio los brazos del hombre —unidos a los costados del cuerpo— luchando por liberarse y notó que sus piernas pataleaban débilmente, comprendió lo que estaba haciendo Treece: una de sus manos cubría la boca y la nariz de su enemigo, impidiéndole exhalar. En su ascenso hasta la superficie, el aire comprimido en sus pulmones atravesaría la pleura.

Durante una fracción de segundo Sanders recordó un diagrama que había visto en un libro de buceo: un pulmón desgarrado, una bolsa de aire del tórax empujando al pulmón y haciendo penetrar más aire aún en el pecho; ese mismo aire que empujaba el pulmón hundido y otros órganos sobre la caja torácica, y comprimiendo al mismo tiempo al otro pulmón. Neumotórax bilateral espontáneo. El hombre podía morir antes de llegar a la superficie. Sanders se preguntó si sentiría dolor o si sencillamente se desmayaría y moriría por anoxia.

Sanders estaba a tres metros de la superficie y en lo único que podía pensar era en recibir aire. La tensión de su pecho fue cediendo a medida que se acercaba a la superficie; sabía que lo lograría. Pero ¿qué le esperaba allá arriba?

Repentinamente su cabeza cayó hacia atrás y fue arrastrado hacia el fondo. Algo había apretado su manguera de aire. Aferró la máscara tratando de arrancársela de la cabeza pero la presión de las correas era demasiado fuerte. Sus manos se agitaron y encontraron la manguera; entonces, comenzó a luchar contra la fuerza descendente. Bajo el azul crepuscular, su campo de visión no cubría más de un metro de la goma amarilla. Después un brillo acerado que se detenía frente a él —subiendo por su manguera— un hombre con un disparador de lanzas.

La cabeza de Sanders palpitaba por falta de oxígeno. Tiró frenéticamente de la manguera pero el otro la tenía firmemente agarrada.

Estaban a dos metros de distancia cuando el hombre soltó la manguera, levantó el arma y apuntó al pecho de Sanders. Éste pataleó con las aletas hacia el arma, con la esperanza de desviar el disparo, pero el hombre era paciente. Sus ojos fríos vigilaron y esperaron el momento oportuno.

El vértigo nubló la cabeza de Sanders y supo que era hombre muerto. Esperó la punzada de dolor que sobrevendría cuando la lanza rasgara su traje de buceo y se clavara entre sus costillas. Quizá se desmayaría antes...

El hombre disparó. Sanders vio que la lanza se acercaba, sintió el golpe cuando chocó contra su pecho y esperó el dolor. Pero no hubo dolor.

Un borrón amarillo. El disparador de lanzas apuntó hacia arriba, giró soltándose de la mano del hombre y cayó. Se llevó los dedos a la garganta y la boquilla se le cayó de la boca. Unas enormes manos enguantadas le ataron un trozo de manguera alrededor del cuello.

Sanders se desvaneció. Ya no le dolía la cabeza y le pareció volar a través de una cálida oscuridad.

Cuando recuperó el sentido se encontraba en la superficie, con la cabeza contra la

plataforma. Una de las manos de Gail le sostenía el mentón y la otra la nuca, para que no se hundiera. Tuvo conciencia de una cara contra la suya, de una boca húmeda sobre sus labios, de una bocanada de aire raspándole la garganta. Parpadeó y vio que el rostro de Treece se apartaba del suyo.

—Bienvenido —dijo Treece.

La mente de Sanders seguía en una nebulosa:

—¿Me ahogué?

—Lo intentaste. Un par de segundos más y estarías allá arriba con Adam ofreciéndonos cánticos celestiales. Puedes agradecerle a la duquesa que fuera una zorra deliciosa.

—¿Qué quieres decir?

—Ese infeliz te dio de lleno en el pecho con su lanza. Si no hubiese sido por el oro, estarías muerto.

Sanders bajó la vista y vio un enorme agujero en su traje de buceo. La lanza había penetrado la goma pero no había conseguido atravesar el collar de oro que había guardado en la chaqueta.

Gail le puso las manos bajo las axilas y mientras Treece lo empujaba, izó a Sanders sobre la plataforma.

—¿Cuántos había?

—Tres. Uno está flotando por allí, ajustando cuentas con el diablo. Tu mujer liquidó a otro en su propia barca. El tercero está aquí —Treece levantó la mano derecha y una cabeza con capucha de goma asomó a la superficie, con un trozo de manguera amarilla todavía anudada alrededor del cuello.

—¿Mataste a uno?

—No quise hacerlo pero no tuve más remedio. El...

—¿Qué te dije? —intervino Treece—. Cuando llega el momento, uno es capaz de hacer cualquier cosa.

Sanders rodó sobre su vientre y se puso de pie.

—Ten —dijo Treece alcanzándole el cuerpo inmóvil a Sanders—. Coge esta basura y súbela a bordo mientras yo me sumerjo para buscar el equipo.

Sanders cogió la manguera:

—¿Está muerto?

—Supongo que sí. Pero no te lo garantizo. Tíralo sobre la cubierta y no dejes de apuntarle con la escopeta hasta que yo vuelva.

—¿No quieres que ponga en marcha el compresor? —preguntó Gail.

—No, alcánzame una mascarilla. Si no lo logro de una sola vez tendré que buscarme otro trabajo.

Mientras Gail buscaba una mascarilla, Sanders colocó al hombre inerte sobre la plataforma. Soltó la manguera, se inclinó y le tomó por los brazos.

—No te molestes en hacer eso —dijo Treece—. Levántalo por la manguera.

—Yo...

Sanders sabía que Treece tenía razón. Sería mucho más fácil subirlo a bordo tirando de la manguera que rodeaba su cuello. Pero no podía hacerlo. Si tuviera la certeza de que el hombre estaba muerto, sería distinto. Si no lo estaba Sanders no se sentía dispuesto a ser su verdugo.

—No seas tan delicado. Vale tanto como si estuviera muerto.

Treece cogió la mascarilla que le alcanzó Gail, la ventiló durante unos segundos, respiró profundamente por última vez y se hundió.

—¿Qué quiso decir con esa última observación? —preguntó Gail.

—No sé. Por favor, ayúdame.

Lo cogieron cada uno de un brazo, le hicieron cruzar el travesaño arrastrándolo y le tendieron en la cubierta.

—Es más pesado de lo que parece —observó Gail.

—Es lo que ocurre con los muertos.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Lo leí una vez.

—¿Quieres decir que es realmente más pesado o simplemente más pesado de lo que parece?

—¡Qué sé yo! ¿Dónde está la escopeta?

—Por allí —señaló Gail—. No creo que la necesites —miró la forma negra e inmóvil y se estremeció.

Sanders cogió la escopeta, se sentó en la regala y apoyó el arma sobre las rodillas.

—¿Qué sentiste? —movió la cabeza en dirección a la otra embarcación.

Sanders descubrió que envidiaba a Gail por haber matado a Slake. La idea de matar al hombre impotente que estaba tendido a sus pies le resultaba repulsiva. Injusta. Pero matar a un hombre en defensa propia, aceptar el desafío y acabar con quien está tratando de matarte, es una lucha limpia. Venganza.

—Fue horrible. No sabía lo que hacía. No lo supe hasta después.

La oscuridad era ya total; la luna ascendía sobre el horizonte y las estrellas eran puntos pálidos contra el cielo negro. David y Gail se miraron como siluetas sin rostro desde sus asientos en las regalas opuestas.

No percibieron los primeros débiles temblores del cuerpo cubierto de goma negra que estaba tendido en la cubierta, ni vieron que abrió los ojos, ni notaron el leve movimiento de los dedos hacia la pantorrilla izquierda. Tampoco oyeron el leve chasquido de la correa de la funda ni el roce de la hoja al salir de la funda.

La perra fue la primera en advertir esos sonidos. Gimió.

Sanders miró en dirección a proa y cuando volvió la cabeza el cuerpo saltó, agazapado y gritó: un rugido gutural y agudo que sonó como una riña entre gatos. Sanders giró la cabeza y levantó la escopeta.

—Eh...

No terminó la frase. El hombre se abalanzó sobre él. Sanders apretó el gatillo. Nada. La escopeta no estaba amartillada. Tiró del disparador del mecanismo y se

echó hacia atrás para ganar una décima de segundo. Vio que el cuchillo descendía hacia él, levantó un brazo para protegerse y cayó por la borda. Cuando chocó contra el agua —sintiendo un nuevo dolor indefinido, en el brazo o a un costado del cuerpo, no estaba seguro— su dedo apretó el gatillo. La escopeta disparó al aire.

El hombre se volvió hacia Gail agachado, blandiendo lentamente el cuchillo frente a sí, provocándola para que lo cogiera. Murmuraba entre dientes sonidos guturales, gruñidos, rugidos y medias palabras mientras hacía fintas en el cuchillo y se acercaba poco a poco. La luz de la luna iluminó su rostro y Gail le vio los ojos: salvajes, afiebrados. También un hilo de baba en el mentón. Gail quería hablar con él, suplicarle, pero no estaba segura de que el hombre supiera dónde se encontraba ni qué estaba haciendo. Volvió a aullar.

Gail apoyó la espalda contra la regala, miró el agua y se preguntó si debía zambullirse. No: el hombre se abalanzaría sobre ella al cabo de un instante. Avanzó milímetro a milímetro a lo largo de la regala con la esperanza de poder eludirlo cuando arremetiera, en la oscuridad de la carlinga.

El hombre gritó y saltó dibujando un amplio arco con el cuchillo.

Un ruido a sus espaldas frenó su movimiento. Se volvió a medias.

Gail decidió correr a popa. Dio un paso y comprendió que ya no era necesario huir: oyó un golpe seco y vio que al hombre se le desorbitaban los ojos hasta que solo quedaban a la vista dos estrías blancas. Cayó sobre la cubierta.

Sanders estaba de pie en el mismo lugar donde había estado el otro hombre. Tenía una llave inglesa en la mano derecha. Le había golpeado con la parte chata de la herramienta, que ahora estaba llena de sangre y pelos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondió Gail; notó que mantenía el brazo izquierdo apoyado contra el pecho, como si lo llevara en cabestrillo—. Estás herido.

Sanders se tocó el brazo.

—No estoy seguro, pero me parece que no es grave.

En ese momento oyeron a Treece que subía a la barca.

—¿Intentó algo? —preguntó al ver la posición del cuerpo tendido en la cubierta.

—Sí. No fui lo bastante rápido.

—Bueno, parece que te las has arreglado muy bien —Treece se inclinó y le tomó el pulso—. Perfecto.

—¿Está muerto? —preguntó Sanders.

—Yo diría que sí —Treece bajó.

Sanders todavía tenía la llave inglesa en la mano.

La miró y después observó la figura tendida en la cubierta. Un momento antes había sido un hombre vivo, ahora era un cadáver. Un solo movimiento del brazo y la vida había dejado paso a la muerte. No tendría que ser tan fácil matar.

Sanders oyó la voz de Treece:

—¿Dónde está la escopeta?

Levantó la vista y vio que Treece paseaba la luz de una linterna por el agua, buscando la otra barca.

—En el agua —respondió Sanders—. Lo siento.

—¿Tuviste un ataque de arrepentimiento? Puede ser fatal.

—No. Intenté disparar pero la escopeta no estaba amartillada.

—Tuviste suerte.

Treece le pasó la linterna, se zambulló y nadó hasta la otra barca. Subió a bordo, caminó hacia delante, encontró una cuerda y la sujetó a una abrazadera, sosteniendo el extremo libre de la cuerda y remolcó la barca hasta el *Corsair*.

Tendió al hombre muerto en la regala y le ató la cuerda alrededor del cuello.

—¿Qué está haciendo? —inquirió Gail.

Treece la miró pero no respondió. Cogió un cuchillo, cortó la carne del vientre del cadáver y antes de que alguna víscera goteara en la cubierta lo arrojó por la borda.

—¿Qué está haciendo? —insistió Gail.

—Estoy dándole comida a los tiburones.

—¿Por qué?

—A modo de advertencia. Cloche les está llenando el cuerpo de alguna porquería para alzarlos y convertirlos en kamikazes. Todo ocurre por encantamiento, pero cuando se les da alucinógenos a estos tipos y se los excita, se transforman en verdaderos maníacos. Creen que están sirviendo a algún dios y que cuando despierten por la mañana serán inmortales o algo parecido. Pero también creen que la única forma de ingresar en la inmortalidad es hacerlo de cuerpo entero, sin que falte nada. Entonces, si sirven de alimento a los tiburones, se rompe el hechizo. La gente de Cloche encontrará lo que quede de este tipo colgando de la cuerda de la proa y la próxima vez lo pensarán dos veces antes de aceptar participar en algo semejante.

Veían la otra barca dibujada contra la luz de la luna. La cabeza del cadáver asomó a la superficie, brincó junto a la cuerda y volvió a hundirse.

Gail se volvió y exclamó:

—¡Dios mío!

—No desperdices tu piedad en él —dijo Treece—. No siente nada.

Oyeron un ruido sordo a sotavento del *Corsair*, seguido por un gruñido y otro golpe seco.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanders preocupado de que de alguna manera pudiesen ser atacados por otros buceadores de Cloche.

David se asomó por el costado y vio una espuma blanca burbujeando junto a la barca.

Treece enfocó la luz sobre el agua, rápidamente y dijo:

—Después querrán comerse la barca —avanzó unos pasos.

Sanders sintió un gusto ácido en la garganta y tuvo arcadas. Los pocos segundos de luz habían fijado una imagen de pesadilla en su mente. Lo que había golpeado contra la barca era un cuerpo, pero no el del hombre atado a la otra barca, sino el del

que Treece había matado antes cortándole la respiración. Lo que había golpeado contra el casco era la cabeza chata y ancha de un tiburón. Los orificios nasales fulguraban en su hocico y las fauces chasquearon mientras la cola se agitaba en movimientos propulsores, haciendo entrar cada vez más goma y más carne en la boca. Sus ojos eran soñolientos y perversos y las dos terceras partes estaban cubiertas por una membrana blanca. Su cabeza se sacudió ferozmente de lado a lado y una media luna de carne de sesenta centímetros empezó a desgarrarse.

Ahora, en la oscuridad, Sanders seguía viendo la espuma blanca, oyendo los coletazos y el crujido de los dientes contra huesos y tendones.

—¿Qué es? —preguntó Gail.

Sanders movió la cabeza de lado a lado, tratando de no vomitar.

Gail se asomó sobre las aguas oscuras y vio el perfil de la otra barca que se balanceaba:

—Está todo tan sereno...

—Sí —coincidió Treece que estaba de pie delante del timón—. Así es la muerte.

Puso el motor en marcha.

El trayecto de vuelta a St. David no les llevó demasiado tiempo porque era una noche tranquila y la luna iluminaba el camino.

Les faltaban unos cientos de metros para llegar al muelle cuando la brisa que soplaba de tierra llevó hasta ellos los estridentes bocinazos de los taxis.

Después de amarrar la barca al muelle, Treece apagó el motor.

Por encima del suave murmullo del viento oían los distantes bocinazos de varios taxis aparentemente aparcados a intervalos regulares alrededor de la isla. Las bocinas sonaban sin ritmo ni organización. Treece frunció el ceño.

—¿Qué demonios está haciendo ahora?

—¿Él? —preguntó Sanders—. ¿Cloche? ¿Esos taxis?

—Sí. En St. David no hay taxis. Seguro que ha tramado algo.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Sanders.

—Me parece que ya está bien. Supongo que no intentará nada más esta noche.

—Si intentara algo no lo anunciaría. Además, ¿qué puede ganar con otra visita? No sabe nada de la gruta y no es tan tonto como para creer que puede hacérselo decir.

—¿Entonces por qué...?

—No sé. Pero seguro que se trata de un mensaje. Me atrevería a conjeturar que está asustando a los isleños y avisándoles que no salgan de sus casas... otro hechizo. Pero creo que tienes razón: si eso es lo que está haciendo, es que piensa visitarnos.

Treece chasqueó los dedos para llamar a la perra y señaló el sendero.

—Que sea lo que Dios quiera. Le pediré un par de armas a Kevin y le prepararé una bienvenida real. Lástima que hayamos perdido la escopeta.

La voz de Treece no tenía ningún reproche, de modo que Sanders se limitó a responder:

—Sí.

Treece empezó a subir el sendero detrás de la perra, seguido de los Sanders.

—Un arma vale tanto como el hombre que la usa —dijo Treece— y un hombre de valía puede transformar cualquier cosa en un arma eficiente. ¿Alguna vez has matado a un hombre con un cuchillo?

—¿Yo? No.

—Existen formas correctas y formas erróneas. La mayoría de los cuchillos contiene tres elementos: la punta, el borde afilado y el borde romo. Según lo que se le quiera hacer al otro...

Desde la retaguardia, Gail trataba de bloquear la conversación que sostenían delante de ella. Todo se estaba volviendo irreal, inhumano, aterrador. Le parecía que ahora hablaba un nuevo Treece, no un hombre compasivo ni sensible: un asesino. Pero quizás en él hablaba el muchacho, el muchacho que había jugado según sus propias reglas y cuando éstas exigían matar, mataba. Lo que más la asustaba era que el hombre con quien hablaba Treece, a quien estaba explicándole las reglas, era su marido. Oyó la voz de Sanders:

—Sí, pero a lo mejor el tipo podría...

—No si lo hundes bien a fondo —respondió Treece—. Le despedazas la médula



espinal como si fuese un hilo y el tipo se convierte en gelatina.

—¡Basta! —la voz de Gail sonó tan alta que ella misma se asustó.

—Baja la voz, muchacha. Podrías despertar a los muertos.

La herida del brazo de Sanders había dejado de sangrar; debajo de su traje de buceo aparecía una costra rojiza.

Cuando llegaron a la casa, Treece le entregó una botella llena de un líquido marrón oscuro y viscoso.

—Toma. Lávate el brazo y echa un poco de esto en la herida. Yo voy a enterrar las joyas en la pared.

—¿Qué es?

—Lo hacía mi abuela. Resiste cualquier análisis químico. Tiene algún derivado del mango, jugo de bayas y algo que podría provenir quizá de la quina. El resto es un misterio. Pero cura.

Cuando oyó las pisadas de Treece en el suelo del sótano, Gail le dijo a David:

—Estoy asustada.

—No me extraña.

—No es por mí, sino por ti. Treece cree que estamos en la guerra.

—Pura palabrería.

—¡Palabras! Ya hemos matado a tres.

—No teníamos otra alternativa. —Sanders terminó de untarse el brazo con el medicamento—. Ellos trataron de acabar con nosotros.

Gail oyó el sonido de la puerta-trampa al cerrarse en el salón y el de la silla al ser arrastrada por el suelo.

—Esto ha ido demasiado lejos —susurró—. Creo que no lo soporto más.

Treece entró en la cocina. Sacó de un armario algo que parecía un ladrillo de arcilla de modelado, la mitad inferior de una botella de champaña, unos alambres recubiertos de plástico, un pequeño imán rectangular, un reloj automático y una caja de cartón. Lo dejó todo sobre la mesa y se sirvió un trago.

—Parece el taller —dijo Sanders.

—¿Qué dices? —Treece se sentó frente a la mesa.

—La clase de taller, en la escuela. Modelado, tallado, cosas para mamá.

—Sí. —Treece sonrió—. Pero si aparecieras en tu casa con esto, tu madre saldría corriendo como una liebre.

Treece separó terrones de la sustancia gris del ladrillo y rellenoó el fondo de la botella de champaña.

—¿Has utilizado alguna vez este material?

—¿Qué es? —preguntó Gail.

—Se llama C-4. Explosivo plástico. Buen material.

—¿Para qué se usa?

—Normalmente, para tareas de salvamento. Limpieza de puertos, derribo de muelles, retiro de naufragios, preparación de boquetes en arrecifes para que los

navíos puedan atravesarlos. Pero esta vez vamos a hacer desaparecer para siempre lo que queda de las drogas.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Gail.

—¿Cómo? ¿Con eso? —preguntó Sanders.

—Con esto solo no —Treece había llenado la parte inferior de la botella hasta el borde. Abrió la caja de cartón y extrajo cuidadosamente una cápsula detonadora que instaló en la superficie del explosivo. Después comenzó a sujetar él alambre forrado a la cápsula—. Pero si apoyas este C-4 contra una carga de otros explosivos, por ejemplo, de municiones activas, tendremos suficiente para construir el Gran Cañón de las Bermudas. Estas botellas de champaña se insertan en el fondo; en su interior hay un terrón. Se apisona el C-4 a su alrededor y al ser movido, el terrón dirige la fuerza de la explosión hacia donde uno desea —Treece apoyó la botella de costado—. Lo apoyas contra un proyectil como éste —tocó la cápsula con la mano—. Toda la potencia pasa al proyectil. ¡Bum!

—¿Cómo hace para apartarse a tiempo?

Treece levantó el reloj automático.

—Con la ayuda de esto. Me zambulliré, conectaré la carga al reloj y lo dispondré para después de cinco minutos. Eso me dará tiempo suficiente para volver a la superficie y salir disparado. No quiero estar a menos de unos centenares de metros cuando se produzca la explosión. Las municiones podrían hacer volar en pedazos cualquier barco que se encontrara en las cercanías.

—¿Cuándo piensa hacerlo? —preguntó Gail.

—Mañana por la mañana, después que hayamos echado un último vistazo. Después volveremos aquí y aplastaremos las ampollas que tenemos —Treece terminó de conectar la carga y se levantó—. Ahora voy a bajar a ver a Kevin para pedirle prestadas un par de armas. Dejaré a *Charlotte* aquí. Ella les avisará si se presenta algún extraño.

La perra ladró por dos veces y saltó al alféizar. Treece entrecerró los ojos y miró a través de la ventana.

—Nada —le palmeó la cabeza a la perra—. Te estás poniendo tonta como... —entonces oyó algo, inclinó la cabeza y prestó atención.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sanders.

—Allá abajo hay *una barca*.

Treece abrió un cajón y revisó una montaña de cuchillos de cocina. Sacó uno largo, de hoja delgada y se lo pasó a Sanders.

—Recuerda lo que te dije: esto puede pelar un caimán.

Sacó una cuchilla de carnicero de un estante y se la alcanzó a Gail. Ésta retrocedió, negándose a cogerla.

—Tenlo —se lo puso en la mano—. Ya demostraste lo que eres capaz de hacer.

—¿Qué quiere que haga?

—Acompañarnos.

Para él escogió un cuchillo de trinchar —con el filo desgastado en forma de media luna— y cerró el cajón. Después echó el pasador a la ventana.

—Quédate en la casa, *Charlotte*. No quiero que provoques un jaleo intempestivo.

Mientras se acercaba a la puerta, se detuvo ante un armario y sacó una linterna sumergible.

Salieron al patio desierto. La luz de la luna brillaba sobre las hojas de los arbustos del borde del acantilado. Treece les hizo señas de que se agacharan y corrieron, agazapados, hasta la cima de la cuesta que conducía al muelle.

Miraron hacia abajo y vieron una barca en la entrada de la cala, que apenas se movía. Por encima del golpeteo de los tambores distantes se oían unos sonidos apagados.

—¿Es Cloche? —susurró Gail.

—Debe ser él, pero maldito si sé cómo descubrió la gruta. Gail, quédate aquí y mantente en la penumbra. Nosotros echaremos un vistazo. Quizá sólo estén curioseando.

Treece sujetó la linterna al cinturón de sus pantalones de buceo y le indicó a Sanders que le siguiera. Empezaron a descender la colina.

La sombra del alto follaje sumía al sendero en la oscuridad. Sanders tropezó dos veces contra los arbustos y oyó la advertencia de Treece:

—Shhh...

Se dio cuenta de que podía seguir a Treece mirando las copas de los arbustos: cuando aquél rozaba una rama, las hojas superiores brillaban bajo la luz de la luna.

A poco más de un metro del pie de la cuesta, Treece se detuvo y esperó a Sanders. El movimiento que había en la barca resultaba perfectamente audible, lo mismo que el sonido de las bocinas, de modo que Treece tuvo que acercar los labios a la oreja de Sanders para ser oído.

—Quédate aquí. Yo me acercaré al amarradero para ver qué ocurre —tocó el cuchillo que Sanders llevaba en la mano—. ¿Te sientes cómodo con eso?

Sanders asintió.

Treece caminó hasta el extremo de la senda y se arrastró con sigilo animal por el estrecho espacio que quedaba entre el muelle y los arbustos.

Sanders se apoyó en una rodilla y sostuvo el cuchillo con firmeza. Sintió todos los síntomas del miedo, aunque acallado por su confianza en Treece. Al igual que un chico que hace una excursión con sus hermanos mayores, se sintió excitado... asustado pero alentado por la convicción de que podía seguir el ejemplo de Treece.

Por eso, se sintió doblemente sorprendido cuando sintió que un brazo grueso musculoso le aferraba por la garganta, que una mano empujaba su cabeza hacia delante cortándole la respiración y que un gran peso le lanzaba al suelo y le cubría con su carne resbaladiza y sudorosa.

Trató de gritar pero la presión que le estrangulaba la garganta redujo el grito a un gorgoteo. Seguía sosteniendo el cuchillo con la punta hacia arriba, como le había

enseñado Treece e intentó clavarlo en la carne, pero una rodilla le aplastó la muñeca contra el suelo. Su brazo izquierdo era apretado por el cuerpo que lo cubría. No podía hacer nada.

Se relajó, con la desesperada esperanza —en su nebulosa conciencia— de poder convencer a su atacante de que estaba muerto. Pero cuando el otro sintió que cesaba toda resistencia muscular, le apretó aún más.

Luego, con la misma celeridad con que había caído sobre él, se vio libre del otro cuerpo. Aspiró una bocanada de aire que le raspó la garganta.

Oyó la voz de Treece en un susurro cargado de una amargura y una ferocidad inconmensurables. Sólo dijo una palabra:

—¡Kevin!

Sanders se apoyó en un codo y miró. Kevin estaba tendido de espaldas, y Treece se arrodillaba sobre su pecho y le estiraba del pelo, de modo que su cabeza colgaba en un ángulo ridículo. Con la otra mano, Treece sostenía el cuchillo de trinchar a la altura de la garganta de Kevin. Éste pataleó pero en seguida sus piernas quedaron inmóviles en el suelo.

—¡Tú se lo dijiste! —susurró Treece—. ¿Por qué? —Kevin no respondió—. ¿Por qué? ¿Por dinero? —la voz de Treece ya no sonaba furiosa: la mitigaba el pesar de la traición—. ¿Por dinero? —Kevin siguió sin responder.

Por el reflejo de la luz de la luna que despedía el agua, Sanders vio los ojos de ambos hombres: los de Kevin, apagados y sin expresión, miraban a Treece con una especie de resignación; los de Treece brillaban airados, incrédulos.

—¡Pobre piojoso! —murmuró Treece.

Cuando la última palabra susurrada se desvaneció, Treece apoyó la punta del cuchillo en la garganta de Kevin y pasó rápidamente el filo por el cuello. Una línea negra de sangre, una espuma de burbujas, un suspiro húmedo y gimiente. Treece bajó la cabeza y cerró los ojos.

Un haz de luz barrió la cala y avanzó hacia ellos. Sanders oyó la voz de Cloche:

—¿Kevin?

Sanders susurró:

—¿Treece?

Treece no respondió.

—¡Treece!

La luz se acercó a David y comprendió que en pocos segundos iluminaría la espalda de Treece. Se arrodilló y golpeó a Treece con el hombro, haciéndolo caer al suelo. La luz pasó por encima de ellos, se detuvo y volvió a retroceder para iluminar el agua.

—¡Kevin! —volvió a llamar Cloche—. ¡Idiota!

Aún tendido en el suelo, con Sanders a su lado, Treece salió poco a poco de su estupor.

—Muy bien. Muy bien —repitió—. Al menos ahora sabemos.

Trece reptó boca abajo hasta el extremo del sendero, observó la barca de Cloche y regresó al lugar donde estaba Sanders.

—Parece que hay dos o tres buceadores además de un par de tipos que dejarán en la barca. Esperaremos a que los buceadores se hayan zambullido, trataremos de llegar al *Corsair*, nos pondremos las botellas y bajaremos.

—Las botellas tienen aire mezclado con monóxido de carbono.

—No todas. Aquella noche sólo llené dos. Las otras ya estaban llenas. A bordo tiene que haber cuatro con aire no contaminado.

—¿Y después qué?

—Veremos cuántos hombres hay abajo y cómo trabajan. Si lo hacen de a dos en el interior de la gruta, con luces manuales, tendremos la posibilidad de matarlos. Es probable que los buceadores no estén armados. Necesitarán tener libres las manos para recoger las ampollas.

—¿Matarlos? —preguntó Sanders—. ¿Por qué?

—Para evitar que consigan las ampollas. *Nosotros* no podemos subirlas con estos tipos rodando por aquí pero no voy a permitir que vayan a parar a las manos de Cloche.

—¿Qué haremos? ¿Los apuñalaremos?

—Sólo si es necesario. Intentaremos coger sus mangueras reguladoras, cortarlas y huir. Un hombre al que le cortan repentinamente la entrada de aire es una verdadera amenaza.

—Si les cortamos las mangueras de aire subirán y nos esperarán en la superficie.

—Me atrevería a decir que estos tipos todavía no se sienten seguros en el agua. Si se asustan es probable que contengan el aliento en el ascenso, o que se pierdan y se ahoguen en la gruta. Pero aunque así no fuera, si les cortamos la entrada de aire tendrán pánico devolver allá abajo. Y Cloche no cuenta con un equipo que pueda sustituirlos.

—Entonces esperarán a que subamos y nos dispararán.

—No subiremos. Está oscuro. Les costará mucho seguir la estela de una burbuja. Nos quedaremos en el fondo, saldremos de la gruta y daremos la vuelta en el recodo. A unos cincuenta metros hay un lugar en el que podemos salir a la superficie y subir a tierra.

—No renunciaré... especialmente cuando descubra que hay un tipo flotando a la altura del arrecife.

—No, volveré. Pero todo lo que necesitamos es un respiro esta noche para sacar las ampollas de allí y destruirlas.

Sanders hizo una pausa y en seguida accedió:

—De acuerdo.

Oyeron chapoteos y fragmentos de conversación. Alguien dijo:

—¿Dónde está Kevin?

Cloche respondió:

—Supongo que borracho. Ya no tiene importancia, le hemos exprimido bien.

Más chapoteos y después silencio.

Treece esperó diez o quince segundos y se arrastro a cielo abierto. La barca de Cloche flotaba a veinte metros de la gruta, a la altura de la popa del *Corsair*, de modo que quedaron ocultos cuando avanzaron por el amarradero. Se deslizaron en la carlinga y se tendieron en la cubierta.

—Aletas, máscara y botellas —susurró Treece—. No cojas pesas. Harían demasiado ruido.

Los cuellos de las botellas de acero brillaban a la luz de la luna y Sanders comprendió que sería imposible retirarlas del estante sin ser vistos.

—Una antigua artimaña india —dijo Treece.

Sacó una pastilla de plomo de un kilo de un cinturón de nylon. Se acercó al travesaño y soltó la línea de popa, dejando que ésta se alejara unos metros del muelle; luego volvió a sujetarla.

—Cuando oigas el chapoteo, coge una botella y sumérgete a un costado, entre la barca y el muelle. Yo te seguiré.

Lanzó la pesa con la mayor fuerza posible —el brazo recto dibujó un arco moviendo los músculos del hombro, no del brazo—, logrando que sobrepasara varios metros el puente de la otra embarcación y cayera en el agua al otro lado.

Sanders se levantó, cogió una botella del estante, la lanzó por la borda y se deslizó en el agua detrás de ella, consciente de los sonidos de pasos y voces y del amartillamiento de un rifle. Treece se situó a su lado. Cada uno verificó la botella del otro, asegurándose de que las válvulas de aire estaban abiertas y de que ese aire no estaba contaminado.

—Dame la mano hasta que lleguemos al fondo —dijo Treece—. Permaneceremos allí un minuto y echaremos una mirada. Sus luces nos dirán dónde están.

Tomados de la mano se hundieron y patalearon hacia el fondo.

Arrodillada entre los arbustos en la cima de la colina, Gail oyó las voces. Se puso de pie y se agachó cuando un haz de luz se movió en su dirección. Después volvió a levantarse y miró hacia abajo, casi esperando, temiendo, oír un disparo. Pero no se oyó otra cosa que los incesantes bocinazos de los taxis. Aferrando la cuchilla —temerosa y confortada a un tiempo por tenerla como le había ocurrido con la escopeta— empezó a descender por el sendero.

Cerca del pie del sendero, y tanteando con las manos por delante como una persona ciega en una habitación desconocida, pisó una de las piernas de Kevin. Retrocedió, impresionada y cayó en los arbustos, quebrando algunas ramas en la caída. Entonces, alguien habló:

—¿Kevin?

Contuvo la respiración.

—Acércate y echa una ojeada.

Exhaló e inhaló y sus narices se inundaron del hedor de las heces. Despavorida,

se liberó de los arbustos y echó a correr cuesta arriba.

En el fondo de la cala, Sanders y Treece se arrodillaron juntos sin soltarse las manos. La gruta —a catorce o quince metros de distancia— era tan visible como un escenario en un teatro oscuro. No estaba iluminada por luces manuales sino por enormes focos. Un buceador salió nadando de la caverna y encendió una linterna. Llevaba una bolsa de malla llena de ampollas. Otros dos buceadores pasaron a su lado en dirección a la caverna, apagando sus linternas al entrar en la zona de luz.

Treece tiró de la mano de Sanders y juntos se dirigieron a la gruta. Cuando estaban a tres metros de la entrada, exactamente en el límite del alcance de los focos, Treece soltó la mano de Sanders y le empujó suavemente contra la superficie del arrecife, haciéndole señas de que esperara.

Treece se echó boca abajo y reptó por la arena hasta que consiguió ver el interior de la gruta. Entonces se apartó de la luz. Encendió un instante su linterna, localizó a Sanders y nadó hacia él.

Treece sostuvo la linterna con la mano izquierda y la apuntó hacia la derecha, señalando a Sanders y después al lado más próximo de la gruta, luego a sí mismo y en seguida —dibujando un arco— a la parte más alejada. Iluminó la cara de Sanders con la linterna, para ver si lo había comprendido. Sí: debía colocarse a un lado de la entrada y Treece haría lo mismo en el otro.

Se apretaron contra el arrecife y esperaron. Bajo la luz trémula, Sanders divisó el rostro de Treece y la hoja brillante que tenía en la mano.

El agua en movimiento levantó arena en la entrada de la caverna: algo salía. Sanders vio que el cuchillo de Treece se elevaba.

Primero salió el hombre que estaba en la zona que ocupaba Treece, un momento antes que su compañero. Apareció la cabeza inclinada hacia abajo y después sus hombros.

Treece se abalanzó: un destello de piel rojiza, una explosión de burbujas, un puño aferrado a la manguera del hombre y que le quitó la boquilla de la boca, tensó la manguera y el cuchillo que cortó fácilmente el tubo de goma.

De la caverna emergió la cabeza del segundo hombre. Sanders levantó su cuchillo.

El hombre levantó la vista y le vio. Sus ojos se desorbitaron y acercó las manos a la cabeza cuando Sanders atacó.

El hombre apartó de un golpe la mano de Sanders y trató de quitarle la máscara.

Sanders lo esquivó. Golpeó con el hombro el pecho del hombre y ambos cayeron al fondo, abrazados. Rodaron por la arena, golpeando y pataleando, intentando cada uno de ellos mantener la cabeza fuera del alcance del otro. Sanders respiraba a borbotones, conteniendo la respiración después de cada inhalación, temeroso de que le cortaran la manguera cuando tuviera los pulmones vacíos. Ahora estaban varios metros en el interior de la gruta, flotando y brincando en la arena, en una danza grotesca: el hombre aferraba la muñeca derecha de Sanders para mantener el cuchillo

alejado de su cuello. La mano izquierda de Sanders rodeaba el costado del cuerpo de su enemigo y le sujetaba el brazo derecho. Sanders no podía apuñalarlo ni cortar le la manguera de aire: esperaba la llegada de Treece. Frenéticamente miró hacia la entrada de la gruta, esperando verlo llegar, nadando en su dirección. Pero éste estaba agazapado, en la postura de un boxeador, mirando hacia afuera, esperando las dos luces de linterna que avanzaban hacia él.

El hombre logró liberar el brazo derecho. Su mano se elevó y chocó contra la ingle de Sanders, sus dedos le apretaron los testículos. Sanders pataleó hacia arriba con la pierna izquierda, esquivando la mano. Entonces distinguió la cavidad en la pared de la caverna: un túnel oscuro sobre una pila de piedras.

Tocó el fondo con un pie y saltó, atrayendo al otro en dirección a esa pared. Los tobillos del hombre golpearon una roca y tropezó, pero siguió asiendo la muñeca de Treece. Sanders se inclinó contra él obligándole a quedar del otro lado y a echar la cabeza hacia atrás, cerca del boquete.

La cabeza estaba pocos centímetros más abajo que el agujero. El pie de Sanders encontró apoyo en una roca y volvió a empujar impulsando al hombre hacia arriba.

Los ojos de cerdo —cuentas en la cabeza verde y viscosa— asomaron por la cavidad y su boca se abrió, hambrienta.

La anguila morena atacó, aferrando el cuello del hombre con sus dientes afilados y sacudiendo la garganta mientras tiraba con fuerza atrayéndolo a su agujero. De la boca de la anguila manó sangre.

El hombre abrió la boca y dejó caer la boquilla. Rugió, presa del pánico.

Los brazos de ambos hombres se separaron. Sanders pensó que debía apuñalarlo para estar más seguro pero no hubo necesidad: su boquilla flotaba detrás de la cabeza. Una buena parte de su cuello fue engullida por la boca de la anguila. Sus movimientos comenzaron a debilitarse y sus ojos se apagaron.

Sanders retornó a la entrada de la gruta. Treece seguía agazapado y las dos linternas estaban más cerca de él, aunque inmóviles. Hizo una finta en su dirección y las luces retrocedieron.

Sanders sabía que Treece le estaba esperando: si hubiera querido escapar podría haber nadado hacia las penumbras. Las luces pronto le habrían perdido el rastro. Aunque hubieran conseguido seguir sus pasos no podían pensar en atraparlo bajo el agua.

Las luces se apagaron y las figuras se desvanecieron en la oscuridad. Treece encendió su luz y recorrió con ella la entrada de la cueva. Sanders le tocó entonces en el hombro para avisarle que estaba allí. Treece señaló hacia la superficie y apagó la luz. Al ascender por la zona de luz que despedían los focos de la caverna, Sanders se sintió desnudo. Sabía que los hombres de Cloche podían verle. Pataleó enérgicamente para ingresar en la oscuridad.

Algo le golpeó la espalda. Alguien le rodeó el cuerpo con las piernas y su cabeza fue lanzada hacia atrás. Aspiró en la boquilla y no le entró en la boca más que agua:



habían cortado su manguera. En ese momento las piernas lo soltaron.

El agua salada le produjo arcadas. Apretó los dientes y se obligó a exhalar, luchando contra la necesidad física de jadear en busca de aire.

Llegó a la superficie, tosió y aspiró. Una luz le iluminó el rostro. Movi6 la cabeza a la derecha y se sumergió en el preciso instante en que una bala chocaba contra la superficie, rebotaba y golpeaba el acantilado.

Mientras contenía el aliento a poco más de un metro de la superficie vio que un haz de luz jugaba entre las aguas. La luz se movió a la izquierda, y por eso David nadó hacia la derecha. Sus manos tocaron la superficie del acantilado y lentamente se elevó.

Había conseguido escabullirse. La luz barría la superficie varios metros a su izquierda. Empezó a retroceder hacia ella. Se hundió en el agua hasta que el haz de luz sobrepasó y volvió a salir para respirar. Oyó la voz de Cloche.

—¡Treece! —no hubo respuesta—. Estamos en un punto muerto, Treece. No puedes detenernos: somos demasiados. Abandona mientras estás a tiempo. No queremos nada más que lo que está en la caverna, te doy mi palabra. Es un compromiso equitativo —tampoco hubo respuesta.

Sanders sintió que alguien le tocaba el pie. Levantó la pierna y aspiró una bocanada de aire, esperando ser arrastrado bajo la superficie, decidido a luchar pero temeroso, desesperanzadamente convencido de que carecía de la fuerza necesaria para sobrevivir.

La cabeza de Treece apareció en la superficie, a su lado.

—Arroja tu botella —susurró Treece mientras soltaba su arnés y dejaba que su botella se hundiera.

Cloche le llamó dos veces más pero Treece no respondió. Condujo a Sanders hacia la orilla, nadando en silenciosas brazadas.

—¡Entonces, muere! —gritó Cloche, indignado.

Llegaron al extremo del muelle y salieron del agua arrastrándose. Cuando oyeron que Cloche ordenaba a sus buceadores que se reunieran a bordo, corrieron hacia el sendero.

Gail les estaba esperando en la cima de la cuesta.

—Qué...

Treece pasó a su lado corriendo, en dirección a la casa.

—¡Vamos!

En la cocina, Treece revisó la carga. Verificó la posición de los alambres y arrimó el imán al costado de la botella.

—¿Oíste lo que dijo Cloche? —preguntó Sanders—. ¿Oíste lo del compromiso?

—Sí. Es un mentiroso. Querrá quedarse con todo. Pero si tenemos algo de suerte le derrotaremos. Junto al compresor está la botella y un regulador. Tráelos. De paso trae también una de las luces manuales.

Sanders salió apresuradamente de la cocina y Gail le preguntó a Treece:

—¿Adónde vamos?

—Al Orange Grave Club. Llevaremos el coche de Kevin.

Treece cogió la carga y la sostuvo con ambas manos.

—¿Lo va a colocar esta noche? —preguntó Gail.

—No tenemos otra alternativa si queremos librarnos de las ampollas antes de que Cloche les ponga las manos encima —Sanders volvió a entrar—. Vamos. Si no llegamos antes, todo está perdido.

Mientras caminaban apresuradamente hacia el sendero, Sanders preguntó:

—¿Y el resto de las joyas?

—Si queda algo... bueno, quizás el fantasma de Felipe pueda disfrutar un rato con la duquesa. No podemos correr ningún riesgo con las drogas.

La perra les siguió hasta el portal pero al llegar allí Treece le ordenó que se quedara en la casa.

Oyeron cómo arrancaba el motor de la barca de Cloche para dirigirse en dirección sudoeste, hacia el Orange Grove Club. Treece comenzó a correr.

Condujo el Hillman a toda velocidad, inclinando su cuerpo en las curvas del estrecho camino, maldiciendo cuando el motor resoplaba en las subidas. Sanders iba a su lado y Gail en el asiento trasero, sosteniendo la carga con la mano.

En una recta prolongada de South Road el velocímetro llegó a cien. Apoyando los brazos en el tablero y apretando un pedal de freno imaginario con los pies, Sanders dijo:

—La policía puede detenerlo.

—El policía que valore en algo su vida no intentará detenerme esta noche.

Treece no volvió a abrir la boca hasta después de aparcar en los terrenos del Orange Grove Club y empezar a correr en dirección a las escaleras que conducían a la playa:

—¿Sabes conducir un fuera borda?

—Sí —respondió Sanders.

—Bien. Necesito un chófer.

La luna brillaba en lo alto y al bajar los escalones de piedra vieron los cascos blancos de los balleneros Boston en sus plataformas.

Treece miró hacia el mar, a la izquierda, a las líneas blancas del arrecife.

—La luz es buena. Lo veremos llegar.

Volvió a entregarle la carga a Gail, cogió la amarra del ballenero más cercano, hizo girar la plataforma y él solo arrastró la embarcación al agua. Volvió a tocar la carga y le dijo a Gail:

—Quédate aquí.

—No.

—¡Sí, te quedas aquí!

—¡No me quedaré!

Su desafío sorprendió a Treece.

—Va a haber jaleo y no quiero que estés cerca.

—A mí me corresponde decidir. Se trata de mi vida y voy a ir.

Gail sabía que se mostraba irracional pero no le importó. No podía quedarse en la playa como un observador inútil.

Treece le apretó un brazo y la miró a los ojos.

—Ya he matado a una mujer —dijo terminantemente—. No quiero ser responsable de la muerte de otra.

Gail sostuvo la mirada y furiosa, sin pensarlo, gritó:

—¡Yo no soy su esposa!

Treece le soltó el brazo.

—No, pero... —parecía incómodo.

Gail le tocó la mano.

—Usted mismo lo ha dicho. Yo estoy aquí y soy yo. Protegerme a mí no le hará ningún bien a ella.

Treece le dijo a Sanders:

—Métete en esa barca.

Ayudó a Gail a subir detrás de Sanders, arrastró la barca hasta que hubo suficiente profundidad para el árbol de la hélice y subió a bordo.

Fueron a los arrecifes, a un lugar que estaba encima de los restos del *Goliat*. Allí dejaron que la barca se meciera sobre el agua.

Treece cogió la botella *scuba*, se la echó a la espalda, se sentó en la regala de estribor y apoyó la carga contra las piernas. El faro manual colgaba de una correa atada a su muñeca.

—Instalaré la carga. Volveré en seguida. En cuanto lo veamos venir, bajaré otra vez y pondré en marcha el reloj automático.

—De acuerdo —respondió Sanders.

—Y ahora... una orden. Si ocurre cualquier cosa, huid de aquí a toda velocidad. No intentéis jugar a los boy-scouts.

Sanders no tenía la intención de abandonar a Treece bajo ninguna circunstancia pero no respondió.

Treece rodó por la regala, apagó la luz y nadó hacia el fondo.

Pocos minutos después Sanders vio la primera salpicadura: brillantes erupciones blancas de agua sobre la proa de una barca que se movía velozmente a lo largo de la parte exterior del arrecife.

—¡Mira!

Gail vio la embarcación y se asomó por la borda. La luz de Treece estaba inmóvil, en el fondo.

—¿Cuánto tiempo le llevará instalar eso?

—Lo ignoro. Demasiado.

Sanders oyó el silbido de una bala que pasaba por encima de sus cabezas, seguido por el chasquido de un disparo de rifle un segundo después. Se agachó y otra bala pasó por encima de él.

Mientras la barca de Cloche se acercaba oyeron más disparos pero el ballenero, que se mecía a ras del agua, era un blanco poco apropiado. Todos los disparos fueron altos.

Acurrucada en el suelo del ballenero, Gail señaló:

—Nos dijo que huyéramos.

—Al demonio con lo que dijo.

Treece asomó la cabeza al lado del ballenero. Empezó a decir algo pero se interrumpió cuando oyó un disparo.

—¡Fuera! —ordenó.

—¡No! —gritó Sanders.

—¡Fuera he dicho! Pondré en marcha el reloj automático y os seguiré. Meteos en las aguas menos profundas que encontréis.

Treece desapareció bajo la superficie.

Durante diez segundos Sanders no se movió.

—¡Tenemos que irnos! —exclamó Gail.

—Pero él...

—¿Tú *quieres* morir?

Sanders le miró. Puso el motor en marcha y viró la barca en dirección a la orilla.

Otros dos disparos persiguieron a la barca cerca de la orilla. Cuando se convenció de que estaban fuera del alcance de las balas, Sanders disminuyó la velocidad y enfiló la proa mar adentro.

—Dijo que buscáramos aguas poco profundas —observó Gail.

—Este lugar es lo bastante poco profundo.

La barca de Cloche se detuvo a la altura del *Goliat*. Brilló una luz, en seguida otra y una a una fueron cayendo al agua varias figuras humanas.

—Buceadores —dijo Gail.

—¡No les prestes atención! —exclamó Sanders fastidiado—. Tienes que estar atenta a la llegada de Treece. Si no lo sacamos del agua antes de que se produzca la explosión, es hombre muerto. Ya *tiene* que haber terminado.

Pero Treece no había terminado. Se había soltado un cable del reloj y estaba ajustándolo, usando la uña del pulgar como destornillador. Apretó el tornillo y lo preparó para que estallara al cabo de cinco minutos. En ese momento la primera luz dio con él.

Sanders no pudo esperar más.

—¡Aprieta esto! —le dijo a Gail.

Empujó la palanca de cambios hacia delante y enfiló hacia el arrecife.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Gail.

—¡No lo sé! ¡Tenemos que sacarle de ahí!

Sanders calculó que estaban a quinientos metros de la barca de Cloche.

Ahora había dos luces iluminando a Treece. Contenía la respiración porque habían cortado su manguera de aire. Se volvió en círculos lentos, tratando de no perder de vista a ambos buceadores.

Los hombres fueron rápidos. Uno de ellos empezó a dar vueltas con Treece, manteniéndose siempre detrás de él, y cuando vio la posibilidad de hacer un movimiento, se echó hacia delante y le hundió un cuchillo en la espalda.

Treece sintió un dolor profundo y atroz. Se llevó el reloj automático al pecho y lo fijó en cero.

El ballenero estaba a 300 metros del arrecife cuando se produjo la explosión.

David y Gail vieron que la proa del ballenero se elevaba. Salieron despedidos de la barca. Giraron en el aire, conscientes de las imágenes fragmentarias que reflejaban sus ojos: la repentina montaña de agua que se elevó y se abrió; fragmentos de la barca de Cloche volando en todas direcciones y alcanzando alturas inimaginables; un cuerpo con los miembros extendidos atravesando el espacio.

Sanders cayó al agua de espaldas. Tenía los ojos abiertos pero no se sentía plenamente consciente. Oyó la caída de escombros a su alrededor y sintió punzadas de dolor cuando algunos trozos de roca y de coral le golpearon en el rostro. Exhaló, se hundió unos centímetros y volvió a elevarse al inspirar. Vio las estrellas y los rayos resplandecientes de la luna. Pensó, vagamente: esto no se parece a lo que dicen que es la muerte.

Las suaves ondas lo empujaban lentamente hacia la orilla.

Una voz que sonó débil y lejana preguntó:

—¿David?

Rodó hasta quedar boca abajo y probando sus miembros con las primeras brazadas, nadó enérgicamente en dirección a la voz.

Gail estaba nadando a veinte metros de distancia. Lo vio acercarse y preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—No sé. No puedo mover un brazo.

La ayudó a llegar a la orilla y salieron del agua tambaleándose. La playa parecía un campo sin fin. El ascensor estaba a más de un kilómetro de distancia.

Se volvieron y miraron al mar. Había una nueva hendidura en la línea del arrecife y algunos restos y desechos flotaban en las olas. Por lo demás, nada había cambiado.

Apoyados el uno en el otro, caminaron hacia el pie del acantilado, donde empezaba a reunirse la multitud.



PETER BRADFORD BENCHLEY (Nueva York, 1940 - Princeton, New Jersey, 2006) fue un escritor estadounidense. Tras cursar sus estudios en Harvard, trabajó sucesivamente en el Washington Post, la revista Newsweek en la que llegó a ser editor, la revista National Geographic e incluso la Casa Blanca, siendo su tarea en este último destino la de escribir discursos políticos para Lyndon B. Johnson.

Su primer libro, *Tiburón*, se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Benchley fue catapultado definitivamente al estrellato tras el rodaje de la versión fílmica de la novela, *Tiburón*, llevada a cabo por Steven Spielberg en 1975. El propio Benchley fue coguionista de la película junto con Carl Gottlieb.

Desde entonces, Peter Benchley escribió doce obras más, tanto de ficción como de divulgación sobre su tema preferido, los océanos y, especialmente, los tiburones. También fue miembro de la asociación ecologista *National Council of Environmental Defense*, colaborando en su programa para los océanos como conferenciante.